

PATRICK RAMBAUD

La batalla

Traducción de Jordi Fibla

Prólogo de Javier García Sánchez

Título de la edición original: La Bataille

CÍRCULO DE LECTORES

Licencia editorial para Círculo de Lectores por cortesía de Ediciones Martínez Roca, S. A.

ÍNDICE

LA CURVA DEL OLVIDO.....	3
LA BATALLA	7
Capítulo primero.....	8
VIENA EN 1809	8
Capítulo segundo	26
EN QUÉ SUEÑAN LOS SOLDADOS.....	26
Capítulo tercero	47
PRIMERA JORNADA.....	47
Capítulo cuarto	77
PRIMERA NOCHE.....	77
Capítulo quinto	90
SEGUNDA JORNADA	90
Capítulo sexto.....	118
SEGUNDA NOCHE	118
Capítulo séptimo.....	134
DESPUÉS DE LA HECATOMBE	134
NOTAS HISTÓRICAS	144
¡DE PROFUNDIS!.....	150

LA CURVA DEL OLVIDO

Javier García Sánchez

Hay un concepto interesante de la Psicología aplicado al ámbito estrictamente pedagógico que responde al nombre de «Curva del olvido», y en esencia explica el proceso intelectual de la mayoría de alumnos para retener mentalmente una lección antes de olvidarla, de ahí que sea necesario recordársela de nuevo dentro de un espacio concreto de tiempo —no antes ni después para que sean capaces de conservar tales imágenes o datos por siempre. No es una ley matemática, pero sí atañe a las secretas leyes de la conciencia, y por eso mismo resulta acaso más fascinante.

Con la Historia, entendida ésta como disciplina objetiva que nos pormenoriza aquello que fuimos para darnos pie a especulaciones acerca de aquello a lo que estamos abocados, ocurre algo muy similar. Sólo que la Historia, si se caracteriza por algo, es precisamente por su intrínseca imposibilidad de ser objetiva, en cualesquiera de los sentidos imaginables. De hecho, incluso, hasta modernos y prestigiosos historiadores han puesto de manifiesto que su labor —afirmación que sin duda no hallará el consenso del «gremio»— consiste precisamente en interpretar la Historia y su evolución según le convenga al poder que sostiene a tales historiadores, o a tenor de la ideología —filias y fobias incluidas que tengan ellos mismos. Eso se ve claramente en Francia, cuna de la Historiografía más rigurosa (?) y a la vez vivero permanente y reciclado de todo tipo de posturas antagónicas. Un ejemplo de ello es la pregunta de cuánto tiempo hará falta hasta que los franceses se enfrenten al tema más incómodo para ellos de todo el siglo XX, el que más les duele: la colaboración con los nazis durante la Segunda Guerra Mundial. Seguramente habrán de desaparecer físicamente absolutamente todos y cada uno de quienes vivieron aquel dilema y aquel horror, y luego transcurrir otro montón de años, me atrevo a insinuar «décadas», para que por fin podamos hacernos tan sólo una «idea aproximada» de lo que fueron unos hechos concretos. Es necesario, pues, que ante determinados personajes y eventos el historiador tome la distancia espiritual imprescindible para no salirse de los parámetros de la más elemental objetividad. Y quien dice el historiador dice también, por qué no, el autor de novela histórica sería, pues éste ha sustituido, por mor de cómo evolucionan los medios de comunicación y la mecánica de ciertas maneras culturales, a aquél, hasta hace un siglo, aproximadamente, voz única que nos testimoniaba los acontecimientos históricos, in stríctu sensu.

Napoleón Bonaparte no sólo no escapa a esa paradoja a la que aludimos: la imposibilidad de ser precisos al historiar, pues, no pudiendo prescindir de un determinado contexto o fuentes así como de claras corrientes de simpatía, admiración, fanatismo, o justo todo lo contrario. Napoleón, junto a Robespierre, es, en la historiografía francesa, el gran problema. Más el segundo que Bonaparte, pues con éste casi todos parecen estar de acuerdo en que hasta su delirio conquistador, megalómano y reaccionario tenía una «pincelada poética», o un «toque de grandeza». Con Robespierre, por contra, y no olvidemos que él y los jacobinos de 1793 simbolizan la Revolución en un sentido profundo e irreversible del término (quisieron cambiar el mundo y su sistema de valores), sucedió todo lo opuesto. Descontando honrosísimas excepciones, tuvo que transcurrir casi un siglo y medio para que se produjese el advenimiento de un profesor de Historia, Albert Mathiez, que recuperase la figura de Robespierre, no magnificándola sino poniéndola en su justo sitio: una encrucijada de pasiones de la que él fue el primer mártir por intentar llevar una trayectoria honesta.

Se dice pronto, «un siglo y medio, casi...», y más tratándose de la propia Francia, pero así es. Con todo ello quiero decir que justo lo contrario a lo acaecido con Robespierre, satanizado sin piedad por haber osado destruir el orden antiguo en pos de la instauración de un orden nuevo, afín a

los verdaderos intereses del pueblo, es lo que ha venido pasando con Napoleón, que apenas ha tenido detractores sistemáticos. Quien firma este prólogo es uno de ellos, sencillamente porque considero que la traición de Bonaparte, máxime habiendo sido simpatizante de los jacobinos del 93, y por tanto de las ideas más radicales y progresistas de la Revolución, es tan vergonzante y apoteósica que no tiene parangón en toda la Historia. El caso es que a otros líderes totalitarios se les ve venir de algún modo, y Napoleón engañó a todos. Sólo ahora, con documentos en la mano, viendo cómo evolucionó ante el curso de los acontecimientos, podemos comprender que fue siempre un «hombre de orden», amén de un genial estratega. Eso sí, vagamente fascinado por ciertas ideas inherentes a la Revolución —yo diría que más por ciertos personajes emblemáticos de la misma—, quizás a causa de su juventud.

Tal vez el mayor historiador francés (me refiero a quien estructuró una obra no sólo monumental sino también rigurosa en la medida de lo posible) ha sido Jules Michelet. Y este ratón del pasado dio con una máxima absolutamente demoledora, por su eficacia simbólica, sobre todo a largo plazo, al afirmar que la historia de la Revolución francesa —cabría decir del futuro de Francia y, por ende, del mundo occidental en el que vivimos— pasa por lo siguiente: «O se está con Luís XVI o se está con Robespierre». Así de tajante y dramática era la proposición de Michelet. Sólo que, eso creo, hubiese resultado muchísimo más atinada si hubiese escrito: «O se está con Robespierre o se está con Napoleón».

Por supuesto que la figura de un rey ajusticiado en la guillotina, delante del pueblo, era algo impactante y que marcó el punto de inflexión definitivo en muchos aspectos, pero si bien es cierto que la gente del pueblo —y cuanto más inculta, pobre y necesitada, más ahonda en esa insensata idolatría— siempre ha juzgado dioses a los reyes, profesándoles una irracional simpatía, también parece que tal muestra de afecto no deja de ser algo anecdótico: ése es el efecto narcotizante de las monarquías. Una vez más, dan «sensación de orden». Y la gente, en general, acaba no queriendo justicia e igualdad, sino orden, tener el buche lleno y, de vez en cuando, emociones fuertes. De ahí el «circo» o «gestos de audacia» o «arrebatos neuróticos sobrecogedores». Y que el pueblo es sometido indefectiblemente desde siempre, sea en la forma que sea. Y si la figura de un rey destronado y decapitado puede resultar conmovedora, carece, por contra, de auténtico carisma. Mas he ahí que surge el héroe, el conquistador, el hombre que cautiva a las masas. Siempre es lo mismo: utiliza la excusa de hacer grande el país, en este caso Francia, para dar rienda suelta a su locura y ansia de poder. Y la Historia, los historiadores, se rinden a sus pies, pues les ofrece material para trabajar y ganarse el pan durante toda la vida.

Sin embargo, no podemos negarlo, hay magia, y mucha. Napoleón tiene algo. Duende. Genio. Aura. No basta coincidir en que fue un espléndido estratega militar. Otros líderes totalitarios también lo fueron, y la Historia y los historiadores no les pasan ni una. Con Napoleón todo tiende a perdonarse. «Cae» casi entrañable. Y cuanto más irracional se nos muestra, más lo acogemos en un hueco de nuestro corazón. ¿Por qué? No me lo explico. Acaso se deba al proceso ininterrumpido de intoxicación ideológica al que hemos sido sometidos desde que tenemos uso de razón y empezamos a leer biografías suyas. Y es que —éste es el cáncer de la sociedad capitalista en que vivimos— uno admira instintivamente al que, elevándose por encima del vulgar rebaño, nosotros, ejerce de conquistador y héroe, aun a costa de los demás: es el síndrome del Elegido...

Bonaparte fue un personaje hábil pero siniestro que —aunque de soslayo sí que exportara ciertas ideas de la Revolución a naciones mucho más reaccionarias que Francia— arrastró a su país a un desequilibrio del que aún sigue convaleciente, aparte de que nunca le importó perder cientos de miles de vidas, incluso millones, en una única campaña militar. Él vivía al margen, arriba. De hecho, donde viven los dementes y los tiranos. Porque Bonaparte, en el colegio, y luego en los escalafones inferiores de la milicia, ya era un perfecto tirano. Todo ello, depende de cómo se cuenta, sea en el seno de sesudísimos manuales de Historia o en el ambiguo contexto de una novela

histórica, suele acabar contribuyendo a su mayor gloria. Ése es el problema con el que nos enfrentamos.

Así pues, Bonaparte fue simplemente un militar. El típico militar. El más listo y, durante una época, el más afortunado, pero cualquiera de los jóvenes generales de la Revolución—que no eran en absoluto jacobinos, pues fueron siempre hombres de orden— le superaría en auténtica grandeza de espíritu: Pichegru, Jourdan, Hoche... Pero no, sólo quedó él, sencillamente porque los decapitó a todos, aunque no en el sentido literal de la guillotina. Fue hábil hasta para eso. Nada más excitante para Bonaparte, durante décadas, que enfrentar a sus generales y mariscales para que se destrozasen entre ellos, evitando, de paso, que nunca llegaran a unirse contra él.

Por todo lo expuesto con anterioridad creo haber gestado un esbozo, cuando menos a grandes rasgos, del personaje al que nos enfrentamos: Napoleón Bonaparte, ese monstruo adorable. Por que, y sostengo esto pese a ser consciente de que en este preciso instante el lector tiene entre sus manos un libro, una novela de Patrick Rambaud, esto —en tanto artefacto emocional— es mucho más que otro libro acerca de Bonaparte y su mito, o que una novela más acerca del tema. El cebo, ahora y siempre, es Napoleón, no quienes lo glosan y vierten sobre él, apoyados en las más peregrinas coartadas, quintales métricos de loor e incienso. Con la novela de Rambaud, ocurre justo todo lo contrario: no vamos a encontrar nuevos motivos para amar al audaz tirano, al astuto hombre mediocre elevado a la categoría de deidad, al combatiente individual, henchido mas nunca ahíto, de egolatría, que resume lo peor y más sórdido de la condición humana, ni tampoco —o apenas nada— del héroe que lidia en soledad contra el mundo y las circunstancias, que suele ser lo que nos conmueve de él, sino, ya era hora, algo muy diferente: el lector tiene entre sus manos una historia narrada en tono absolutamente frío, a menudo incluso glacial, en cualquier caso neutro y convincente, en la que lo de menos resulta casi la presencia del emperador —que no obstante sobrevuela toda la obra como una obsesión terrible y alada—, y lo más importante acaba por ser, precisamente, la batalla que se nos describe escrupulosamente y da pie al relato: Essling.

Essling, incluso antes que Wagram y la posterior hecatombe del sueño napoleónico, marcó la frontera entre la gloria y la ignominia, pero Essling, que como se nos explica ya intentó novelar Balzac, aunque careció de paciencia para llevarlo a cabo, es más que una batalla. Sintetiza todo el absurdo y el horror de la guerra, de todas las guerras. Eso es algo que Patrick Rambaud plasma de modo magistral en su obra, donde se nos traza con delicadeza, a veces con sutil crueldad, la genealogía de la guerra. También, fundamentalmente, su desarrollo interno. El punto de vista narrativo, pues, es el de alguien que estuviera dentro de la batalla. En el lado francés, se nos dirá. Sí, pero aunque los austríacos jamás salen hablando, por ejemplo, están tanto o más que los propios franceses. Así, leyendo *La batalla* uno puede aprender más de los mecanismos de la guerra de lo que al principio imaginaba. Ésta es, en efecto, una novela logística (no me atrevo a decir: una novela militar, aunque también) en la que, y ésa es su principal virtud, además de la extremada elegancia con la que está narrada, llama la atención el hecho de que siendo en apariencia única y exclusivamente, digamos, una novela logísticomilitar, también habla, y con indudables dosis de hondura, de las pasiones humanas. He ahí la mano maestra de Rambaud para describirnos ciertos paisajes o atmósferas: «De súbito los pájaros dejaron de cantar», y eso significa que va a iniciarse el baile de la Muerte. O cuando describe al emperador: «Napoleón estaba muy pálido, la piel casi transparente, con el semblante liso y desprovisto de expresión de una estatua inacabada. Contempló el cielo, y entonces posó en el suelo la mirada de sus ojos vacíos». Acaba de hacernos una descripción de su alma.

Como dije antes, también en esta novela aprendemos a entender la guerra desde su mismo corazón, que no desde su imposible sentido ético. Aprendemos a distinguir por qué los caballos pueden o no comer avena y cebada. O de qué dependen las victorias, a veces de un viento repentino o del capricho de un río, como sucederá con el Danubio. Aprendemos a enfrentarnos cara a cara al

espanto más inenarrable, y que se sintetiza en esa demoníaca proclividad que tienen los hombres a masacrarse cíclicamente entre sí, con multitud de escenas sobrecogedoras.

Cómo los médicos castrenses deben utilizar sierras de carpintero —infectadas, claro— para cercenar y amputar piernas, brazos, todo. Cómo se emborracha con vino barato a los soldados para que se lancen a los brazos de una muerte prácticamente segura. Cómo esos soldados se levantan entre la hierba y los escombros, absolutamente ensangrentados, y no saben a quién pertenece esa sangre, si a ellos, a algún compañero o a cualquier animal, y así aguardan, sencillamente, morir o seguir viviendo unos minutos o días más. La obsesión por el descanso: «Cada uno de ellos pensaba que descansaría después de la batalla, en el suelo o bajo tierra», qué más da. O qué se siente al hundir la espada en un pecho enemigo y cómo crujen las costillas. Y cómo se evita la mirada de ese enemigo al que acabas de destripar, y antes de derrumbarse para siempre te observa, incluso sin rencor, más bien con estupefacción y duda, preguntándose en silencio por qué has hecho eso con él, que ni siquiera te conocía de nada, si hasta puede que fuese campesino como tú, o herrero o padre de familia. ¿Por qué? Porque hay napoleones y, lo que es peor, hombres cultos que los exaltan, en todos los países y épocas, en libros—libelo camuflados de muy eruditas tesis historiográficas o novelas históricas destinadas exclusivamente a vender —una forma como otra de que todo se perpetúe— y a impedir que muera la sempiterna fascinación por figuras como la de Bonaparte, al que uno de sus fieles del Estado Mayor comenta que aguardan la llegada de refuerzos, y Napoleón le dice: «Cuando esos batallones crucen el Danubio seremos sesenta mil... —Menos los muertos —murmuró Sainte-Croix. —¿Cómo decis? —Nada, Sire, me aclaraba la voz.»

No obstante, creo que hay un momento sublime en la novela, en el sentido de que explica el sinsentido de la guerra y su azote a lo largo de las civilizaciones. Los franceses están descansando en mitad de la batalla, pues ha llegado la noche. De repente, cuando empieza a amanecer, a lo lejos se oye el rumor de unos pífanos. Tocan una canción. Son los austríacos, que se disponen a volver a la carga con renovadas energías y fe. Y la canción que oyen los franceses es La Marsellesa, adoptada ahora por sus enemigos como un himno de lucha por la independencia y la libertad. Entonces las tropas napoleónicas guardan silencio, «se callaron para escuchar el antiguo himno del ejército del Rhín, extendido en toda la Francia sublevada por los voluntarios de Marsella, que acompañó a la Revolución y a sus soldados hasta que llegó el imperio, cuando fue prohibido por decreto como una vulgar canción sediciosa». Es ése el instante mágico en el que Lannes y Masséna evitan mirarse, avergonzados, pues ahora son mariscales, ricos, e incluso... ¡aristócratas!, y todo por designio de su venerado Sire. Pero es también ése el momento en que ellos saben que han perdido la guerra, pues no luchan por salvar lo que les pertenece y siempre fue suyo, sino por tener más y más sin importarles en exceso sacrificar impunemente a cientos de miles de inocentes patriotas en el campo de batalla.

Essling, por lo tanto, no fue una batalla más. Desde que ha servido para que un escritor especule en torno a ella, dejando una lección para la posteridad, adquiere proporciones que trascienden con mucho su importancia en los libros de historia militar. Entender Essling es, de entrada, estar prevenidos contra los Esslings que sin duda volverán. Articular una estrategia de defensa para evitarlo, eso será ya hacer de pequeños bonapartes en esta vida que nos ha tocado vivir.

LA BATALLA

A la señora Pham Thi Tieu Hong con amor,

A la señorita Xuan con afecto,

Al señor Balzac con mis excusas.

Capítulo primero

VIENA EN 1809

El martes, 16 de mayo de 1809, por la mañana, una berlina rodeada de jinetes salió de Schönbrunn y avanzó lentamente a lo largo de la orilla derecha del Danubio. Era un coche ordinario, de color verde oliva, sin ningún escudo. A su paso los campesinos austriacos se quitaban los negros sombreros de ala ancha, por prudencia pero sin respeto, pues conocían a los oficiales que montaban los caballos árabes de largas crines, con una piel de pantera bajo las nalgas, uniformes a la húngara, blanco y escarlata, una sobrecarga de adornos dorados y una pluma de garza en el chacó. Aquellos jóvenes jinetes acompañaban a todas partes a Berthier, el mayor general del ejército de ocupación.

Una mano en el extremo de una manga hizo un gesto a través de la ventanilla bajada. Al punto, el caballerizo mayor, Caulaincourt, quien permanecía a caballo junto a la portezuela, apretó los flancos de su montura con las rodillas, alzó el bicornio y los guantes con movimientos de acróbata, liberó un mapa plegado de los alrededores de Viena que le pendía de un botón de la chaqueta y lo tendió al tiempo que saludaba. Poco después el coche se detuvo ante el río de aguas amarillentas y rápidas.

Un mameluco enturbantado saltó del pescante de los lacayos, desplegó el estribo, abrió la portezuela e hizo unas zalemas exageradas. El emperador bajó del coche al tiempo que se tocaba con el sombrero de piel de castor chamuscada por la plancha. Encima del uniforme de granadero se había puesto, a modo de capa, la levita de paño gris de Louviers. El calzón tenía manchas de tinta, debido al hábito de limpiar en él las plumas. Antes del desfile diario debía de haber firmado un rimerero de decretos, porque quería decidirlo todo, desde la distribución de los zapatos nuevos a la Guardia hasta el aprovisionamiento de las fuentes parisienses, mil detalles que a menudo no tenían nada que ver con la guerra que libraba en Austria.

Napoleón estaba empezando a engordar. El chaleco de casimir ceñía un vientre ya redondeado, el cuello era inexistente y los hombros casi habían desaparecido. Su mirada indiferente sólo se inflamaba cuando sufría un acceso de cólera. Aquel día estaba de mal humor y apretaba los labios. Cuando tuvo la certeza de que Austria se armaba contra él, cubrió en cinco jornadas la distancia entre Valladolid y Saint-Cloud, a un galope que mató a sabe Dios cuántos caballos. Entonces dormía diez horas de noche y otras dos en el baño, y gracias a sus reveses en España y aquella nueva acción emprendida a la ligera, recuperaba de golpe su resistencia física y su vigor.

Berthier bajó a su vez de la berlina y se reunió con Napoleón, quien se había sentado en el tronco de un roble abatido. Los dos hombres eran más o menos de la misma estatura y usaban la misma clase de sombrero. Era posible confundirlos de lejos, pero el mayor general tenía el cabello tupido y rizado y las facciones de su grueso rostro no eran tan regulares. Juntos contemplaron el Danubio.

—El lugar parece bien elegido, Sire—dijo Berthier, mordiéndose las uñas.

—Sulla carta militare, é evidente!—respondió el emperador, y se rellenó de tabaco las fosas nasales.

—Falta sondear la profundidad con barquillas...

—Eso es cuenta vuestra.

—... y medir la fuerza de la corriente...

—¡Es cuenta vuestra!

Como de costumbre, a Berthier le tocaba obedecer. Fiel, ejemplar, ponía en práctica las intuiciones de su señor, lo cual le confería un poder enorme y le valía adhesiones interesadas y no pocos celos.

Delante de ellos el Danubio se dividía en varios brazos que reducían la velocidad de la corriente, con islas cubiertas de prados, maleza, bosques de robles frondosos, olmos y sauces. Entre la ribera y la isla Lobau, la más grande, un islote podría servir de apoyo al puente que iban a construir. Más allá del río, en la desembocadura del Lobau, se adivinaba una pequeña planicie hasta los pueblos de Aspern y Essling, cuyos puntiagudos campanarios se percibían entre los grupos de árboles. A continuación se extendía una planicie inmensa con la mies todavía verde, regada por un arroyo seco en el mes de mayo, y al fondo, a la izquierda, las boscosas alturas del Bisamberg, donde se habían replegado las tropas austríacas, después de haber incendiado los puentes.

¡Los puentes! Cuatro años atrás, el emperador había entrado en Viena como un salvador, y los habitantes de la ciudad corrían por delante de su ejército. Esta vez, cuando llegó a los arrabales mal protegidos, tuvo que asediar la ciudad durante tres días, e incluso bombardearla antes de que la guarnición se retirase.

Un primer intento de cruzar el Danubio acababa de saldarse con un fracaso cerca del puente destruido de Spitz. Quinientos tiradores de la división Saint-Hilaire se habían asentado en la isla de Schwartz—Laken, dirigidos por los jefes de batallón Rateau y Poux, pero, como carecían de órdenes precisas y coordinación, habían descuidado apostar hombres de reserva en una casa grande que, a modo de fortín, podría proteger el desembarco de los demás. A la mitad de aquellos hombres los habían matado, y los restantes estaban heridos o eran prisioneros de la vanguardia enemiga apostada en la orilla izquierda, cuyos miembros cada mañana tocaban el himno austríaco del señor Haydn para poner en movimiento a los habitantes de Viena.

Ahora el emperador en persona estaba al mando. Se proponía destruir el ejército del archiduque Carlos, que ya era fuerte, antes de que consiguiera aliarse con el del archiduque Juan, que volvía de Italia a marchas forzadas. Para ello el emperador había apostado en el oeste, como vigía, a Davout y su caballería. Observaba la interminable llanura de Marchfeld que se extendía más allá del río y ascendía en el horizonte hacia la meseta de Wagram.

Un simple brigada, de uniforme mal abrochado y cano mostacho con las puntas hacia arriba, se dirigió a él en un tono gruñón, sin ponerse firmes siquiera.

—¡Me has olvidado, mi emperador! ¿Y mi medalla?

—¿Qué medalla? —inquirió Napoleón, sonriendo por primera vez en ocho días.

—¡Mi cruz de oficial de la Legión de honor, hombre! ¡Me la merezco desde siempre!

—¿Tanto tiempo?

—¡Rivoli! ¡San Juan de Acre! ¡Austerlitz! ¡Eylau! —Berthier...

El jefe de estado mayor anotó a lápiz el nombre del nuevo promovido, el soldado Roussillon, pero apenas había terminado de hacerlo cuando el emperador se levantó y tiró al suelo la hachuela con la que se había dedicado durante unos momentos a tallar el tronco de árbol.

—¡Andiamo! Quiero que haya un puente este fin de semana. Disponed brigadas de caballería ligera en ese pueblo, ahí detrás.

—Ebersdorf—dijo Berthier, examinando su mapa.

—Bredorf si queréis, y tres divisiones de coraceros. ¡Empezad en seguida!

El emperador no daba jamás una orden o una reprimenda de manera directa. Esta tarea competía a Berthier, el cual, antes de subir a la berlina, hizo una seña a uno de sus ayudantes de campo vestidos con trajes de ópera.

—Lejeune, ocupaos de eso con el señor duque de Rivoli.

—Bien, monseñor—respondió el oficial, un joven coronel del cuerpo de ingenieros, oscuros la piel y el pelo, con una cicatriz patética, como una rayadura, en la parte izquierda de la frente.

Lejeune montó en su caballo árabe, se ajustó el cinturón de seda negra y oro, se quitó una mota del dolmán de piel y contempló la partida del coche imperial con su escolta. Se quedó rezagado y, como buen profesional, estudió el Danubio y las islas fluviales batidas por la corriente. Ya había participado en la construcción de puentes sobre el río Po, con maderos, anclas y almadías, a pesar de las lluvias intensas, pero ¿cómo colocar soportes en aquellas aguas amarillentas que formaban espumeantes torbellinos?

El gran brazo del río discurría por el sur a lo largo de la isla Lobau, y el ayudante de campo sospechaba que hacia la otra orilla, que era preciso alcanzar, había tierras pantanosas, lodazales que, según fuese su nivel, el río dejaba aparecer en forma de lenguas de arena.

Lejeune hizo que su caballo, demasiado nervioso, diese la vuelta y tomó la dirección de Viena. No lejos del pueblo de Ebersdorf divisó un arroyo en uno de cuyos meandros protegidos pondría a flote pontones y barcas. Detrás del bosquecillo estaría a cubierto el maderamen, las cadenas, los pilotes, las viguetas, todo un taller oculto. A continuación Lejeune se dirigió sin tardanza hacia los arrabales donde acampaba el duque de Rivoli, un espadachín a quien Napoleón llamaba primo mío, ávido, sin normas por las que regirse y deslenguado, pero un estratega impecable, cuya infantería, adiestrada por aquel loco furioso que era Augereau, alcanzó fama en el pasado al franquear el puente de Arcole. Era Masséna.

Los ejércitos de Lannes, con tres divisiones de coraceros, estaban acantonados en la ciudad vieja. Los de Masséna habían tomado posiciones junto a los arrabales, en el campo raso, donde el mariscal se había reservado un pequeño castillo de verano con pináculos barrocos, abandonado por los nobles vieneses que habían debido alcanzar una provincia más segura o el campamento del archiduque Carlos. Cuando entró en el patio de armas, Lejeune no tuvo necesidad de presentarse, puesto que sólo los edecanes de Berthier tenían derecho a llevar pantalones rojos, que les servían de salvoconducto. Siempre llevaban directrices del estado mayor, es decir, del mismo Napoleón. Eso no impedía que los guripas vieran sin ninguna simpatía tales privilegios, y el dragón a quien Lejeune confió su lujoso caballo miró de soslayo, con envidia, las fundas de arzón y la silla de montar dorada. Los hombres despechugados habían sacado de las salas de la planta baja cátedras y sillas tapizadas, que ahora estaban diseminadas por doquier sobre el empedrado. Algunos, parecidos a corsarios, fumaban en largas y finas pipas de barro. Se pavoneaban ante los vivaques cuyas fogatas alimentaban con fragmentos arrancados de marquetería de ébano y violines. Otros bebían vino del mismo tonel, por medio de pajas, y se daban empellones mientras reían, soltaban juramentos y se salpicaban. Unos cuantos corrían detrás de una bandada de ocas chillonas; intentaban cortarles el cuello al vuelo, con los sables, para asarlas sin eviscerarlas siquiera, y volaban las blancas plumas que los hombres se arrojaban al rostro mutuamente, a puñados, como chiquillos.

En las dependencias, los soldadotes se habían divertido lacerando los retratos de familia. Las telas de los cuadros pendían en tiras lamentables. Delante de la escalera de mármol, un artillero disfrazado de mujer, envuelto en un vestido de baile, indicó a Lejeune el camino con una voz de falsete, mientras sus compañeros de saqueo se desternillaban de risa. También ellos iban

disfrazados, uno con una peluca empolvada que le caía sobre la nariz, otro con una levita parda tornasolada cuya espalda había desgarrado al ponérsela, un tercero llenando su gorra de cuartel de cucharas y cubiletes plateados extraídos de un mueble panzudo que había roto. Lejeune hizo una mueca de disgusto y subió al piso donde estaban los aposentos del mariscal. Sus botas hacían crujirlos fragmentos de porcelana. En una sala que se abría a un balcón con columnas salomónicas, oficiales, ordenanzas y comisarios de civil charlaban mientras elegían candelabros o jarrones que sus criados colocaban en cajas rellenas de paja. En un sofá, un coronel de húsares incordiaba a la hija de un granjero de la vecindad, requisada como sus hermanas y al servicio de un escuadrón. Subido a una consola de palo de rosa, un ayuda de cámara con guantes blancos trataba de descolgar una araña de luces. Lejeune, agarrándole las pantorrillas, le pidió que le anunciara.

—Eso no es de mi competencia —replicó el sirviente, muy atareado en su pillaje.

Entonces Lejeune, de un brusco puntapié, volcó la consola, y el sirviente quedó suspendido de la araña, pataleando y chillando, lo cual divirtió sobremanera a los presentes. Aplaudieron a Lejeune, y un general de brigada, al reparar de improviso en su uniforme del estado mayor, le ofreció vino alemán en una taza. En aquel momento se abrió una puerta de doble batiente.

Masséna, con atuendo y babuchas de sultán, entró en el salón, gritando:

—¡Podríais vociferar menos, hatajo de sabandijas!

El mariscal, tuerto, de cara ancha pero con la nariz aguileña, el cabello negro y tupido, corto y peinado a lo Tito, tenía una hermosa y recia voz, pero no obtuvo más que un guirigay en lugar de silencio y, al ver a Lejeune, el único hombre digno en medio de aquel barullo, le ordenó:

—Venid, coronel.

Entonces volvió la espalda levemente curvada para regresar a su habitación, seguido al punto por el mensajero del emperador. En el recodo de un pasillo, Masséna se paró en seco ante un macizo reloj de péndulo, dorado y bermejo, que representaba unos ángeles rollizos golpeando una especie de gong.

—¿Qué os parece?

—¿La situación, señor duque?

—¡La situación no, pedazo de alcornoque! Me refiero a este péndulo.

—A primera vista, es un hermoso objeto —dijo Lejeune.

—¡Julien!

Un criado con librea granate apareció como salido de ninguna parte.

—Nos llevamos esto, Julien —dijo Masséna.

Señaló el reloj de péndulo, que el otro tomó con cuidado en sus brazos, resoplando porque era pesado. Una vez en la habitación que formaba ángulo, Masséna se sentó en el borde de un lecho con dosel de terciopelo y preguntó por fin:

—Y bien, joven, ¿cuáles son las órdenes?

—Construir un puente flotante sobre el Danubio, a seis kilómetros al sudeste de Viena.

Masséna permanecía impassible cualquiera que fuese la tarea encomendada. A sus cincuenta y un años, ya lo había sufrido todo y no le quedaba nada por hacer. Se sabía de él que era un ladrón, decían que era rencoroso, pero una vez más el emperador tenía necesidad de su pericia bélica. De ordinario, el mariscal despreciaba a quienes denominaba «los papanatas de Berthier» o «los arrendajos», porque él, hijo de un mercader aceitero de Niza, contrabandista durante cierto tiempo,

no había nacido mariscal ni duque, como aquellos Juan Lanas procedentes de la banca o del mundo aristocrático, marqueses, fatuos que llevaban pomadas y objetos de tocador en las cartucheras, los Flahaut, Pourtalés, Colbert, Noailles, Montesquiou, Girardin, Périgord... Sin embargo, no incluía entre ellos a Lejeune: era el único burgués de aquella pandilla, aunque al igual que los otros hubiera aprendido a saludar en casa de Gardel, el maestro de los ballets de la ópera. Y además tenía un talento con los pinceles que Su Majestad apreciaba.

—¿Habéis descubierto el lugar apropiado? —inquirió Masséna.

—Sí, señor duque.

—¿Cómo es? ¿Qué longitud tiene?

—Unos ochocientos metros.

—Es decir, ochenta barcas para sostener el piso del puente...

—He previsto un río, señor duque, donde podríamos ponerlas a resguardo.

—Y tablones, digamos nueve mil... Para eso hay bosques a talar en este dichoso país.

—Más unas cuatro mil viguetas y, por lo menos, nueve mil metros de cordaje resistente.

—Sí, y anclas.

—O cajas de pescador, señor duque, que llenaremos de proyectiles.

—Procuremos economizar los proyectiles, coronel.

—Lo intentaré.

—¡Bien, de prisa, requisadme todo lo que flote!

Lejeune se disponía a salir cuando Masséna le retuvo con un grito.

—Lejeune, vos que fisgoneáis por todas partes, decidme...

—¿Sí, señor duque?

—Dicen que los genoveses han colocado cien millones en los bancos de Viena. ¿Es cierto?

—Lo ignoro.

—Comprobadlo. Insisto en ello.

Un bulto gruñó bajo las ropas de cama, y Lejeune percibió unos mechones claros. Con la sonrisa cómplice de un chalán, Masséna separó el cubrecama bordado y alzó a una mujer joven apenas despierta, sujetándola por la cabellera.

—Coronel, prevenidme lo antes posible acerca del dinero de los genoveses y os la doy. Es la viuda de un tirador corso despanzurrado la semana pasada, ¡es dócil y tiene las redondeces de una duquesa!

A Lejeune no le gustaba esa conducta propia de cabaret, lo cual era patente en la expresión de su cara. Masséna pensó que, a pesar de todo, aquellos jóvenes gazmoños no eran auténticos soldados. Dejó caer a la mujer sobre las almohadas de seda y dijo en un tono más seco:

—¡Marchaos! ¡Id a casa de Daru!

El conde Daru dirigía la intendencia imperial. Había establecido sus servicios en un ala del castillo de Schönbrunn, cerca del emperador, a una media legua de Viena. Allí regía por medio de sus gritos a todo un pueblo de civiles, pues ya no era un ejército lo que seguía a Napoleón sino una horda, una ciudad en marcha, una dotación de cinco batallones para conducir dos mil quinientos

carros de suministros y material, y compañías de panaderos, constructores de hornos, albañiles bávaros, todos o casi todos los oficios, bajo las órdenes de noventa y seis comisarios y adjuntos; aquéllos se ocupaban del alojamiento, el forraje, los caballos, los coches, los hospitales, el revituallamiento, en fin, de todo. Daru debía de saber dónde encontrar embarcaciones.

Lejeune cruzó un largo puente adornado con esfinges, sobre el río Viena, y luego una alta verja fianqueada por dos obeliscos rosados con sendas águilas de plomo en la parte superior. Entró en el patio cuadrado de Schönbrunn, aquel castillo donde los Habsburgo residían en verano sin demasiado protocolo, a la sombra de un parque en el que correteaban unas ardillas nada esquivas. En el vaivén de las comitivas y los batallones de la Guardia, divisó un cabo con charreteras de lana verde.

—¿Daru? —le gritó.

—Por allí, mi coronel, bajo la columnata de la izquierda pasado el gran estanque.

Era un palacio vienés, es decir, pomposo, íntimo, barroco y austero al mismo tiempo, una imitación de Versalles, de color ocre y más reducido, así como más irregular. Lejeune encontró a Daru, quien gesticulaba en medio de un grupo. Insultaba a uno de sus comisarios, un hombre tocado con bicornio. Veía la llegada de Lejeune como una molestia: ¿qué más iban a pedirle? Vestía un frac abrochado sobre un abdomen considerable, con los faldones remangados, y se puso en jarras.

—Señor conde

—empezó a decir Lejeune al desmontar. —¡Al grano! ¿Qué imposibilidad me pide Su Majestad?

Separaba cada sílaba, como se acostumbra en el Mediodía francés, añadiendo música a la voz.

—Ochenta barcos, señor conde.

—¡Vaya! ¿Nada más que eso? ¿Y tengo que inventarme esas barcazas? ¿El ejército va a pasearse por el Danubio?

—Son para sostener un puente.

—¡Ah, me lo figuraba! (A sus acompañantes.) ¡No os quedéis ahí como pasmarotes! ¿Es que no tenéis trabajo? (Entonces, mientras los demás se dispersaban, añadió con semblante serio:) No quedan barcos en Viena, coronel. ¡Ni uno! ¡Los austríacos no son tan pánfilos! Han hundido la mayor parte de las embarcaciones, o las han hecho descender río abajo hasta Presbourg, a fin de ponerlas fuera de nuestro alcance. No están locos, ¿eh? ¡No nos quieren en la orilla izquierda de su Danubio!

Daru tomó a Lejeune del brazo y le llevó a un despacho lleno de cajas y muebles amontonados, dejó sobre una mesa su sombrero de fieltro con escarapela, expulsó con un rugido a dos adjuntos que por desgracia para ellos se habían adormilado y, cambiando de tono, como un actor, pasó del furor al fingido abatimiento:

—¡Qué desbarajuste, coronel, qué desbarajuste! ¡Nada funciona! ¡No tengo más que problemas! ¡Creedme, este maldito bloqueo nos perjudica!

En efecto, tres años atrás el emperador había decidido aislar a Inglaterra, prohibiendo sus productos en el continente, pero eso no impedía el contrabando. Por otra parte, los capotes del ejército eran de paño tejido en Leeds, y los zapatos procedían de Northampton. Inglaterra seguía dominando el comercio mundial, y era la Europa imperial la que se condenaba a la autarquía: de pronto faltaba el azúcar y el añil para teñir de azul los uniformes, de lo que Daru se quejaba:

—Nuestros soldados visten de cualquier manera, con lo que cogen en los pueblos o después de los combates. ¿A qué se parecen, queréis decírmelo? ¡A una compañía de actores trágicos, ambulantes y andrajosos! Tienen chaquetas grises birladas a los austríacos, ¿y qué es lo que pasa? ¿No lo sabéis? Os lo voy a decir, coronel, os lo voy a decir... (suspiró ruidosamente). A la primera herida, por leve que sea, sobre un tejido claro la sangre se extiende y hace visible; un rasguño da la impresión de un bayonetazo en la tripa, ¡y esa sangre desmoraliza a los otros, les causa un miedo profundo, los paraliza! (Daru adoptó de repente el tono de voz de un comerciante de ropa:) Mientras que sobre el azul, un hermoso azul muy oscuro, esas manchas desgraciadas se ven menos y, por lo tanto, asustan menos...

El conde Daru se dejó caer en un sillón de estilo rococó, cuya madera hizo crujir, y desplegó un mapa de estado mayor mientras proseguía su discurso:

—Su Majestad quiere plantar glasto cerca de Toulouse, Albi, Florencia... Muy bien. ¡Antes esa hierba crecía de maravilla, pero no tenemos tiempo! Y además ¿habéis visto los reclutas? ¡A su lado los del año pasado tienen pinta de veteranos! Hacemos la guerra con críos disfrazados, coronel... (examinó el mapa y volvió a cambiar de tono:) ¿Dónde queréis ese puente?

Lejeune indicó la isla Lobau sobre el mapa desplegado. Daru suspiró todavía más fuerte:

—Vamos a ocuparnos de ello, coronel. —¿Os daréis mucha prisa?

—Lo antes posible.

—También hay que reunir cordajes, cadenas...

—Eso es más fácil, pero supongo que no habéis probado bocado desde esta mañana.

—Así es.

—Aprovechaos de mis cocineros. Hoy han hecho un guisado de ardilla, lo mismo que ayer y que mañana. No está mal, se parece un poco al conejo, ¡y además hay tantas en el parque! Luego... ¡pues nos zamparemos los tigres y los canguros de la casa de fieras del castillo! Eso promete ciertas emociones a nuestros estómagos hastiados... Id a ver al comisario Beyle, que está en la oficina de arriba. Yo os dejo. Los hospitales no están listos, el forraje no llega con regularidad y vuestros malditos barcos... En fin, como decía el poeta Horacio, mi querido Horacio, un alma bien preparada espera la felicidad en el infortunio.

—Una última cosa, señor conde.

—Decidme.

—Parece ser que los genoveses...

—¡Ah, no, coronel! ¡Que me dejen en paz con esos pretendidos millones! ¡Sois el tercero que envía Masséna para informarse! Todo lo que he encontrado, aparte de los cañones del arsenal, es esto...

Volcó con su zapato de hebilla una caja de madera, y unos cuantos florines austríacos se diseminaron por el suelo.

—Los debemos al trabajo minucioso del señor Savary —explicó Daru—. Son falsos, y los utilizo para pagar a mis proveedores autóctonos. Podéis coger uno o dos fajos.

—¡Henri!

—¡Louis-François!

Louis-François Lejeune y Henri Beyle, quien todavía no se llamaba Stendhal, se conocían

desde hacía nueve años. Cuando estaban destinados en Milán, habían reñido por una lombarda descarada, pero quien se la llevó fue Lejeune, y Henri se sintió feliz en el fondo: prefería lo no consumado, y ¿le habría aceptado aquella italiana demasiado hermosa? Por entonces se consideraba muy feo, y de ahí su timidez, a pesar del uniforme verde del 6.º de dragones y el casco con sus crines y su turbante de piel de lagarto. Volvieron a verse más adelante, ya en París, en una rifa del Palais—Royal, y fueron a casa Véry, en los bulevares, para comer ostras a diez sous la docena bajo candelabros dorados. Lejeune le había invitado. Henri, que había abandonado el ejército y ya no tenía un céntimo, aprovechó la ocasión para devorar un capón. Lejeune estaba a punto de incorporarse a su regimiento en Holanda. Henri se imaginaba plantador en Louisiana, banquero o dramaturgo de éxito, a causa de las actrices...

Ahora el azar de una misión hacía que volvieran a encontrarse delante de Viena. Uno estaba sorprendido y el otro no, pues nada más normal que Lejeune fuese coronel, ya que había elegido su carrera y persistido en ella, pero ¿y Henri? Entonces era un muchacho robusto de veintiséis años, la piel reluciente, la boca fina, casi sin labios, ojos castaños y almendrados, el cabello, con la línea de arranque muy hacia atrás, desgreñado sobre la ancha frente. Lejeune, lleno de asombro, le preguntó qué se traía entre manos en aquella oficina de intendencia.

—Verás, Louis-François, para ser dichoso tengo necesidad de vivir en medio de grandes acontecimientos.

—¿Como comisario de guerra?

—Adjunto, nada más que adjunto.

—Sin embargo, Daru me ha dicho que viera al comisario Beyle. —Es demasiado bueno, debe de estar enfermo.

El conde Daru tenía a Henri en baja estima, le trataba sin cesar de atontado, era rudo con él, le confiaba tareas pesadas o carentes de interés.

—¿Cuáles son mis órdenes? —preguntó a su amigo, a la vez encantado de volver a verle e inquieto por lo que iba a pedirle.

—Poca cosa. Debes ofrecerme ardilla en salsa a cuenta del conde Daru.

—My. Godl ¿Te apetece eso?

—No.

Henri se abrochó el frac azul, cogió su sombrero con escarapela tricolor y aprovechó la ocasión para huir de la oficina. Al cruzar la sala vecina avisó a sus secretarios y empleados que no volvería en toda la jornada, y los otros, al ver el uniforme de Lejeune, no le preguntaron por el motivo, juzgando que sería considerable. Una vez en el exterior, Lejeune le preguntó:

—¿Te llevas bien con esos chupatintas?

—¡Qué va, Louis-François! Te lo aseguro. Son groseros, intrigantes, necios, insignificantes...

—Cuéntame. —¿Adónde vamos?

—He requisado una casa en la ciudad vieja y me alojo ahí con Périgord.

—Bien, vamos allá, si no te avergüenzas de mi traje de civil y mi caballo. Te advierto que es un auténtico percherón.

Camino de la cuadra hablaron de sí mismos, sobre todo de Henri: no, no renunciaba al teatro, y siempre que podía, incluso cuando viajaba en coche, estudiaba las obras de Shakespeare,

Gozzi y Crébillon hijo, pero escribir comedias no daba para vivir y él ya no quería deber nada a su familia. Sin embargo, había aceptado la protección de Daru, un pariente lejano. Desde la intendencia imperial, esperaba solicitar un puesto de auditor al Consejo de Estado, lo cual no era de por sí un oficio sino una etapa hacia todos los empleos y, en primer lugar, una renta. Henri acababa de pasar dos años en Alemania, donde distribuyó el tiempo entre la administración, la caza, la ópera y las muchachas.

—En Brunswick he aprendido a ser menos tímido y a cazar —afirmó.

—¿Tienes buena puntería?

—¡La primera vez que salí a cazar patos abatí dos cuervos!

—¿Y ningún austríaco?

—Todavía no he visto una auténtica batalla, Louis-François. No pude intervenir en la de Viena por unos pocos días. Ante Neubourg creí oír los cañones, pero era una tormenta.

Henri había podido franquear el puente de Ebersberg después de que la ciudad hubiera sido pasto de las llamas. Su coche rodaba sobre cadáveres sin rostro, y él veía surgir las entrañas bajo las ruedas. A fin de parecer desenvuelto y fingir dureza, había seguido charlando a pesar del tenaz deseo de vomitar. Ahora, cuando entraron en la cuadra de la intendencia, Lejeune exclamó:

—¿Es éste tu caballo?

—El que me han otorgado, sí, ya te lo he advertido.

—Tienes razón. ¡No le falta más que el arado!

La diferencia de atuendo y montura no podía ser mayor, pero los dos amigos, sin preocuparse por el ridículo que hacían, tomaron la ruta de Viena, cuyas murallas y la alta aguja del campanario de San Esteban se veían a lo lejos.

Viena tenía dos recintos amurallados. El primero, una sencilla elevación de tierra, limitaba los arrabales muy poblados donde se apiñaban casas bajas de techos rojizos, mientras que el segundo encerraba la ciudad vieja detrás de una recia muralla provista de fosos, bastiones, casamatas y caminos cubiertos, pero como los vieneses ya no temían a los turcos ni los rebeldes húngaros, habían surgido libremente hoteles y almacenes a lo largo de aquellas fortificaciones, y en los glasis se habían plantado árboles que trazaban paseos.

Lejeune y Beyle cruzaron el arco de una gran puerta y se adentraron al paso en las calles tortuosas de la ciudad, entre casas altas, estiradas, medievales y barrocas mezcladas, pintadas con colores suaves, italianos, las ventanas cargadas de flores azules y jaulas con pájaros. El espectáculo de los transeúntes alegraba menos la vista, pues no había más que soldados por doquier.

Al ver las tropas descabaladas que ocupaban Viena, Henri se dijo que un vencedor es una cosa fea. Napoleón acababa de concederles durante cuatro o cinco días aquella ciudad apenas mayor que un barrio de París, y ellos se aprovechaban. Se habría dicho que eran una jauría de perros de caza. Era cierto que habían corrido mil veces el riesgo de morir, y de una manera espantosa, que habían dejado a sus espaldas cadáveres de amigos, lisiados, ciegos, un brazo, una pierna, pero ¿justificaba la recaída en el miedo semejante desbordamiento? Aquellos muebles que los dragones bajaban a la calle por medio de cuerdas, mientras que sus cómplices ponían en peligro las cornisas, no podía dejar de indisponer a los franceses con una población que, sin embargo, era de natural apacible. Un coracero con casco de hierro, envuelto en un largo manto blanco austríaco, había arrojado al suelo un vestuario teatral, clarinetes y pieles robadas que esperaba vender en pública subasta. Había otros puestos en una calleja, donde aquellos piratas vendían su botín, collares de

cristal o de perlas, vestidos, copones, sillas, espejos, estatuillas deterioradas, y la gente se empujaba como en un zoco de El Cairo, una gente que hablaba veinte lenguas y procedía de veinte países para fundirse con arrogancia en un solo ejército, polacos, sajones, bávaros, florentinos a los que apodaban charabías, un mameluco de Kirmann que no tenía de árabe más que el calzón abombado, pues había nacido en SaintOuen. Había pabellones en las plazas y los cruces de las avenidas. Soldados de infantería con polainas grises abotonadas hasta muy arriba roncaban sobre la paja en el atrio de una iglesia. Cazadores con trajes oscuros tiraban de unos caballos negros, y un grupo de carabineros a pie hacía rodar barriles de riesling. Algunos húsares galleaban delante de un café, comiendo carne hervida, orgullosos de sus calzones azul cielo y sus chalecos rojo vivo, con sus pesadas coletas trenzadas que servían para amortiguar los sablazos y sus desmedidos penachos de plumas en el chacó. Un tirador salió de un porche con una ristra de salchichas en bandolera. Se tambaleaba un poco mientras se ponía de cara al muro para mear.

—¡Mira! —dijo Lejeune a su amigo—. Parece como si estuviéramos en Verona...

Señaló con la mano una fuente, un inmueble estrecho, la luz amarilla que destacaba las fachadas de una placita. Lejeune fingía no ver nada más. No era un oficial ordinario. De sus guarniciones y sus campañas se había traído una multitud de croquis y cuadros muy bien logrados. Cuando Napoleón era primer cónsul le había comprado su cuadro de la batalla de Marengo. En Lodi, en Somosierra, partía a la guerra como si estuviera delante de su modelo. Sus personajes, representados en movimiento, servían de apoyo, como en el asalto al monasterio de Santa Engracia de Zaragoza, donde en primer plano la gente se mataba ante una Virgen de piedra blanca. Lo que atraía de esa composición era el monumento arabizado, el cincelado del claustro, la torre cuadrada, el cielo. Y lo que destacaba en Aboukir era la luz cruda sobre la península, un calor que hacía vibrar los grises y amarillos. Así pues, Louis-François no miraba a los soldados achispados, sino que admiraba el aspecto del palacio Pallavicini, y el frontón del palacio Trautson le evocaba a Palladio. Este amor permanente por los objetos bellos había aproximado no hacía mucho a Louis-François y Henri Beyle, y de ahí nació una amistad que no quebraron ni las guerras ni las ausencias.

—Ya llegamos —dijo Lejeune cuando entraban en el barrio bastante elegante de la jordingasse.

De repente, al doblar una esquina, su caballo se encabrita.

Allá abajo, unos dragones entran y salen de una casa rosada con los brazos cargados de telas, vajillas, frascos y jamones ahumados que amontonan en un carricoche militar. «¡Ah, los muy cochinos!», exclama Lejeune, espoleando a su montura para irrumpir en medio del enjambre de ladrones. Estos, sorprendidos, dejan caer un cofre, que se parte. Uno de ellos pierde su casco en el bullicio, otro gira sobre sus talones y acaba chocando con el muro. Henri se aproxima. Sin bajar del caballo, pero dentro del vestíbulo, su amigo distribuye golpes de fusta y puntapiés.

—¡La ciudad es nuestra, mi oficial! —dice un alto coracero cuyo capote es el sayal de un monje español cortado al efecto. Lleva espuelas en las alpargatas y parece decidido a proseguir con la mudanza.

—¡Esta casa no! —grita Lejeune. —¡Toda la ciudad, mi oficial! —¡Fuera de aquí o te vuelo la cabeza!

Lejeune arma su pistola de arzón y apunta a la frente del insolente, el cual sonríe.

—¡Muy bien, disparad, mi coronel!

Lejeune le golpea violentamente con el cañón de su arma. El otro, alcanzado en un carrillo, escupe tres dientes y sangre. Entonces desenvaina el sable, pero sus compañeros le retienen y le sujetan los puños.

—¡Largo de aquí! ¡Largo de aquí! —grita Lejeune con la voz quebrada.

—¡Si vas al combate, mi oficial, no me des nunca la espalda! —gruñe el hombre con el maxilar sangrante.

—¡Fuera! ¡Fuera! —ordena Lejeune, golpeando al azar espaldas y cabezas.

Los soldadotes abandonan la plaza devastada. Dejan gran parte de su botín y montan a caballo o se sujetan a los lados del carricoche, que se pone en marcha. El alto coracero con capote pardo muestra el puño y dice bramando que se llama Fayolle y que siempre da en el blanco.

Lejeune tiembla de rabia. Finalmente desmonta, sube la pequeña escalinata de la entrada y ata el caballo en la argolla de la puerta. Un teniente sin sombrero ni guerrera, desplomado en la única banqueta, respira de un modo entrecortado y estertoroso. Es su ordenanza, y no ha podido intervenir contra los saqueadores. Henri se ha unido a ellos en el fondo del vestíbulo, interminable y austero.

—¿Han subido a los pisos?

—Sí, mi coronel.

—¿La señorita Krauss? —Con sus hermanas y —¿Estabas solo? —Casi, mi coronel. — ¿Périgord está ahí? —En su aposento del primer piso, mi coronel.

Seguido por Henri, Lejeune sube a toda prisa la empinada escalera principal, mientras el ordenanza recoge las vituallas olvidadas por los dragones.

—¡Périgord!

—Entrad, amigo mío —responde una voz que resuena en los pasillos vacíos.

Lejeune y Henri pisándole los talones entran en un amplio salón sin muebles donde, ante un espejo con marco de caoba, Edmond de Périgord, en pantalón rojo y con el torso desnudo, se aplica cera al mostacho para mantener las guías erguidas, ayudado por su criado personal, un regordete mofletudo, con peluca y librea que luce galones plateados.

—¡Périgord! ¡Habéis dejado que esos militarotes invadieran la casa!

—Es preciso que los brutos se diviertan antes de entrar en combate...

—¡Divertirse!

—Una diversión querido mío, tienen de bruto, desde luego. Tienen hambre, sed, no son ricos y se saben condenados a morir.

—¿Han subido a los aposentos de la señorita Krauss?

—Tranquilizaos, Louis-François —dijo Périgord, mientras encaminaba a su colega a las antecámaras del primer piso.

Dos dragones estaban tendidos sobre los escalones de una segunda escalera que conducía a los pisos.

su ama de llaves, mi coronel.

—Estos imbéciles querían saquear un poco por ahí arriba —dijo Périgord en voz cansada—. Se lo he prohibido y han tratado de abrirse paso a la fuerza...

—¿Los habéis matado?

—Oh, no, no lo creo. Han recibido al vuelo una silleta en plena cara. Os ruego que me creáis, querido mío, esas sillas son endiabladamente pesadas. Dicho esto, es posible que al caer se

hayan torcido el cuello, no los he mirado de más cerca. De todos modos, haré que se los lleven.

—Gracias.

—De nada, querido mío, por algo soy naturalmente galante. Henri, un poco atónito por la escena que acababa de presenciar, siguió de nuevo a su amigo, quien ahora corría por la escalera y los pasillos hasta una puerta maciza, a la que llamó al tiempo que decía:

—Soy yo, el coronel Lejeune...

Périgord, tras ponerse una bata llena de adornos y brocados, se había reunido con ellos. Sólo tenía erguido la mitad del mostacho. Mientras Lejeune llamaba a la puerta, su colega hablaba con Henri como si se tratara de una velada en el Trianon.

—El pillaje forma parte de la guerra, ¿no os parece?

—Me gustaría no creerlo así —dijo Henri.

—Recordad la historia de aquel veterano de Antonio que había intervenido en la campaña de Armenia. Había mutilado la estatua de la diosa Anaitis para llevarse un muslo. Al volver a casa, revendió la pierna de la diosa, se compró una casa en la región de Bolonia, tierras, esclavos... ¿Cuántos legionarios romanos, querido mío, volvieron con el oro robado en Oriente? Eso sirvió para el desarrollo de la industria y la agricultura en la llanura del Po. Veinte años después de Actium, la región era floreciente...

—Basta, Périgord —dijo Lejeune—. ¡Interrumpid un poco vuestras lecciones de historia!

—Lo cuenta Plinio.

Por fin se abrió la puerta y apareció una mujer mayor con un turbante de crepé blanco. Lejeune, que había nacido en Estrasburgo, le habló en alemán y ella le respondió en la misma lengua.

Sólo entonces el coronel se tranquilizó. Hizo una seña a Henri para que le siguiera al interior de la habitación.

—Yo me voy —dijo Périgord—. Con este atuendo descuidado apenas estoy presentable.

Anna Krauss tenía diecisiete años, el cabello muy negro y los ojos verdes. Cerró el libro que fingía leer, se levantó cuando los hombres avanzaron hacia ella, tomó asiento en el borde del sofá para calzarse unas sandalias romanas y se levantó con una ágil lentitud. Su larga falda de percal de las Indias, muy fina, lucía un bordado de flores de jazmín. La imitación de un broche antiguo sujetaba una túnica de encaje sobre los hombros redondeados. Sus manos sin joyas, su actitud de fragilidad y firmeza al mismo tiempo, la estrecha cintura pero las caderas rotundas, así, a contraluz, con la luz que atravesaba las prendas ligeras para dibujar mejor el cuerpo, toda ella surgía como una alegoría contradictoria en medio de la guerra. Lejeune la miraba con los ojos humedecidos. Había tenido tanto miedo... Ambos se pusieron a hablar en alemán, en voz casi baja. Henri, apartado, tenía las sienes sudorosas, las mejillas enrojecidas, la mirada fija. Sentía calor y frío al mismo tiempo, no osaba moverse y contemplaba a Anna Krauss. El óvalo italiano del rostro de la muchacha se parecía a un cuadro, al pastel de Rosalba Carriera que él había apreciado hacía poco en casa de un coleccionista de Hamburgo, pero no, el terciopelo de aquella piel, que la luz solar filtrada a través de las ventanas suavizaba todavía más, era real.

Al cabo de un momento, Lejeune se volvió hacia Henri para traducirle la conversación, pues a pesar de que había pasado dos años en Brunswick, donde todo el mundo hablaba con él en francés, excepto las sirvientas a las que chicoleaba sin que tuviera necesidad de entenderlas, Henri jamás se había acostumbrado a la aspereza de esa lengua.

—Le he dicho que el viernes iré a reunirme con los pontoneros en el Danubio y luego al estado mayor, para acantonarnos en la isla Lobau.

—Sí —dijo Henri.

—Le he dicho que durante mi ausencia es necesario que alguien de confianza proteja su casa de los posibles granujas que nuestros ejércitos llevan a cuestas.

—Granujas, en efecto...

—Le he dicho que vendrás a instalarte en Viena.

—Ah...

—¿No estás de acuerdo, Henri?

—De acuerdo...

—¡No se la puede dejar sola en esta ciudad ocupada!

—No se la puede...

Henri ya no encontraba las palabras y se limitaba a repetir, subrayándolos, fragmentos de las frases que decía su amigo.

—¿Tienes muchas ocupaciones?

—Ocupaciones...

—¡Henri! ¿Me estás escuchando?

Anna Krauss sonreía francamente. ¿Acaso se burlaba de aquel joven grueso y coloradote? ¿Había una onza de ternura en esa burla? ¿Un poco de simpatía? ¿Amaba a Lejeune? ¿Y qué sentía éste? Le jeune tomó a Henri por los hombros y le sacudió.

—¿Estás enfermo?

—¿Enfermo?

—¡Si te vieras!

—No, no, estoy bien...

—¡Entonces respóndeme, borrico! ¿Tienes mucho equipaje?

—Una gramática italiana de Veneroní—Gattel, el Homero de Bitanbé, Condorcet, la Vida de Alfieri, dos o tres trajes, menudencias...

—¡Perfecto! Que tu criado traiga todo eso mañana por la mañana.

—Mi criado me ha abandonado.

—¿Falta de dinero?

—Poco dinero.

—Me ocuparé de eso.

—También es preciso que Daru esté de acuerdo.

—Lo estará. ¿Aceptas?

—Por supuesto, Louis-François...

Lejeune tradujo este intercambio a Anna Krauss, resumiéndolo, pero ella había entendido lo esencial y palmoteaba como en un concierto. Henri, que seguía inmóvil, decidió aprender en serio

el alemán, puesto que en lo sucesivo tendría un verdadero motivo para hacerlo. Por lo demás, Anna Krauss se dirigió a él en su jerigonza, pero Henri no distinguió más que una melodía y le eludió el sentido de las palabras.

—¿Qué me dice, Louis-François? —Nos propone que tomemos el té.

Al anochecer, Lejeune recibió la orden de regresar en seguida a Schönbrunn y presentarse a Berthier, y Henri aceptó la invitación que le hizo Périgord de callejear por Viena. Lo cierto es que esperaba sonsacarle detalles de la vida de Anna, el único tema que le interesaba de veras desde primera hora de la tarde. Lejeune había dado a su amigo uno de los fajos de dinero falso que le ofreció Daru, y así podría invitar a Périgord, siempre parlanchín, pero conocedor de la ciudad y sus habitantes gracias a estancias anteriores. Partieron de los jardines del café Hugelmann, a orillas del Danubio y de sus puentes quemados. No había bañistas, a pesar del tiempo cálido, ni parroquianos ni marineros turcos, pero ni siquiera en aquellos parajes faltaban los soldados.

—En tiempo de paz —decía Périgord— unos veleros muy abigarrados te pasean por el río, pero nuestros hombres deben de haberlos requisado o quizá los austríacos los han hundido.

A Henri le traía sin cuidado, lo mismo que aquel jugador de billar húngaro, muy célebre, a quien iban a aplaudir y que seguía actuando durante las hostilidades. Era capaz de pasarse horas golpeando sus bolas sin perder un punto, lo cual acabó por cansar a nuestros dos franceses y decidieron ir hacia el Prater, muy cercano, en el arrabal de Leopold.

Périgord llevaba una pelliza con trenzas doradas y calzones negros metidos en unas botas con vuelta. A fin de evitar las risas burlonas, había prestado a Henri un caballo decente. En España, hacía poco, le habían robado varios caballos de mucho valor, y por ello había confiado la vigilancia de sus monturas, mientras picaban cangrejos de río, a un jovencísimo soldado que estaba de paso. El dócil muchacho les aguardaba.

—Bravísimo!—exclamó Périgord—. ¿Cómo te llamas?

—¡Tirador Paradis, señor, segunda compañía de línea, tercera división del general Molitor a las órdenes del mariscal Masséna!

Périgord deslizó unos florines en la guerrera del tirador y se dirigió a Henri, quien parecía pensativo o distraído, como si le agobiaran las preocupaciones.

—Mi criado llevará mañana vuestras cosas, Beyle, no os inquietéis.

—¿Conocéis a Anna Krauss?

—Me alojo en su casa desde hace tres días, miento, dos. En fin, dado lo curioso que soy y lo diáfana que es ella...

—¿Su familia?

—El padre es músico, pariente del señor Haydn.

—¿Dónde está?

—Dicen que ha seguido a la corte de Francisco de Austria, refugiado en alguna parte de Bohemia, pero ¿quién lo sabe con certeza?

—¿Su madre?

—Tengo entendido que ha muerto. No le llegaba el aire a los pulmones.

—¿De modo que la señorita Krauss se ha quedado sola en Viena?

—Con sus hermanas más jóvenes y un ama de llaves mayor que ella.

—¡Su padre la ha abandonado en plena guerra!

—Los vieneses no se toman nada en serio, querido mío. Mirad, como el lunes les parece triste y estropea el domingo, han convertido el lunes en día festivo. Semejante desenvoltura no está nada mal, ¿verdad?

—¿Creéis que Lejeune está enamorado?

—¿De los vieneses?

—¡No, hombre! De esa muchacha.

—Lo ignoro, pero los síntomas apenas dejan lugar a dudas, está febril, inquieto, medio pasmado... A decir verdad, también a vos la joven os causa palpitaciones.

—No os permito, señor...

—¡Ya, ya! Ni vos ni yo podemos evitarlo, pero la batalla promete ser más divertida entre vosotros dos que entre nosotros y las tropas del archiduque Carlos. ¿Sabéis?, lo que no me gusta nada de las guerras es la suciedad, la mala vestimenta, el polvo, la grosería, las horribles heridas. Uno tiene que volver entero, ¡ah, sí! Eso permite brillar en las fiestas, bailar con las falsas duquesas o las auténticas esposas de banqueros...

Llegaron a los paseos enarenados del Prater. Los grandes árboles habían sido abatidos para construir unas barricadas irrisorias. Sobre los cuadros de césped había pabellones, casitas, ca bañas, un quiosco chino, un chalet suizo, chozas de salvajes, un cafarnaún creado para la diversión y que solía frecuentar una población mezclada procedente de todo el planeta. Allí los vieneses se codeaban con bohemios, egipcios, cosacos, griegos. El emperador Francisco iba con frecuencia a pasear, solo y sin escolta, saludando a sus súbditos con el sombrero, como un burgués. En la noche veraniega nubes de insectos asaltaban a los paseantes, y Périgord bromeó:

—Un alemán me explicó hace poco que sin estos insectos el amor causaría por aquí demasiados estragos.

Se detuvieron ante un carromato que ofrecía un espectáculo curioso, cuyos papeles se repartían entre marionetas y enanos, ante un público de soldados franceses y aliados, la mayoría de los cuales no entendían el texto pero se divertían distinguiendo a los actores de carne y hueso de los de madera.

—¿Qué representan? —preguntó Henri.

—Una obra de Shakespeare, querido mío. ¿Veis esa figura diminuta con una barba falsa y la corona de cartón? Está diciendo el famoso monólogo: «¿Qué temo? ¿A mí mismo? (Périgord recitó representando la escena.) ¿Estoy solo? Ricardo ama a Ricardo. He ahí: yo soy yo. ¿Hay un asesino por aquí? No, sí: yo. ¡Entonces vete! ¿Huir de mí mismo? ¿Y si me vengara en mí mismo? Por desgracia, me amo. ¿Por todo el bien que me he hecho? ¡Oh, no, me odio por los horrores que he cometido!».

—Y yo —suspiró Henri— ¡me odio por no saber alemán!

—Tranquilizaos, mi querido Beyle, yo lo farfullo, pero el título de la pieza está inscrito en ese panel y me sé de memoria Ricardo III.

Sobre el estrado, los enanos y las marionetas se movían alrededor de un trono de madera pintada. Périgord añadió:

—Acto quinto, tercera escena.

En Schönbrunn, en el salón de las Lacas cuyas paredes estaban decoradas con flores y aves doradas, Napoleón sacó su tabaquera de Carey y se llenó la nariz de tabaco. Enfundado en una bata de mulatón blanco y con la cabeza envuelta en un paño de Madrás, como una pañoleta de las Antillas, estudiaba los mapas. Los alfileres de diversos colores indicaban la posición actual de las tropas, la de los almacenes de víveres, del forraje o los zapatos, el parque de artillería...

—¡Señor Constant!

El primer ayuda de cámara acudió corriendo, sin hacer ruido, como si se deslizara. Era corpulento y tenía cara de sueño. El emperador le tendió el vaso y el sirviente vertió chambertin aguado.

—Mi pollo, señor Constant.

—En seguida, Sire.

—Pronto!

—Sire...

—¿Ese diablo de Roustan ha vuelto a comerse mi pollo como la otra noche?

—No, Síre, no, el pollo está bien guardado en su cesta de mimbre y tengo la llave del candado...

—¿Y bien?

—Sire, el príncipe de Neuchâtel, Su Excelencia el mayor general...

—¡Simplificad, señor Constant! Decid Berthier.

—Está esperando, Sire...

—¡Yo lo sé, he ordenado que le llamen. ¡Que entre ese cernícalo, y mi pollo también!

Impecable con su magnífico uniforme de gala y seguido por Lejeune, el mayor general Berthier entró en el despacho y dejó el bicornio sobre un velador. El emperador les daba la espalda, y tuvieron que escuchar inmóviles su diálogo.

—La flota inglesa fondea holgadamente en Nápoles, el Tirol se rebela, el príncipe Eugenio tiene dificultades en su reino de Italia y el papa se vuelve indócil. Lo mejor de nuestro ejército se agota en España. ¿Podré contar durante mucho tiempo con la neutralidad del zar? Los ingleses financian a los rebeldes por doquier. En Francia la gente critica y la censura ya no contiene las impertinencias. Talleyrand y Fouché, por desgracia tan precioso, han intrigado para sustituirme por ese pelele de Murat, ¡pero los domino como a todos los demás mediante el temor y el interés! Los fondos públicos decrecen, las desertiones se multiplican, mis gendarmes encadenan a los reclutas para llevarlos a los cuarteles y los campamentos. Nos faltan suboficiales, es preciso conseguirlos a las puertas de los liceos...

El emperador coge un muslo de pollo que Constant acaba de dejar sobre una mesa negra. Toma un bocado, untándose de grasa la barbilla, y gruñe:

—¿Qué opináis de ese cuadro siniestro?

—Que desgraciadamente es exacto, Majestad —replica Berthier.

—¡Bien que lo sé, joder! ¡He tenido que buscar de nuevo a Masséna, ese rapaz, y obligar a Lannes, quien esperaba descansar en sus castillos! Venga qui!

Napoleón señala con el hueso de pollo la isla Lobau en el gran mapa.

—Dentro de tres días nos instalamos en esta mierda de isla. ¿El puente?

—Será tendido sobre el Danubio —responde Lejeune—, puesto que vos lo habéis decidido.

—Bene! El viernes, los tiradores de Molitor desembarcan en la isla y la limpian de algunos austriacos cretinos que todavía vivaquean ahí. Preved suficientes embarcaciones. Durante ese tiempo, con el material que habréis despachado en Bredorf...

—Ebersdorf, Sire—le corrige Berthier.

—¡Que os den mucho por el saco! ¿Os he pedido vuestro parecer? ¿Qué estaba diciendo?

—Hablabais del material, Sire.

—Sí! Lanzamos de inmediato el puente flotante sobre el gran brazo del río, para unir Lobau con nuestra ribera. La caballería de Lasalle refuerza en seguida a los hombres de Molitor, los cuales pasan a la orilla izquierda y ocupan los dos pueblos.

—Essling y Aspern.

—¡Si eso os dice algo, Berthier! El sábado por la noche, el gran puente y el otro que conducirá de la isla a la orilla izquierda deben estar tendidos y bien firmes.

—Así se hará, Sire.

—El domingo, al amanecer, nuestras tropas se establecen en esos dichosos pueblos como se llamen, se parapetan y esperan. El archiduque nos ve, se despierta, cree que soy idiota porque arrincono a mis tropas en el río y ataca. Masséna le recibe a cañonazos. Vos, Berthier, cargáis con Lannes, Lasalle y Espagne a fin de hundir el centro austríaco y cortar a su ejército en dos. ¡Entonces Davout cruza el puente grande con su reserva, refuerza vuestros ataques y aplastamos a esos coglioni!

—Que así sea, Majestad.

—Así será. Lo veo y lo quiero. ¿No estáis de acuerdo, Lejeune?

—Os escucho, Sire, y al escucharos aprendo.

El emperador le dio una fuerte bofetada, con lo cual daba a entender que estaba satisfecho de la respuesta sin que realmente se dejara engañar. Detestaba la familiaridad y los consejos, y no seaba de sus oficiales, así como de sus cortesanos, más que una obediencia callada. Lannes y Augereau eran los únicos que osaban hablarle claro. Por lo demás, se había creado una corte de príncipes falsos y duques inventados, comprometidos, bastos, cautelosos. Napoleón no exigía más que reverencias, y las recompensaba con castillos, títulos y oro. Constant, que se encontraba ante la puerta del salón, movía inquieto primero un pie y luego el otro, lo cual acabó por llamar la atención del emperador.

—¿Qué es esa nueva danza, señor Constant? —rezongó.

—Sire, ha llegado la señorita Krauss...

Al oír ese nombre, Lejeune creyó que iba a desmayarse. ¿Cómo? ¿Anna estaba en Schbnbrunn? ¿Iba a pasar la noche en el lecho del emperador? No, eso era impensable, no parecía cosa suya. Lejeune contemplaba a su soberano, el cual terminó el pollo y se limpió los dedos y la boca con la cortina. ¿Qué podía hacer Lejeune? Nada. Cuando Napoleón los despidió, a Berthier y a él, con un gesto de la mano, como si fuesen lacayos, Lejeune se apresuró a pedir autorización para volver a Viena.

—Id, amigo mío —respondió un Berthier paternal—. Quedaos bastante tiempo, pero no malgastéis vuestras fuerzas, pues las necesitaremos.

Lejeune saludó y salió muy de prisa. Berthier le vio montar de un salto en su caballo y partir al galope. «¿Estaremos todavía vivos la próxima semana?», se preguntó el mayor general.

Lejeune galopó hasta la casa rosada del barrio de la Jordangasse. Subió atropelladamente al piso donde debería estar durmiendo Anna Krauss, entró en la habitación, avanzó silencioso y sin aliento hasta el lecho en forma de sarcófago donde ella soñaba, pues estaba allí, en efecto, iluminada por el cuarto menguante de la luna, sosegada, casi sonriente. Lejeune se sentó en una silla junto al lecho y, emocionado, la contempló mientras ella dormía. Más adelante, supo que la señorita que visitaba al emperador, aunque tenía el mismo apellido, con una ese menos, se llamaba Eva y era la hija adoptiva de un comisario de guerra. El emperador se había fijado en ella una mañana, durante la revista, en el patio del palacio: entre tantas mujeres vestidas con prendas de colores vivos, sólo ella iba vestida de negro como un presagio perturbador.

Henri ya no podía pegar ojo en la habitación de la posada en los arrabales que compartía con otro adjunto, el cual roncaba con estrépito. Así pues, a la luz de una vela, Henri preparaba su baúl de cuero para mudarse al día siguiente. Antes de colocar cada uno de sus libros, lo hojeaba, y por azar tropezó con una página del Naufragio de Alberti: «No sabíamos en qué dirección íbamos a la deriva en la inmensidad del mar, pero ya nos parecía maravilloso poder respirar con la cabeza fuera del agua». Estas líneas escritas en el Renacimiento reflejaban muy bien su estado. Poco antes, cuando deambulaba en compañía de Périgord, provistos de antorchas, por las catacumbas cavadas bajo la iglesia de los agustinos, habían descubierto cadáveres amontonados, sentados o en pie, secos, milagrosamente intactos y sin el menor rastro de descomposición, y los dos habían pensado en aquel rey de Nápoles que escupía sobre sus enemigos embalsamados, alineados como marionetas, en la época en que Visconti adiestraba molosos para que despedazaran a los hombres, cuando el Individuo que aparecía entonces en Italia tenía garras y colmillos. Finalmente Henri accedió a tenderse sobre su colchón, y se adormiló poco antes del alba, completamente vestido, con la imagen obsesiva de la dulce Anna Krauss en la mente.

Capítulo segundo

EN QUÉ SUEÑAN LOS SOLDADOS

Hacía un tiempo magnífico y las acacias exhalaban su fragancia. Aquel sábado, víspera de Pentecostés, el soldado Paradis descansaba en la orilla de la isla Lo bau. Se había quitado la guerrera de tirador y puesto a un lado el chacó con su penacho de plumas amarillas y verdes, el macuto, todos los bártulos que llevaba ceñidos al cuerpo y el capote enrollado le servía de almohada. Era un campesino corpulento y pelirrojo, con bozo debajo de la nariz y unas manos enormes que debían sostener mejor el arado que el arma. Jamás se había servido del fusil más que para ahuyentar a los lobos. Soñaba con desertar antes de la siega, para volver al país donde sería más útil, pero ¿cómo medrar gracias a las batallas que se anunciaban? Sin embargo, al cabo de un mes sería necesario segar la avena y luego, en agosto, el trigo. Su padre jamás lo lograría sin ayuda, y su hermano mayor no había regresado de la guerra. Mordisqueaba una ramita mientras pensaba que no había tenido tiempo de sacar provecho de los florines que había ganado la noche anterior en Viena, vigilando los caballos de Edmond de Périgord. De súbito los pájaros dejaron de cantar. Paradis se irguió sobre los codos, en la hierba: el 4.º cuerpo de ejército de Masséna cruzaba el Danubio por el gran puente que los ingenieros militares habían terminado de tender a mediodía. No se oía más que el estrépito de treinta mil pasos cadenciosos que golpeaban los tablones. Con ayuda de bicheros y ramas, en pie y mal equilibrados en las embarcaciones ligeras, atados para no caer al agua arremolinada, los zapadores desviaban los troncos de árbol que arrastraban por el río, a fin de que no rompieran los cabos de amarre. El Danubio se volvía salvaje. La antevíspera, en plena noche, la división del tirador Paradis embarcó en unas barcas alargadas y almadías para cruzar el río con un oleaje violento. Los soldados habían abordado la isla bruscamente para desalojar al centenar de austríacos que la guardaban. Hubo un corto intercambio de disparos, bayonetazos en la espesura, algunos prisioneros atrapados en la oscuridad, no pocos fugitivos...

Paradis tenía habilidad para tender lazos y manejar la honda, y en la Lobau, antiguo coto, no faltaba la caza menor. Por la mañana había abatido un pájaro cuya especie ignoraba, tal vez una oropéndola de cabeza amarilla, que había visto en la rama de un sauce. El ave se estaba asando, atravesada por su bayoneta, y el soldado se levantó para darle la vuelta sobre el fuego de leña seca. Paradis también había visto, en el otro lado de la isla, lucios y gobios en un brazo muerto del Danubio, y había prometido a un compañero, más instruido que él, pero desconocedor de la naturaleza, que le enseñaría a pescar. Se encogió de hombros, pues sabía que el porvenir, incluso el cercano, ya no le pertenecía. La voz del brigada Roussillon confirmó, por lo demás, ese penoso pensamiento.

—¡Eh! ¡Gandul! ¡Necesitamos tu ayuda!

Los carros transportaban por el puente grande pontones y barquichuelos que servirían para montar el segundo puente, entre Lobau y la orilla izquierda, una pasarela de cincuenta metros sobre una corriente rápida. Por sus uniformes que brillaban bajo el sol, Paradis reconoció de lejos a los mariscales Lannes y Masséna que precedían al convoy, rodeados de sus oficiales adornados con plumas.

—¡Y hay que darse prisa! —chilló el brigada Roussillon, orgulloso de su flamante Legión de Honor, prendida del pecho, a la que acariciaba de vez en cuando con un suspiro de satisfacción.

Paradis extrajo de la bayoneta el ave a medio asar, quemándose los dedos, pisoteó la fogata, que se puso a humear, recogió sus pertrechos y siguió a Roussillon, el cual había reagrupado a

treinta tiradores en el linde de un frondoso bosque. Estaban en mangas de camisa o con el torso desnudo, y sostenían hachas de leñador. Se trataba de cortar los árboles para el puente pequeño, pues faltaban caballetes, viguetas y maderos sobre los que tender el suelo de tablas.

—¡Vamos, muchachos! —les azuzaba el brigada—. ¡Esto ha de estar listo en un par de horas!

Los hombres se escupieron en las palmas y empezaron a golpear la base de los olmos. Caía la corteza, volaban las virutas.

—¡Atención, firmes! —gritó Rousillon, él mismo tieso como una estaca.

—¡Descansen! —dijeron a la vez los dos oficiales que avanzaban entre las altas hierbas.

El coronel Lejeune, que seguía de cerca los trabajos desde hacía varios días, estaba en compañía de Sainte-Croix, el ordenanza de Masséna. Éste preguntó al brigada:

—¿Éstos son los hombres de Molitor?

—¡Exacto, mi coronel!

—¿Qué hacen con las hachas?

—El segundo puente, mi coronel, y no hay tiempo que perder.

—Pero es una tarea de los zapadores.

—Por lo que me han dicho, éstos están extenuados.

—¡Me importa un bledo! Ya descansarán luego. Quiero estos hombres en la orilla izquierda, donde establecerán una cabeza de puente. ¡Orden del mariscal Masséna!

—¿Habéis oído, hatajo de holgazanes? —gritó el brigada—. ¡Equipaos!

Paradis suspiró mientras dejaba el hacha de gran tamaño. Había empezado a talar su árbol y estaba satisfecho, pero tanto peor. La vida militar consistía en una serie de contratiempos: dejar el fusil, volver a tomarlo, abrocharse el cinturón, marchar, marchar de nuevo, dormir dos horas en cualquier sitio, emboscarse, esperar, avanzar como un pelele sin inteligencia, y nada de rechistar por el dolor de los tobillos, de resoplar, de comer otra cosa que las infames habas gordas que compartían dos en una misma escudilla. Paradis comprobó que no faltaba nada en su cartuchera, los treinta y cinco cartuchos, las piedras para el fusil de chispa. Se puso en las pantorrillas las tiras que le apretaban, fue al pabellón en busca de su fusil y se alineó con sus camaradas para dirigirse al bosquecillo, ante la orilla izquierda del Danubio.

—¡Vaya! —dijo Sainte-Croix a Lejeune—. El agua se eleva y aumenta la intensidad de la corriente...

—Tenéis razón y eso me inquieta.

—No perdamos tiempo. Hay que llevar a estos hombres en barca al otro lado. ¿Habéis descubierto un lugar favorable para el puente?

—Mirad, si desemboca allá abajo, los bosquecillos servirían para ocultarlo a los posibles espías austríacos.

En aquel momento, Lejeune oyó hablar en las filas de los tiradores. Paradis explicaba a su vecino que diez metros más arriba había habido un transbordador. Lejeune llamó al muchacho. —¿Qué es lo que decías?

—En otro tiempo hubo un transbordador, señor, a la altura de ese grupo de cañas.

—¿Cómo lo sabes?

—Es fácil, señor. Mirad el talud, se ve el rastro de los caminos rurales que bajaban al río.

—No veo nada.

—Yo tampoco —dijo Sainte-Croix a pesar de su anteojo de largo alcance.

—¡Sí! —insistió el soldado—. Las hierbas están dobladas y son más cortas. Las han pisado durante largo tiempo y no han crecido iguales. Ahí había caminos, os lo juro.

Lejeune miró al soldado con gratitud. —¡Pero tú eres precioso!

—Oh, no, señor, no soy más que un campesino.

—Sainte-Croix—dijo Lejeune, volviéndose hacia el ordenanza de Masséna—, os dejo cruzar con vuestros tiradores, pero me quedo con éste (señaló a Paradis). Tiene muy buena vista y voy a servirme de ella en mis reconocimientos.

—De acuerdo. Sólo necesito doscientos hombres para cubrir a los pontoneros.

Paradis no acababa de comprender lo que le ocurría.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Lejeune.

—¡Tirador Paradis, señor, segunda compañía de línea, tercera división del general Molitor!

—Supongo que también tienes nombre propio.

—Vincent.

—Muy bien, sígueme, Vincent Paradis.

Lejeune y su descubrimiento se alejaron hacia el centro de la isla mientras que Sainte-Croix ordenaba que pusieran a flote, con dificultad, los barquichuelos descargados de los carros. Unos tiradores, con el agua hasta medio muslo, los mantenían en la corriente para que la compañía embarcara la pólvora y las armas sin que se mojaran.

Cien metros más lejos, en un calvero vigilado por centinelas, otros hombres levantaban la gran tienda del estado mayor, un auténtico piso de tela donde Berthier recibiría las órdenes del emperador y las haría llegar a los oficiales. El mobiliario estaba todavía sobre la hierba, pero Berthier no esperaba que todo estuviera instalado para organizar las operaciones. Estaba sentado fuera, en un sillón, y sus edecanes extendían los mapas y colocaban piedras encima para que no se los llevara el viento. Ante Berthier comparecieron los prisioneros austríacos prendidos la noche anterior, a los que quería interrogar. Lejeune llegó en el momento oportuno para traducir. Perdido en medio de tantos oficiales, el tirador Paradis dudaba de la actitud que debía adoptar y se retorció las manos, muy torpe y enrojecido por la emoción. Se había sentido importante cuando Lejeune advirtió al centinela que le cerraba el paso:

—Este viene conmigo. Es un explorador.

—No tiene el uniforme, mi coronel.

—Lo tendrá.

Vincent Paradis se preguntó a qué podía parecerse un uniforme de explorador.

Con las mejillas azuladas por una barba de tres días, sucios y enfundados en andrajosos uniformes claros, dieciséis austríacos sin graduación estaban en pie en medio del calvero, torpes, apretados unos contra otros como aves de corral, asombrados de estar todavía con vida. Respondieron dócilmente a las preguntas de Lejeune, el cual, muy cómodo en su papel, iba transmitiendo sus informaciones a Berthier.

—Pertenece al 6.º cuerpo de ejército del barón Hiller.

—¿Hay otros puestos avanzados? —preguntó el jefe de estado mayor.

—No saben nada. Dicen que el grueso de las tropas acampa ahí arriba, en el Bisamberg.

—Ya lo sabemos. ¿Cuántos hombres?

—Dicen que por lo menos doscientos mil.

—Una exageración. Dejémoslo en la mitad.

—Hablan de quinientos cañones.

—Pongamos trescientos.

—Hay otra cosa más interesante, afirman que el ejército del archiduque Carlos ha sido reforzado recientemente con destacamentos llegados de Bohemia y dos regimientos de húsares húngaros.

—¿Cómo lo saben?

—Esos húngaros han hecho llegar grupos de reconocimiento hasta el Danubio. Han identificado sus uniformes, incluso han hablado con ellos.

—Bien —dijo Berthier—. Que los envíen a Viena. Servirán en nuestros hospitales.

Poco después, incluso antes de que Lejeune preguntara por un nuevo uniforme para Vincent Paradis, suponiendo que tal cosa fuese posible, llegó un mensajero para informarle de que habían tendido el puente pequeño. La caballería de Lasalle y los coraceros de Espagne lo franquearían en seguida para ocupar los pueblos de la orilla izquierda, seguidos por el resto de la división Molitor. Lejeune fue a llevar estas órdenes.

Ahora estaba en la entrada del puente pequeño construido a toda prisa y agitado por el oleaje. Habían duplicado las tablas y la mayor parte de los pontones de apoyo estaban unidos a la orilla mediante gruesos cabos, pero el agua seguía subiendo y tanta improvisación molestaba a Lejeune, pero no importaba, la obra daba la impresión de que resistiría. Los cazadores de Lasalle pasaron por detrás del general, con su eterna pipa curva en la boca y el mostacho enmarañado, y una vez llegados a la otra orilla obligaron a sus caballos a saltar el talud para desaparecer entre los árboles. Allí estaba Espagne, corpulento, de cara cuadrada, muy pálido, los carrillos comidos por unas patillas negras y tupidas, contemplando a sus coraceros que trotaban sobre el puente bamboleante. Tenía una expresión de inquietud en el semblante, pero no se produjo ningún incidente. Uno de los jinetes cruzó intencionadamente su mirada con la de Lejeune. Aquel tipo fornido, de casco adornado con crines y manto pardo, era Fayolle, a quien Lejeune había golpeado en la cara la otra noche, cuando saqueaba la casa de Anna Krauss. Atrapado en el movimiento de las tropas, Fayolle tuvo que contentarse con fruncir las cejas, y franqueó a su vez el puente pequeño para desaparecer con el escuadrón detrás de la profunda espesura en la otra orilla. A continuación, según el plan previsto por el emperador y llevado a cabo por Berthier, siguió la división Molitor en pleno, excepto Paradis, quien se sentía feliz y veía a sus compañeros de la víspera que transportaban las piezas de artillería con la fuerza de sus brazos. El tirador se pegaba a los faldones de Lejeune, temeroso de que le olvidara, y se arriesgó a preguntarle:

—¿Qué hago, mi coronel?

—¿Tú? —respondió Lejeune, pero no tuvo tiempo para proseguir, pues se oía un fragor de disparos en la orilla izquierda.

—¡Ah! Ya empieza... —dijo el coracero Fayolle a su caballo, dándole unos golpecitos en el cuello.

Unos ulanos se habían dejado tirotear por los soldados de infantería franceses en el linde de un bosque, y se les veía huir al galope por los verdes campos. El general Espagne envió a Fayolle y dos de sus compañeros a examinar el terreno. Los lugareños habían huido de Aspern y Essling, su éxodo había sido observado a través del catalejo, sus carros sobrecargados, los animales y los niños, pero tal vez quedaban francotiradores capaces de hostigar y matar por la espalda. Fayolle y los otros dos avanzaban al paso en aquel paisaje interrumpido por praderas, grupos de árboles y charcas, protegidos por los oquedales, casi nunca al descubierto. Llegaron primero a Aspern, a orillas del río. Dos largas calles convergían hasta desembocar en una placita ante el campanario cuadrado de la iglesia. Los exploradores desconfiaban sobre todo de las callejas transversales, en los recodos de las casas bajas de mampostería, idénticas, con un patio delante y, en la parte posterior, un jardín cercado por un seto vivo. Un muro rodeaba la iglesia, donde podían refugiarse tiradores, pero no artillería. Una casa maciza, contigua al cementerio, con un jardín cerrado por un muro de tierra, debía de ser el presbiterio. Los hombres observaron estos detalles. Algunos pájaros emprendieron el vuelo ante la proximidad de los caballos. Por lo demás, no se oía ningún sonido humano. Los coraceros se volvieron un momento para examinar las ventanas, y entonces se cruzaron con una patrulla de los cazadores de Lasalle a quienes dejaron la inspección del pueblo para encaminarse al campanario vecino de Essling, que se atisbaba al este, a unos mil quinientos metros. Avanzaron hasta allí a través de los campos despejados, evitando los hoyos llenos de agua y barro.

Fayolle entró el primero en la desierta población de Essling. El pueblo se parecía al anterior, aunque era más pequeño, con una sola calle principal y casas no tan agrupadas pero similares. Era preciso mirar por todas partes, percibir el menor sonido anormal. Sin duda no había nada que temer, pero aquellos pueblos fantasmas causaban desazón. Fayolle trataba de imaginarlos vivos, con hombres y mujeres bajo los robles del paseo y, en los huertos, inclinados sobre sus verduras. Allí debía de haber un mercado, allá cuadras, más allá un granero. «¿Y si visitara los graneros? —se preguntó—. No han debido de llevárselo todo.» En aquel instante un rayo de sol incidió en el casco y en sus ojos. Alzó la cabeza hacia el segundo piso de una casa blanca. ¿Era un rayo reflejado por los adoquines o alguien escondido que habría empujado una ventana? Nada se movía. Confió su caballo a uno de sus acólitos y trató de abrir la puerta de madera con el otro. La puerta tenía echado el cerrojo. Dio en vano un fuerte puntapié en la cerradura, que resistió, y se volvió para sacar la pistola de la funda de arzón y reventar la tosca cerradura.

—Eso no es discreto —dijo el otro coracero, que se llamaba Pacotte.

—Si hay gente, ya nos han visto. Y si sólo hay un gato o una lechuza, qué más da.

—Claro, nos los comeremos encebollados.

Entraron en la casa con cautela, la pistola amortiguada en una mano y el sable en la otra. Fayolle abrió los postigos con un hombro para ver bien. La sala estaba poco amueblada, sólo había una mesa ancha, dos sillas con asiento de paja, un cofre de madera abierto y vacío. Las cenizas de la chimenea estaban frías. Una empinada escalera daba acceso a los pisos superiores.

—¿Subimos? —preguntó Fayolle al coracero Pacotte.

—Si eso te divierte...

—¿Has oído?

—No.

Fayolle se quedó inmóvil. Había percibido el chirrido de una puerta o un crujido en el suelo de tablas.

—Es el viento —dijo Pacotte, pero en voz más baja—. No sé a quién se le ocurriría quedarse en esta ratonera.

—Tal vez una rata, precisamente. Vamos a echar un vistazo ...

Puso el pie en el primer escalón y titubeó, el oído aguzado. Pacotte le empujó y ambos subieron. Arriba, en la oscuridad de la estancia, no se distinguía más que la vaga forma de una cama. Fayolle avanzó a tientas a lo largo del muro hasta que notó bajo los dedos el cristal de la ventana, que rompió de un codazo y cuyo postigo abrió sin soltar el sable. Se volvió. Su compañero se encontraba en lo alto de la escalera. Estaban solos. Pacotte abrió una puerta baja y Fayolle entró en la habitación contigua, donde algo o alguien le saltó encima. Se debatió y notó la hoja de un cuchillo rechinar contra su ventrera tras haber desgarrado el manto pardo. Estiró los brazos y lanzó a su agresor contra el muro. En la semioscuridad le traspasó de una violenta estocada a la altura del vientre. Veía mal, pero ahora notaba la sangre caliente embadurnándole la mano que sostenía el arma en un cuerpo sacudido por espasmos. Entonces extrajo el sable con un movimiento brusco y su enemigo cayó al suelo. El coracero Pacotte se había apresurado a abrir la ventana para iluminar la escena: un hombre gordo y calvo, con calzón de piel, estaba tendido y era presa de estertores agónicos. La sangre le aflucía a borbotones a los labios, y sus ojos en blanco parecían huevos duros sin la cáscara.

—No están mal estos zapatones, ¿eh, Fayolle?

—La chaqueta tampoco, un poco corta quizá, ¡pero este cerdo la ha ensuciado!

—Me quedo con los tirantes, de terciopelo, nada menos...

Y se agachó para quitárselos al moribundo, pero los dos hombres se sobresaltaron. Alguien a sus espaldas acababa de ahogar un grito. Era una campesina joven con refajo plisado, encajada en un ángulo, detrás de un montante de la cama. Se había llevado ambas manos a la boca y abría unos ojos inmensos y negros. El coracero Pacotte apuntó a la muchacha, pero Fayolle le bajó el brazo.

—¡Quieto, idiota! No vale la pena matarla, por lo menos no en seguida.

Se le acerca. Su espada gotea sangre. La austríaca se acurruca. Fayolle le coloca la punta del sable bajo el mentón y le ordena que se levante. Ella no se mueve. Está temblando.

—Sólo entiende su jerga, Fayolle. Hay que ayudarla.

Pacotte le coge el brazo para alzarla contra la pared, en la que ella se apoya con las piernas temblorosas. Los dos soldados la contemplan. Pacotte silba de admiración porque la joven está metida en carnes, como a él le gusta. Fayolle da la vuelta al sable, enjuga el reverso en el corsé azul de la joven campesina y entonces hace saltar con el filo los botones plateados y rasga el camisolín de encaje. Seguidamente, con un gesto rápido, le quita el gorro de paño. El cabello de la austríaca le cae sobre los hombros; tiene reflejos dorados como de seda india y son muy lisos y brillantes.

—¿La llevamos a los oficiales?

—¡Estás loco!

—Puede que haya otros puñeteros labriegos con cuchillas u hoces que nos vigilan.

—Vamos a reflexionar—dijo Fayolle, arrancando el refajo de la muchacha y lo que quedaba del camisolín—. ¿Ya has conocido a las austríacas?

—Todavía no. Nada más que alemanas. —Esas no saben decir que no. —Tienes razón.

—Pero ¿y las austríacas?

—Por su cara, ésta nos dice que no o algo peor.

—¿Tú crees? (A la muchacha.) ¿No nos encuentras guapos? —¿Te asustamos?

—Date cuenta—dijo Fayolle, cloqueando—, ¡si yo estuviera en su lugar, tu jeta me daría miedo!

En el exterior, el tercer coracero les llamaba y Fayolle se acercó a la ventana.

—¡No berrees así! Hay francotiradores ...

Se interrumpió a media frase. Abajo, el coracero no estaba solo. Sonidos metálicos, polvo, ruido de cascos de caballo... la caballería acababa de cercar Essling y el general Espagne en persona esperaba ante la casa.

—¿Habéis localizado alguno? —preguntó.

—Desde luego, mi general —dijo Fayolle—. Hay un gordo que quería despedazarme vivo.

El coracero Pacotte arrastró hacia la ventana el cuerpo del campesino y lo colocó en equilibrio sobre el borde antes de voltearlo. El cadáver se estrelló contra el suelo como un fardo blando y el caballo de Espagne se hizo a un lado.

—¿Hay más?

—Sólo hemos puesto a éste fuera de combate, mi general...

Entonces Fayolle dijo entre dientes a su compañero:

—¿Eres tonto o qué? Podríamos habernos quedado con los zapatones, parecían buenos, en todo caso más que mis alpargatas...

—¡Eh, los de ahí arriba! —gritó una vez más el general—. ¡Bajad! ¡Hay que visitar todas esas barracas y limpiar el pueblo!

—¡A vuestras órdenes, mi general!

—¿Y la muchacha? —preguntó Pacotte a Fayolle.

—La guardamos para luego.

Antes de regresar al batallón, Fayolle y el otro rasgaron a tiras el refajo azul y los encajes para atar a la campesina. Le metieron el gorro en la boca, anudándolo en la nuca con los tirantes de terciopelo quitados al muerto, y la arrojaron sobre un colchón relleno de crines. Antes de marcharse, Fayolle le dio un beso en la frente.

Sé juiciosa, mi niña, y no te inquietes. Eres tan guapa que uno no puede olvidarte. ¡Vaya! A nuestro botín de guerra le arde la frente...

—Debe de tener fiebre.

Los dos rompieron a reír y se reunieron con sus camaradas.

Vincent Paradis removía los leños calcinados.

—Bastaría con soplar encima para que vuelva a encenderse el fuego, mi coronel.

—Nos han visto, se han largado...

—No lo creo. Sólo somos dos. Ellos eran más. Observad el monte bajo pisoteado por sus caballos.

Con su nuevo explorador, Lejeune había examinado el terreno mucho más allá de los pueblos, sospechando la presencia de espías en cualquier bosquecillo.

—Debían de ser los ulanos de hace un momento que se han ido a toda prisa —sugirió.

—O bien otros que no están lejos. Por aquí es fácil ocultarse. Un rumor de hojas les alertó y Lejeune amartilló su pistola. —No temáis, mi coronel —dijo Paradis—. Era un animal que ha saltado a ese haya. Está más asustado que nosotros.

—¿Tienes miedo?

—Todavía no.

—Sin embargo, no pareces muy tranquilo.

—No me gusta destrozar los campos galopando por ellos.

A Lejeune le habían prestado un caballo de artillería para que montara su protegido con uniforme de tirador. Le miró y dijo:

—Mañana, en esta llanura verde, vamos a matarnos mutuamente a cañonazos. Habrá mucho rojo, y no serán precisamente flores. Cuando la guerra haya terminado ...

—Habrá otra, mi coronel. Con el emperador, la guerra no terminará jamás.

—Tienes razón.

Volvieron grupas hacia Essling, sin apresurarse pero ojo avizor. Lejeune se habría rezagado de buena gana, para dibujar en su cuaderno de croquis un paisaje dulce y sin seres humanos. Las tropas seguían afluyendo al pueblo. En la plaza, delante de la iglesia, Lejeune reconoció a Sainte-Croix y unos oficiales de Masséna. El mariscal no debía de encontrarse lejos. En efecto, había visitado el pósito. Este granero, en el extremo de un paseo bordeado de robles, constaba de tres plantas de ladrillo y piedra tallada, y estaba unido a una granja de grandes dimensiones mediante un jardín rodeado por un muro. Tenía tragaluces en los tejados y aguilones con aberturas redondas y enrejadas donde podían emboscarse tiradores.

—He contado cuarenta y ocho ventanas —dijo Masséna a Lejeune—. Los muros tienen más de un metro de espesor, las puertas y los postigos están revestidas de chapa y son sólidos. Si es necesario, podremos parapetarnos ahí y resistir. Tomad, Lejeune, he pedido que anotaran las medidas exactas. Llevad estos datos al mayor general...

Masséna puso el papel en la mano del coronel, el cual le echó un vistazo: el edificio tenía treinta y seis metros de largo por diez de ancho, y las ventanas de la planta baja se abrían a un metro sesenta y cinco por encima del suelo...

—¿Os quedáis en Essling, señor duque?

—No tengo la menor idea —dijo Masséna—, pero sí, me quedaré en esta orilla. ¿Hasta dónde habéis avanzado?

—Ese grupo de hayas que hay ahí abajo.

—¿Y bien? ¿Habéis vuelto con las manos vacías?

—Hay rastros, pero no se ve a nadie.

—Ya, Lasalle dijo lo mismo, y Espagne también. Sus coraceros sólo han matado a un malintencionado, pero ¿por qué se había quedado ese imbécil? ¡Huelo a los austriacos a nuestro alrededor, y tengo buen olfato!

Masséna se acercó más para murmurar al oído de Lejeune:

—¿Tenéis mi información?

—¿Cuál, señor duque?

—¡Seréis memo! ¡Los millones de los genoveses, naturalmente!

—Daru afirma que no existen.

—¡Daru! ¡Claro! ¡Ese embustero se apodera de todo lo que brilla! ¡Como una urraca! ¡No teníais que preguntarle a Daru! Podéis retiraros.

Masséna entró refunfuñando en el pósito.

En el patio principal de Schönbrunn, encaramado a un eje, Daru desató al azar uno de los sacos de la primera carreta del convoy y exclamó enfurecido:

—¡Cebada!

—No hay más avena, señor conde —dijo un adjunto, en un tono de voz que revelaba su fastidio.

—¡Cebada! ¡Imposible! ¡La caballería necesita avena!

—La nueva cosecha todavía no está bastante alta, sólo hemos encontrado cebada...

—¿Dónde se ha quedado el señor Beyle? ¡Ésa era su misión, por todos los diablos!

—Yo le sustituyo, señor conde.

—¿Y ese perezoso?

—Sin duda está en cama, señor conde.

—¿Con quién, queréis decírmelo por favor?

—Su fiebre habitual, señor conde. Tomad, tengo una nota que lo atestigua y que debía remitiros...

Daru le arrebató la nota, en la que leyó una baja por enfermedad en toda regla, firmada por Carino, un médico alemán, y refrendada por el cirujano jefe De la Garde. Como no podía criticarla, Daru fue incapaz de reprimirse y tomó un puñado de cebada que arrojó al rostro del adjunto.

—¡Muy bien, nuestros caballos comerán cebada! ¡Marchaos! E hizo una seña al convoy para que se pusiera en marcha hacia la isla Lobau.

Una vez más, Henri sufría terribles jaquecas que trataba con belladona, pero más bien padecía una afección venérea, pues no había otra manera de nombrar esas enfermedades galantes, dolo rosas pero no demasiado graves, sobre las que uno sonreía entre amigos pero que le azoraban en compañía de las damas. Esta desventaja, a la que había terminado por acostumbrarse, no le impedía sin embargo librar por su cuenta otras batallas, pues no estaba en cama, a pesar de su auténtica fatiga y de unos sudores desagradables: se encontraba en el fondo del Prater, en un pabellón de caza en ruinas, no lejos de unas extravagantes construcciones que imitaban el estilo gótico. Unos meses antes, en París, se había prendado de una actriz fácil, llamada Valentine, cuyo nombre civil era sencillamente Louise, y como tantas de sus congéneres había seguido a las tropas hasta Viena. Henri le había dado aquella cita para romper con ella, porque no hacía más que soñar con Anna Krauss, y sus fiebres llevaban ese nuevo amor a la incandescencia. ¿Cómo dejar de lado a Valentine? Esta se había convertido en un obstáculo. Henri quería una libertad total. ¿Cómo anunciar la ruptura? ¿Con brutalidad? Henri no sabría desenvolverse de esa manera. ¿Con un hastío fingido? ¿Con frialdad? Sonrió para sí mismo. ¡Qué celoso había estado de Valentine! Se preguntaba cómo se había arriesgado a batirse en duelo con el amante oficial de la actriz, un coriáceo capitán de artillería a caballo. En ese caso sus jaquecas le habían librado de la herida o del ridículo. Valentina se retrasaba. ¿Tal vez se había olvidado de la cita? Se había fijado en ella aquel invierno en París, en el teatro Feydeau. La mujer cantaba en L'Auberge de Bagnières una ópera

cómica fresca y sin pretensiones de los señores Jalabert y Catel:

Había tomado mi sombrero, mi vestido de crepé amaranto, mi chal y mis zapatos punzó. Mi aspecto era encantador...

Ella llegó en calesa, vestida casi como en su canción, es decir, con la misma ligereza, pero su vestido de crepé era de color hortensia y llevaba botines de satén, una blusa muy bordada y un bonete de terciopelo negro con dos largas plumas. Su cabello moreno formaba tirabuzones en las sienes. Pálida, como lo exigía la moda, pero metida en carnes, arrugaba la nariz, imprimía un movimiento de vaivén a sus caderas y reía enseñando ex profeso los dientes impecables.

—Amore mío! —exclamó en un italiano cruzado con el acento de los arrabales.

—Valentine...

—¡Ya está! ¡El teatro de la puerta de Carintia abrirá de nuevo, y el de Viena también!

—Valentine...

—¡Voy a actuar ahí, Henri! ¡Es un sueño! ¡Yo en el escenario, aquí, en la capital del teatro! ¿Te das cuenta, pichoncito mío?

Sí, claro, el pichoncito se daba cuenta, pero no lograba articular una frase, apenas tenía el valor de disipar la exaltación de la bonita comedianta.

—¡Hay cuatro filas de palcos! ¡Y además los decorados cambian a la vista! ¡Sobre el escenario hasta el Vesubio entrará en erupción!

—¿Una ópera sobre Pompeya?

—Nada de eso, es Don Juan.

—¿De Mozart?

—¡De Molière, hombre!

—Pero, Valentine, tú eres ante todo una cantante.

—Es una obra cantada del principio al fin.

—¿Don Juan? ¿De Molière?

—¡Así es, gordísimo tonto de capirote!

Henri frunció el ceño. No se creía nada tonto y detestaba las alusiones a su peso. Se salvó mediante una evasión, pensando que la huida es a veces la más hábil de las soluciones, por lo menos en el amor. Le castañeteaban los dientes, tenía escalofríos a pesar de la suavidad de aquel mes de mayo y eso iba a serle útil. Se enjugó la frente con el pañuelo, apenas forzando su expresión doliente.

—Estoy enfermo, Valentine.

—¡Voy a cuidarte!

—No, no, tienes que repetir las canciones de Molière.

—Ya me arreglaré. ¡Mira, me ayudarás a aprenderlas!

—No quiero que me lleves a cuestras como una cruz.

—No te preocupes, pichoncito mío, soy lo bastante animosa para simultanearlo todo, mi carrera y tú, ¡quiero decir tú y también mi carrera!

—Estoy persuadido, Valentine...

—¿Aceptas?

—No.

—¿Debes abandonar Viena?

—Es probable.

—¡Entonces te seguiré!

—Sé razonable...

Qué manera de meter la pata, pensó Henri al pronunciar esas palabras, ¿cómo podía uno apelar a la razón de Valentine? Ella lo tenía todo excepto eso. Se estaba embrollando. Cuanto más lastimoso se mostraba, tanto más atenta y cariñosa se volvía ella. Sonaron las campanas de todas las iglesias.

—¡Ya son las cinco! —dijo Valentine.

—Las seis —mintió Henri—, las he contado...

—¡Oh, me estoy retrasando terriblemente!

—Anda, date prisa y ve a probarte tus vestidos y aprender tu papel.

—¡Te llevo en la calesa!

—Soy yo quien te lleva.

Henri dejó a la actriz en Viena, ante el teatro donde esperaba presentarse. Antes de abandonarle, le besó como una posesa. Él cerró los ojos y sólo respondió al beso imaginando los labios de otra a la que amaba en exceso y desde demasiado lejos. Valentine corrió hacia la entrada del teatro y, bajo el peristilo, se volvió muy rápido para hacer un último gesto con la mano enguantada. Henri suspiró. «¡Qué cobarde soy!», se dijo, y entonces dio al cochero la dirección de la casa rosa de la Jordangasse donde se alojaba desde hacía tres noches. Olvidados la guerra, su dolencia y sus amigos, sólo soñaba en la señorita Krauss, poseedora a la perfección de todas las cualidades. Henri la inventaba a cada instante. Él, que la semana anterior ponía a Cimarosa por encima de todos los músicos, ahora tarareaba a Mozart. Por la noche, Anna y sus hermanas lo tocaban al violín sólo para él en su gran salón vacío.

En la isla Lobau no había más que una casa de piedra, un antiguo lugar de cita donde los príncipes de Habsburgo iban a refugiarse de las tormentas repentinas. El señor Constant colocaba leños en la chimenea del piso superior. Los criados limpiaban, barrían, disponían los muebles traídos en furgones desde el vecino castillo de Ebensdorf, donde el emperador había pasado la noche. Los cocineros desembalaban sus cacerolas y espetones, el indispensable queso parmesano con que Su Majestad acompañaba toda comida, sus macarrones preferidos, su chambertin. Dos lacayos montaban el lecho metálico. Los chambelanes vigilaban y activaban los preparativos.

—¡Daos prisa!

—¡La vajilla! ¡Los candelabros!

—¡El tapiz ahí, en lo alto de la escalera!

—¡Lo siento mucho, señor mariscal, pero es la casa del emperador!

El mariscal Lannes tenía menos estilo y era bastante más corpulento y fuerte que aquel chambelán que le prohibía el paso. Le agarró por las vueltas plateadas de su uniforme y lo atrajo brusca mente hacia sí. Al oír los chillidos del criado y los gruñidos del mariscal, cuya fuerte voz

conocía, Constant acudió. Fue preciso ceder ante aquel descarado, y Lannes se instaló en la planta baja, en una sala provista de paja. Se asignó incluso una palmatoria, una silla y un escritorio sobre el que depositó el sable y el bicornio cargado de plumas. Lannes era célebre por los accesos de cólera que contenía pero que le enrojecían el rostro; por lo demás tenía un semblante apacible, las facciones cuadradas, el cabello claro con los mechones cortos y ondulados. A los cuarenta años, todavía conservaba el vientre liso y se mantenía erguido, a causa de una rigidez en el cuello, una herida recibida en San Juan de Acre... de la que se acordaba aquella noche, cuando el dolor le hacía llevarse una mano a la nuca... Fue en el decimosegundo asalto a la ciudadela, y él había escalado los recintos amurallados a paso de carga con sus granaderos. Su amigo, el general Rambaud, casi había llegado al serrallo de Djeddar—Pacha, pero no había recibido los refuerzos deseados, y estaba parapetado en una mezquita con sus hombres. Lannes volvió a ver los fosos rebosantes de cadáveres de turcos. El general Rambaud había sido mortalmente herido. A él, alcanzado en la cabeza, le habían dado por muerto. Al día siguiente volvía a montar y adiestraba a sus soldados en las colinas de Galilea...

El mariscal estaba fatigado tras quince años de combates y peligros. Acababa de dirigir el espantoso sitio de Zaragoza. Rico, casado con la más bella y la más discreta de las duquesas de la corte, hija de un senador, habría podido retirarse con su familia en su Gascuña natal y ver crecer a sus dos hijos. Estaba cansado de partir sin saber jamás si regresaría de otra manera que metido en un ataúd. ¿Por qué le negaba el emperador esa tranquilidad? Al igual que él, la mayoría de los mariscales sólo aspiraba a la paz de los campos. Con el tiempo, aquellos aventureros se volvían burgueses. Davout construyó en Savigny unas chozas de mimbre para sus pollos de perdiz y, a gatas, les daba pan. A Ney y Marmont les encantaba la jardinería. MacDonald y Oudinot sólo estaban a gusto rodeados de sus lugareños. Bessiéres cazaba en sus tierras de Grignon, si no jugaba con sus hijos. En cuanto a Masséna, decía de su propiedad de Rueil, encarada hacia la cercana Malmaison, donde se retiraba el emperador: «¡Desde aquí puedo mearle encima!». Una orden les había obligado a trasladarse a Austria, al mando de unas tropas dispares y jóvenes, a las que ningún motivo poderoso impulsaba a matar. El imperio ya declinaba y no tenía más que cinco años. Ellos lo percibían, pero aún seguían adelante.

Lannes pasaba con rapidez de la cólera al afecto. Un día escribió a su mujer diciéndole que el emperador era su peor enemigo: «Sólo ama por arranques, cuando te necesita». Luego Napoleón le había colmado de favores y los dos hombres se habían fundido en un abrazo. La suerte de cada uno estaba ligada a la del otro. Hacía poco, en las difíciles escarpaduras de una sierra española, el emperador se había aferrado a su brazo. A pie, bajo la tormenta de nieve que les azotaba, calzados con altas botas de cuero, resbalaban. Juntos habían asido la bolada de un cañón, y los granaderos les habían izado como en un trineo hasta lo alto del puerto de Guadarrama. Los recuerdos emocionados se mezclaban con las pesadillas. A veces Lannes lamentaba no haberse hecho tintorero. Se había enrolado pronto, y había destacado por sus temeridades en el ejército de los Alpes, a las órdenes de Augereau, cuando comenzaba la aventura... Tendido en la paja, pensaba en esos episodios contradictorios de su vida cuando Berthier entró en la estancia.

—Cuando hay alboroto, eres tú.

—¡Tienes razón, Alexandre, arréstame para que pueda dormir en paz!

—Su Majestad te confía la caballería.

—¿Y Bessiéres?

—Ahora es tu subordinado.

Lannes y Bessiéres se detestaban tanto como Berthier y Davout. El mariscal sonrió y cambió de humor.

—¡Que el archiduque ataque! ¡Vamos a recibirle con el sable a punto!

En aquel momento llegaron Périgord y Lejeune, sin aliento, para anunciar al mayor general:

—¡El puente pequeño acaba de romperse!

—Estamos separados de la orilla izquierda. Las tres cuartas partes de las tropas están bloqueadas en la isla.

La luna, en cuarto menguante, iluminaba débilmente la larga calle de Essling, pero bajo los árboles del camino que conducía al pósito, en la plaza o en la linde de los campos, el emperador había autorizado las fogatas de los vivaques: el enemigo debía de saber que el gran ejército había franqueado el Danubio, lo cual debía incitarle a atacar según el plan previsto, aunque fuese bien conocida la timidez del archiduque Carlos en la ofensiva. En realidad, la situación ardía por los cuatro costados. Las cantineras llenaban los vasos de aguardiente hasta el borde y recibían palmadas en sus nalgas redondas, se cantaban coplas vulgares, se devoraban las raciones y los hombres bromeaban a fin de darse ánimos para la batalla segura del día siguiente. Se habían desembarazado de las corazas y los cascos con crines que reflejaban el rojo de las fogatas. Se disponían a dormir bajo las estrellas, como sus caballos, protegidos por algunos centinelas que escrutaban la llanura sin ver nada, a menudo un poco borrachos. Algunos habían encontrado harina, una botella, un pato, muy poca cosa, ya que los aldeanos se lo habían llevado casi todo, las aves de corral, los barriles, el grano. Los coraceros ocupaban el pueblo ellos solos. Masséna había llegado a Aspern antes de que anocheciera, cerca del puente pequeño derribado por la corriente y que los zapadores reparaban a la luz de las antorchas, en el agua helada y agitada que les mojaba y les helaba los dedos.

Los oficiales, alrededor del general Espagne, se habían refugiado en la iglesia de Essling para pasar la noche. La balaustrada de madera pintada que dividía la nave servía para alimentar braseros que emitían humo y trazaban siluetas infernales en los muros. Espagne, en pie, envuelto en su manto, permanecía apartado, apoyado en el altar, y las formas que temblaban al capricho de las llamas no le tranquilizaban. Desde hacía varias semanas tenía presentimientos. Aquella campaña no le gustaba nada. Sin temor pero como si la sentencia estuviera en suspenso, callaba y pensaba en la muerte. Los coraceros conocían las supersticiones que turbaban a su general, aun cuando éste, con su semblante serio, nunca dejaba traslucir nada. Todos respetaban su silencio, cada uno se repetía su extraña historia...

Los soldados Fayolle y Pacotte habían tomado en la misma escudilla una sopa espesa y mal definida, pero que llenaba el estómago. Precisamente hablaban de su general. Pacotte, integrado desde hacía muy poco tiempo en el regimiento, no sabía nada de él, mientras que Fayolle estaba al corriente.

—Era en el castillo de Bayreuth. Llegamos tarde, él está fatigado y se acuesta. Yo no estoy lejos, en la gran escalera, con los demás, y he aquí que en plena noche oímos gritos.

—¿Han tratado de matar al general?

—¡Espera! El grito procede de su habitación, en efecto, y los oficiales de ordenanza corren, mientras que yo los sigo con los centinelas. La puerta está cerrada por dentro. La rompemos sirviéndonos de un canapé como ariete, entramos...

—¿Y entonces?

—¡Espera! ¿Qué es lo que vemos?

—¿Qué veo?

—La cama está en medio de la habitación, volcada, con el general debajo.

—Y grita.

—No, está desmayado. Nuestro médico se apresura a sangrarle, le observamos, abre los ojos, aterrado, y se nos queda mirando. Está pálido, hay que darle unos polvos calmantes. Entonces dice, agárrate bien, Pacotte, dice: «¡He visto un espectro que quería degollarme!».

—¿Ah, sí?

—No te rías, imbécil. La cama se ha volcado cuando luchaba contra ese espectro.

—¿Te crees eso?

—Le piden que describa al fantasma, cosa que él hace con precisión, y ¿sabes quién era, eh? No, no lo sabes. Yo te lo diré. ¡Era la Dama Blanca de los Habsburgo!

—¿Quién es ésa?

—Se aparece en los palacios vieneses cuando un príncipe de la casa de Habsburgo debe morir. Ya lo había hecho tres años antes, en Bayreuth. El príncipe Luis de Prusia se batió con ella como nuestro general.

—¿Y murió?

—¡Sí, señor! Cerca de Saalfeld, un húsar le cortó la garganta. El general, muy pálido, dijo en voz baja: «Su aparición anuncia mi muerte cercana», y se fue a dormir a otra parte.

—¿Crees en esas pamplinas?

—Mañana veremos.

—¡Pues tú, Fayolle, tú crees!

—¡Muy bien! Te pido que esperes para estar seguros.

—¿Y si matan al general? ¿Qué sería entonces de nosotros?

—Habríamos tenido la negra...

La desventura dejó al soldado Pacotte muy escéptico. En su villa de Ménilmontant no creían demasiado en esa clase de sandeces. Cuando le reclutaron era aprendiz de carpintero y tenía el hábito de las cosas concretas, tornear una pata de mesa, clavar tablas y derrochar su paga en los ventorrillos. Dio unas palmadas en la espalda de Fayolle, a quien impresionaba esa historia.

—Hay que cambiar de ideas, amigo mío. ¿Y si fuésemos a saludar a nuestra austríaca? Nos espera. ¡Atada como está, no creo que se transforme en fantasma!

—¿Te acuerdas del sitio?

—Lo encontraremos. El pueblo no tiene más que una calle.

Descolgaron el farol de una carreta y se encaminaron a Essling, cuyas casas eran todas parecidas. Se equivocaron dos veces. «¡Maldita sea! —gruñó Fayolle—. ¡No la encontraremos nunca!» Más adelante, Pacotte reconoció a la luz del farol el cuerpo de su asaltante, al que nadie había enterrado. Los dos hombres se miraron sonrientes y empujaron la puerta. Pacotte dio un paso en falso y la vela del farol se apagó.

—¡No fastidies, hombre! —exclamó Fayolle, y se envolvió una mano en la capa para extraer el vidrio quemante, mientras Pacotte golpeaba el eslabón. Por fin llegaron al piso y avanzaron hasta la habitación del fondo, donde la joven no se había movido.

—¿Cómo se dice «buenos días, hermosa mía» en alemán? —preguntó Pacotte.

—No sé nada —replicó Fayolle.

—Duerme curiosamente bien...

Dejaron el farol sobre un taburete de tres patas y Fayolle, con el sable, cortó las ataduras. El coracero Pacotte, tras quitarle la mordaza, se guardó en el bolsillo los tirantes de terciopelo atados al cuello que la mantenían fija, y entonces se inclinó y besó a su prisionera en plena boca. Dio un salto atrás.

—¡Diablo!

—¿No sabes despertarla? —le preguntó Fayolle, divertido.

—¡Está muerta!

Pacotte escupió en el suelo antes de limpiarse la boca con la manga.

—Sin embargo, nuestra muñeca no tiene los pies fríos —siguió diciendo Fayolle mientras palpaba a la joven.

—¡No la toques, eso trae desgracia!

—¿No crees en mis fantasmas pero ahora te castañetean los dientes? Sé fuerte, gallina.

—No me quedo aquí.

—¡Pues vete! Déjame el farol.

—No me quedo aquí, Fayolle, eso no se hace, todo esto...

—¡Y te crees un guerrero! —se burló Fayolle, desabrochándose el cinturón.

Pacotte bajó precipitadamente la escalera en la oscuridad. Una vez en el exterior, se apoyó en el muro de la casa y respiró a fondo varias veces. Se sentía mal, le flaqueaban las piernas. No se atrevía a imaginar a su cómplice, que se afanaba con aquella pobre campesina muerta, asfixiada por la mordaza, que él, Pacotte, había debido de apretar demasiado al anudarla. Tenía aspecto de fanfarrón, pero nunca había sentido deseos de matar. En combate, pase, porque no hay manera de sobrevivir si no es así, ¿pero allí?

Transcurrieron largos minutos.

Allá abajo, cerca de la iglesia, unos soldados cantaban. Fayolle salió por fin. No intercambiaron una sola palabra acerca de la austríaca, pero Pacotte le pidió:

—Dame la luz, voy a vomitar.

—No tienes necesidad de ver, yo sí.

—¿Ver qué?

—Mis zapatones nuevos. —Señaló el cuerpo tendido en el patinillo—. Es el momento de aligerar a este buen hombre de sus zapatos. Los necesito más que él, ¿no crees?

Fayolle se agachó y dejó el farol en el suelo. Extrajo las espuelas para probarlas en los zapatos del cadáver y soltó un juramento: ¡era imposible ajustarlas! Se levantó decepcionado.

—¡Pacotte! —gritó.

Con el farol en el extremo del brazo extendido, se alejó calle abajo, rezongando:

—¿Es que no puedes responderme, pedazo de cerdo?

Distinguió una forma cerca de un árbol y avanzó en aquella dirección.

—¿Necesitas un árbol para echar la papilla?

A grandes zancadas, hollaba la hierba y las ortigas del suelo al lado de la cuneta, cuando tropezó con un obstáculo, un tronco cortado, sin duda. Lo golpeó con el pie y comprobó que no se trataba de madera. Era blando como un cuerpo. Se agachó y el farol iluminó un uniforme. Como el soldado estaba tendido de bruces, le dio la vuelta: embadurnado de vómito y sangre, su amigo Pacotte tenía un cuchillo clavado en la garganta.

—¡Alerta!

A pocos pasos, en la oscuridad, los austríacos de la Landwehr, una milicia popular, con chaquetas gris ratón, el sombrero negro adornado con una rama provista de hojas, se agachaban para desaparecer en los trigales.

Masséna había hecho encender braseros y colocar faroles en los postes de sostenimiento. Había confiado al ordenanza el uniforme bordado de oro y el bicornio, e iba de un lado a otro para apresurar la consolidación del puente pequeño. Con las botas en el limo del río, cogió por el cuello a un pontonero ahogado a medias por un remolino del río. Masséna tenía la energía de los brutos. Trepaba a las viguetas, llevaba tablas, adiestraba con el ejemplo, haciendo el trabajo de diez hombres. Nunca había estado enfermo, excepto una sola vez, en Italia. Había conseguido trapichear unas licencias de importación que le habían aportado tres millones de francos. El emperador, advertido, le rogó que entregara una tercera parte al Tesoro. El mariscal lloró y adujo su economía, su familia que le costaba cara, afirmó que era pobre, que estaba endeudado. Esto terminó por exasperar al emperador, quien le confiscó la totalidad de la fortuna colocada en una banca de Livorno. Entonces Masséna enfermó.

En medio de la acción, el mariscal se olvidaba de sus bandidajes, su avaricia y el oro de los genoveses, del que suponía que reposaba en un cofre de Viena. Ya se ocuparía de eso más adelante. Sin que, al parecer, le costara ningún esfuerzo, alzó una viga enorme para que los zapadores pudieran fijarla con sus cabos en uno de los barquichuelos, lastrado con proyectiles, que se bamboleaba en el fuerte oleaje. Algunos maderos se desprendieron del piso inacabado y se alejaron corriente abajo. Masséna gritaba como un energúmeno. Delante, en la isla, otros pontoneros trataban de efectuar la unión. Los dos equipos debían encontrarse hacia la mitad de aquel brazo furioso del Danubio. Casi lo habían conseguido, y ahora se lanzaban cables a los que habían fijado piedras, que los de delante cogían al vuelo para tenderlas como un esbozo de parapeto. Abajo las aguas seguían creciendo, agitadas, y así los hombres avanzaban unos al encuentro de los otros, viga tras viga, madero tras madero, arrastraban, anudaban, clavaban a la luz incierta y rojiza de las grandes antorchas, mojados por las olas que chocaban con su obra, agobiados, entumecidos, unidos con una cuerda como rosarios humanos. Masséna los alentaba e insultaba como un domador, magnífico, con la corbata arrollada por debajo del mentón, las mangas de la camisa de seda arremangadas hasta los codos. Al borde del piso reconstruido, alzó una madera de cadenas con la mano derecha y las arrojó a un sargento enganchado a un pontón: «¡Alrededor de ese tronco!». El sargento tenía los dedos helados y no lograba rodear el poste designado, su embarcación cabeceaba, las frías olas le alcanzaban el rostro, corría el riesgo de perder el equilibrio. Masséna bajó hacia él por un cordaje, apartó al incapaz y fijó las cadenas. Una ráfaga de viento desvió la humareda, los hombres tosieron y el trabajo prosiguió a ciegas. «¡A la derecha! ¡Más a la derecha!», gritaba Masséna como si, con su único ojo, viera mejor en la noche que los pontoneros habituados al ejercicio. Por el otro lado, en la Lobau, el resto del ejército esperaba pasar, con la mochila en la espalda y el fusil a los pies. Los de las primeras filas veían a su mariscal y, si no le querían, aquella noche por lo menos le admiraban. Otros rezaban para que aquella porquería de puente no se sostuviera jamás, que el Danubio lo dispersara y que ellos regresaran a sus casas.

Doscientos metros más lejos, en un claro en el centro de la isla, los oficiales del estado mayor y su personal descansaban sobre el césped. Muchos de ellos llevaban en cajitas talladas anillos, retratos en miniatura, un mechón del cabello de su querida, de cuyos méritos se jactaban

para olvidar el presente. Algunos reanudaban sus cantinelas nostálgicas:

Me abandonáis para ir hacia la gloria.

Mi tierno corazón seguirá por doquier vuestros pasos...

Lejeune callaba, sentado bajo un olmo. Mientras que su ordenanza, a gatas, soplabla las brasas de un fuego de ramas, Vincent Paradis desollaba dos liebres que había abatido con la honda. Ins pirado por la noche campestre, aquella calma, aquel verdor, Périgord acababa de disertar sobre Jean Jacques Rousseau:

—Dormir en verano sobre la hierba y bajo las estrellas, pase, pero no muy a menudo. Hay hormigas y, además, los pájaros te despiertan al amanecer con su bullicio. Se está mejor entre las sábanas, con la ventana bien cerrada, preferentemente acompañado, soy un poco friolero.

Entonces se dirigió a Paradis:

—Guárdame las pieles, muchacho. Me irán de primera para lustrarme las botas... ¡Conejos! ¡Cada vez que veo a esas bestezuelas vuelvo a pensar en la caza frustrada de Grosbois! ¡Qué bobo llega a ser nuestro mayor general!

—Desmañado, es posible, pero no bobo —le corrigió Lejeune, bastante contrariado—. No exageréis, Edmond. Y además, nosotros ni siquiera participamos en esa cacería.

—¿De qué estáis hablando? —preguntó un coronel de húsares que gozaba por anticipado del cotilleo.

—De aquella jornada en la que, para adular al emperador...

—Para serle agradable —rectificó Lejeune.

—¡Es lo mismo, Louis-François!

—No.

—El mariscal, para adular a Su Majestad... —repitió el húsar que estimulaba al maldiciente Périgord.

—El mariscal Berthier —siguió diciendo éste— había ofrecido al emperador una cacería de conejos en sus tierras de Grosbois. Ahora bien, si había caza, no había un solo conejo. ¿Qué hace el mariscal? Encarga un millar. Llegado el día, se sueltan los conejos, pero en vez de correr para librarse de las escopetas, los animales se dirigen hacia los invitados, les aguan la fiesta, se deslizan entre las botas, en absoluto asilvestrados, y poco les falta para hacer tropezar a Su Majestad. El mariscal se había olvidado de precisar que quería conejos de coto, y le habían entregado conejos de granja: ¡al ver a toda aquella gente habían creído que les traían comida!

Périgord lloraba de risa, y el húsar también. Lejeune se había levantado antes de que finalizara la anécdota, la cual había escuchado demasiadas veces y no le divertía. Todos consideraban a Berthier un cretino, y eso le afectaba, pues le debía su grado y su papel. En Holanda fue un joven sargento de infantería, luego llegó a oficial de ingenieros gracias a su talento, Berthier reparó en él y lo llevó consigo como ayudante de campo. Lejeune recordaba que su primera misión había consistido en escoltar talegos de oro destinados a unos clérigos del Valais que debían ayudar a acarrear la artillería más allá de los Alpes... A continuación, Lejeune había seguido por doquier al mariscal. Conocía su valor y su pasado, sus combates al lado de los insurgentes de América, en Nueva York y Yorktown, su encuentro en Potsdam con Federico II, su adhesión desde la guerra de Italia al joven general Bonaparte, cuyo destino adivinaba, y luego a aquel Napoleón a quien servía por turno como hombre de confianza, confidente, nodriza y burro de carga. Al cabo de varias semanas Davout y Masséna hicieron correr rumores injustos sobre él. Era cierto que, al comienzo

de la campaña de Austria, Berthier dirigía él solo las operaciones, fiándose de los despachos que le enviaba el emperador desde París, pero a menudo esas directivas llegaban tarde y la situación sobre el terreno evolucionaba con rapidez. Ello explicaba ciertas maniobras peligrosas que habían estado a punto de llevar a los ejércitos al desastre. El emperador dejaba que acusaran a Berthier, y éste no trataba jamás de justificarse, como aquel día, en Rueil, cuando el emperador, disparando al azar contra una bandada de perdices, no logró más que dejar tuerto a Masséna. Entonces se volvió hacia el fiel Berthier:

—¡Acabáis de herir a Masséna!

—En absoluto, Sire, habéis sido vos.

—¿Yo? ¡Todo el mundo os ha visto tirar de través!

—Pero, Sire...

—¡No lo neguéis!

El emperador siempre tenía razón, sobre todo cuando mentía, y no era conveniente replicarle. No obstante, el odio que Masséna sentía por Berthier era más antiguo, databa de la época en que el primero dirigía el ejército de Roma, saqueando para su beneficio personal el Quirinal, el Vaticano, los conventos y los palacios. El ejército, sin sueldo, se amotinó contra el logrero. Los romanos del Trastevere, con el pan moreno racionado, maltratados, se rebelaron aprovechando el desorden. Ante el Panteón de Agripa, los oficiales rebeldes ofrecieron entonces el mando a Berthier, quien tuvo que aceptarlo para aplacar los ánimos y pedir al Directorio la revocación de Masséna. Éste, que se había visto obligado a huir para librarse de la cólera de su propio ejército, no le perdonó jamás.

Lejeune se encogió de hombros. Esas rivalidades le parecían miserables. ¡Cómo le habría gustado quedarse en Viena, quitarse su vistoso uniforme y salir con el cuaderno y el lápiz para entre tenerse en las colinas, llevarse a Anna, viajar con ella, vivir con ella, contemplarla sin cesar! Sin embargo, el coronel Lejeune, a fuer de sincero consigo mismo, sabía que un mal había traído un bien, que sin aquella guerra él no habría conocido jamás a la joven. Un intenso clamor le hizo salir de sus ensoñaciones. Sobre el gran puente flotante, detrás del caballerizo real Caulaincourt, que sostenía la brida del caballo, el emperador llegaba a la isla Lobau aclamado por las tropas.

En Viena, en el segundo piso de una casa pintada de rosa, Henri Beyle admiraba a la luz de la candela los retratos de Anna Krauss que había esbozado su amigo Lejeune. La joven había posado con complacencia y sin pudor. Henri admiró el parecido. Contempló los croquis hasta darles volumen, carne, vida y movimiento. Allí estaba Anna, con túnica, alzándose uno de sus mechones negros; Anna pensativa, de perfil, mirando no se sabía qué a través de la ventana; Anna dormida en sus almohadones; Anna en pie y desnuda como una divinidad modelada por Fidias, a la vez irreal por sus perfecciones y provocativa en su actitud, abandonada, huraña; más allá estaba en otra pose, de espaldas; y allí, sentada en el borde de un sofá, el mentón contra las rodillas, la franca mirada posada en el artista que la dibuja. Henri se sentía deslumbrado y molesto, como si hubiera sorprendido a la vienesa en el baño, pero no lograba apartarse de aquellos croquis. ¿Y si robara uno? ¿Se daría cuenta Louis-François? Había muchos. ¿Iba a hacer cuadros a partir de ellos? Entonces pasaron por la mente de Henri unos pensamientos espantosos que rechazaba con toda su razón (pero ¿aún le quedaba razón?), en una palabra, deseaba confusamente, sin formularlo, que Louis-François muriese en combate, a fin de consolar a Anna Krauss y sustituir a su amigo, porque estaba claro que la modelo sólo podía amar al pintor.

La ventana estaba entreabierta, la noche era apacible. Henri oía las notas de un piano,

sutiles, nobles, y fue a asomarse para identificar de dónde procedía la música.

—¿Os gusta esta música, señor?

Henri se volvió, como cogido en falta. Un hombre joven y desconocido había entrado en su habitación. A la luz de la candela, Henri no le veía bien.

—¿Cómo habéis entrado? —le preguntó.

—Teníais la puerta abierta y he observado la luz.

Henri se acercó y observó al intruso. Tenía el rostro casi femenino y los ojos claros. Hablaba francés con un acento más rudo que el de Viena.

—¿Quién sois?

—También soy un inquilino, pero vivo en el desván.

—¿Estáis de paso?

—Voy arriba.

—¿De dónde venís?

—De Erfurt. Trabajo en una casa de comercio. Me ocupo de los suministros del ejército.

—Comprendo —dijo Henri—, sois alemán.

—Me llamo Friedrich Staps. Mi padre es pastor luterano.

Mientras le formulaba las preguntas, Henri había dado la vuelta a los dibujos de Lejeune para ocultarlos, pero el joven alemán no había reparado en ellos. Miraba a Henri fijamente.

—Sin duda sois amigo de la familia Krauss.

—Si queréis...

—No tengo nada que vender —replicó el joven—. No he venido a Viena para trabajar. He venido a Viena para entrevistarme con vuestro emperador. ¿Será posible?

—Si él regresa a Schönbrunn, solicited una audiencia. ¿Qué queréis de él?

—Una entrevista.

—¿Le admiráis, entonces?

—No como vos lo entendéis.

La conversación tomaba un giro desagradable y Henri quería ponerle fin.

—Pues bien, señor Staps, nos veremos mañana. Como estoy enfermo, apenas salgo de esta casa.

—El hombre que toca el piano, ahí delante, también está enfermo.

—¿Le conocéis?

—Es el señor Haydn.

—¡Haydn! —exclamó Henri, acercándose de nuevo a la ventana para oír mejor las notas del ilustre músico.

—Se metió en cama cuando vio los uniformes franceses en las calles de su ciudad —siguió diciendo Friedrich Staps—. Sólo se levanta para tocar el himno austríaco que ha compuesto.

Tras decir estas palabras, el joven apagó la candela entre dos dedos y Henri se quedó a

oscuras. Oyó que se cerraba su puerta y dijo:

—My God! ¡Este alemán está loco! ¿Dónde he metido el eslabón?

A las tres de la madrugada, las tropas franquearon por fin el pequeño puente reparado y se establecieron en la orilla izquierda del Danubio, en los pueblos de Aspern y Essling. Los hombres velaban, dormían poco o mal. El mariscal Lannes no apartaba la vista de su uniforme de gala, colocado sobre la silla, cuyos dorados brillaban a la luz de la bujía. Al amanecer se lo pondría para llevar a sus jinetes a una probable carnicería, pero eso por lo menos tendría buena pinta. En cabeza de las tropas, llevaría todas sus condecoraciones, incluso el gran cordón de San Andrés que le había concedido el zar. Sabía que su uniforme le delataría al enemigo, y quería que así fuese, ya que su función era dejar que le ensartaran con elegancia. Oh, sí, ya tenía bastante. Lo que había vivido en España todavía le disgustaba, y no había vuelto a tener el sueño tranquilo. Allá abajo, nada de batallas regulares, de tropas bien alineadas, sino una guerra anónima que había estallado el mismo día en Oviedo y en Valencia, sin santo y seña, y uno veía aparecer ante sí ejércitos de veinte labriegos dirigidos por su alcalde. Pronto fueron varios millones. Los vaqueros andaluces, con sus picas para marcar los toros, habían vencido en Bailén.

Luego surgieron guerrillas en todas las montañas, libradas por hombres llenos de odio. En Zaragoza, los chiquillos se deslizaban bajo los caballos de los lanceros polacos para despanzurrarlos, los monjes fabricaban cartuchos en los conventos y raspaban el suelo de las calles para extraer el salitre. Los soldados de Lannes eran atacados con botellas vacías, con adoquines, y si por desgracia los capturaban, les cortaban la nariz o los enterraban hasta el cuello para jugar a bolos. En los pontones de Cádiz, ¿cuántos habían sido comidos por los piojos? ¿Cuántos habían sido degollados o serrados entre dos tablas? ¿Cuántos arrojados al fuego, mutilados, con la lengua arrancada, los ojos reventados, sin nariz, sin orejas?

—¿En qué piensas, señor duque?

Lannes, duque de Montebello, no quería confiarse a Rosalie, aquella aventurera como tantas otras que marchaba en la retaguardia de los ejércitos para encontrar en ellos su felicidad, unas monedas, algunas baratijas, anécdotas que contar. Lannes no era infiel, adoraba a su mujer, pero ésta se encontraba muy lejos y él se sentía demasiado solo. Había cedido a la rubia corpulenta de cabellera desordenada que había arrojado en seguida sus ropas a la paja. Él no le respondió, otras cosas le obsesionaban. Veía de nuevo a los bebés clavados con la bayoneta en sus cunas, y aquel granadero que le había confiado: «Al principio no es fácil, señor mariscal, pero uno se acostumbra». Lannes ya no se acostumbraba.

—No soy yo tu querida, ¿eh? Es él, ahí arriba...

Rosalie no se equivocaba. El emperador se desplazaba en el piso superior, y el ruido de sus pasos ponía nervioso al mariscal, el cual pensaba que si al día siguiente una bala de cañón le partiera en dos, por lo menos podría dormir sin sueños.

—Ven, él se marcha —decía Rosalie.

En efecto, el emperador bajaba la escalera con los mamelucos que le rodeaban como perros adondequiera que fuese. Lannes oyó a los centinelas que presentaban armas. Se levantó para con sultar su reloj de oro grabado. Eran las tres y media. ¿A qué hora iba a salir el sol y qué comedia iluminaría?

Rosalie insistía:

—¡Ven!

Esta vez la obedeció.

Napoleón fue al encuentro de Masséna, que vigilaba en el campanario de Aspern.

—Se aprestan, Sire —dijo el mariscal.

El emperador no respondió nada, tomó el antejo de manos de Masséna y miró, apoyado en la espalda de un dragón: los vivaques salpicaban el horizonte de puntos rojos y vacilantes. Imaginaba la batalla en los campos, oía los cañonazos, los gritos, aquel estruendo que aterraba a Europa. «Una gran reputación es un gran ruido —pensaba—. Cuanto más ruido haces, más lejos te lleva. Las leyes, las instituciones, los monumentos, las naciones, los hombres, todo desaparece, pero el ruido sigue resonando a lo largo de los siglos...» Napoleón sabía que en aquella planicie de Marchfeld que se extendía ante él, Marco Aurelio había aplastado a los marcomanos del rey Vadorio como él iba a aplastar a los austríacos del archiduque. La evocación le satisfacía. En la época de los romanos no había trigales sino pantanos, cañizares, garzas, taludes cubiertos de brezo. Las legiones bajaban de los bosques de Bohemia donde se habían abierto una vía a hachazos, aniquilando de ordinario osos y bisontes. Ya no se trataba de aquel famoso ejército de campesinos del Lacio, pesado, ordenado, sino de centurias heteróclitas que avanzaban detrás de los hombres que tocaban trompas, con el torso semicubierto por pieles de fieras, jinetes marroquíes, ballesteros galos, bretones, iberos dispuestos a elegir entre sus prisioneros a los que enviarían a cavar en sus minas de plata de Asturias, griegos, árabes, sirios malos como hienas, getas con greñas color de paja y llenas de piojos, tracios con faldas de cáñamo. Y Marco Aurelio en esa riada, sin armas, sin coraza, reconocible de lejos por su manto púrpura...

Capítulo tercero

PRIMERA JORNADA

Al amanecer, una bruma de calor velaba la planicie. Ni un soplo de aire agitaba los trigales. Delante de los pueblos donde su ejército se preparaba, encor vado sobre su caballo de color claro, Napoleón, rodeado por sus mariscales, oficiales, ordenanzas y caballerizos, contemplaba aquel paisaje demasiado tranquilo. Los jefes reagrupados formaban un buen blanco, Berthier, Masséna, Lannes, Bessiéres, llegado de Viena, y los generales engalanados como para una revista, Espagne con la mandíbula apretada, Lasalle, de mostacho retorcido y mascando su pipa apagada, Boudet, Claparède, Mouton, Saint-Hilaire, con el cuello de la guerrera subido, Oudinot, su expresión porfiada, el cabello cortado al rape pero las cejas pobladas, Molitor, de pelo áspero incluso en las mejillas y con la nariz delgada como una hoja de cuchillo, el imponente Marulaz, el vientre embutido en una faja de color amapola. La fuerte tensión impedía los gestos y las palabras. Inmóviles sobre los caballos de patas rectas que agitaban suavemente las crines, todo plumas y colores, festoneados, bordados, dorados hasta las botas cuya cera brillaba, aquellos héroes componían un cuadro anacrónico que Lejeune lamentaba no estar en condiciones de representar, aunque fuese a lápiz, a toda prisa, tanto le excitaba el desfase tan vivo que percibía entre la naturaleza y los soldados, la serenidad de una y la impaciencia de los otros. No ocurría nada. Lejeune meditaba sobre el poderío del decorado, capaz de modificar el sentido y el juego de los personajes que se le incorporaban. Pasó por su mente una de sus amantes provisionales, una alemana rosada que se bañaba en un torrente en Baviera: natural en la naturaleza, era hermosa, pero por la noche, cuando se quitaba de nuevo la falda en un salón cargado de colgaduras, fruslerías, muebles oscuros, también desnuda pero más seria, resultaba inquietante. Su abandono, su ligereza, sus trapos sobre la alfombra contrastaban con la decoración severa. «Es curioso —se dijo Lejeune—, pienso en el amor mientras espero la guerra...» Sonrió. La voz del emperador le trajo a esta última realidad.

—¡Pero están dormidos! ¡Mierda de austríacos! Mascalzoni!

Nadie hizo ningún comentario ni mostró su aprobación. No era momento para servilismos, y probablemente, antes de que finalizara el día, algunos de aquellos príncipes, barones, condes y generales estarían muertos. La bruma se disipaba, ya sólo flotaba en franjas por encima de los campos. El azul del cielo era más profundo, los trigales más verdes. En el horizonte, sobre las pendientes de Gerasdorf, los austríacos habían formado pirámides de fusiles apoyándolos unos contra otros.

—¿Qué es lo que esperan? —gritó el emperador.

—La sopa—dijo Berthier, mirando a través del anteojo de largo alcance.

—No es más que una retaguardia, Síre —refunfuñó Lannes—. ¡Vamos a derrotarlos!

—Mis jinetes no han encontrado nada en esos lugares —observó Bessiéres.

—No —repitió Masséna—, el ejército austríaco está ahí, muy cerca.

—Sesenta mil hombres por lo menos —dijo Berthier—, si mis informes son exactos.

—¡Tus informes! —gruñó Lannes—: ¡Los prisioneros te han contado sandeces! Estaban sacrificados en esta dichosa isla, ¿qué saben ellos de las intenciones del archiduque Carlos?

—Esta noche los francotiradores han degollado a uno de mis hombres —intervino Espagne

en un tono inexpresivo.

—¡Eso es! —siguió diciendo Lannes—. ¡Francotiradores, merodeadores, y el grueso de los regimientos descansan en Bohemia!

—Sin duda esperan el refuerzo de su ejército de Italia... —añadió Bessiéres.

—Basta!

El emperador había gritado con irritación. Estaba cansado de oírles cotorrear. No tenía ninguna necesidad de sus consejos. Hizo un ligero gesto con la mano a Berthier y se alejó en compañía de su caballerizo Caulaincourt, del joven conde Anatole de Montesquiou, su ordenanza de cara fofa, los inevitables mamelucos traídos de Egipto que se las daban de importantes, con turbantes encopetados, pantalones turcos escarlata y lujosos puñales bajo el cinto. Entonces Berthier tomó la palabra en voz recia, sin mirar siquiera a los mariscales.

—Su Majestad ha ideado un dispositivo que debéis poner en marcha al instante. No debe haber ningún fallo. Estamos de espaldas al río, de donde llegarán tropas de refresco, el revituallamiento y las municiones. Se trata de oponer al enemigo una línea continua de un pueblo al otro. Masséna se apoderará de Aspern, con Molitor, Legrand y Saint-Cyr. Lannes ocupará Essling con las divisiones Boudet y Saint-Hilaire. Hay que bloquear el terreno desguarnecido entre los pueblos: los coraceros de Espagne y la caballería ligera de Lasalle se desplegarán bajo el mando de Bessiéres. ¡Manos a la obra!

No había nada que discutir. El grupo se disgregó y cada uno fue a incorporarse al puesto previsto. Berthier, pensativo, se dirigió al campamento. Lejeune y Périgord le flanqueaban.

—¿Qué opináis, Lejeune? —preguntó el jefe de estado mayor.

—Nada, monseñor, nada.

—Decídmelo de veras.

—Esta luz me da ganas de pintar.

—¿Y vos, Périgord?

—¿Yo? Yo obedezco.

—Todos nos vemos reducidos a obedecer, hijos míos —suspiró Berthier.

Cruzaron en fila el puente pequeño que oscilaba por encima de la corriente. En la isla, Périgord colocó su caballo a la altura del de Lejeune y le susurró en un tono confidencial:

—Qué sombrío es nuestro mayor general.

—Debe de ser por la incertidumbre. El emperador parece elegir la defensiva, nos parapetamos, aguardamos. ¿Atacarán los austríacos? El emperador así lo cree. Debe de tener sus razones.

—¡Señor! —exclamó Périgord, alzando los ojos al cielo—. ¡Ojalá sepa adónde nos lleva! Sin embargo, mi querido amigo, estaríamos mejor en París, o en Viena, ¡y nuestro mayor general en sus tierras con sus dos mujeres! Mirad, estoy seguro de que piensa en la Visconti...

Lejeune no le respondió. Todo el mundo estaba enterado del triángulo amoroso de Berthier y los tormentos que éste sufría. Desde hacía trece años estaba locamente enamorado de una milanese de ojos grises, casada por desgracia con el marqués Visconti, un diplomático bueno, anciano y muy discreto, poco afectado por las incesantes infidelidades de su esposa demasiado bella y ardiente. Cuando Berthier resolvió seguir a Bonaparte a Egipto, abandonando a su querida, lo hizo

lento de aflicción. En medio del desierto, bajo la tienda, levantó una especie de altar a su Giuseppa, a quien escribía sin cesar cartas alocadas y salaces. Y esto duró largo tiempo. A la larga, esta pasión interminable le pareció a Napoleón ridícula. Berthier, nombrado príncipe de Neuchâtel, se vio entonces obligado a elegir una auténtica princesa para fundar una apariencia de dinastía. Dócil, desgraciado y entre lágrimas se decidió por Elisabeth de Baviera, quien tenía el morro picudo y carecía de mentón, por lo que Giuseppa Visconti no estaría celosa. ¿Y qué sucedió dos semanas después de esta ceremonia obligatoria? El marqués murió en su lecho y Berthier no podía casarse con la viuda. Tuvo accesos de fiebre, estuvo al borde de la crisis nerviosa y fue preciso consolarle, sostenerle, recompensarle, aunque sus dos mujeres tuvieran que tolerarse mutuamente, se viesen con frecuencia y jugaran juntas al whist. Aquel domingo, al de mayo de 1809, cuando se oía el fuego de los cañones austríacos, ése era el motivo de los suspiros de Berthier.

El mariscal Bessi res suspiraba por motivos parecidos pero secretos. Era un hombre frío, de una cortesía excepcional, poco locuaz, sin emociones aparentes, de quien no se podía sospechar el menor extravío amoroso, pero que había sabido llevar una doble vida a resguardo de los cotilleos. En realidad, debajo de su chaqueta azul y dorada llevaba dos medallones. Uno evocaba a su esposa Marie Jeanne, piadosa, muy dulce y considerada en la corte, y en el otro figuraba su amante, una bailarina de la ópera con la que gastaba millones, Virginie Oseille, llamada Letellier.

Bajo su aspecto de Antiguo Régimen, con los cabellos largos y empolvados que formaban alas de cuervo en las sienes, Bessi res no permitía jams que traslucieran los pensamientos poco militares que a menudo le pasaban por la cabeza. Cuando entr  por primera vez en Essling al lado del general Espagne, lo primero que hizo fue mirar el campanario.  Menudo Pentecostés! No era el Espíritu Santo quien hoy iba a caerles sobre la cabeza, sino otras lenguas de fuego, los obuses y las balas del archiduque. En la plaza, los caballos ya ensillados comían la cebada amontonada. Los jinetes se ayudaban mutuamente a cerrar las corazas, y algunos limpiaban sus armas con cortinas arrancadas de las ventanas.

Espagne, informad a los oficiales de los deseos de Su Majestad—dijo Bessi res mientras desmontaba.

Entonces se dirigió pensativo a la iglesia, en la que entró. El coro había sido transformado en campamento y dos reclinatorios acababan de consumirse en una fogata ante el altar despojado de sus adornos. Bessi res permaneció en pie ante el crucifijo que habían intentado en vano arrancar, inclinó la cabeza, buscó en el interior de su guerrera y contempló los medallones que representaban a sus amadas, uno en cada palma. MarieJeanne debía de estar en misa, en la capilla de su castillo de Grignon; Virginie, a esa hora, dormía en el magnífico piso que él le había comprado cerca del palacio real.  Y qué hacía él en aquella iglesia austríaca semiderruida? Era mariscal del Imperio, tenía cuarenta y tres años. Hasta entonces las circunstancias le habían sido favorables.  Tanto camino recorrido en tan poco tiempo! Muy joven, cuando pertenecía a la guardia de Luis XVI, había intentado proteger a la familia real durante el motín del 10 de agosto. Nunca había aprobado la vulgaridad de la Revolución ni el avasallamiento de los sacerdotes. En cierta ocasión fue sospechoso y tuvo que ocultarse en el campo, en casa del duque de La Rochefoucauld, antes de integrarse en el ejército de los Pirineos y luego el de Italia, en el entorno de aquel Bonaparte a cuyo golpe de Estado prestó su ayuda y para quien invent  un cuerpo de pretorianos que se convertiría en la Guardia Imperial... Dentro de una hora estaría a caballo. Los soldados le querían. Los enemigos también, como aquellos monjes de Zaragoza a los que había protegido de sus propios regimientos.  Hab a nacido para mandar? Bessi res no lo sabía.

En el exterior, Espagne ya había entrado en acción. Distribu a  rdenes, activaba los preparativos, inspeccionaba los caballos y las armas. Observó que unos coraceros cavaban una tumba bajo los olmos, al final de la calle principal, y envió un capitán para que apresurase al máximo aquel entierro. El capitán SaintDidier fue a pie, sin darse demasiada prisa.

Tres coraceros, con palas robadas en un cobertizo, cavaban la fosa, ya casi terminada. En la hierba, el soldado Pacotte estaba blanco y rígido.

—Hay que espabilarse, muchachos —dijo el capitán Saint-Didier.

—Lo primero es lo primero, mi capitán —se limitó a decir Fayolle, clavando la pala en el montón de tierra que rodeaba la fosa. —¡Nos vamos de este maldito pueblo!

—Enterramos a nuestro hermano, mi capitán —replicó Fayolle—, para que no lo devoren los zorros.

—Tenemos principios —añadió uno de los coraceros, un herrero forzado que se llama Verzieux.

—¿Y no enterráis al tipo que destripasteis anoche en la casa?

—¡Ah, ése! —dijo Fayolle—. Es austriaco.

—Si los zorros se lo comen, que les aproveche —dijo el tercer soldado, un hombre bajo y moreno que se reía burlonamente y a quien el capitán reconvino:

—¡Basta, Brunel!

—¿Es que no sois religioso, mi capitán? —preguntó un Fayolle socarrón, el cual acariciaba los tirantes negros que había encontrado en el bolsillo de Pacotte y que llevaba alrededor del cuello como una corbata, a modo de recuerdo o trofeo.

—¡Dentro de un cuarto de hora quiero veros a los tres en vuestro pelotón! —les ordenó el capitán Saint-Didier antes de girar sobre sus talones, disgustado por tener que dirigir a unos brutos.

Cuando estuvo a cien pasos, Brunel preguntó a los otros dos:

—Saint-Didier... es un apellido de aristócrata, si no me equivoco.

—Quizá nos evitará lo peor —dijo Fayolle—. Le he visto actuar delante de Ratisbona, y conoce su oficio.

—¡Ya, ya! —dijo Verzieux, poniéndose a cavar—. Estoy harto de esos oficialillos caguetas que recogen a la salida de los colegios y que nos forman en quince días porque saben latín.

Allá abajo, cerca de la ribera del Danubio, las gaviotas emitían unos chillidos que parecían risas. Fayolle se echó el manto pardo sobre el hombro e hizo una mueca.

—Si hasta los pájaros se burlan de nosotros, esto empieza mal...

Todos los regimientos de caballería acantonados en Viena salieron a primera hora de la mañana, y el suelo temblaba bajo los cascos de los caballos. Friedrich Staps se puso al lado de un muro para que pasaran los dragones al galope, que le habrían pisoteado sin consideración, y se adentró en las viejas calles alrededor de la catedral de San Esteban. Empujó la puerta vidriera de una ferretería que acababa de abrir y tenía ya un cliente, un señor corpulento vestido de oscuro, con los cabellos grises, ralos y largos, tanto que le rozaban el cuello de la chaqueta. El cliente hablaba francés y el comerciante, con los ojos muy abiertos, trataba de explicarle en vienés, ese alemán cantado, que no le entendía. El francés se sacó del bolsillo un trozo de tiza y dibujó algo en el mostrador. Lo había hecho mal, sin duda, porque el comerciante seguía perplejo. Staps se acercó y le ofreció su ayuda.

—Conozco un poco vuestra lengua, señor, y si puedo seros de utilidad...

—¡Aj, joven, vos me salváis! —¿Qué habéis dibujado? —Una sierra.

—¿Queréis comprar una sierra?

—Sí, bastante larga y resistente, no demasiado flexible, con los dientes finos.

Informado por Staps, el comerciante sacó de sus cajas varios modelos que el francés tomó en sus manos. Staps le miraba con curiosidad.

—No os imagino en absoluto como carpintero, señor.

—¡Y tenéis razón! Perdonadme, esta mañana tengo demasiada prisa y ni siquiera me he presentado. Soy el doctor Percy, cirujano en jefe del gran ejército.

—¿Necesitáis una sierra para cuidar a vuestros enfermos?

—¡Cuidar! Nada me gustaría más, pero en las batallas no se cuida, se repara, se acorrala a la muerte, se cortan brazos y piernas antes de que comience la gangrena. Gangrena... ¿conocéis esa palabra?

—Me temo que no.

—Con este calor, joven —dijo Percy, sacudiendo la cabeza—, los miembros heridos se pudren, y es mejor amputarlos antes de que todo el cuerpo se deshaga por dentro.

El doctor Percy eligió la sierra que le convenía y el tendero se la envolvió. Pagó con uno de los billetes de un fajo de florines que había sacado de su maletín, se embolsó el cambio, dio las gracias y se caló un tricornio negro con escarapela. A través de la ventana, Staps le vio alejarse hacia la calle de Carintia, donde saltó a una calesa.

—¿En qué puedo servirlos, señor? —le preguntó el tendero. Staps se volvió hacia él.

—Necesito un cuchillo largo y afilado. —¿Para cortar carne?

—Exactamente —respondió el joven, con una sonrisa apenas marcada.

Al salir de la ferretería, Friedrich Staps se guardó el cuchillo de cocina, envuelto en papel gris, en el bolsillo interior de la levita arrugada, y echó a andar con rapidez por la ciudad en efervescencia. Los escuadrones seguían confluyendo hacia las puertas de Viena para tomar la ruta de Ebersdorf, el Danubio y el gran puente flotante. Al llegar a la casa pintada de rosa de la Jordangasse, Staps se encontró con unos hombres de torso desnudo y gorra de cuartel en la cabeza, que descargaban un furgón de intendencia cubierto con una lona. Sin preguntarles nada, siguió a dos de ellos. Sudaban al transportar una gran cesta hacia la cocina, en la que el joven entró también. Sobre la larga mesa parda se amontonaban pollos, frascos, hogazas de pan y verduras. Las hermanas Krauss y su ama de llaves desplumaban, cortaban, mondaban y lavaban, mientras Henri Beyle, a pesar de su mala cara, regresaba de la bomba con dos cubos de agua que Staps le quitó de las manos.

—Descansad, estáis enfermo.

—Muy amable, señor Staps.

Entonces, indicando los víveres con un gesto del brazo, Henri le explicó:

—Ya veis, mis colegas de la intendencia se ocupan también de mi salud.

—Y la de estas señoritas.

Henri miró a Staps, con su aire angélico, su sonrisa ambigua. Aquel muchacho demasiado cortés le irritaba. Cabía dar un doble sentido a cada una de sus palabras. ¿Debía desconfiar? ¿Por qué? Henri olvidó sus sospechas al oír a Anna Krauss que bromeaba con sus hermanas menores, sin que él comprendiera a propósito de qué o de quién. Staps no tardó en intervenir en la conversación, en alemán, lo cual acabó por hacerle odioso a Henri. Éste, en el extremo de la mesa, los veía reír sin

poder participar del jolgorio. Palideció y apretó los dientes, intentó levantarse y sintió malestar, un escalofrío. Inquieta de repente, Anna se apresuró a sostenerle. Como le tomaba del brazo y él notaba el calor de su cuerpo, Henri enrojeció como un tomate.

—¡Le vuelven los colores! —exclamó Friedrich Staps en francés.

Henri habría querido morder a aquel pequeño imbécil.

Con la chaqueta desabrochada y las perneras del pantalón remangadas sobre los zuecos embarrados, Vincent Paradis no parecía un tirador y menos todavía un explorador. Se habría dicho que era un civil disfrazado. El ordenanza del coronel Lejeune había tenido que sacudirle para que se despertara. Bostezó, estirándose ante el Danubio amarillento, un río como no había visto otro jamás, ancho como un brazo de mar e inestable como un torrente, con caprichos y súbitas violencias. El sol empezaba a caldear y Paradis recogió su casco, se lo puso y ajustó el barboquejo de cuero bajo el mentón. ¿Quién habría inventado unos sombreros tan altos? Protegido por un oficial del estado mayor, se creía al abrigo en la isla de Lobau, y le divertía el trajín que distinguía a lo lejos, en la otra orilla, hacia las casas apretujadas y las granjas de Ebersdorf. Entonces oyó una música. Los clarinetes de la Guardia Imperial, en cabeza de las tropas que avanzaban ahora por el puente grande lleno de baches, tocaban una marcha de Cherubini compuesta para ellos. Seguían las banderas a rombos tricolores coronadas por un águila con las alas desplegadas y, a continuación, los impecables granaderos. A éstos no los soportaba nadie en el ejército, pues tenían todos los derechos y lo demostraban. El emperador los mimaba, por lo que eran arrogantes. Sólo montaban en primera línea al final de las batallas, para desfilas entre los cadáveres de hombres y caballos, comían en escudillas personales y, en general, viajaban en coches guarnecidos de paja o en simón, para reducir al mínimo las molestias. En Schönbrunn, donde habían acampado, la intendencia les había ofrecido calderadas de vino azucarado. Al igual que el emperador, usaban calzones de casimir debajo de las polainas de tela blanca. Dorsenne, su jefe, elegante hasta el exceso, con el cabello negro rizado con tenacillas y el semblante altivo de un habitual de los salones, comprobaba los botones de los uniformes, los pliegues falsos, la limpieza de las bayonetas por las que pasaba un dedo enguantado.

Los granaderos de la Guardia se aproximaban en tres filas, atravesando aquel interminable puente de tablones que descansaba sobre barcas de tamaños y formas desiguales y balanceadas por la corriente. A medida que avanzaban de una manera lenta y compasada, arrojaban al agua sus bicornios, y cada uno desanudaba de la mochila de quien le precedía aquel famoso gorro de piel de oso, metido en un estuche, antes de ponérselo.

—¡Qué espectáculo! —exclamó el ordenanza de Lejeune, que presenciaba la escena detrás de Paradis.

—Sí, mi teniente.

—¡Eso reconforta el corazón!

—Sí, mi teniente —repitió el tirador Paradis para no contradecir a sus bienhechores que le alejaban del frente, pero aquel ceremonial afectado le irritaba.

Tenían menos miramientos con los soldados de infantería, siempre en marcha, siempre encorvados bajo el peso de las armas, las piernas y los brazos destrozados, que dormían en el suelo incluso bajo la lluvia, que reñían por ocupar un sitio cálido no demasiado lejos del fuego de los vivaques.

Llegó Lejeune, con las manos a la espalda y un aspecto huraño, lo cual no presagiaba nada agradable. Cogió a Paradis del hombro, con demasiado afecto, y se lo llevó hacia los ribazos. De repente Lejeune saltó hacia atrás, pues acababa de pisar una serpiente que se escurría entre las

matas de hierba.

—No temáis —le dijo Paradis, sonriente—, es una culebra de agua y sólo come ranas y tritones.

—Sabes muchas cosas.

—Vos también, mi coronel, pero no son las mismas.

—Me has sido útil.

—Digo lo que sé, eso es todo.

—Oye...

—Parecéis molesto.

—Lo estoy.

—¡Bien, ya está, lo he comprendido!

—¿Qué es lo que has comprendido?

—Ya no tenéis necesidad de mí.

—Sí, hombre...

—¿Y entonces?

—Los austríacos van a atacar, ya que el emperador así lo cree, y a partir de ahora serás más útil en tu división.

—Eso es precisamente lo que había comprendido, mi coronel.

—No soy yo quien decide.

—Lo sé. Nadie decide.

—Coge tus cosas...

El tirador regresó al campamento de oficiales, recogió su equipo, examinó sus armas y cartuchos y partió hacia el puente pequeño que unía la isla a la orilla izquierda, sin volverse. Lejeune habría querido gritarle que él no tenía nada que ver con aquello, pero eso no era del todo cierto, por lo que se calló, desolado, como si hubiera traicionado la confianza de un buen muchacho. Sin embargo, tanto allí como en la espesura de Aspern, donde Paradis iba a reunirse con la división Molitor, todos arriesgaban la piel.

—¡Ah, se mueven! ¡Por fin! ¡Id terminando!

Inquieto y satisfecho a la vez, con esa excitación que precede a los combates antes de que corra la sangre, Berthier prestó su anteojito a Lejeune para asegurarse de que no tenía telarañas en los ojos. Estaban en lo alto del campanario de Essling, desde donde se abarcaba toda la planicie. Lejeune lo constató: el ejército austriaco recorría la planicie al paso, en una línea de arco de círculo.

—¡Avisad de inmediato a Su Majestad!

Lejeune bajó corriendo los peldaños de madera de la escalera de caracol, corriendo el riesgo de golpearse contra una viga y engancharse los pies con las espuelas, cruzó la iglesia corriendo, salió por el gran pórtico abierto y encontró al emperador en la plaza, sentado en un sillón, los codos sobre una mesa en la que había desplegado un mapa preciso de la región que indicaba el menor relieve y casi los senderos ocultos por las mieses demasiado altas.

—Síre!—gritó Lejeune—.

—¿Qué hora es?

—Mediodía.

—¿Dónde están?

—¡En las colinas!—¡Bravo! No estarán ahí antes de una hora.

El emperador se levantó frotándose las manos y, de buen humor, pidió su sopa con macarrones proporcionada por una cantina ambulante. Los marmitones avivaron el fuego de los braseros para recalentar el caldo y echaron la pasta ya cocida, aguijoneados por el emperador porque la comida no estaba lista. Berthier se presentó a su vez para confirmar la noticia.

¡Los austríacos avanzan!

—¿Todo está en su lugar? —preguntó Napoleón.

—Sí, Síre.

Entonces se tomó la sopa, soltó un juramento porque quemaba, se vertió un poco en el mentón, reclamó a gritos el parmesano que se habían olvidado de servirle y entrecerró los ojos para saborear mejor, no el plato, sino sus pensamientos. A su alrededor, los oficiales le contemplaban, de repente tan tranquilo, y la sangre fría de su señor les devolvía la confianza, aunque tuvieran un nudo en la garganta antes de entrar en combate. Habían recibido unas órdenes claras, y tenían que cumplirlas al pie de la letra porque todo parecía previsto, incluso la victoria. El emperador conocía la habilidad estratégica del archiduque Carlos, su talento de organizador y sus vacilaciones, y por lo tanto sabría aprovecharse de todo ello. Obedeciendo a una señal, Berthier vertió chambertin en el vaso. En aquel momento Périgord llegó a la plaza, extenuado, saltó del caballo humeante y anunció: —Síre, el puente grande acaba de soltarse.

El emperador barrió con la manga la sopa y el vino, y se levantó enfurecido.

—¿Quién me ha endilgado semejantes majaderos? ¡A esos pontoneros hay que fusilarlos por deserción delante del enemigo, eso es lo que se merecen!

—Sed más preciso —pidió Berthier a su edecán.

—Veréis —dijo Périgord, recobrando el aliento—, ha habido una crecida repentina, el agua ha subido demasiado rápido...

—¿Y eso no estaba previsto? —rugió el emperador.

—Sí, Majestad, pero lo que no estaba previsto es que los austríacos, apostados lejos, corriente arriba, en un meandro del río, lanzaran contra nuestro puente barcas cargadas de piedras que han destrozado los maderos, roto las amarras...

—Incapaci! ¡Incapaces!

El emperador iba de un lado a otro, vociferando. Se detuvo y agarró a Lejeune por el dormán de piel.

—¡Vos habéis pertenecido al cuerpo de ingenieros! ¡Id a colocar de nuevo ese puente!

Los oficiales tradujeron la situación: más puente practicable significaba más contacto con la orilla derecha, el revituallamiento, las municiones, las tropas que llegarían de Viena y el ejército de Davout. Lejeune saludó, montó en el primer caballo a mano, el de Périgord, quien ante la urgencia no osó protestar, y se alejó, apretando el paso de la montura. El emperador deslizó una mirada circular y aviesa a los presentes y dijo en un tono helado:

—¿Por qué os quedáis clavados en el suelo como espantapájaros? ¡Este contratiempo no cambia nada! ¡Volved a vuestros puestos, massa d i cretíni! ¡No servís para nada!

Luego conversó en privado con Berthier, súbitamente aplacado, como si hubiera fingido su cólera, y le dijo:

—Si han advertido al archiduque del accidente, y deben de haberlo hecho, querrá aprovecharse. Va a precipitar el movimiento y atacarnos en masa, porque imagina que estamos bloqueados en la orilla izquierda.

—Le recibiremos, Sire.

—¡Los muy idiotas! ¡El Danubio está de nuestra parte!

—Ojalá pudiera oíros, Sire —masculló el jefe de estado mayor.

—¡Périgord! —llamó el emperador—. Avisad al señor duque de Rivoli que los austriacos pueden aparecer a lo largo de ese meandro del Danubio que termina en Aspern...

Périgord también tomó prestado el primer caballo disponible, que por suerte estaba más fresco que el suyo, y partió para comunicar la orden al mariscal Masséna. El emperador le vio alejarse entre los bosquecillos, sonrió y murmuró a Berthier:

—Si lanzan embarcaciones para destrozar nuestro puente grande, Alexandre, es que ya se han instalado junto al Danubio. —Por lo menos una vanguardia...

—¡No! Venid.

Napoleón empujó a su jefe de estado mayor hacia la mesa, dio la vuelta al mapa y, en el reverso, garabateó un plano a lápiz. Berthier miraba y escuchaba.

—Carlos envía tropas a través de la planicie, es la flecha A. —Sólo se les ve a ellos.

—¡Exactamente! Entretanto, desde el Bisamberg, ahí, arriba y a la izquierda de mi plano, donde sabemos que los austriacos acampan desde hace días, envía otro ejército, sin duda más imponente, con cañones, que avanza a lo largo del Danubio: es la flecha B. Esperan llegar detrás de Aspern, atacar por sorpresa cuando les esperamos en otra parte, precipitarse detrás de nuestras líneas, rodearnos...

El emperador siguió garabateando con el lápiz y su plano se iba convirtiendo en un embrollo indescifrable, pero Berthier había comprendido.

Cuando cabalgaba rodeando un bosquecillo, Lejeune reconoció por sus penachos a los tiradores de Molitor. No quería retrasarse, pues en primer lugar no tenía tiempo que perder, y luego no quena encontrarse cara a cara, por un azar desagradable, con el soldado Paradis, quien tanto había esperado permanecer al lado del estado mayor y lejos del fuego. ¿Cómo explicarle que Berthier se había mostrado muy firme?: «Nada de favoritismos, Lejeme, y cada uno en su puesto. Enviad a su regimiento a vuestro cazador de conejos. ¡Nada de malos ejemplos!». Lejeune no había sabido responderle. En aquella fase de los acontecimientos, ¿para qué diablos podía servir un explorador? Había necesidad de artilleros y tiradores. Ciertamente que obedecer no borraba los remordimientos, pero la acción iba a barrerlo todo.

El coronel franqueó al paso el puente pequeño batido por el oleaje. El Danubio había crecido mucho, los tablones vacilaban y su caballo metía los cascos en los charcos. En la isla pudo seguir de nuevo el curso del río, y descubrió la catástrofe en el otro lado. El gran puente flotante estaba abierto por el medio y las fuertes olas que penetraban por la brecha seguían arrancando vigas. Las amarras se rompían una tras otra, demasiado tensas, y una parte de la obra corría el riesgo de ir a la deriva, pese a los esfuerzos de los pontoneros y los zapadores requeridos. Por medio de varas, bicheros, hachas y mangos de piqueta intentaban apartar las barcas lastradas con cascotes que los austriacos lanzaban a la corriente. Una de esas embarcaciones había encallado en la ribera de la isla y Lejeune la examinó. Era una barca pequeña, triangular y de bastante calado,

que habían llenado de voluminosos pedruscos. Debido a su forma, había navegado dando vueltas y chocó a gran velocidad, por todos sus ángulos, con las embarcaciones encadenadas que sostenían el puente grande en la superficie del Danubio. Lejeune se dijo que había sido una locura tender a toda prisa un puente flotante sobre un río en crecida. Ahora el enemigo se aprovechaba, y con razón, pues era fácil. Echó pestes contra aquella chapuza por falta de tiempo, pero jamás se habría atrevido a decírselo a alguien. Habrían debido esperar a que el Danubio se apaciguara y volviera a encontrar su curso, dos semanas, un mes como mucho, y tender un puente sólido con postes clavados en el fondo. Estas especulaciones no servían para nada. Tenía que dirigir los trabajos de reparación, encontrar el medio de dispersar en las riberas las barcas y los troncos de árbol que enviaban los austríacos para destruir el frágil puente.

Con cierto cansancio, Lejeune se quitó los adornos del uniforme que podían ser un estorbo, y los dejó caer sobre la hierba: el sable, el casco, el portapliegos. Divisó a un oficial de ingenieros que se afanaba en desviar una de aquellas terribles barcas triangulares, con diez hombres que sostenían un grueso madero para detenerla, y aguardaban el choque. La veloz embarcación chocó con aquella especie de ariete improvisado, los hombres soltaron su presa, cuatro de ellos cayeron tumultuosamente al agua, pero lograron aferrarse a los postes y pontones todavía sujetos, golpeándose, gritando, tragando el agua fangosa, pero el proyectil derivó y volcó en la isla.

—¡Capitán!

El oficial de ingenieros, empapado, con el mostacho goteante, tomó la mano que Lejeune le tendía y se alzó sobre el puente. No pidió nada y se puso a las órdenes del enviado del estado mayor con pantalones rojos. Eso le aliviaba.

—¿Cuántas de nuestras barcas de sostén se han llevado, capitán?

—Una decena, mi coronel, y no hay manera de encontrar otras.

—Lo sé. Vamos a construir balsas.

—¿Balsas? ¡Para eso se necesitan horas!

—¿Tenéis otra solución?

—No.

—Reunid a vuestros hombres.

—¿Todos?

—Todos. Van a cortar esos árboles, prepararlos, unirlos, clavarles tablas, asegurarlos con cuerdas, lo que os plazca, pero debemos disponer de las balsas lo antes posible, tantas como barcas desaparecidas.

—De acuerdo.

—Mirad, no todas las tablas del suelo se han perdido. Desde aquí veo que han quedado en la orilla de la isla. Que vayan a buscarlas.

—No hay tantas...

—¡Son suficientes! ¡Restablezcamos el enlace con la orilla derecha a toda costa, y rápido!

—Rápido, lo que se dice rápido, mi coronel...

—Capitán —replicó Lejeune, manteniendo la calma—, los austríacos van a atacar de un momento a otro. Espero que alrededor de Ebersdorf, ahí delante, lo sepan y actúen.

Los soldados de Molitor se apretaban en un largo camino encajonado que enlazaba la zona trasera de Aspern con uno de los numerosos brazos muertos del Danubio. Habían cargado los fusiles y aguardaban en cierto modo como si estuvieran en una trinchera, al abrigo de aquel parapeto natural coronado de maleza. Creían que estaban en reserva, ya que los austríacos marchaban por la planicie, ante los pueblos, y tropezarían primero con la caballería o los cañones de Masséna. Inquietos, pero seguros de que no iban a sufrir el primer choque, algunos escuchaban para distraerse los relatos del brigada Roussillon, aunque se los sabían de memoria. Se había batido en todas partes, y haber sobrevivido le llenaba de orgullo, de modo que por enésima vez hablaba de sus heridas o de horrores que ponían los pelos de punta, por ejemplo, que en El Cairo un solo verdugo había decapitado a dos mil rebeldes turcos en cinco horas sin torcerse la muñeca. Vincent Paradis estaba separado de ese grupo. Temía estar viviendo su última jornada, y para no pensar en nada más que en lo inmediato, importunaba con una caña a una voluminosa tortuga, la cual se debatía con el caparazón en el fango y las patas al aire.

—Tu bicho nunca logrará volver a su posición normal —comentó otro tirador—. Tiene las patas demasiado cortas, como nosotros. ¡Si tuviera unas piernas más largas y que no me flaquearan, te juro que me largaría, y a toda prisa!

—¿Y adónde irías, Rondelet?

—A meterme en un agujero, naturalmente, y esperar que pase todo esto. Envidia a los topes.

—Calla...

Paradis aguzó el oído. —¿Oyes, Rondelet? —Oigo los cuentos del brigada, pero no le escucho. —Los pájaros...

—¿Qué? ¿Los pájaros?

—Han dejado de cantar.

Al tirador Rondelet lo mismo le daba. Mordió una galleta tan dura que estuvo a punto de romperse los dientes, y canturreó con la boca llena:

Viva, viva, Napoleón,

que nos da pato y pollo asado,

pan y vino a discreción.

Viva, viva Napoleón...

Paradis se levantó hasta el borde del camino encajonado que disimulaba a su compañía. Vio una bandera de fondo amarillo que rebasaba un otero, y luego cascos de hierro negro, destellos luminosos en las hojas puntiagudas de las bayonetas y pronto una columna de uniformes blancos, luego otra y otra más, sin tambores, sin ruido. Paradis se dejó caer sentado al fondo del camino y logró articular:

—¡Ahí están!

—Ahí están, por nuestro lado —repitió el tirador Rondelet a su vecino, el cual se lo dijo al siguiente, y la noticia corrió hasta Aspern, cuchicheada por los jóvenes soldados.

Se dispusieron en una decena de líneas, dispuestos a trepar a las praderas y las colinas de donde procedía el peligro. Sin alzar el tono, con voz firme, los oficiales ordenaron a las tres primeras líneas que ocuparan su posición de tiro para cerrar el paso a los austríacos. Cerca de quinientos tiradores escalaron en silencio las paredes de tierra y grava. Con una rodilla en la hierba, detrás de los matorrales que bordeaban su reducto, apoyaron el arma en el hombro, apuntando hacia las colinas. A sus espaldas, sus camaradas se preparaban para sustituir a los que hubieran disparado,

a fin de darles tiempo para recargar y asegurar la continuidad del fuego.

—¡Sin impaciencia! —gruñó el brigada Roussillon—. Dejad que se acerquen...

Los tiradores bajaron sus fusiles.

—Cuando hayan llegado a ese arbolito esmirriado (¿lo veis? A ciento cincuenta metros...), ¡entonces será el momento!

Más lejos, a su derecha, a la mitad de la distancia hasta el pueblo, se veían los cascos empenachados de otra compañía, detrás de las tapias bajas y bajo el granero de una granja, un edificio de mampostería muy grande. Molitor había dispuesto sus tropas aprovechando todos los accidentes del terreno, incluso las elevaciones de barro seco que los campesinos habían colocado para protegerse de las inundaciones. De improviso, Paradis se sintió muy sereno. Se sumió en la observación de aquellas columnas blancas, ordenadas, lentas, casi inmateriales que, no obstante, avanzaban en línea recta hacia él y que desaparecieron al rodear un otero, como si se los hubiera tragado la tierra. El suelo atormentado, cerca del Danubio, obstaculizaba las perspectivas, y aquellos austríacos bribones lo sabían.

Era la una de la tarde calurosa cuando resonaron unos disparos de fusil aislados por el lado de la granja. Los soldados permanecían tensos, con las armas hacia el suelo, la mirada fija en un horizonte móvil y aquella última colina de donde podían surgir en cualquier momento los tiradores del archiduque. ¿Dónde se habían quedado, por todos los santos? Aparecieron bruscamente en la alta hierba, en líneas oblicuas y ordenadas a la perfección, con sus largas polainas grises, los uniformes limpios y todos iguales, apuntando las bayonetas con un mismo movimiento, como en un desfile, y Paradis se miró los pantalones desgarrados ya por las zarzas. Rondelet llevaba una chaqueta de civil bajo el tahalí blanqueado con creta. El oficial que los mandaba no tenía sombrero y sus mejillas estaban ensombrecidas por una barba de dos días. Delante, los austriacos avanzaban sin cesar, en filas interminables. ¿Cuántos podrían ser?

—Nos superan diez veces en número —masculló Rondelet. —Exageras —le respondió Paradis, para que no le flaqueara el valor.

El enemigo iba a franquear el límite del árbol esmirriado, y todos encararon los fusiles, el dedo febril en el gatillo.

—¡Fuego! —ordenó el oficial que había desenvainado el sable, cuya vaina vacía sostenía en la mano izquierda.

Paradis disparó y el retroceso fue tan violento que creyó que se había arrancado el hombro. Se puso en cuclillas para dejar que le sustituyeran sus compañeros de la segunda línea. Había disparado delante de él, a la altura del pecho, a ojo de buen cubero, e ignoraba si había alcanzado a algún enemigo.

—¡Fuego!

Oyó la andanada siguiente, sin ver nada más, al abrigo del camino encajonado donde recargaba. Tomó un cartucho, lo desgarró con los dientes, vertió la pólvora en el cañón caliente, atacó con la baqueta y deslizó la bala. La operación duraba tres minutos cada vez, y él se tomaba ese tiempo como un respiro. Por encima del camino no dejaban de disparar. ¿Y los austríacos? Paradis aún no había visto heridos. Cuando le tocó el turno de subir, una vez disipada la humareda, los austriacos habían vuelto a desaparecer al otro lado de las colinas.

En vez de desaparecer como Vincent Paradis estaba seguro de que lo hacían, los austríacos se agrupaban según un plan estudiado. Lo que el soldado de infantería ignoraba cuando disparaba al

azar en el campo, el mariscal Masséna lo había descubierto. Desde lo alto del campanario de Aspern gozaba de una visión panorámica de todo el campo de batalla. Se volvió, rozando la campana de bronce, fue de una ventana a otra, unas aberturas estrechas pero altas, terminadas en ojiva, y entonces adivinó los movimientos de las tropas contrarias, tres enormes masas de hombres disciplinados que envolvían el pueblo desde las ciénagas en el meandro del Danubio hasta la mitad de la planicie de Marchfeld, y tal vez incluso más allá de Essling, en el otro extremo del frente. Aquí y allá los regimientos se abrían para que avanzaran decenas de cañones tirados por caballos y arcones con sus artilleros sentados a horcajadas. Masséna, pálido y silencioso, golpeaba los muros con la fusta anudada en la mano derecha. Se maldecía por no haber almenado los edificios ni ordenado que cavaran grandes trincheras para retrasar el avance inevitable de los ejércitos del archiduque. Comprendía que éste quería rodear los pueblos, destruir los puentes, encerrar a los treinta mil soldados que ya habían pasado a la orilla izquierda, privarlos de refuerzos y aniquilarlos con unos efectivos tres veces superiores. Se daba cuenta de que a partir de ahora la situación dependía de sus propias decisiones. En la escalera del campanario, seguido por su edecán Sainte-Croix, gritaba:

—¡Van a asediarnos y hacernos trizas!

—Sin duda —dijo Sainte-Croix.

—¡Con toda seguridad! Tenéis dos ojos, ¿no? ¿Qué haríais vos en este caso?

—Daría prioridad a la protección de los puentes, señor duque. —¡Eso no basta! ¿Qué más?

—Pues...

—¿Habéis visto osos en Baviera?

—¿Osos? De lejos.

—Cuando un oso está herido, ¿se lame y se echa a dormir?

—No lo sé, señor duque.

—¡Ataca! ¡Vamos a hacer lo mismo! ¡Nuestros pordioseros van a abrir una brecha en esos bonitos batallones bien uniformados! ¡Vamos a sorprenderlos! ¡Vamos a desorganizarlos! ¡Vamos a cortarlos en pedazos, señor Sainte-Croix!

Masséna cogió de la sacristía una espléndida estola bordada con hilo de oro y se la echó a los hombros, diciendo:

—Esto vale una fortuna, Sainte-Croix, sería estúpido que pisotearan este chal de cura. Vos, que tenéis ese apellido sospechoso, ¿creéis en las iglesias?

—Creo en vos, señor duque.

—Buena respuesta —dijo Masséna, echándose a reír.

Iba a tomar la iniciativa del ataque y estaba radiante. Bajo los olmos de la plaza, dijo a los oficiales reunidos que esperaban sus órdenes:

—Hemos de mantener dos kilómetros de frente antes de que lleguen nuestros ejércitos de la orilla derecha. Ahí delante nos triplican en número, y tienen por lo menos doscientos cañones que están situando. ¡Tenemos que lanzar el primer asalto!

—El puente grande aún no está reparado...

—¡Precisamente! Ya no tenemos tiempo.

Masséna montó de un salto el caballo que le presentaba, sujeto por la brida, uno de sus caballerizos, se puso los guantes blancos, dio un golpe de fusta y fue a reunirse con los artilleros

que había desplegado en el perímetro de Aspern, ocultos bajo los árboles o en las esquinas de los caserones. Todo estaba preparado. Los servidores permanecían en pie detrás de una veintena de cañones ya cargados. A una señal de Masséna, encendieron las mechas de los botafuegos. Bien visibles en la planicie, las tropas del 6.º cuerpo del ejército austríaco, al mando del barón Hiller, hábil pero entrado en años, permanecían en descanso, apretadas, compactas.

—¡Apuntad justo por encima de los trigales! —ordenó el mariscal.

Entonces tomó el botafuego de un artillero y, sin descabargar, con una mirada feroz, dio sus instrucciones.

—Cuando encienda la carga del primer cañón, esperad el tiempo que se tarda en aspirar y exhalar el aire y disparad el cañón número cuatro, luego el siete, el diez, el trece, a continuación el dos, el cinco, el nueve, y así sucesivamente. ¡Quiero una línea de fuego! ¡Esos perros están a nuestro alcance!

Tras decir estas palabras, bajó el botafuego que sostenía en la mano y encendió la carga que disparó el proyectil con estrépito, seguido por el cuarto y los demás cañones a intervalos iguales, mientras que los artilleros recargaban a toda prisa bajo una nube de humo.

Esta batalla aún no tenía nombre. Cada uno la imaginaba, la temía o pensaba en ella desde hacía una semana, pero acababa de dar comienzo realmente.

A las tres de la tarde, los habitantes de Viena oyeron retumbar los cañones. Los más curiosos se precipitaron en masa hacia todos los observatorios posibles para asistir al espectáculo. Subieron a los tejados, los campanarios, las antiguas almenas de las murallas, disputándose las mejores plazas, como en el teatro. Henri Beyle, acompañado por su médico alemán, Carino, quien había cedido, autorizándole a tomar el aire, se había instalado en la punta de un bastión desde donde se veían los meandros del Danubio y la amplia y verde planicie. Le habían llevado allí las hermanas Krauss y, por suerte, el irritante señor Staps no les había seguido. Muy lejos, en la llanura de Marchfeld, los batallones en marcha parecían miniaturas inofensivas, y el humo de los cañones bolas de algodón. Henri tenía la impresión de hallarse en un palco de prosenio, y se sentía turbado. Las llamas que surgían ahora de las casas incendiadas de Aspern no le regocijaban. Anna se arrojó con el chal de Egipto como si hiciera frío, y temblaba ligeramente, con los labios apretados. Desde luego, preveía lo peor para Louis-François, en aquella contienda lejana, pero Henri, carente de celos, sólo admiraba en ella la imagen del dolor impotente.

Un óptico de la ciudad vieja alquilaba anteojos de largo alcance por un tiempo determinado, que él controlaba sin cesar consultando su reloj. Por medio del doctor Carino, Henri pidió uno, pero habían desvalijado al buen hombre y respondió que aquel señor gordo que estaba allí, a la izquierda, pronto habría terminado su tiempo de alquiler, que costaba diez florines, una miseria por una representación de calidad que no volvería a verse tan pronto. Cuando Henri pudo disponer por fin del antejo, lo dirigió hacia Aspern, donde un granero estaba envuelto en llamas. Ascendía una columna de humo negro, la casa vecina se abrasaba y el techo iba a venirse abajo, pero ¿sobre quién caería? Entonces dirigió el instrumento hacia el puente donde se afanaban los hombres diminutos como hormigas. Circulaba un rumor en el que Henri no creía: el emperador había destrozado el gran puente flotante para impedir la retirada y obligar a sus soldados a vencer. Anna tendió la mano con una sonrisa triste. Henri le dio el antejo y ella miró a su través, inquieta, pero a tanta distancia que incluso con el instrumento no se distinguía más que movimientos, nada preciso, y ni rostros ni siquiera siluetas conocidas. El óptico protestaba. No tenían derecho a utilizar sus aparatos entre varios, y reclamaba otros diez florines. Cuando el doctor Carino hubo traducido sus recriminaciones a Henri, éste acercó la cara a la del comerciante y bramó un «¡No!» que le hizo retroceder. En aquel

momento se oyó una voz femenina:

—¡Henri!

El soltó un juramento entre dientes. Era Valentine. Llegaba a las murallas para mostrarse, con la compañía teatral que se disponía a representar el Don Juan de Molière a la moda vienesa. Todos vestían con mucha elegancia, las mujeres con túnicas de percal y los hombres con trajes ajustados, los calzones de pana metidos en las botas de vueltas amarillas. Tenían sus gemelos de teatro y comentaban la batalla que, para su gusto, estaba demasiado alejada, por lo que no podían sacarle provecho. Hablaban del Conde Waltron, una obra de gran aparato, con multitudes de comparsas debidamente vestidos y cargas de caballería que rozaban a los espectadores.

—Di a tus amigos que pueden acercarse a las balas de cañón —le dijo Henri a Valentine.

—¡Siempre tan amable! —replicó ella, molesta.

—Allá abajo verán muertos auténticos, sangre de veras y, quién sabe, quizá tendrán la suerte de recibir una viga calcinada en la cabeza.

—¡No tienes ninguna gracia, Henri!

—Es verdad, no tengo ninguna gracia porque me falta motivo para tenerla.

Regresó al extremo del bastión, donde Anna debía de estar inquieta, pero el doctor Carino le explicó que se había marchado con sus hermanas.

—Y haríais bien en imitarlas, mi pobre amigo. Si os viérais la cara... Tenéis fiebre alta, y os aconsejo que volváis a la cama y os toméis un caldo.

Así pues, Henri se marchó sin despedirse de Valentine, cuyos amigos seguían perorando sobre la calidad de los incendios que surgían por el lado de Aspern. Les parecían menos realistas que la tormenta de La flauta mágica que habían visto en el gran teatro al aire libre del célebre Schikaneder.

El cañoneo de Masséna había causado estragos en las filas austriacas, pero tras un momento de peligroso desorden y un breve repliegue, su artillería había entrado en acción. Un granero de madera había ardido, y luego, bajo el fuego permanente de doscientas piezas, los techos se habían hundido, los incendios brotaban por doquier en el pueblo y no había ni tiempo ni medios para extinguirlos. Los primeros muertos habían ardido como antorchas, y en vano rodaron por la arena. Los tiradores cubrían a distancia la izquierda del pueblo, pero notaban el calor de los incendios y les caían encima pavesas que apagaban golpeándose las ropas. Un viento ligero lanzaba hacia ellos una humareda negra y espesa que irritaba la garganta. El soldado Rondelet escupió en el suelo y se quejó sin convicción:

—Esto apenas ha empezado y ya estamos cocidos.

Paradis puso mala cara mientras manoseaba el acero de su fusil. Los hombres de la división Molitor no habían cambiado de posición y, tras algunos intercambios de disparos que no habían alcanzado a nadie, se habían quedado ociosos y rompieron filas. El capitán había vuelto a envainar el sable, pero sacó un par de pistolas de los faldones de su uniforme. El brigada Roussillon, sin emoción alguna, hizo formar de nuevo a la compañía:

—¡Bueno, muchachos, vamos a barrer el terreno! ¡En abanico! Pasamos al ataque.

—¿Qué es lo que atacamos? —se atrevió a preguntar Paradis.

—La infantería austríaca se concentra en Aspern —explicó el capitán—. Hay que atacarlos

de costado.

El oficial, pensativo, amartilló sus pistolas y avanzó a grandes zancadas por la hierba. Tres mil hombres se desparramaron entonces por campos y pequeños valles, ascendiendo por la ribera del Danubio, con una apariencia de orden, ojo avizor, pero la crepitación del incendio tan cercano, el estruendo de los cañones, el crujido de los maderajes que se derrumbaban les impidió oír a un escuadrón de húsares austríacos con guerreras verdes que apareció por su flanco al trote largo. Los húsares se abalanzaron gritando, blandiendo el sable con el brazo extendido, el lomo curvo de la hoja hacia él cielo para hundirlo mejor y clavar a los soldados de infantería en el suelo.

La tierra vibraba bajo aquel galope, y el sonido de una trompeta se mezcló con el griterío de los húsares. Paradis y sus compañeros, sorprendidos, dan media vuelta y encaran los fusiles intintivamente. Con ambos brazos paralelos al suelo, su capitán descarga al mismo tiempo las dos pistolas, las tira y se lleva la mano a la empuñadura del sable. Entonces los tiradores disparan a la altura del cuello de los caballos, sin apuntar y sin orden. Entre la horda que avanza y se dispone a atropellarlos, Paradis ve un caballo que se encabrita. El jinete cae entre las patas de un caballo vecino, al que desequilibra. Un tercer austríaco ha recibido una bala en la frente, pero su montura, arrastrada por el movimiento, sigue adelante, con el jinete en la silla boca arriba. Es imposible recargar. Paradis fija la culata del fusil en un montículo de tierra blanda y lo sujeta con ambas manos, bajando los hombros y la cabeza, como si sujetara una lanza, y nota en los hombros los de sus compañeros para formar un rastrillo. Cierra los ojos. El choque se produce en seguida. Los caballos en cabeza se desgarran con las bayonetas erectas, pero las vuelcan, y Paradis, acurrucado en la hierba, con los brazos magullados, medio muerto, nota que un líquido cálido y viscoso se le pega a los dedos. Piensa que seguramente está herido, se alza apoyándose en las manos y contempla a su alrededor una mezcolanza de tiradores y húsares. Sacude a su vecino, le da la vuelta: tiene los ojos en blanco. Detrás, un caballo destripado cocea de dolor y golpea con los cascos; los intestinos le salen del vientre abierto y se dispersan por el suelo. Paradis se dice que en un campo de batalla uno no comprende realmente nada. ¿Está muerto? ¿Es suya esa sangre? No, no le pertenece. ¿Es la del caballo? ¿La del vecino cuyo nombre ni siquiera conoce?

—¡Psss! Paradis ve a Rondelet, tendido bocabajo y guiñándole un ojo.

—¿Te ocurre algo? le pregunta Paradis.

—Nada, pero no hay que repetirlo. Me hago el muerto por prudencia.

—¡Cuidado!

Un austríaco que ha caído del caballo se acerca renqueando. Ha oído el diálogo del falso moribundo y alza el sable. Puesto en guardia por su amigo, Rondelet rueda de costado sin pedir ninguna explicación, y Paradis arroja un puñado de tierra a los ojos del húsar. Este último, cegado, da un traspié y se arriesga a hacer una serie de peligrosos molinetes hasta que el brigada Roussillon, que ha recogido una bayoneta, se la clava en la espalda y empuja con fuerza.

—¡Tanto si estáis heridos como si no, en pie! —ordena el brigada—. Van a volver.

—¿Así pues, se han ido? —pregunta Rondelet, suspirando, y el brigada le aferra un brazo y lo levanta.

—¡Ni siquiera has recibido un golpe de herradura en la mejilla! ¿Y tú?

—Esto es sangre, por cierto —responde Paradis—, pero no sé de quién es.

—¡Vamos a reagruparnos detrás del camino encajonado, y a toda prisa!

Los hombres que se han salvado por milagro se levantan, aturdidos, y caminan torpemente.

—Y recoged las cartucheras —gruñe el brigada Roussillon—. No hay que desperdiciar los

cartuchos.

En el otro extremo del campo, los húsares uniformados de verde volvían a formar para un nuevo asalto. Los dos tiradores cumplen la orden sin retrasarse ni mirar demasiado los auténticos cadáveres.

A la cuarta carga mortífera, el general Molitor decidió retirarse hacia el pueblo, donde pensaba encontrar apoyo. Contenía a su caballo asustado, espada en mano, para organizar un repliegue necesario más allá del camino encajonado donde, por otra parte, fracasó un quinto asalto. Creyendo que saltaban un montículo, los húsares cayeron al vacío como si fuese un barranco. Unos se rompieron el cuello, otros acabaron atravesados por las bayonetas o con la tapa de los sesos volada a quemarropa. Los tiradores también cedieron terreno, pero acarreaban avíos arrebatados a los muertos, éste un fusil bajo el brazo y otro colgado del hombro, aquél había cogido un tahalí de cuero negro del que había pendido la hoja desnuda de un sable. Paradis, con el pecho cruzado por varias cartucheras, se había puesto el casco con copete rojo de un austríaco. Retrocedían hacia las primeras casas de Aspern, evitando los grandes caballos pardos, tendidos en el suelo, que relinchaban. Su agonía era lenta, pero no podían darles el tiro de gracia, pues los cartuchos eran preciosos y había que reservarlos para los hombres, apuntados de preferencia a la cabeza y el vientre.

Por un capricho de la percepción, el incendio era menos espectacular visto de cerca. La mayor parte de las casas de la larga calle por la que avanzaban la multitud de soldados estaban casi intactas, porque los cañones del barón Hiller habían terminado por callarse y porque las llamas violentas de hacía un rato se extinguían por falta de combustible. Los hombres intentaban apagar las hogueras que ardían por doquier arrojándoles tierra. Las armazones de vigas, ruinosas y ennegrecidas, humeaban y crujían y a veces caían en bloque, levantando cenizas. Asfixiados por el humo, los tiradores se rasgaban trozos de la camisa para ponerselos delante de la nariz y la boca. El calor de las brasas se estaba haciendo insoportable.

En la amplia explanada delante de la iglesia de Aspern, a la niebla densa y negra producida por los incendios se añadía la de la pólvora, pues los artilleros seguían disparando sin ver nada bajo una espesa humareda. Tenían la cara sucia, los labios secos, recogían las balas de cañón disparadas por el enemigo para devolvérselas. Un obús había destrozado la parte superior de la torre de la iglesia, y la campana de bronce había roto al caer la escalera de acceso. Sobre la plataforma de una carreta se amontonaban los heridos a los que habían resguardado por un momento bajo un cobertizo intacto. Iban a regresar a la cabeza del puente de la isla Lobau, donde el doctor Percy comenzaba a montar su primera ambulancia. Con una pierna o un brazo envueltos en jirones de uniforme, aquellos lisiados se quejaban, renqueaban, se arrastraban, y los que habían salido mejor parados llevaban en capotes a los que estaban en peores condiciones.

Masséna estaba en pie en la plaza ante la iglesia. Con la estola sacerdotal alrededor del cuello, sostenía un fusil cargado y gritaba órdenes en voz áspera.

—¡Dos cañones en enfilada en la segunda calle!

Mientras los artilleros enganchaban los cañones a los caballos de tiro, Molitor se acercó al mariscal, tirando de la brida de su montura.

—¿Muchos muertos, general?

—Cien, doscientos, quizá más, señor duque.

—¿Heridos?

—Creo que otros tantos por lo menos.

—A mi alrededor el resto de vuestra división ha debido de sufrir pérdidas en las mismas

proporciones —dijo Masséna—. Hay otra cosa...

El general fue con Molitor al inicio de la segunda calle larga para enseñarle, envueltas por un velo de bruma, las banderas amarillas con águilas negras estampadas a trescientos metros.

—Vos llegáis por un extremo del pueblo, Molitor, y los austríacos llegan por el otro extremo. Puedo contenerlos a cañonazos pero pronto nos faltará pólvora. ¡Reunid a vuestros hombres más descansados y atacad!

—Incluso los más descansados no lo están demasiado, señor duque.

—¡Molitor! ¡Habéis batido ya a los tiroleeses, los rusos y hasta al archiduque en Caldiero! No os pido más que volváis a empezar.

—Mis tiradores son muy jóvenes, tienen miedo, carecen de nuestros hábitos y nuestro desprecio.

—¡Porque aún no han visto suficientes muertos! ¡O porque piensan demasiado!

—La verdad es que éste no es el lugar más adecuado para sermonearlos.

—Es cierto, general. ¡Dadles vino! ¡Emborrachadme a esos mequetrefes y enseñadles la bandera!

El coronel Lejeune entró impetuosamente en la plaza e hizo encabritarse a su caballo delante de Masséna.

—Su Majestad os ordena resistir hasta la noche, señor duque.

—Necesito pólvora.

—Imposible. El puente grande no será practicable antes de esta noche.

—¡Pues bien, nos batiremos con palos!

Y Masséna le dio la espalda con impertinencia para reanudar la conversación interrumpida con Molitor.

—La nave de la iglesia está llena de vino, general. Pedí que lo descargaran de los carros de intendencia que ahora evacúan a los heridos.

Lejeune ya galopaba por el campo en el que se sucedían los setos y las empalizadas para mantener la comunicación entre Essling y el emperador, cuando se organizó la borrachera obligatoria. Hasta entonces los obuses no habían alcanzado la techumbre de la iglesia. Un centenar de grandes toneles se amontonaban en el interior, y Molitor hizo que rodaran bajo los olmos. El calor del mes de mayo aumentaba el de las ruinas ardientes y la humareda secaba los gaznates, por lo que hubo una avalancha. Cerca de dos mil tiradores exhaustos se empujaron para recibir escudillas de metal llenas hasta el borde, que bebían como si abrevaran, a toda prisa, antes de tenderlas para que se las llenaran de nuevo. El vino no metamorfoseó en guerreros convencidos a unos muchachos que tenían más deseos de evitar la muerte que de matar, pero acabó por hacerlos más inconscientes de su situación y les permitió afrontarla. Borrachos, o por lo menos achispados, se daban ánimos burlándose de los austríacos a los que Masséna seguía cañoneando para mantenerlos a distancia. Cada detonación provocaba comentarios picarescos o vengativos, y cuando los tiradores estuvieron entonados, Molitor los alineó en simulacros de columnas, enarboló la bandera tricolor en la que estaba bordado en amarillo el nombre del regimiento y ellos le siguieron, marchando con valentía por la larga calle, en cuyo extremo acababa de entrar en acción la infantería del barón Hiller. Tras haber sufrido una primera descarga y visto caer a algunos de sus camaradas, lo que achacó a la mala suerte, el soldado Paradis, ajumado como los demás, disparó adelante y luego, obedeciendo a una orden, con la bayoneta tendida a la altura del vientre, echó a correr para

traspasar a aquella multitud de hombres con uniformes blancos a los que veía un poco borrosos.

El emperador, que montaba al lado de Lannes, permanecía ante Essling, en el borde de la planicie, rodeado por los granaderos de uniforme azul con gorros de piel de oso del 24 regimiento de infantería ligera.

—¿Y bien? —preguntó a Lejeune.

—El duque de Rivoli ha jurado resistir. —Pues resistirá.

Entonces el emperador inclinó la cabeza y puso mala cara. Poco le importaban los cañones austríacos que disparaban contra Essling con la misma violencia que contra Aspern, pero un proyectil alcanzó un muslo de su caballo, el cual sacudió las crines, relinchando, antes de caer al suelo con su jinete. Lannes y Lejeune saltaron de sus monturas. Unos oficiales ayudaron al emperador a levantarse y el mameluco Roustán recogió su sombrero.

—No es nada —dijo el emperador al tiempo que se sacudía la levita, pero todos recordaban el reciente accidente de Ratisbona, cuando la bala de un tirolés le hirió en un talón. Habían tenido que vendarle, sentado en un tambor, antes de que volviera a montar.

Un general con sombrero de plumas clavó su espada en el suelo cubierto de hierba y exclamó:

—¡Rendición si el emperador no se retira!

—¡Si no os marcháis de aquí —vociferó otro— haré que mis hombres se os lleven!

—A caballo!—ordenó Napoleón, poniéndose de nuevo el sombrero.

Mientras sus mamelucos despachaban a puñaladas al caballo herido, Caulaincourt le trajo otro, y Lannes le ayudó a encaramarse. Berthier, que no se había movido, pidió a Lejeune que acompañara a Su Majestad a la isla y que le buscara un observatorio desde donde pudiera vigilar las operaciones sin correr peligro. Protegido en medio de una escolta, silencioso, el emperador se alejó al trote corto atravesando Essling y luego un bosque grande y frondoso que se extendía entre ese pueblo y el Danubio. La tropa bordeó el río hasta el puente pequeño, franqueado al paso, y durante esta breve travesía el caballerizo mayor dirigió el caballo del emperador. Una vez en la isla Lobau, éste montó en cólera e insultó a Caulaincourt en jerga milanesa, percatándose de que sus oficiales le habían dado órdenes, incluso amenazado, y de que él había obedecido. ¿Se habrían atrevido a hacerle retroceder por la fuerza? Planteó la pregunta a Lejeune, el cual respondió que sí, y entonces el furor de Napoleón remitió y se puso a refunfuñar.

—¡Desde aquí no se ve nada!

—Eso puede arreglarse, Síre—dijo Lejeune.

—¿Qué proponéis vos? —inquirió el emperador en un tono socarrón...

—Ese gran abeto...

—¿Me tomáis por un chimpancé de la casa de fieras de Schönbrunn?

—Podemos fijar una escala de cuerda, y desde ahí arriba no se os escapará nada.

—¡Entonces presto!

Al pie del árbol se improvisó una especie de campamento, y el emperador se dejó caer en un sillón. No miraba a los jovencísimos soldados que trepaban por las ramas para fijar la escala de cuerda, apenas oía el cañoneo incesante, ni siquiera percibía el olor a quemado procedente de la planicie. Permanecía impasible, los ojos clavados en las puntas de las botas, y pensaba: «¡Todos me

detestan! ¡Berthier, Lannes, Masséna, los demás, todos los demás, me detestan! No tengo derecho a equivocarme. No tengo derecho a perder. Si pierdo, esos canallas van a traicionarme. ¡Incluso serían capaces de matarme! ¡Me deben su fortuna y se diría que tienen algo contra mí! Simulan su fidelidad, sólo se mueven para amasar oro, títulos, castillos, mujeres. Me detestan y no quiero a nadie, ni siquiera a mis hermanos. Bueno, tal vez a José, por costumbre, porque es el mayor. Y también a Duroc. ¿Por qué? Porque no sabe llorar, porque es severo. ¿Dónde está? ¿Por qué no está aquí? ¿Y si también él me detesta? ¿Y yo? ¿Acaso me detesto? Ni siquiera eso. No tengo ninguna opinión sobre mí mismo. Sé que me empuja una fuerza y nada puede impedirselo. Debo avanzar a pesar de mí mismo y contra ellos».

El emperador aspiró por la nariz un poco de tabaco y estornudó sobre Lejeune, quien le anunciaba:

—La escala está instalada, Sire. Con vuestro telescopio de campaña cubriréis todo el campo de batalla.

El emperador alzó los ojos hacia el abeto y la escala flexible que pendía del árbol y se balanceaba. ¿Cómo iba a subir allá arriba, él, que tenía tanta dificultad para mantenerse sobre la silla de montar? Suspiró.

—Subid, Lejeune, y dadme cuenta con detalle.

Lejeune ya estaba por encima de las ramas bajas cuando el emperador añadió:

—¡No consideréis a los hombres sino a las masas, como para pintar vuestros dichosos cuadros!

Una vez en lo alto del árbol, el coronel se enrolló una mano con la cuerda, aplicó un pie en la base de una rama sólida y extendió el telescopio para barrer el paisaje. Sólo veía una masa. Como había aprendido con Berthier a reconocer los regimientos del archiduque por sus enseñas, podía nombrarlos, saber quiénes eran los jefes, calcular el número de soldados. Gracias al catalejo del emperador, incluso podía distinguir los banderines amarillos de los ulanos, las felpillas negras enroscadas en los cascos de los dragones. En aquel embrollo de tropas, veía a la derecha la infantería de Hohenzollern y la caballería de Bellegarde que se concentraban hacia Essling sin entrar en la población. En la otra ala, en Aspern, que seguía ardiendo, veía la temible ofensiva del barón Hiller. En medio de esos dos lugares que aún resistían, veía también, algo apartado ante los campos, el estandarte verde con franjas plateadas oblicuas del mariscal Bessiéres, los coraceros de Espagne inmóviles, distribuidos en diecisiete escuadrones dispuestos al ataque, y los cazadores de Lasalle. Ante ellos, en la humareda, había líneas de cañones que escupían fuego, pero menos batallones y tropas de caballería. Ahora las tropas austríacas se desplazaban hacia los dos pueblos para llevar allí lo esencial de su esfuerzo. El centro estaba a cada momento más desguarnecido. Lejeune volvió a bajar del árbol para dar esta información al emperador. Llegó abajo al mismo tiempo que dos jinetes: uno venía de Essling y el otro de Aspern.

El primero, Périgord, sonreía. El segundo, Sainte-Croix, con el cabello chamuscado por las llamas, tenía el semblante serio y ojeroso. El emperador los observó muy de prisa.

—Comencemos por las buenas noticias. ¿Périgord?

—El mariscal Lannes mantiene Esslin, Sire. Con la división Boudet, no ha perdido un solo palmo de terreno.

—¡Valiente Boudet! ¡Desde el sitio de Toulon, ese hombre es un valiente!

—¿Sabéis, Sire? El archiduque en persona dirigía el asalto...

—¿Dirigía?

—Ha sufrido una de sus fiebres convulsivas.

—¿Quién le sustituye?

—Rosenberg, Sire.

—La fortuna é cambiata! ¡Allí donde Carlos no ha tenido éxito, ese desdichado Rosenberg va a fracasar!

—Eso es lo que piensa el mayor general, Sire.

—Rosenberg es valeroso, pero en exceso, y además le falta resolución, es prudente por naturaleza... ¿Sainte-Croix?

—El señor duque de Rivoli tiene necesidad urgente de municiones, Sire.

—Ya ha conocido esta clase de situación.

—¿Qué debo responderle, Sire?

—Que anochece a las siete y que se las arregle hasta entonces para conservar Aspern o sus ruinas. Luego el puente volverá a estar en condiciones y los batallones que esperan en la orilla izquierda cruzarán el Danubio. Entonces seremos sesenta mil...

—Menos los muertos —murmuró Sainte-Croix.

—¿Cómo decís?

—Nada, Sire, me aclaraba la voz.

—Mañana por la mañana el ejército de Davout llegará de Saint-Polten. Dispondremos de noventa mil hombres y los austríacos estarán agotados...

Apenas habían montado de nuevo los dos mensajeros cuando el emperador se volvió sin decir palabra hacia Lejeune, el cual respondió en seguida al mudo interrogante.

—Sire, los austríacos avanzan en tropel hacia los pueblos. —Entonces aligeran su dispositivo en el centro.

—Sí.

—¡Tienen el vientre fofo! Seguramente Berthier se ha dado cuenta, id a verle al tejear de Essling y decidle que es el momento de lanzar nuestra caballería contra la artillería del archiduque. Que el jefe de estado mayor discuta los detalles con Bessiéres. ¡Caulaincourt! Sustituid a Lejeune en lo alto del abeto.

El coronel partió a su vez para transmitir la orden, y el emperador se puso ceñudo en su sillón y masculló:

—¡No tengo inconveniente en que me acusen de temeridad, pero no de lentitud!

Fayolle, que estaba bajo el sol desde la mañana, empezaba a hervir bajo la coraza y el casco de hierro. Su caballo golpeaba el suelo para desentumecerse, o restregaba el cuello contra el de su vecino. En la decimosexta fila del escuadrón, al soldado no le llegaban de la batalla más que ruidos sordos, y percibía a cada lado las llamas de las casas bombardeadas. De repente, más adelante, notó un movimiento entre las espaldas de sus compañeros. El estandarte de los cazadores de Bessiéres flotó por encima de las tropas, y entonces Fayolle reconoció el cabello largo y empolvado del mariscal que alzaba el sable. Sonaron las trompetas, la voz de los oficiales transmitió la orden de marchar y, en un frente de un kilómetro, los millares de jinetes se pusieron en movimiento hacia los cañones disimulados por una bruma que olía a pólvora.

Fayolle avanzaba. Su pesada armadura, sacudida por el trote, le molía las articulaciones de los hombros. Había enrollado su manto español para ponerlo en diagonal sobre el pecho. La hoja de la espada, que sostenía dirigida hacia el suelo, pendía contra la pierna enfundada en paño gris. Se concentraba, imaginaba el asalto inminente, volvía a ver a su amigo Pacotte con la garganta abierta y se sentía dispuesto: cosería a estocadas a los asquerosos austriacos. Cuando por fin las trompetas ordenaron la carga, clavó las dos espuelas en los flancos del caballo negro y se lanzó con sus compañeros a un galope salvaje, la espada tendida, azotado por el viento de la carrera y el polvo, la boca torcida, lanzando un grito interminable para olvidar el peligro, para insultar a la muerte, para asustarla, para infundirse valor y cegarse, para sentirse un mero elemento de una tropa invencible. Una carga anterior de los cazadores había fracasado ante las baterías cuyos proyectiles quemantes habían segado muchas vidas, y era preciso salvar los obstáculos de los cadáveres despedazados y evitar que los cascos de los caballos tropezaran o resbalaran en aquella papilla sanguinolenta de tripas y huesos. A lo lejos, y gracias a sus penachos de color verde crudo, se distinguía a los dragones de Bade dirigidos por el gordo Marulaz, y los pesados gorros de piel de los suboficiales de Bessières que concentraban a sus jinetes hacia atrás, mientras que los coraceros arremetían antes de que los artilleros hubieran tenido tiempo de recargar. Los primeros aguantaron el choque y los siguientes, entre ellos Fayolle, Verzieux y Brunel, volaron por encima de los toneles y las ruedas de los arcones. Fayolle atravesó un corazón con la espada, pisoteó a un tipo que llevaba una bala de cañón, clavó a otro en el maderamen de su pieza de artillería y siguió dando tajos a ciegas. Hacía girar a su caballo cuando se encontró con unos soldados de infantería que vestían de blanco, estaban formados en cuadro y disparaban. Sonó el impacto de una bala contra su casco, e iba a lanzarse contra aquel gigantesco erizo de bayonetas cuando una trompeta señaló el repliegue, a fin de dejar sitio a otras oleadas de asalto dirigidas por el general Espagne en persona, desfigurado por la cólera, solo en cabeza, con una expresión demencial en los ojos, expuesto como si quisiera dar razón a los fantasmas que le amenazaban en sueños desde su percalce en Bayreuth.

Demasiado adelantado detrás de la línea de los cañones, Fayolle vio llegar a su general como una furia y, volviendo grupas, quiso ponerse en fila, pero su caballo alzó las patas delanteras, al canzado por un proyectil entre los ojos. Fayolle cayó de espaldas desde el lomo de su montura y el barboquejo del casco le serró el mentón. Semiaturdido, tendió la mano hacia la espada, en el trigal pisoteado, y se alzaba sobre un codo cuando recibió un sablazo, amortiguado por el penacho del casco, que rechinó sobre el espaldar metálico. Tanto el oficial austríaco con guerrera de color rojo como el coracero a gatas fueron arrollados por la carga del general Espagne, y entonces Fayolle notó una mano fuerte que le aferraba el brazo y se encontró en la grupa detrás de su compinche Verzieux. Retrocedieron con el escuadrón de Espagne, que cedía el terreno a una nueva carga. Fuera del alcance de fusiles y cañones, Fayolle se deslizó hasta caer en la hierba y quiso dar las gracias a Verzieux, pero éste se había doblado y se crispaba sobre la perilla de la silla, incapaz de otro gesto. Fayolle le llamó. Verzieux había recibido un casco de metralla en la coraza, a la altura del vientre, en el lado izquierdo. La sangre brotaba a pequeños borbotones del orificio abierto por la metralla y le corría por la pierna. Fayolle le hizo desmontar con ayuda de Brunel. Le tendieron en el suelo y desataron las correas de cuero del peto pegado a la guerrera empapada de sangre caliente. Verzieux se quejaba, y gritó cuando Fayolle le metió en la herida un puñado de hierba para contener la hemorragia. Con las manos enrojecidas y pringosas, Fayolle, en pie, vio que se llevaban al herido hacia las ambulancias del puente pequeño. ¿Llegaría allí? Los coraceros le transportaban en unas parihuelas improvisadas con ramas y capotes. Entonces Fayolle se quitó el casco y lo tiró al suelo.

—Él por lo menos no va a volver —comentó Brunel.

Apoyado en la barriga tibia y blanda de un caballo muerto, Vincent Paradis disparaba contra los austríacos del barón Hiller. Un furioso ataque a la bayoneta dirigido por Molitor los había

expulsado de Aspern, pero volvían en gran número. Algunos caían y otros los sustituían para cerrar las filas. Se habría dicho que sus muertos se relevaban, que aquello no servía para nada. Desaparecida la exaltación del vino, Paradis notaba la lengua rasposa, le dolía la nuca y sentía pesadez en los párpados. Lo que veía en el extremo de la larga calle ya no eran hombres, se decía, sino más bien conejos disfrazados, espectros enmascarados por la humareda, demonios, una pesadilla o un juego. Después de cada disparo tendía su fusil, unas manos lo cogían y recibía otro. En el hueco de una puerta, sin interrumpirse, los soldados cargaban y recargaban las armas.

—¡No te duermas! —le instó Rondelet.

—Lo intento —replicó Paradis, con el dedo en el gatillo, el hombro derecho magullado por los retrocesos.

—Si te duermes van a liquidarte. Un difunto que ronca... eso no cuela.

Y, a modo de ejemplo, alzó el brazo inerte de uno de sus compañeros, el cual tenía embadurnada la cara con sus propios sesos, porque una bala de metralla le había destrozado la frente. —Este no hace ningún ruido —siguió diciendo Rondelet.

—¡Ya está bien!

Alcanzado por las andanadas austríacas, el cuerpo del caballo se estremecía. Delante, en la calle, unos tiradores se habían emboscado detrás de un arado volcado. Se levantaron de súbito para retroceder corriendo. El herido al que llevaban como un saco, sujetándole por el cuello de la guerrera, gemía con un mohín infantil y dejaba tras él un arroyuelo de sangre absorbido en seguida por la tierra. Al pasar ante el caballo muerto que servía como puesto de cazador a Paradis, Rondelet y unos cadáveres muy destrozados, los fugitivos gritaron:

—¡Tienen cañones, hay que largarse o volaremos en trocitos con los pájaros!

En efecto, las bocas de fuego tomaban ahora en enfilada la alineación de las casitas, por lo que más valía salir pitando. Rondelet y Paradis convinieron en correr a la plaza de la iglesia, donde se concentraba el grueso del batallón.

—¡Hay que pasar atrás, y rápido!

Reptaron hacia la puerta de una casa por el suelo guijarroso y se levantaron en cuanto estuvieron en el interior, donde encontraron a sus camaradas que seguían desgarrando cartuchos.

—La pólvora se está agotando —se quejó un tirador fornido con mostacho y la cabellera recogida en la nuca.

—¡Nos largamos por los jardines! ¡Los cañones!

—¿Y el sargento está de acuerdo? —preguntó el del mostacho.

—¿Estás ciego? —le gritó Paradis, mostrándole con un gesto del brazo los cadáveres en la calle.

—¡Ah, no! —dijo el otro con terquedad—. El sargento ha movido la pierna.

—¡No ha movido nada!

—¡No podemos dejarle aquí!

—¡Vuelve en ti, idiota!

El soldado salió corriendo, doblado por la cintura, pero le alcanzó una andanada antes de que llegara al cuerpo que había visto moverse, giró sobre sí mismo, con sangre en la boca, y se desplomó contra las patas tías del caballo que servía de barricada.

—¡Maldita sea! —gruñó Rondelet.

—¡Estamos perdiendo el tiempo! —vociferó Paradis—. ¡De prisa!

Los supervivientes de aquel puesto demasiado avanzado recogieron los fusiles, y se los pusieron bajo el brazo como si fuesen haces de leña. Rondelet recogió al pasar un asador dejado en la chimenea, y se encaminaron al jardincillo cerrado por setos bajos, que saltaron rasguñándose para rodear la calle peligrosa. Se guiaron por la ruina del campanario de Aspern, se perdieron, se alejaron, regresaron, tropezaron con un murete derrumbado, se internaron en la maleza, treparon por cascajales, se torcieron los tobillos, cojearon, cayeron, se golpearon, se desgarraron la ropa en las zarzas, pero el temor de morir sepultados o calcinados les causaba una loca energía. Oyeron los cañones que barrían la calle principal. Un obús cayó sobre la casa que acababan de abandonar y las vigas del techo fueron pasto de las llamas. Se cruzaron con otros fugitivos cuyos uniformes estaban chamuscados y cuando llegaron a los muros del cementerio su grupo se había ampliado. Todavía tuvieron fuerzas para escalarlos, saltar al otro lado, sobre las tumbas, y de cruz en cruz llegaron a la iglesia. Masséna y sus oficiales estaban en pie. Las ramas de los grandes olmos fulminados les caían encima.

Fayolle había recuperado el caballo de su amigo Verzieux, más nervioso que el suyo y cuyos flancos debía apretar, pero la jornada avanzaba y al cabo de una decena de cargas brutales el jinete y su montura estaban extenuados por igual. Los hombres volvían a la carga, se iban, repartían sablazos, las filas se desparramaban y los austríacos no retrocedían. A Fayolle le dolía la espalda, los brazos, sentía dolor por todas partes y el sudor le entraba en los ojos, que se enjugaba con la manga en la que la sangre de Verzieux se había secado formando una costra pardusca. Clavó las espuelas en el caballo hasta hacerle sangrar, y el animal resopló. Con el sable en una mano y un botafuego austríaco encendido en la otra, sujetaba la brida con los dientes y se disponía a retroceder con su pelotón para descansar un momento entre dos asaltos, cuando los cazadores de Lasalle pasaron rozándole y gritando:

—¡Por aquí! ¡Por aquí!

¿Quién estaba al mando en el tumulto y la confusión de la batalla? En aquel momento Fayolle y su colega Brunel descubrieron al capitán Saint-Didier que salía de la humareda, perdido el casco y con los brazos alzados en su dirección para incitarlos a seguir a los cazadores, así como otros coraceros de la tropa diseminada. Juntos forzaron a sus caballos todo lo posible para abalanzarse de costado sobre los ulanos que agobiaban a los jinetes de Bessiéres. Los austríacos, sorprendidos, volvieron sus lanzas con banderines hacia los atacantes, pero no tuvieron tiempo de maniobrar sus caballos y recibieron la embestida de costado sin poder cargar. Fayolle hundió la mecha encendida de su botafuego en la boca abierta de un ulano, empujó el mango con todo su peso en el gáznate, y el otro cayó al suelo retorciéndose, presa de violentos espasmos, con los ojos en blanco y la garganta quemada. A unos pasos, el mismo mariscal Bessiéres, a pie, sin sombrero, con una manga arrancada, paraba los golpes con dos espadas que cruzaba por encima de la cabeza. En el cuerpo a cuerpo, los ulanos tropezaban con sus lanzas demasiado largas y no tenían tiempo de desenvainar sus espadas o los fusiles de arzón, por lo que abandonaron rápidamente la plaza, dejando allí a sus muertos y algunos caballos. Bessiéres montó uno de aquellos caballos de crines rapadas y silla roja ribeteada de oro, y entonces volvió hacia la retaguardia acompañado por sus salvadores y los restos de su escuadrón.

En el vivaque le esperaba un oficial con uniforme de gala. Era Marbot, el edecán favorito del mariscal Lannes, el cual le anunció con cierto embarazo:

—El señor mariscal Lannes me ha encargado que diga a Vuestra Excelencia que le ordena

cargar a fondo...

Bessiéres se sintió insultado. Su semblante adquirió el color de la ceniza, y replicó en un tono despectivo. Jamás lo hago de otro modo.

La antigua enemistad entre los dos mariscales volvía a surgir a la menor ocasión. Los dos eran gascones, cada uno tenía celos del otro y se oponían desde hacía nueve años, cuando Lannes se peraba esposar a Caroline, la frívola hermana del primer cónsul. Acusaba a Bessiéres de haber apoyado a Murat contra él: ¿acaso no había sido el testigo de ese matrimonio?

Berthier había instalado su cuartel general en los toscos edificios del tejero de Essling, que parecía un reducto con vigías en los tejados, tiradores en las ventanas e incluso cañones en la planta baja. Lannes entró furioso en la sala donde Berthier había desplegado sus mapas sobre caballetes, unos mapas que iba modificando según las noticias que le llegaban del frente o las órdenes del emperador.

—¡La caballería es incapaz de liberarnos rompiendo el cerco! —dijo Lannes.

—A la larga lo conseguiré.

—¿Y Masséna? ¡En su lado todo arde! ¿Cuántos ejércitos tendremos encima cuando Hiller haya terminado con él?

—Aspern no ha caído todavía.

—¿Hasta cuándo? ¿Por qué no enviamos ahí el refuerzo de la Guardia?

—¡La Guardia se quedará delante del puente pequeño para garantizar el paso a la isla!

El emperador acababa de entrar en la estancia, y había pronunciado esta última frase en un tono de disgusto. Apartó con rudeza a Berthier para consultar los mapas. Inquieto ante el curso de los acontecimientos, no había podido soportar durante mucho tiempo permanecer al margen bajo los abetos de la isla Lobau. Napoleón comprendía que si el archiduque hubiera atacado antes, por la mañana, le habría vencido, pero la suerte aún podía dar un giro. La victoria de Austerlitz se había ventilado en quince minutos. El sol se pondría al cabo de hora y media, y había llegado el momento de replicar. Berthier explicó:

—Una parte del cuerpo de Liechtenstein ha reforzado las tropas de Rosenberg, Sire, pero Essling resistirá hasta la noche. Nuestros parapetos son sólidos.

—Por desgracia —añadió Lannes—, nuestros jinetes multiplican las cargas inoperantes que apenas nos alivian.

—¡Deben derrotar a los austríacos en la planicie! —exclamó el emperador—. ¡Lannes, reúne a toda la caballería y lanzadla en bloque! ¡Atacad! ¡Llevad los cañones de Hohenzollern! ¡Volvedlos contra él! ¡Quiero que lo arraséis todo bajo un diluvio de fuego y hierro!

Lannes inclinó la cabeza y salió con sus oficiales. El gran puente flotante seguía sin estar consolidado, los soldados de Oudinot y Saint-Hilaire no podían acudir en su rescate. ¿Y si la caballería se perdía en ese asalto masivo? Los austriacos, estimulados, sin nadie que les cerrase el paso, se lanzarían en gran número y por todas partes contra los dos pueblos.

—¿Qué opinas, Pouzet? —preguntó Lannes tomando el brazo de su viejo amigo, un general de brigada que le seguía de campaña en campaña y que no hacía mucho le había dado lecciones de estrategia.

—Su Majestad razona sin cesar de la misma manera. Sigue basando su acción en la rapidez

y la sorpresa, como lo hiciera antes en Italia, pero en estas grandes planicies del norte de Europa el terreno se presta mal, y luego el movimiento, la ofensiva, requiere ejércitos ligeros y muy móviles, motivados, que viven en el país como bandas de condotieros. Pues bien, nuestros ejércitos se han vuelto demasiado pesados, lentos, fatigados, jóvenes, desmoralizados...

—¡Cállate, Pouzet, cállate!

—Su Majestad ha leído a Puységur, Maillebois, Folard, y luego a Guibert y Carnot, quien quena restituir a la guerra su salvajismo. Lo que preconizaban Carnot y Saint Just era válido para su época. ¡Por supuesto, un ejército que tiene alma debe prevalecer sobre los mercenarios! ¿Dónde están hoy los mercenarios? ¿Y de qué lado están los patriotas? ¿No lo sabes? Te lo voy a decir: los patriotas toman las armas contra nosotros, en el Tirol, en Andalucía, en Austria, en Bohemia, y pronto en Alemania, en Rusia...

—Ves las cosas con precisión, pero cállate, Pouzet...

—No tengo inconveniente en callarme, pero sé sincero: ¿todavía crees en esto?

Lannes puso la bota en el estribo y montó en el caballo que le habían presentado. Pouzet hizo lo mismo, pero suspirando lo bastante fuerte como para que su amigo le oyera.

Unos pensamientos horribles nublaron el rostro de Anna Krauss. Imaginaba soldados bloqueados en una granja incendiada o tendidos en el suelo con el vientre abierto; seguía oyendo el estruendo de los cañones, la crepitación de las llamas, gritos diabólicos. No llegaba ninguna noticia fidedigna de la batalla, y los vieneses obtenían sus informaciones de los cotilleos, con la única certeza de que allá abajo, en la planicie, los hombres se mataban sin método desde hacía horas. La mirada de Anna se perdía en la luz rosada de un sol declinante que iluminaba los cristales. Había desatado, distraída, las tiras de sus sandalias romanas, y estaba acurrucada en un ángulo del sofá, silenciosa, las rodillas apretadas con los brazos. Le caía un mechón de cabello sobre la frente y no se lo alzaba. Sentado cerca de ella en un taburete acolchado, Henri se esforzaba por hablarle en voz suave, tanto para tranquilizarla como para serenarse, y si ella no comprendía el sentido exacto del francés, sus tonalidades calmantes reconfortaban un poco a la joven, no demasiado, porque a la voz de Henri le faltaba ese acento de sinceridad que no es posible simular. Había tomado las pociones repugnantes del doctor Carino y la fiebre le había dado un respiro. Contemplaba a Anna postrada, envuelta en su chal, mientras ensartaba las frases con una convicción fingida, hasta que se calló. Anna había cerrado los ojos. Henri se dijo que las vienesas tenían una fidelidad mística: cuando su amado estaba ausente, ellas se reclinaban. Anna no tenía de italiano más que la cara, era demasiado natural tanto en sus humores como en sus gestos, carecía por completo de coquetería y tenía un entusiasmo atemperado por la ternura. Henri habría querido anotar esas observaciones, pero ¿qué le habría parecido a Anna si se despertaba?

La joven dormía con un sueño sombrío y turbado, movía los labios y murmuraba algo. Para conjurar la posible muerte de Lejeune, Henri siguió diciéndole en voz muy baja:

—A Louis-François no le ocurrirá nada, os lo prometo...

En el otro extremo de la sala aparecieron las dos hermanas menores de Anna, dando saltitos, muy delgadas, ruidosas, y Henri se volvió hacia ellas, indicándoles por señas que Anna estaba descansando.

—Quiet, please!

Las chiquillas se acercaron con unas precauciones desmesuradas, como si fuese un juego. Tenían el cabello más claro que el de Anna, las caritas más aguzadas y atuendos más formales. Henri se levantó en silencio para alejarlas del sofá, y ellas se pusieron a hablar con una mímica y

una gesticulación incomprensible, las mejillas hinchadas por la risa contenida cada vez que se miraban, y entonces le tiraron de la levita y él tuvo que seguirlas. Le llevaron a la escalera que ascendía al sobradillo, procurando que no crujieran los escalones de madera, como gatas, y Henri se dejaba manejar. ¿Qué querían enseñarle? Una de ellas abrió lentamente una puerta y se encontraron en una habitación minúscula bajo los tejados, muy desordenada, que servía de desván. Las pequeñas se abalanzaron sobre una caja y, discutiendo, aplicaron un ojo a una ranura bastante ancha entre dos traviesas. Invitaron a Henri a que hiciera lo mismo y él miró a su vez el interior de la habitación contigua, sorprendiendo al señor Staps. En una franja de luz solar en la que revoloteaba el polvo, el joven estaba arrodillado ante una estatuilla dorada y sostenía un cuchillo de cortar carne, con la punta hacia el suelo, a la manera de un caballero la víspera de su armadura solemne. Vestía una camisa de tela gruesa, tenía los párpados cerrados y salmodiaba una especie de plegaria.

Henri se sumió en divagaciones. «Está loco —pensaba—, estoy seguro de que está loco, pero ¿qué clase de locura es la suya? ¿Quién se cree que es este pobre chico? ¿Qué representa esa es tatuilla? ¿Qué objeto tiene ese cuchillo? ¿Qué urde en su cerebro sobrecalentado? ¿A qué brujería quiere encomendarnos? ¿Es peligroso? Todos somos peligrosos, y en primer lugar el emperador. Todos estamos locos. También yo estoy loco, pero por Anna, y ella está loca por Louis-François, quien está loco como un soldado ...»>

En aquel mismo instante, el coronel Lejeune se batía forzosamente al lado de Masséna. Había ido una vez más a Aspern para confirmarle la orden de resistir hasta el crepúsculo y advertirle de las intenciones que tenía el emperador de lanzar toda la caballería contra las baterías del archiduque, y no había podido salir del pueblo ahora asediado. Tan sólo les quedaba a los tiradores el cementerio y la iglesia. Por múltiples brechas abiertas en las ruinas, los austríacos habían conseguido establecerse por doquier de un modo firme. Masséna había ordenado que levantaran defensas con los objetos voluminosos que pudieran agenciarse, rastrillos, arados y muebles, a fin de llegar a los cañones inútiles a causa de la falta de pólvora. Los granaderos amontonaban cadáveres, formando con ellos una barricada que protegía la plaza hasta el recinto del cementerio que defendían los hombres sin cartuchos, con lo que tenían a mano, una cruz de bronce, un madero, cuchillos... Paradis había sacado su honda, Rondelet blandía su espetón como si fuese un estoque.

En medio del caos, Masséna demostraba lo que era capaz de hacer.

Al darse cuenta de que los artilleros de Hiller hacen rodar una pieza por una calleja, a fin de derribar la fachada de la iglesia, hace que carguen de paja y hojas una carreta de mano, luego recoge una rama cortada, entra en la sacristía abierta por un obús, en la que ronronean las brasas, prende fuego a la rama, sale y la arroja contra la carreta, la cual arde en el acto, y entonces divisa a Lejeune, desconcertado en medio de tanto desorden: «¡Conmigo!», le grita. Cada uno aferra un brazo de la carreta ardiente y la empujan con todas sus fuerzas hacia la callejuela. Cuando el vehículo en llamas ha adquirido suficiente velocidad, se arrojan al suelo y oyen los silbidos de las balas que les pasan rozando, pero la carreta choca de frente con la boca del cañón y se rompe en pedazos. Los barrihtos de pólvora, que están abiertos, estallan y todo vuela en pedazos, la caja de la carreta, los miembros arrancados. Unos granaderos cargan a la bayoneta para rescatar a Masséna y Lejeune, que se levantan a medias, pero es imposible penetrar en la callejuela cuyas casas han sido pasto de las llamas, que es un auténtico horno, y los hombres vuelven corriendo hacia los olmos destrozados de la iglesia. Los austríacos intentan impedirles el paso, pero otros granaderos armados con vigas que manejan como porras rompen unas cuantas crismas. Masséna se hace con una reja de arado y, de un empujón, trinch a dos buenos mozos y los arroja contra una escalinata. Lejeune ha parado el sable de un oficial con guerrera blanca, el cual le propina un rodillazo en el vientre que le obliga a doblarse, felizmente, pues la bala que volaba hacia su nuca se incrusta en la frente del

austriaco, de la que brota la sangre.

Sentado en un banco de piedra unido a una casa de la que sólo quedaba un muro en pie, Masséna consultó su reloj y vio que se había parado. Lo sacudió, hizo girar en vano la corona, pues se había roto, y soltó un juramento.

—¡Maldita sea! ¡Un recuerdo de Italia! ¡Pertenece a un monseñor del Vaticano! ¡Todo de oro y plata dorada! Un día u otro tenía que abandonarme... No sigáis a gatas, Lejeune, venid a sentaros un momento para recuperaros. Deberíais estar muerto pero, como no es así, respirad a fondo...

El coronel se sacudió el polvo y el mariscal siguió diciendo: —Si salimos de ésta, os encargaré mi retrato, pero en acción, ¿eh? Con la reja de arado como hace un momento, por ejemplo, ¡a punto de despachurrar a una jauría de austriacos! Al pie escribiríais Masséna en la batalla. ¿Veis el efecto que produciría eso? ¡Nadie osaría colgar ese cuadro! La realidad desagrada, Lejeune.

Una bala de cañón alcanzó una parte de la techumbre de la casa en la que reposaban los dos hombres, y Masséna se levantó de un salto.

—¡Ahí tenéis la realidad! ¡Pero, por Dios, esos perros tratan de enterrarnos bajo los escombros!

Por el lado de la planicie llegó un jinete al galope, aminoró la velocidad de su caballo cerca de la iglesia, interrogó a un suboficial, advirtió a Masséna que encadenaba reniegos y se encaminó directamente hacia él. Era Périgord, siempre impecable.

—¿Por dónde diablos ha pasado ése? —inquirió Masséna. —¡Señor duque! —Y Périgord tendió un pliego al mariscal—: Un despacho del emperador.

—Veamos todo el mal que me desea Su Majestad...

Masséna leyó el mensaje y alzó los ojos al sol que descendía por el oeste. Los dos edecanes de Berthier charlaban:

—¿Estáis herido, Edmond? —preguntó Lejeune al otro. —¡No, señor!

—Pues cojeáis.

—Porque mi criado no ha tenido tiempo de domarme las botas, y como el cuero está mal flexibilizado, padezco a cada paso. ¡En cuanto a vos, mi querido amigo, vuestro pantalón necesita una buena pasada de cepillo!

Masséna les interrumpió.

—Supongo, señor de Périgord, que no habéis atravesado las líneas austriacas.

—La pequeña planicie que linda con el pueblo por este lado estaba expedita, señor duque. Sólo me he cruzado con un batallón de nuestros voluntarios de Viena.

—Entonces podríamos replegarnos para pasar la noche, antes de dejar que destrocen la división de Molitor...

—Hay setos, cercados de matorrales, barreras de madera, bosquecillos, un montón de sitios donde abrigarnos...

—Bien, Périgord, bien. Por lo menos tenéis buena vista. Masséna pidió un caballo.

Uno de sus caballerizos se apresuró a traerle uno, pero no podía montarlo bien porque

habían ajustado demasiado corto el estribo derecho. Entonces llamó de nuevo al caballerizo, sentado a la mujeriega tras haber pasado la pierna por encima de la cruz del caballo. Una bala de cañón decapitó al atareado caballerizo y arrancó de cuajo el estribo, el caballo se hizo a un lado y Masséna cayó en brazos de Lejeune.

—¡Señor duque! ¿Estáis bien?

—¡Otro caballo que sirva! —aulló Masséna.

Transfigurado por el combate, Lannes, junto con Espagne, Lasalle y Bessiéres, cargaron en cabeza de sus millares de jinetes para embestir al centro austríaco, trocearlo, separarlo de sus alas, socorrer a los dos pueblos sometidos al fuego y apoderarse de los cañones. Fayolle no gozaba de esa vista de conjunto. Presa de furor, se comportaba como un autómatas, no temía a nada pero tampoco quería nada, ni detenerse ni proseguir, era una marioneta movida por los clarines y los gritos de guerra, vociferante, y golpeaba, se protegía, hundía su acero, abría pechos y atravesaba cuellos. Los coraceros habían exterminado a una escuadra de artilleros, y enganchaban las piezas de artillería capturadas a los caballos de tiro. Espagne dirigía la operación; su caballo babeaba mucho y movía los ollares de arriba abajo. Fayolle le observaba de reojo, mientras enganchaba los arneses a la parte curva de un obús: el general estaba gris de polvo, erguido sobre la piel de carnero de la silla, pero su mirada perdida desmentía las órdenes breves y precisas dictadas por el hábito. El soldado sabía qué era lo que atormentaba al oficial, pero, sin poder evitarlo, dudaba de los presagios. ¡No faltaba más! ¿El héroe de Hohenlinden, que ya había abierto a las tropas francesas la ruta de Viena años atrás, a pesar de la tormenta de nieve, temía a los fantasmas? Como hemos dicho, Fayolle había estado presente al final de aquella curiosa trifulca en el castillo de Bayreuth, cuando el general Espagne había llevado la peor parte en el encuentro con un espectro, pero ¿de qué se trataba en realidad? ¿De una alucinación? ¿De la fatiga? ¿De una fiebre maligna? Él, Fayolle, no había visto al fantasma con sus propios ojos. ¡La Dama Blanca de los Habsburgo! Conocía esas apariciones maléficas con las que amenazaban a los críos de su pueblo. Merodeaban cerca de los calvarios y daban miedo. Él no había creído jamás en esas cosas.

—¿Creéis que estáis de veraneo, Fayolle? —le preguntó el capitán Saint-Didier, agitando la espada enrojecida y goteante.

El soldado apresuró la maniobra para llevarse sin tardanza los catorce cañones que habían tomado al enemigo.

El general Espagne alzó una mano enguantada y la comitiva se puso en marcha. Fayolle y Brunel azotaban a los caballos de tiro para que acompañasen el galope, pero a su derecha aparecieron los gorros de unos granaderos, envueltos en la humareda que se había estancado en estratos, y a continuación uniformes blancos y polainas grises que llegaban a las rodillas...

—¡Cuidado! —gritó Saint-Didier.

La mayoría de los coraceros lanzan sus caballos a todo galope para atacar a los soldados de infantería, cuando el general Espagne recibe una bala de metralla en pleno pecho que atraviesa la coraza. El herido se desliza del caballo, cae, con el pie metido en el estribo, y el animal se desboca y lo arrastra como un saco, haciéndole rebotar en el suelo socavado por las explosiones. Fayolle espolea a su caballo en la misma dirección, se inclina sobre el cuello de la montura y corta la correa del estribo con el filo de su espada. Los otros llegan tras él y levantan el cuerpo destrozado del general. Le quitan el peto y el espaldar y le envuelven en la capa blanca y larga de un oficial austríaco, que en seguida se tiñe de rojo vivo. Entonces depositan el cuerpo sobre una cureña, la cabeza y los brazos colgantes, como un fantasma.

Había más muertos sobre las tumbas del cementerio de Aspern que en los panteones. Los tiradores, allí sumidos, luchaban a pedradas contra las tropas del barón Hiller. Paradis tuvo la satisfacción de alcanzar a varios con su honda, pero retrocedió con el resto de su batallón diezmado, y todos esperaban dispersarse por los campos donde los arbustos y las hierbas altas podrían camuflarlos. Los austríacos subidos a los muros fanfarroneaban agitando sus banderas con la negra águila bicéfala estampada o una virgen con túnica azul celeste que parecía desplazada en aquellos lugares infernales. Los tambores redoblaban con arrogancia. Los franceses eran abatidos como presas de caza. Un cañón situado en uno de los montones de escombros del recinto tomó puntería. Paradis y Rondelet huyeron sin poder replicar. Se agacharon para recuperar el aliento detrás del cadáver de un suboficial llenito, caído sobre una cruz de la que había quedado colgado, como un espantapájaros. Rondelet se levantó a cierta distancia del cadáver para constatar el avance del enemigo.

—¡Mira por dónde, es el brigada!

Cogió al muerto por los sobacos para mostrárselo a Paradis. El brigada Roussillon tenía los ojos abiertos y fijos, y una sonrisa inmóvil en los labios azulados. Rondelet se pinchó un dedo al desprender la Legión de Honor de los harapos que habían sido un uniforme.

—Como recuerdo —dijo.

Ésa fue su última frase, que no pudo terminar porque una bala de cañón rasante le arrancó el hombro. Aturdido, pues estaba cerca de su amigo, Vincent Paradis cayó sobre una losa cubierta de ortigas y musgo. Le zumbaban los oídos y los sonidos le llegaban amortiguados. Se llevó una mano a la cara y tuvo un acceso de hipo. Su mano no había encontrado más que una papilla de carne. También la tenía en el cabello y en la boca, y la escupió en trozos blandos, sosos y tibios. ¿Estaba desfigurado? ¿Un espejo! ¿Nadie tenía un espejo? ¿No había ni siquiera un charco? ¿No? ¿Nada? ¿Estaba casi muerto? ¿Aún se hallaba sobre la tierra? ¿Acaso dormía? ¿Se despertaría? ¿Y en ese caso, dónde? Notó que unas fuertes manos le cogían y le alzaban como si fuese un paquete, y se encontró junto a una barrera de madera que dividía un campo. Unos tiradores tendidos boca arriba farfullaban palabras incomprensibles, estaban ensangrentados, vendados con pañuelos y trapos, uno con un brazo en cabestrillo, el otro aferrado a una rama como una muleta, el pie envuelto en un trozo de guerrera. Unos jóvenes con largos delantales inspeccionaban a los heridos y decidían la gravedad de su estado, pues no transportarían a los más graves. Sostenían a los traumatizados para ayudarles a amontonarse en la plataforma de una carreta de heno de la que tiraban dos percherones con los ojos vendados. Paradis dejó que se ocuparan de él y no respondió a los aprendices de enfermero que le interrogaban y se admiraban de que con la cara hecha picadillo no se hubiera desmayado todavía. La ambulancia improvisada tardó mucho tiempo en llegar al puente pequeño de la isla Lobau. Era preciso zigzaguear continuamente en los prados cercados y ondulados, romper una empalizada para evitar un rodeo. Los ayudantes de cirujano seguían a pie, examinando su cargamento, y de vez en cuando señalaban a un herido: Ese de ahí, ya no merece la pena...

Entonces alzaban al moribundo de la plataforma y lo depositaban sobre la hierba, mientras seguían avanzando al paso lento de los percherones. Paradis permanecía en pie, alelado, sujetándose a los montantes del carro de heno como si fuesen los barrotes de una celda. Reconoció a lo lejos el vivaque de la Guardia, y luego llegaron cerca del puente pequeño. Eran las siete, anochecía, el resplandor de los incendios iluminaba una multitud de por lo menos cuatrocientos heridos a los que habían tendido sobre haces de paja o incluso en el suelo. Dejaron a Paradis cerca de un húsar que se arrastraba como una serpiente, con una pierna hecha trizas, y arañaba el suelo mientras maldecía al emperador y el archiduque. En una choza, el doctor Percy y sus ayudantes, empapados en sudor, no cesaban de amputar piernas y brazos con sierras de carpintero. No se oían más que aullidos y maldiciones.

Capítulo cuarto

PRIMERA NOCHE

A la luz de la vela, Henri hurgó en su baúl metálico con un águila estampada y sacó un cuaderno gris que puso sobre la mesa. La cubierta demasiado manoseada

mostraba un título en tinta negra: Campaña de 1809 de Estrasburgo a Viena. Recorrió las últimas páginas. Su diario se detenía el 14 de mayo y no lo había proseguido. Las últimas palabras que había escrito eran: «Añado aquí un ejemplar de la proclamación. Tiempo soberbio y muy cálido». En esta página estaba plegada una famosa proclamación que el emperador hizo imprimir la víspera de la capitulación de Viena. Henri la desplegó para releerla: «¡Soldados! Sed buenos con los pobres campesinos, con el pueblo que tanto derecho tiene a vuestra estima. No conservemos ningún orgullo por nuestro éxito, y veamos en él una prueba de la justicia divina que castiga al ingrato y el perjurio...». Se interrumpió. Como no creía una sola palabra de esta declaración rimbombante, Henri sacudió la cabeza e hizo una mueca de disgusto. Unos días antes, en un villorrio, al no encontrar ni un huevo tan siquiera, había anotado: «Lo que los soldados no se habían llevado, lo habían destrozado...». Dio la vuelta a esta proclamación sin efecto para escribir a lápiz en el reverso:

22 de mayo por la noche. Viena.

Al crepúsculo hemos vuelto a las murallas. El horizonte estaba enrojecido y temblaba todavía a causa de los incendios causados por la batalla, de la que no teníamos ninguna noticia cierta. Un boletín oficial tranquilizador no me tranquilizó, y la señorita K. todavía menos. La veo debilitarse a medida que transcurre el tiempo y que, allá abajo, aumenta el peligro. ¿Cuántos muertos? Soy yo, el enfermo, quien debe sostenerla. Tiene la cara de Julieta ante el cuerpo presuntamente sin vida de su Romeo: «O happy dagger, this is thy sheath! There rust, and let me die... ».''

Henri garabateó en el margen «comprobar la cita», suspiró, como en el teatro, y reanudó su anotación para consignar el extraño comportamiento del joven señor Staps. Al oír pasos en la escalera, creyó que éste subía hacia el sobradillo, pero llamaron a su puerta, por lo que cerró el cuaderno con un gesto de irritación y masculló: «¿Qué quiere ahora ese iluminado?». Pero no era el alemán. En el pasillo, con una palmatoria en la mano, la vieja aya con turbante precedía a un hombre al que Henri no reconoció en seguida, tan insólita podía parecer su presencia. Una vez en la habitación, Henri no tuvo ya dudas: se trataba del óptico que alquilaba anteojos en las murallas, un poco jorobado, con el cabello blanco que formaba una corona alrededor del cráneo liso y unas antiparras redondas que cabalgaban en medio de la nariz. El hombre chapurreaba un francés aproximado.

—Tseñor, os traigo fuestro dinerro.

Avanzó contoneándose hasta la mesa, sobre la que arrojó una bolsa de cuero gastado cerrada con un cordón.

—¿Mi dinero? —dijo Henri, y se apresuró a volver del revés los bolsillos de la levita y el chaleco para constatar que sus florines habían desaparecido.

—La habéis perdido en el camino de ronda.

—¡Vaya!

—Como soy honesto...

—¡Un momento! ¿Cómo conocéis mi dirección?

—Oh, mi joven señor, eso no es muy difícil.

De repente el intruso hablaba en voz baja y timbrada, sin acento. Henri se quedó boquiabierto. El aya les había dejado solos. El hombre se quitó la levita, desanudó las tiras que retenían su joroba ficticia y se desprendió de la peluca, diciendo con marcado júbilo:

—Soy Karl Schulmeister, señor Beyle.

Henri le observó con detalle a la luz débil de la bujía. El falso óptico que alquilaba anteojos era rechoncho, de talla mediana y piel rojiza, con profundas cicatrices que le cruzaban la frente. ¡Schulmeister! Todo el mundo le conocía, pero ¿cuántos podían reconocerle? A fuerza de espiar para el emperador había llevado el arte del disfraz a tal grado de perfección que los austríacos, que le acosaban, le habían dejado escapar cada vez. ¡Schulmeister! Se contaban mil anécdotas de él. Un día se introdujo en el campamento del archiduque maquillado como mercader de tabaco. Otro día abandonó una ciudad asediada sustituyendo al difunto en un ataúd. En otra ocasión, disfrazado de príncipe alemán, pasó revista a los batallones austríacos e incluso asistió a un consejo de guerra al lado de Francisco 11. Napoleón le había confiado la policía de Viena, como en 1805, y Henri estaba asombrado.

—¿Con la tarea que os ha encomendado Su Majestad y encontráis todavía tiempo para disfrazaros?

—Sin duda tengo el gusto de hacerlo, señor Beyle, y además esta manía es muy cómoda.

—¿De qué os sirve alquilar anteojos en los bastiones?

—Escucho los rumores, me acuerdo de las conversaciones deshonestas, recojo informaciones. En tiempo de guerra, las malas intenciones pueden causar estragos.

—¿Decís eso por mí?

—No, no, señor Beyle.

—¿Soy entonces tan importante para recibir vuestra visita? ¿Queréis reclutarme para vuestros servicios?

—En absoluto, señor Beyle. ¿Sabéis que el padre de las señoritas Krauss es pariente del archiduque?

—Perdéis el tiempo.

—Jamás, señor Beyle.

—La señorita Anna Krauss sólo piensa en el coronel Lejeune...

Henri lamentó al instante haberse ido de la lengua, pero acabó de meter la pata cuando quiso atenuar sus palabras—:

—Lejeune, mi amigo Lejeune, es el ayudante de campo del mariscal Berthier.

—Lo sé. Nació en Estrasburgo, como el general Kapp, como yo mismo. Habla perfectamente la lengua de nuestros adversarios.

—¿Y bien?

—Nada...

Schulmeister se había acercado a la mesa y examinaba el cuaderno gris, del que leyó en voz

alta una o dos frases:

«Escribir por prudencia upan myself. Nada de política.» Cerró el cuaderno y se volvió hacia Henri.

—¿Por qué escribís por prudencia, señor Beyle?

—Porque no quiero dar la menor información militar a quienes, por azar, pudieran leer mi diario.

—¡Naturalmente! —replicó Schulmeister, mientras leía las últimas notas que Henri había garabateado al dorso de la proclamación imperial—: ¿Quién es este Staps cuyo comportamiento calificáis de extraño?

—Un inquilino de esta casa.

Henri tuvo que contarle cómo había sorprendido al joven, sus hechizos ante una estatuilla, el cuchillo de cortar carne que había sostenido como una espada.

—Poneos la levita, señor Beyle, y acompañadme a la habitación de ese energúmeno.

—¿A estas horas?

—Sí.

—Debe de estar durmiendo.

—Pues bien, le despertaremos.

—Creo que ante todo está chiflado...

—Tomad la bujía.

Henri cedió. Condujo a Schulmeister al último piso e indicó la puerta del alemán. El policía entró sin anunciarse, tomó la bujía de manos de Henri y vio que la pequeña habitación estaba vacía.

—¿Vive de noche, vuestro Staps? —preguntó a Henri.

—¡No es mi Staps, y no le espío! —Si os intriga, a mí también.

La estatuilla estaba en su lugar y los dos hombres la contemplaron de cerca. Representaba a Juana de Arco con armadura.

—Pero ¿qué significa esto?—dijo Schulmeister—. Juana de Arco! ¿Y esto a qué viene?

Finalizaba el cuarto menguante de la luna y la humareda de los incendios ocultaba las estrellas. En la hierba, tendido boca arriba, el coracero Fayolle no dormía. Había comido sin apetito, por deber, en la escudilla que compartía con Brunel y otros dos, y luego se había tendido, atento a todos los ruidos, un relincho, una conversación sorda, la crepitación de la leña en la fogata del vivaque, el sonido metálico de una coraza arrojada al suelo. Fayolle se interrogaba, algo a lo que no estaba acostumbrado. La acción le convenía, puesto que uno se lanzaba a ella sin pensar, pero luego, aquel pretendido reposo... ¡qué fastidio! Había experimentado la mayor parte de las sensaciones de la guerra. Sabía cómo, con una sacudida del puño, uno hunde su acero en un pecho, el crujido de las costillas rotas, el chorro de sangre al extraer la espada con un movimiento brusco, cómo evitar la mirada de un enemigo al que uno destripa, como, en el suelo, acuchillar los corvejones de un caballo, cómo soportar la visión de un compañero destrozado por un proyectil incandescente, cómo protegerse y parar los golpes, cómo desconfiar, cómo olvidar la fatiga para cargar cien veces entre un tropel de jinetes. Sin embargo, la muerte de su general le atormentaba. El fantasma de Bayreuth había dado cuenta de Espagne, aun cuando el casco de metralla que le había

destrozado el corazón fuese real. ¿Está escrito lo que le ocurre a uno? ¿Podía creer en eso un descreído? Y en cuanto a él, Fayolle, ¿cuál iba a ser su suerte? ¿Podía modificarla y en qué sentido? ¿Viviría aún la próxima noche? ¿Y Brunel, que dormía gruñendo á su lado? ¿Y Verzieux? ¿Dónde estaba a aquella hora y en qué estado? Fayolle se burlaba de los aparecidos, pero no soltaba su carabina cargada. Pensaba en la joven campesina a la que habían matado por accidente en la pequeña casa de Essling. Se había divertido con su cadáver todavía flexible, pero su compañero, el soldado Pacotte, había sido degollado por los guerrilleros de la Landwehr, y no había habido más testigos de los hechos. ¡Pamplinas!, se dijo el coracero. El homicidio, ése era su oficio. Mataba bien y suciamente, como se lo habían enseñado. Tenía talento para ello. ¿A cuántos austríacos había pasado por la hoja de su sable durante la jornada? No los había contado. ¿Diez? ¿Treinta? ¿Más? ¿Menos? Esos no le impedían dormir, ni siquiera tenían rostros, pero aquella muchacha le obsesionaba. Había hecho mal en mirarla a los ojos para aquilatar su temor. ¡Pero no era la primera vez que se enfrentaba al temor ajeno! Eso le gustaba. Le excitaba el pavor que precede a la muerte inevitable. ¡Qué poder! No había otro igual. El mismo Fayolle lo había experimentado en Nuestra Señora del Pilar, ante un monje furioso que le había acuchillado, pero sin que sufriera más que un chirlo. A pesar de la herida, había logrado estrangular al religioso, con cuyo sayal se había quedado para hacerse un manto. Luego había arrojado el cuerpo al Ebro, donde flotaban a centenares los cadáveres de españoles en sacos. La muchacha de Essling se había quedado sobre el colchón. ¿La habría descubierto alguien? ¿Un tirador que intentaba emboscarse y se había llevado una buena sorpresa? O quizá nadie. Tal vez un obús había incendiado la casa. Fayolle habría debido enterrarla, y este pensamiento le atormentaba. La veía, ella hacía muecas, su mirada atemorizada se volvía amenazante, y él no lograba disipar esta imagen.

Se levantó.

En la parte superior del pequeño valle donde estaban acantonados los escuadrones se discernían las primeras casas de Essling, cuyos tejados se perfilaban contra un fondo de luz rojiza. Sin cas co ni coraza, con la espada recta golpeándole la pierna, Fayolle caminó como un sonámbulo en esa dirección. En el linde de la planicie que recorría de uno a otro bosquecillo se cruzó con los carroñeros ordinarios que actuaban de noche tras la batalla, aquellos ojeadores civiles de las ambulancias a los que se encargaba del transporte de los heridos y que se aprovechaban para despojar a los muertos. Dos de ellos se afanaban con un húsar ya rígido al que le quitaban las botas. Sobre la pelliza y el dormán, en el suelo, habían amontonado un reloj, un cinturón, diez florines y un medallón. Un tercero, en cuclillas, acercó el medallón al farol que descansaba en el suelo.

—¡Vaya! —exclamó—. ¡Es guapa de veras, la novia de éste!

—Y además ahora está libre —replicó su compinche, atareado en quitarle una bota al muerto.

—Lástima que no tenga nombre y dirección. —A lo mejor figuran en el dorso del retrato.

—Tienes razón, Gordo Louis...

El servidor de la ambulancia trató de separar el retrato del medallón con un cuchillo. Pasaron otros con los brazos cargados de prendas de vestir. Un tunante había fijado a un palo una serie de cascos y chacós, como hacen los cazadores de ratas en el campo, y los penachos, las crines y las borlas pendían como las colas de esos bichos. Más adelante Fayolle se encontró con un centinela que le puso el cañón de su fusil en el torso.

—¿Adónde vas?

—Tengo necesidad de andar —respondió Fayolle.

—¿No puedes pegar ojo? ¡Tienes chamba! ¡Yo me duermo de pie como los caballos!

—¿Chamba?

—Y tendrás más si evitas pasar por la planicie. Los austríacos están a treinta pasos. ¿Ves ese fuego, allá abajo, a la izquierda del seto? Pues son ellos.

—Gracias.

—¡Chambón! —masculló todavía el centinela mientras miraba a Fayolle que se alejaba hacia el pueblo.

Avanzó en la oscuridad, tropezó varias veces, se desgarró los pantalones con los cardos y metió las alpargatas en un charco. Cuando entró en Essling no supo diferenciar a los dormidos de los muertos. Los tiradores de Boudet, extenuados, estaban diseminados en las calles, contra los muros bajos, unos encima de los otros, y todos se confundían en un abandono similar. Fayolle tropezó con las polainas de un soldado que se incorporó a medias y le insultó. Ya no daba ninguna importancia a nada. Avanzaba hacia aquella casa que había visitado dos veces y que reconoció sin dificultad, pero la tropa se había establecido en ella y la había fortificado con montículos de sacos y muebles rotos. Así pues, la muchacha no se había quemado, su casa no había sido alcanzada por ningún obús, alguien la había encontrado muerta y atada. ¿Qué había sido de su cuerpo? Alzó los ojos hacia la ventana del piso. El vidrio estaba roto, el postigo colgaba, un tirador fumaba en pipa acodado en el alféizar. Fayolle tenía necesidad de entrar en aquella casa, pero su instinto le retenía. Inmóvil en la calle, ya no se atrevía a arriesgar un gesto.

Nadie dormía realmente, salvo Lasalle, sin duda, el cual prefería la vida de los vivaques a la de los salones y sabía descansar en las peores condiciones. Se envolvía en el manto, se acostaba, roncaba en seguida y soñaba con las escenas heroicas en las que deseaba con impaciencia intervenir. Los demás, tanto oficiales como soldados, estaban nerviosos y eran presa de la angustia, tenían el semblante marcado por la fatiga y demacrado. Las alertas generales ya habían vuelto a poner en pie a los batallones, y en tres ocasiones había sido por nada, escaramuzas, disparos aislados debidos a la proximidad de los campamentos austríacos y a la oscuridad que no permitía distinguir los uniformes. Cada uno pensaba que descansaría después de la batalla, en el suelo o bajo tierra.

En el pósito fortificado de Essling, sentado sobre un tambor, con una tabla sobre las rodillas, el coronel Lejeune escribía a la señorita Krauss. Meditaba mientras mojaba la pluma de cuervo en el tinterillo que llevaba siempre encima para hacer sus croquis. No le contaba nada a Anna de los horrores y los peligros, sólo le hablaba de ella y de los teatros vieneses a los que pronto irían juntos, de los cuadros que se proponía pintar, de París, sobre todo, del célebre Joly, aquel peluquero de moda que le haría un moño a la Nina, y de las joyas que él le ofrecería, o de los zapatos de casa Cop, tan ligeros que se rasgaban al andar. Irían a pasear por las avenidas y bajo los quioscos de Tívoli, a la luz de los faroles rojos colgados de los árboles. Luz, rojo... estos términos no evocaban Tívoli en la mente de Lejeune, sino que se las habían inspirado los incendios que le rodeaban. En una palabra, deseaba mostrar desenvoltura—pero no acababa de lograrlo, y eso debía de notarse, sus frases seguían siendo secas, demasiado breves, como inquietas. Se dijo que la guerra no tenía nada de lírico, o no lo tenía vista de lejos. Sin embargo, había estado a punto de morir por lo menos en tres ocasiones durante aquella jornada salvaje. Las imágenes de Aspern en llamas sustituyeron a las de los serenos jardines de Tívoli, y Masséna a los artistas de la peluquería enriquecidos por la moda.

—¡Lejeune!

—Sí, Vuestra Excelencia.

—¿Cómo van las reparaciones del puente grande, Lejeune? —inquirió Berthier.

—Périgord está sobre el propio terreno. Debe prevenimos cuando las tropas de la orilla derecha puedan cruzar el Danubio.

—Vamos a verlo —dijo Berthier, quien hasta entonces discutía con el mariscal Lannes.

Habían calculado las pérdidas, sabían ya que Molitor había perdido la mitad de su división, tres mil hombres que alfombraban las calles de Aspern y los campos circundantes, sin contar los heridos perdidos para la batalla del día siguiente, al cabo de tres horas, cuatro a lo sumo, cuando los enemigos se reunirían al amanecer y se lanzarían, extenuados, a nuevas contiendas. Berthier, Lannes, sus edecanes y caballerizos se levantaron juntos, y avanzaron con sus caballos al paso a lo largo del Danubio, mal iluminados por las llamas de los incendios que seguían consumiendo una parte de los pueblos. Lejeune no había terminado su carta, cuya tinta había secado con un puñado de arena. Se había levantado un viento que arrojaba la humareda hacia la isla Lobau, y les escocían los ojos. Cuando se aproximaban a Aspern, oyeron disparos.

—¡Allá voy! —dijo Lannes, haciendo que su caballo diera la vuelta.

Se sumió en los trigales altos y oscuros que le separaban de Aspern. Su ayudante de campo, Marbot, le siguió con un movimiento maquinal, y al cabo de un rato le tomó la delantera, pues conocía mejor el camino y sus obstáculos. Los demás prosiguieron hacia la isla y el puente pequeño. El mariscal y su capitán avanzaban con lentitud y prudencia. La luna en cuarto menguante era débil y la noche tan profunda que no se veía nada. Un viento contrario, que acarreaba un olor a quemado, ponía nerviosos a los caballos y agitaba las plumas del bicornio del mariscal. Para tranquilizar a su caballo e inspeccionar el suelo con las botas, Marbot desmontó y condujo al animal de la brida.

—Tienes razón—dijo Lannes—, ¡no es el momento de rompernos las piernas!

—Os encontraremos una calesa para que dirijáis desde ellas nuestros ataques, Vuestra Excelencia.

—¡Vaya idea! Las piernas todavía me responden.

Y bajó a su vez de la silla para caminar al lado del capitán a quien tenía afecto desde hacía muchos años.

—¿Qué te ha parecido la jornada de ayer?

—Que las hemos visto peores, Vuestra Excelencia.

—Es posible, pero en cualquier caso no hemos conseguido destrozar el centro austríaco.

—Hemos resistido.

—Sí, hemos resistido en la proporción de uno contra tres, pero eso no basta.

—A partir del amanecer tendremos tropas frescas y el ejército de Davout. En cambio los austríacos no esperan ningún refuerzo.

—Su ejército de Italia...

—Aún está lejos.

—¡Mañana tenemos que vencer, Marbot, y no importa a qué precio!

—Si vos lo decís, así será.

—¡No me aduléis, por favor!

—Os he visto atacar cien veces, y el ejército os quiere.

—¡Los ofrezco a los cañones y las bayonetas y me quieren! A veces ya no lo comprendo.

—Es la primera vez que os veo dudar, Vuestra Excelencia.

—¿Ah, sí? En España tenía que dudar en silencio.

—Ya llegamos...

Por aquel lado de los vivaques de Masséna no había centinelas, y los dos hombres pasaron sin hacer ruido entre los soldados que dormitaban en el suelo. Cerca de una fogata vieron la alargada silueta con la espalda curvada de Masséna y, a su lado, la de Bessiéres. Como Marbot iba adelantado, el mariscal Bessiéres le reconoció por su sombrero de civil, que utilizaba porque, debido a una herida en la frente que recibió en España, no podía soportar el tradicional gorro de piel de los ordenanzas de Lannes. Bessiéres creyó que venía solo y le espetó:

—Capitán, ya que venís en busca de informes, os voy a dar uno. ¡Volved y decid a vuestro amo que no olvidaré sus insultos! Lannes, que tenía un temperamento ardiente, empujó a un lado a su edecán y se mostró a la luz del vivaque.

—Señor —le dijo a Bessiéres, conteniendo apenas la cólera—, ¡el capitán Marbot sabe arriesgar la vida y encajar los golpes! ¡Habladle en otro tono! ¡Le han herido diez veces, mientras que otros desfilan ante el enemigo!

Bessiéres alzó la voz, algo que no era nada propio de él.

—¿Que yo desfilo? ¿Y tú? ¡No te he visto enfrentado a los ulanos!

—¡Unos se baten y otros prefieren espiar y denunciar!

La alusión era ruda pero clara. Lannes reavivaba su antigua enemistad. Cuando, al tomar el partido de Murat contra el suyo, Bessiéres había advertido que Lannes rebasaba en doscientos mil francos el crédito para el equipamiento de la guardia consular que mandaba, Napoleón retiró en seguida ese mando a Lannes. Y Murat se casó con Caroline. Aquella noche, ante el pueblo de Aspern, que no cesaba de arder, el odio de los dos mariscales ya no tenía límites.

—¡Es demasiado! —exclamó Bessiéres—. ¡Vas a rendirme cuentas!

Masséna, con los brazos cruzados, esperaba que la querella cesara, pero Bessiéres había desenvainado la espada, imitado al punto por Lannes, e iban a batirse en duelo. Masséna se interpuso entre ellos.

—¡Basta!

—¡Me ha ofendido! —exclamó Bessiéres, enfurecido.

—¡Es un traidor! —rugió Lannes.

—¿Ante el enemigo? ¿Vais a destriparos ante el enemigo? ¡Os ordeno que os separéis! ¡Aquí estáis en mi terreno! ¡Envainad las espadas!

Los dos hombres obedecieron a pesar suyo.

Sin decir palabra, furioso y presa de temblores, Bessiéres giró sobre sus talones y fue a reunirse con su tropa de caballería. Masséna tomó a Lannes del brazo.

—¿Oyes eso?

—¡No oigo nada! —replicó Lannes.

—¡Aguza el oído, pedazo de mula!

En la noche, los pífanos tocaban una música acompasada que Lannes reconoció sin dificultad y le hizo vibrar.

—¿Tus hombres tocan La marsellesa? —preguntó a Masséna.

—No. Son los austríacos que están acantonados en la planicie. La música llega lejos.

Se callaron para escuchar el antiguo himno del ejército del Rhin, extendido en toda la Francia sublevada por los voluntarios de Marsella, que acompañó a la Revolución y a sus soldados hasta que llegó el Imperio, cuando fue prohibido por decreto como una vulgar canción sediciosa. Lannes y Masséna evitaban mirarse. Recordaban sus exaltaciones pasadas. Ahora eran duques y mariscales, poseían tantas tierras y oro como los aristócratas, pero no hacía mucho que La marsellesa les había sublevado, habían abandonado sus provincias para batirse mientras lo oían, ¿y cuántas veces habían entonado aquellas estrofas a voz en cuello para infundirse valor? Sin poder evitarlo, Lannes tarareó las palabras del estribillo, acompañado por la música que tocaba el enemigo, por provocación o porque creían librar a su vez una guerra de liberación contra el despotismo. Masséna y Lannes pensaban en las mismas cosas, revivían las mismas escenas, experimentaban las mismas emociones, pero no se decían nada. Escuchaban con semblante serio, conmovidos, absortos. Habían sido jóvenes, pobres y patriotas. Habían amado aquellas estrofas guerreras. Y he aquí que sus adversarios se les oponían con ellas como una injuria o un remordimiento.

Estertores, quejas, gemidos, sollozos, gritos y aullidos... el canto de los heridos en la isla Lobau no tenía nada de nostálgico. Los enfermeros que ya no tenían sentimientos, vestidos con uniformes cuyas piezas estaban desparejadas, apartaban con las palmas los enjambres de moscas que se posaban en las heridas. Su largo delantal y los antebrazos goteaban sangre, y el doctor Percy había perdido su llaneza. Sin descanso, en la choza de ramajes y cañas bautizada con el nombre de ambulancia, sus ayudantes depositaban sobre la mesa que habían recuperado a los soldados desnudos y casi muertos. Los ayudantes que el doctor había conseguido gracias a su insistencia, jamás habían estudiado cirugía, pero como él solo no se bastaba para atender a tanto lisiado y trataba tantas heridas diversas, indicaba con tiza, sobre los cuerpos contorsionados por el dolor, el lugar donde era preciso serrar, y los ayudantes improvisados serraban, a veces sobrepasaban las articulaciones, brotaba la sangre, atacaban el hueso al descubierto. Su paciente desfallecía y dejaba de agitarse. Muchos sucumbían así a causa de un paro cardíaco o desangrados, pues por desgracia les habían seccionado una arteria. El doctor gritaba:

—¡Cretinos! ¿Es que nunca habéis trinchado un pollo?

Cada operación no debía exceder de veinte segundos, pues había que practicar demasiadas. A continuación, arrojaban el brazo o la pierna a un montón de brazos y piernas. Los enfermeros ocasionales bromeaban para no vomitar o desviar la vista: «¡Otra pierna de cordero!», exclamaban al arrojar los miembros que habían amputado. Percy se reservaba los casos difíciles y trataba de volver a juntar, de cauterizar, de evitar la amputación, de aliviar, pero ¿cómo, con unos medios tan miserables? Dado que tenía la posibilidad de hacerlo, aprovechaba para instruir a los enfermeros más espabilados:

—¿Veis, Morillon? Aquí los fragmentos de tibia se traslapan y están de nue...

—¿Es posible volver a colocarlos en su sitio, doctor?

—Lo sería si tuviéramos tiempo.

—Hay muchos que esperan detrás.

—¡Lo sé!

—¿Qué hacemos entonces?

—¡Cortamos, imbécil, cortamos! ¡Y eso me horroriza, Morillon!

Se enjugó con un trapo el rostro empapado en sudor. Le dolían los ojos. El herido, más bien el condenado, tuvo derecho a una línea de tiza que Percy trazó por encima de la rodilla, y le tendieron sobre la mesa donde, hacía muy poco, los campesinos austríacos debían de tomar la sopa. Un ayudante que sacaba la lengua serró, aplicándose en el seguimiento del trazo. Percy estaba ya inclinado sobre un húsar reconocible por las bacantes, las patillas y la coleta.

—Se declara la gangrena —masculló el doctor—. ¡La pinza!

Un muchachote torpe le tendió una pinza goteante mientras se tapaba la nariz con un pañuelo. Percy lo usó para arrancar las piltrafas quemadas, y vociferaba:

—¡Si tuviéramos quinina en polvo, la haría macerar en zumo de limón, empaparía un tampón de estopa y lavaría todo esto! ¡Podría aliviar, salvar!

A éste no, doctor, ha fallecido —dijo Morillon, con una sierra de carpintero ensangrentada en la mano.

—¡Tanto mejor para él! ¡El siguiente!

Con un pico del delantal, Percy quitó los gusanos que se habían infiltrado en la herida del siguiente, el cual deliraba, con los ojos en blanco.

—¡Está listo! ¡El siguiente!

Dos ayudantes, uno sujetándole por las axilas y el otro por los tobillos, depositaron al soldado Paradis sobre la mesa del cirujano.

—¿Qué tiene este muchacho aparte de un chichón? —No lo sabemos, doctor.

—¿De dónde viene?

—Estaba con el grupo que han recogido cerca del cementerio de Aspern.

—¡Pero no está herido!

—Tenía trozos de carne en la cara y la manga, y creyeron que le había alcanzado un proyectil, pero el estropicio ha desaparecido al limpiarle la cara.

—Bueno, ha recibido en pleno rostro el cuerpo de un camarada destrozado. De todas maneras, eso ha debido de afectarle la cabeza.

Percy se inclinó sobre el falso herido: —¿Puedes hablar? ¿Me oyes?

Paradis permaneció inmóvil pero farfulló para recitar su identidad:

—Soldado Paradis, tirador, segunda compañía de línea, tercera división del general Molitor a las órdenes del mariscal Masséna...

—No te preocupes, que no te vamos a enviar de nuevo allá abajo, ya no estás en condiciones de empuñar un fusil. (A Morillon.) Este chico es robusto, id a vestírmelo, tengo ocupación para él.

El doctor y su ayudante pusieron a Paradis en pie, y el tirador en calzoncillos siguió a Morillon con docilidad. En el exterior,

sobre montones de paja, los heridos a los que Percy consideraba condenados, por falta de medicamentos y material, tenían en la frente una cruz a tiza, para que no los confundieran con los recién llegados y no se corriera el riesgo de llevarlos por inadvertencia a la mesa de operaciones. Sin duda los agonizantes no verían el amanecer, estaban perdidos para la batalla y para la vida. Muy cerca, bajo una hilera de olmos, los proveedores de pacientes para las ambulancias habían dispuesto una especie de tienda donde revendían por su cuenta capotes, talegos, cartucheras y prendas de

vestir, todo ello arrebatado a los cadáveres austríacos y franceses diseminados por la planicie.

—Gordo Louis —dijo Morillon a un tipo pesado con un gorro en la cabeza—, vas a equiparnos a este mozo.

—¿Tiene dinero?

—Es una orden del doctor Percy.

Gordo Louis suspiró. Toleraban su comercio, pero si se negaba a obedecer al médico, éste podría prohibirle vender los efectos militares que recuperase. Hizo a regañadientes lo que le pe dían y Paradis se vio emperifollado con unos pantalones verdes ribeteados de amarillo, unas botas demasiado grandes, una camisa con la manga derecha arrancada y un chaleco de jinete de caballería ligera que se abrochó con dificultad. Morillon le integró en un equipo de cantineros encargados del caldo para los heridos.

La cena era menos basta en la mesa del emperador, puesta en su vivaque, en la cabeza del puente pequeño. Los pinches hacían girar las aves ensartadas en los espetones sobre un fuego de ramitas, y las pieles chisporroteaban, se doraban, olían bien. El señor Constant había dispuesto sus caballetes, sus manteles y faroles bajo un bosquecillo, de modo que no se viera el cortejo de los desgraciados que llevaban al doctor Percy y que, si no perecían antes, tendrían en seguida algún miembro serrado. Cenaban tranquilos, olvidando por un instante los cañones. Lannes se sentaba a la derecha del emperador, quien le había invitado para engatusarle. El mariscal había contado su altercado, modificando la verdad en su beneficio, y Napoleón había convocado a Bessiéres para sermonearle vivamente antes de despedirle. Bessiéres había sido el ofendido, pero se convertía en el ofensor porque Su Majestad así lo había decidido y porque le encantaba esa clase de injusticia para templar a quienes le rodeaban dando abrazos o bofetadas sin razones evidentes, según su antojo. En vez de reconciliar a los dos mariscales, los dividía aún más, atizaba su odio, pues tenía necesidad de sentirse el único juez en toda circunstancia, el único recurso, y de que sus duques no se entendieran demasiado entre ellos para que un día no se entendieran contra él.

El mariscal Lannes, entristecido por la última querella, era ajeno a estas consideraciones y él, que de ordinario era un devorador de pollos en serie, mordisqueaba con desgana un muslo dorado. Prefería entregarse a los pensamientos melancólicos, se complacía en ellos. Imaginaba que estaba en otro lugar, con su mujer, en una de sus casas, o cabalgando sin peligro en Gascuña, hecha su fortuna y en paz. El emperador volvió a escupir huesos de pollo a la hierba y observó el talante taciturno de su mariscal. —¿No tienes hambre, Jean?

—He perdido el apetito, Síre...

—¡Se diría que estás de morros como una chiquilla regañada! Basta! ¡Mañana Bessiéres te obedecerá y ganaremos esta punetera batalla!

El emperador despedazó con los dedos el ave asada que tenía delante, le clavó los dientes y, con la boca llena, tras haberse limpiado los labios con la manga y los dedos con el mantel, explicó a Berthier, Lannes y su estado mayor el método que iban a seguir.

—Decidme, Berthier, con las tropas que van a franquear el puente grande, ¿cuántos hombres podremos emplear?

—Cerca de sesenta mil, Sire, sin olvidar los treinta mil de Davout que deberían haber llegado a Ebersdorf.

—¡Davout! ¡Que le apremien! ¿Y los cañones?

—Ciento cincuenta piezas.

—Bene! Lannes, embestirás el centro austríaco con las divisiones Claparède, Tharreau y Saint-Hilaire. Bessières, Oudinot, la caballería ligera con Lasalle y Nansouty esperarán que abras una brecha para penetrar, y luego regresarán hacia las alas enemigas concentradas ante los pueblos...

El emperador hizo un gesto a Constant, el cual le puso la levita sobre los hombros, pues estaba refrescando. Caulaincourt le sirvió un vaso de chambertin, y Napoleón siguió diciendo:

—Con el apoyo de Legrand, Carra—Saint-Cyr y los tiradores de mi guardia, Masséna volverá a tomar una posición más firme en Aspern. Los tiradores de Molitor permanecerán en reserva, esos hombres se lo han merecido. Boudet defenderá Essling.

El emperador bebió y, levantándose, se despidió de sus invitados. Lannes se marchó solo, con el bicornio bajo el brazo. Tenía tan poco sueño como apetito. Cruzó el puente pequeño, atestado de heridos, para dirigirse a la casa de piedra donde había reposado la víspera en brazos de Kosalie, pero aquella noche el pabellón de caza estaba vacío. La joven había vuelto a cruzar el puente antes de que se rompiera, la víspera, a primera hora. A él le hubiera gustado hacerle un regalo, una crucecita de plata cincelada y con incrustaciones de diamantes que llevaba al cuello desde que estuvo en España, y este pensamiento le hizo remontarse a unos meses atrás, cuando estaba en Zaragoza y un capellán español que protegía el relicario de Nuestra Señora del Pilar le ofreció un tesoro a cambio de la vida de sus monjes. Tenía una fortuna que se aproximaba a los cinco millones de francos: coronas de oro, un pectoral de topacio, una cruz de la orden de Calatrava, de oro esmaltado, retratos, la crucecita... Se abrió la guerrera y la camisa, cogió la joya con la mano derecha y le dio un tirón seco para romper la cadena. Se dirigió a la orilla arenosa y arrojó el objeto con todas sus fuerzas a las aguas del Danubio que no dejaban de crecer. Entonces permaneció largo tiempo ante el río que rugía.

En la misma ribera de la isla Lobau, cerca de un kilómetro más al oeste, en la maleza donde desembocaba el gran puente flotante, Lejeune y su amigo Périgord aguardaban el final de los trabajos de consolidación. Los pontoneros y marinos de la Guardia no habían dejado de trabajar en él. Algunos hombres se habían ahogado sin que pudieran evitarlo las precauciones y la pericia. A decir verdad, faltaban materiales y, en vez de construir, se hacían chapuzas. Los dos edecanes de Berthier contemplaban desolados el ímpetu incesante de las aguas, los remolinos, las olas y el aspecto del macareo, los troncos arrancados que se estrellaban contra la frágil construcción. Tendrían que haber alzado estacadas corriente arriba, esa especie de diques formados por pilotes y cadenas capaces de domar la corriente, de retener a los árboles arrastrados y las terribles barcas triangulares que seguían enviando los austríacos, o aminorar su velocidad. Aquellos proyectiles eran todavía más temibles por la noche, a pesar de los faroles colgados de astas, a pesar de las antorchas. Cuando divisaban un islote de follaje o árboles transformados en arietes por la velocidad, casi siempre era demasiado tarde y tenían dificultades para desviarlos de su rumbo. Era preciso reparar continuamente lo que acababan de reparar y las obras se eternizaban.

De repente, Lejeune distinguió unas formas extrañas y móviles que parecían debatirse en las aguas oscuras y agitadas. Se preguntó qué habrían inventado esta vez los estrategas del archiduque, pero reconoció todo un rebaño de ciervos a los que la inundación había expulsado del bosque e iban a la deriva, con la cabeza y la cornamenta por encima del agua. Algunos animales se enredaban en los cordajes, otros eran arrojados a la isla, y cada uno, al verlos, se decía: «He ahí una carne que nos llega a punto». Un gran ciervo había conseguido levantarse de entre las cañas y se sacudía el agua, confiado como un animal doméstico, a pocos pasos de Lejeune. En seguida le rodearon unos soldados de regimiento desconocido, pues estaban en mangas de camisa, pero armados con bayonetas que sostenían como si fuesen cuchillos. Périgord y Lejeune se aproximaron al grupo. El

ciervo les miraba con una lágrima en la comisura de un ojo, comprendiendo que su muerte era inminente.

—Qué curioso es —observó Périgord—. Lo he constatado cien veces en la caza de montería, el ciervo acosado se pone rígido, se muestra orgulloso y lagrimea para enternecer al cazador.

—Edmond, vos que tenéis modales —dijo Lejeune— intentad por lo menos matar limpiamente a este animal.

—Tenéis razón, querido mío, esos bribones sólo saben matar hombres.

Périgord empujó al círculo de soldados.

—El animal está agotado, señores, pero dejadme hacer. Sé cómo actuar para que la carne no se estropee.

De un buen tajo de espada, Périgord degolló al ciervo, al cual le temblaron las patas delanteras antes de derrumbarse, la lengua afuera y los ojos abiertos, con aquella lágrima persistente.

Los soldados se apoderaron de su presa y la cortaron en cuartos para asarlos. Estaban hambrientos. Lejeune dio media vuelta y su amigo le siguió tras haber limpiado la espada en la hierba. Un brigada hirsuto llegó a la carrera y les comunicó:

—¡Terminado! El puente está en condiciones.

—Molto tiene —replicó Périgord, imitando la voz del emperador.

—Gracias —dijo Lejeune, complacido porque podía enviar un correo a Viena con su carta para Anna.

—¿Venís, Louis-François? Vamos a informar a Su Majestad. Montaron los caballos que sus caballerizos mantenían algo más lejos, en un claro reservado a los oficiales. Éstos no cantaban como la víspera. Acostados sobre sus mantos, contemplaban un cielo sin estrellas y el último recorte del cuarto menguante de la luna. Otros acariciaban el césped distraídamente, como si fuese un lomo de gato o una cabellera femenina. Descansaban soñando en la vida civil.

El emperador estaba en su vivaque, las manos a la espalda, en pie ante los mapas que Caulaincourt había sujetado con piedras para que el viento no se los llevara. Meditaba en la batalla inminente y la suerte le parecía favorable. A los mismos austríacos fatigados por una jornada de combate iba a oponer unas tropas nuevas y despiertas. Las lanzaría todas en la ofensiva, allí donde el enemigo era más débil y menos numeroso, en el centro, como lo había anunciado a su estado mayor durante la cena. Cuando Lejeune y Périgord se presentaron para anunciarle que el puente grande estaba por fin bien asentado, ni siquiera se mostró contento. Aquello estaba previsto. Los acontecimientos se iban desarrollando de acuerdo con su plan, que él modificaría según las circunstancias y con su rapidez acostumbrada. Napoleón se sentía fuerte. Ordenó que las tropas de la orilla izquierda cruzaran el Danubio y se reunieran en las inmediaciones de la planicie. Caulaincourt y su mameluco Roustán le ayudaron a encaramarse a un caballo para poder asistir al desfile de sus nuevos regimientos. En aquel momento sonó un disparo y una bala, que pasó rozando al emperador, se estrelló contra la corteza de un olmo. Hubo un momento de pánico. Un tirador austríaco, oculto a menos de doscientos metros, había apuntado al turbante de muselina blanca del mameluco.

—¿Por qué os sobresaltáis? —inquirió el emperador—. ¡Cuando uno oye silbar una bala es que no le ha alcanzado!

Su séquito cerró filas a su alrededor, y partieron hacia el puente grande. En medio de aquel grupo de jinetes con uniformes bordados de oro, a los que pidió, para la puesta en escena, que se quitaran los sombreros con penachos de plumas y saludaran a los refuerzos, el emperador contempló la llegada de sus soldados. Primero pasaron las tres divisiones de granaderos bajo el mando de Oudinot, luego la división del conde Saint-Hilaire, las tres brigadas de coraceros y carabineros dirigidas por Nansouty, la otra parte de la Guardia Imperial y, finalmente, la artillería, más de cien cañones, y bajo el peso de las cajas y los armazones los presentes vieron que el suelo del puente descendía bajo el nivel del agua.

A las tres de la madrugada los austríacos reanudaron el bombardeo. A las cuatro, con las primeras luces, se inició de nuevo la batalla.

Capítulo quinto

SEGUNDA JORNADA

«¡Qué paz la de la muerte! Como Ifigenia, lamentaré la luz del día, no lo que ésta ilumina.»

Demi jour, JACQUES CHABDONNE

La planicie estaba cubierta de bruma. Un sol rojo, que se alzaba en el horizonte, coloreaba el campo con una luz de sangre. Aspern seguía ardiendo. Un viento persistente acarreaba espesos torbellinos de humo negro y acre. En los vivaques algunos hombres acurrucados se calentaban alrededor de las brasas. El coronel Sainte-Croix sacudió el hombro de Masséna, el cual había dormido dos horas entre unos árboles talados. El mariscal se levantó, despojándose de su manto gris, bostezó, se estiró y miró a su ayudante de campo bajando la cabeza, pues el joven no era mucho más alto que el emperador, pero más delgado, rubio, imberbe como una señorita. Al verle nadie habría imaginado su energía.

—Acabamos de recibir municiones y pólvora, señor duque —le dijo.

—Decid que las distribuyan, Sainte-Croix.

—Ya lo he hecho.

—Entonces ¿volvemos allá?

—El cuarto de infantería de línea y el vigesimocuarto ligero están cruzando el puente pequeño y marchan para reunirse con nosotros.

—Ataquemos primero, hay que aprovechar esta niebla para tomar de nuevo la iglesia. Que Molitor reúna a los supervivientes de su división.

Los tambores llamaron a concentración, los batallones volvieron a formar, llegaban caballos bien domados incluso sin sus jinetes. Masséna detuvo el caballo pardo de un húsar que debía de estar agonizando en la planicie, lo montó sin ayuda, ajustó la brida a su mano y le hizo caracolear en dirección a Aspern. A su alrededor los hombres se vestían, frioleros, entumecidos tras haber dormido muy poco y mal, y se deslizaban a tientas hacia los pabellones para recoger sus armas. Sumisos por la fatiga y la fatalidad, no hacían ningún ruido, no decían nada, y se habría dicho de ellos que eran sombras. Siguieron a Masséna, que avanzaba hacia el final de la larga calle. No se veía nada a diez metros de distancia. La iglesia, que albergaba desde la víspera una brigada del barón Hiller, al mando del general Vacquant, se había perdido en la humareda y la bruma. Sólo resonaban los sonidos de cascos y pisadas. Masséna desenvainó la espada e indicó con la punta, en silencio, el camino que debían seguir los supervivientes de la división Molitor. Éstos, en columnas, avanzaban ante las casas de ambos lados y se reagrupaban detrás de los árboles o las ruinas que rodeaban la plaza principal.

—¿Veis lo mismo que veo, Sainte-Croix? —Sí, señor duque.

—¡Esos canallas han demolido el muro del cementerio y del recinto! ¡Sólo se les puede atacar al descubierto! ¿Qué os parece?

—Que es preciso esperar a las tropas de Legrand y de CarraSaint-Cyr, para tener por lo menos la ventaja del número.

—¡Y la niebla se levantará! ¡No! Esta niebla nos protege. ¡Que se emprenda el asalto!

Un millar de tiradores todavía con sueño se lanzaron a la carrera contra la iglesia transformada en ciudadela. En plena niebla, con las bayonetas de punta, a veces tropezaban con los cadáveres de la víspera o caían en los agujeros abiertos por los obuses. Los austríacos habían previsto el asalto y replicaban disparando desde todas partes, incluso desde el campanario a medias calcinado. Una y otra vez los soldados caían de bruces. En aquel momento, entre las tumbas del cementerio y el muro bajo, se divisó un comandante a caballo que alzaba una bandera con franjas doradas. Una tropa compacta le rodeó y, tras un grito, echaron a correr hacia los tiradores para ensartarlos. En el cuerpo a cuerpo todo está permitido, y unos sostenían sus fusiles como si fuesen mazas, otros como hoces o mechadores, y se destripaban rugiendo. Algunos esperaban un instante antes de abalanzarse. Los hombres caídos al suelo quedaban en seguida inmovilizados, los demás chapoteaban entre los intestinos, ya no escuchaban los estertores, mataban para que no les matasen, chocaban, se desgarraban con uñas y dientes, se cegaban arrojándose tierra y, debido a la niebla que los envolvía, los combatientes siempre se daban cuenta del peligro demasiado tarde.

Masséna consultaba un reloj y Sainte-Croix rabiaba de impaciencia:

—¡Nuestros hombres pierden pie, señor duque!

—¡Señor duque, señor duque! ¡Dejad de martirizarme el oído con vuestros señor duque! ¿Duque de qué, eh? ¿De un villorrio italiano, de un símbolo? (Y en un tono burlón.) ¡Yo no os llamo sin cesar señor marqués, mi querido Sainte-Croix!

Sainte-Croix apretaba con tanta fuerza la empuñadura de su espada que los dedos le palidecían. En efecto, su padre era marqués y había sido embajador de Luis XVI en Constantinopla, pero él, a quien su familia destinaba a la diplomacia, siempre se había sentido atraído por la vida militar. Muy joven había estado bajo las órdenes de Talleyrand, antes de enrolarse por recomendación en uno de aquellos regimientos que el emperador había formado con antiguos nobles y emigrados. Masséna se había fijado en él y lo había incorporado a su séquito.

—Vigilad esos nervios, Sainte-Croix, si os gusta mandar. ¿Habéis visto retroceder a cien tiradores? Yo también.

—¡Yo podría hacer que volvieran a la batalla, si Me diérais la orden!

—También yo podría, Sainte-Croix.

Y Masséna explicó al joven coronel que se trataba de utilizar a los austríacos igualmente agotados por una jornada de combates, mientras aguardaban a los regimientos frescos. Sainte-Croix tenía veintisiete años, y más impetuosidad que experiencia, pero comprendió en seguida. Poseía un verdadero talento para la gloria. Los relatos de la Ilíada le habían conmovido en su infancia. Durante largo tiempo había querido igualar a Héctor, Príamo, Aquiles, había imaginado sus luchas con jabalina bajo las murallas ocreas de Troya, cuando los dioses se hacían cómplices de aquellos gigantes feroces, magníficos y ágiles por pesado que fuese el metal de sus cotas y grebas. Esa mañana creía divisar a Aquiles, con su manto de piel de lobo, su casco adornado con colmillos de jabalí, aquel glorioso tunante cuyas mentiras admiraba la diosa Atenea. Entonces Sainte-Croix oyó el redoble de los tambores y volvió la cabeza. Los penachos rojos salían de la bruma. Eran los fusileros de Carra—Saint-Cyr que llegaban.

Lejeune tenía la desagradable impresión de que se hundía en una nube gris. Ya no reconocía el camino recorrido cien veces la víspera entre la isla Lobau y Essling. Árboles y setos surgían ante su caballo en el último momento y había perdido sus puntos de referencia. Avanzaba al paso y se guiaba por los ruidos más próximos. Alertado por un rumor a su izquierda, sin duda por el lado de la planicie cubierto de niebla, desenvainó la espada y se mantuvo inmóvil. Una masa borrosa se movía cerca de él. La interpeló en francés y en alemán, pero, como no obtuvo respuesta alguna, imaginó un peligro y se abalanzó contra aquella forma indecisa dando sablazos en todas

direcciones. No había más que un voluminoso matorral azotado por el viento. Cubierto por las hojas y las ramitas que había cortado, Lejeune se sentía aliviado y ridículo. Finalmente vio un resplandor, hacia el que se encaminó con prudencia, sin soltar la espada. El resplandor desapareció cuando se aproximaba. En la bruma que empezaba a convertirse en jirones de vapor, se encontró con un grupo de coraceros que extinguían, pisoteándola, la fogata que les había calentado por la noche.

—¡Soldados! —les dijo Lejeune—. ¡He de ir a Essling por orden del emperador! Señaladme el camino más corto.

—Habéis avanzado demasiado por la planicie —replicó un capitán con las mejillas oscurecidas por una barba de varios días—. Os daré una escolta para guiaros. Por aquí mis hombres se orientan incluso con los ojos vendados.

El capitán Saint-Didier gruñó mientras se abrochaba el cinturón. A un centenar de metros los vivaques todavía brillaban, a pesar de la consigna.

—¡Brunel! ¡Fayolle! ¡Y tú, y vosotros dos de ahí! ¡Id a confirmar a esos imbéciles que es preciso apagar todos los fuegos!

—Yo les acompaño —dijo Lejeune.

—Como gustéis, mi coronel. Después os llevarán a Essling... ¡Fayolle! ¡Poneos la coraza!

—Se cree invulnerable, mi capitán —dijo el coracero Brunel, subiendo de un salto a su caballo.

—¡Basta de pamplinas! —gruñó Saint-Didier y, en un tono más bajo, se dirigió a Lejeune— : No puedo tomármelo a mal, la muerte de nuestro general los ha trastornado...

Mientras Fayolle cerraba su coraza, Lejeune le miraba. Había tenido unas palabras con aquel mozo que esperaba saquear la casa de Anna, incluso le había golpeado. El soldado, que no le había reconocido, tomó la carabina con un gesto maquinal y montó a caballo. Los seis jinetes partieron hacia los vivaques iluminados. Cuando estaban bastante cerca y las siluetas se dibujaban mejor, identificaron los uniformes pardos de la Landwehr. Un grupo comía alubias directamente del caldero, otros bruñían los fusiles con manojos de hojas. Los austriacos no se percataron a tiempo de que estaban rodeados de jinetes franceses y, como los creían más numerosos, se levantaron mostrando sus manos sin armas. Antes de que Lejeune hubiera podido dar una orden, Fayolle espoleó a su caballo y se arrojó contra los austriacos. De un disparo de carabina destrozó el cráneo del primero y luego, con el sable, cortó de golpe la mano levantada del segundo.

—¡Detened a ese loco! —ordenó Lejeune.

—Está vengando a nuestro general—dijo Brunel, con una sonrisa angélica muy irónica.

Lejeune lanzó a su caballo contra el de Fayolle y, por la espalda, cuando el otro iba a descargar su sable sobre un austriaco acurrucado en el suelo, le agarró la muñeca y se la retorció. Los dos hombres se encontraron cara a cara, jadeando, y Fayolle soltó un bufido.

—¡No estamos en el baile, mi coronelito!

—¡Cálmate o te mato!

Lejeune apuntó la pistola de arzón que sostenía en la mano izquierda a la garganta del coracero.

—¿Todavía quieres romperme los dientes?

—Me muero de ganas.

—¡No te andes con chiquitas, aprovéchate de tus galones!

—¡Idiota!

—Más tarde o más temprano... lo mismo me da.

—¡Idiota!

Fayolle movió bruscamente un hombro y su caballo se hizo a un lado. Durante este corto altercado, los coraceros habían reagrupado a sus prisioneros sin defensa. Tres de ellos habían logrado escabullirse durante el enfrentamiento de los dos franceses, pero los otros se dejaron prender, en absoluto disgustados porque ya no tenían que batirse.

—¿Qué hacemos con estos pájaros, mi coronel? —preguntó Brunel, quien había desmontado para probar las alubias del caldero.

—Llevadlos al estado mayor.

—¿Y vos? ¿Ya no os conducimos al pueblo?

—No tengo necesidad de una tropa, y ése conoce el camino. Lejeune señaló a Fayolle, el cual recobraba el aliento, inclinado sobre el cuello de su montura.

Tras confiar el grupo de prisioneros a los coraceros, Lejeune siguió al soldado Fayolle, que cabalgaba entre las capas de bruma. Al pie de una colina se cruzaron con los impecables batallones de tiradores de la joven Guardia, con el arma en el portafusil, polainas blancas y chacós provistos de un largo penacho blanco y rojo, y luego una división del ejército de Alemania que ascendía en silencio hacia la planicie. Oyeron restallar los látigos de los conductores del convoy de artillería, divisaron sus guerreras azul claro y las charreteras de lana roja de los artilleros que remolcaban decenas de cañones. Finalmente marcharon a lo largo de las interminables columnas de infantería que mandaban Tharreau y Claparède. Fayolle se detuvo para ceder el paso a unos cazadores montados que iban a reunirse con la caballería de Bessières. La niebla se disipaba y ya se veían bien las primeras casas quemadas de Essling.

—No voy más adelante, mi coronel —dijo Fayolle, sin mirar a Lejeune.

—Gracias. Esta noche celebraremos la victoria, te lo prometo.

—Bah, eso a mí no me beneficiará en nada, formo parte del ganado...

—¡Vamos, hombre!

—Cuando veo ese pueblo destrozado, tengo unas curiosas impresiones.

—¿Tienes miedo?

—No tengo un miedo normal, mi coronel. No es temor, no sé qué es, es como un destino espantoso.

—¿Qué hacías antes?

—Nada o poca cosa, era trapero, pero tanto el gancho como el sable son oficios sucios con los que ganas una miseria. Mirad, ahí está el mariscal Lannes que sale de Essling...

Y Fayolle volvió grupas. Lannes cabalgaba con los generales Claparède, Saint-Hilaire, Tharreau y Curial.

Calzado con botas polvorientas, acampado ante los muros del tejatón con su estado mayor, el emperador estaba cruzado de brazos y sonreía a la niebla que se dispersaba. Tenía la impresión de que gobernaba los elementos, puesto que aquel mal tiempo era su aliado. En el pasado había sabido utilizar el invierno, los ríos, las sierras y los valles para llevar a cabo golpes rápidos y fulminar a

sus enemigos. Hoy, gracias a aquella pantalla de bruma que velaba todavía el campo, su ejército podía aparecer en bloque ante los austríacos en la explanada que separaba los pueblos. Lejeune había llevado sus órdenes al mariscal Lannes, y se distinguían las masas de infantes que maniobraban en cuadro en la pendiente del talud. El hierro de los sables alzados y de las bayonetas, los dorados de los generales, las águilas de las banderas brillaban bajo el sol naciente. Los tambores redoblaban y se respondían de un regimiento a otro, se mezclaban, confundían sus ritmos, crecían como un trueno permanente y acompasado. Los escuadrones seguían en segunda línea, formados en la parte baja de los pequeños valles, lanceros azules de Varsovia, húsares, guardias de corps de Saxe y Nápoles, cazadores de Westfalia. Al ver tal espectáculo, Napoleón pensaba que ya no eran gentes de Baden, gascones, italianos, alemanes, lorenese, sino una sola fuerza ordenada que se movía para derrotar con su fuerza de choque a las debilitadas tropas del archiduque.

Poco antes los coraceros de patrulla habían conducido a los prisioneros de la Landwehr, con sus curiosos sombreros provistos de hojas, ante el emperador, el cual los había interrogado, y el general Rapp, un alsaciano que conocía su lengua, sirvió como intérprete. Habían indicado y nombrado sus unidades, evocado su fatiga, sus debilidades, su falta de convicción. Así pues, Lannes iba a lanzar veinte mil soldados de infantería entre la guardia de Hohenzollern y la caballería de reserva mandada por Liechtenstein, aquel príncipe que el emperador habría querido como embajador en París. Por fin la iglesia de Aspern había sido conquistada y Masséna consolidaba su posición. Périgord, procedente de la isla Lobau, confirmó la llegada de los treinta mil hombres de Davout, que avanzaban en aquel momento hacia Ebersdorf, en la otra ribera del Danubio, y franquearían el puente grande al cabo de una hora. Todo parecía ceñirse a los planes de la ofensiva concebidos durante la noche. Los seis mil jinetes de Bessiéres irían a meterse en la brecha abierta por Lannes para envolver al enemigo de costado, mientras que Masséna, Boudet y Davout saldrían al mismo tiempo de los pueblos para atacar las alas contrarias. El emperador calculaba que antes del mediodía la victoria sería suya.

Puesto que era consciente de la influencia que tenía sobre sus hombres, y sabía aprovecharla, Napoleón decidió mostrarse ante las columnas extendidas. Al verle, los hombres se animarían y su valor se multiplicaría. Pidió que le preparasen su caballo gris más dócil, subió a un pequeño taburete que le habían desplegado y montó en la silla.

—Sire —le dijo Bethier—, nuestras tropas están en marcha, será mejor que os quedéis aquí, desde donde dominamos el conjunto del campo de batalla...

—¡Mi cometido es el de embrujarlos! Debo estar en todas partes. Esos hombres me siguen por el afecto que me tienen.

—¡Por piedad, Sire, permaneced fuera del alcance de los cañones!

—¿Oís los cañones? Yo no. Han retumbado para despertarnos al amanecer, pero después se callan. ¿Veis esa estrella?

—No, Sire, no veo ninguna estrella.

—Allá arriba, no lejos de la Osa Mayor.

—No, os aseguro...

—¡Pues bien, Berthier, mientras la vea yo solo, seguiré mi camino y no aceptaré ninguna observación! ¡Vamos! ¡Vi mi estrella cuando partí hacia Italia con vos. La vi en Egipto, en Marengo, en Austerlitz, en Friedland!

—Sire...

—¡Me fastidiais, Berthier, con vuestra prudencia de vieja dama! ¡Si tuviera que morir hoy, lo sabría!

El emperador partió, las riendas flotantes, seguido de cerca por sus oficiales. Cerraba el puño sobre un escarabajo de piedra que no abandonaba jamás desde la campaña de Egipto, un amuleto de buena suerte recogido en la tumba de un faraón. Tenía la sensación de que la fortuna estaba de su parte. Sabía que una batalla era parecida a una misa, que exigía un ceremonial, que las aclamaciones de las tropas que partían hacia la muerte reemplazaban a los cánticos, y la pólvora al incienso. Se santiguó apresuradamente dos veces, a la manera de los corsos cuando toman una difícil decisión. Los granaderos de la Vieja Guardia le acogieron con un clamor eléctrico, dispuestos detrás y a la izquierda del tejón. Al verle, el general Dorsenne alzó el bicornio y gritó: «¡Presenten armas!», pero los veteranos pusieron sus gorros de piel de oso o sus chacós en la punta de las bayonetas mientras gritaban el nombre del emperador.

En medio de las tropas dispuestas en el lindero de la planicie, el mariscal Lannes daba instrucciones a sus generales.

—El tiempo se despeja, señores, id a ocupar vuestros puestos. Oudinot y sus granaderos a la izquierda del frente, y luego Claparède, Tharreau en el centro, y vos, Saint-Hilaire, a la derecha, delante de Essling.

—¿No esperamos al ejército del Rhin?

—Ya está aquí. Davout vendrá de un momento a otro para apoyarnos.

El conde Saint-Hilaire tenía un perfil de medalla romana, los mechones de cabello cortos y caídos sobre la frente, el cuello hundido en el de la guerrera, muy alto y bordado. Erguido en su caballo caprichoso, cuya rienda sostenía con firmeza, partió para reunirse con sus cazadores, una cohorte con uniformes de fantasía sólo identificables por sus charreteras de lana verde. Se detuvo ante la línea de los tambores, reparó en uno que le parecía un niño e interrogó al comandante, un coloso de altura realzada por el gorro empenachado, el uniforme resplandeciente, sobrecargado de guirnaldas y adornos desde el cuello hasta las botas.

—¿Qué edad tiene ese rapaz?

—Doce años, mi general.

—¿Y qué? —gruñó el jovencito.

—¿Cómo que «y qué»? Creo que tienes mucho tiempo para hacer que te maten. ¿A qué viene tanta prisa?

—Ya he estado en Eylau y he tocado la carga de Ratisbona, y no he sufrido ni un rasguño.

—Yo tampoco —replicó Saint-Hilaire, riéndose, pero mentía, olvidándose de una herida recibida en la planicie de Pratzen, en Austerlitz.

Desde lo alto de la silla de montar miraba al chiquillo sentado en el tambor de piel de vaca, casi tan alto como él.

—¿Cómo te llamas?

—Louison.

—No te pregunto el nombre de pila sino el apellido.

—Todo el mundo me llama Louison, señor general.

—¡Pues bien, Louison, saca tus palillos de la bandolera y toca como en Ratisbona!

El muchacho obedeció. El tambor mayor alzó su bastón de junco con empuñadura de plata y los demás se pusieron a tocar al unísono con el chiquillo.

—¡Adelante! —ordenó Saint-Hilaire.

—¡Adelante! —gritó más lejos el general Tharreau a sus hombres.

—¡Adelante! —gritó Claparède.

El ejército avanzaba por los trigales verdes. La bruma se disipaba en jirones, y los austríacos descubrieron a la infantería de Lannes cuando marchaba contra ellos. El mariscal llegó al galope y se puso a trotar al lado de Saint-Hilaire. Alzó su espada y la división emprendió el paso de carga, precedido por Louison, que tocaba como un demente sobre la piel del tambor, persuadido de que también él tenía algo de mariscal.

Sorprendidos por el vigor y la brusquedad del ataque, los soldados de Hohenzollern intentaron replicar, pero los cazadores pasaban por encima de sus camaradas caídos y arremetían a la bayoneta. Bajo la arremetida, las primeras líneas austríacas retrocedieron una vez y otra más: detrás del tropel de infantes atisbaban las bocas de cien cañones que les apuntaban desde la cresta del glacis.

En lo más encarnizado de la batalla, Lannes perdió sus dudas. No era más que un guerrero. Se desgañitaba, gesticulaba entre sus hombres, a los que impulsaba siempre adelante. Al darles ejemplo los entusiasmaba, los deslumbraba, paraba los golpes del enemigo, incluso le arrancaron una condecoración del pecho. Hele ahí lanzando su nervioso caballo contra unos artilleros, a los que espanta, arrolla y golpea furiosamente con el sable. Hele ahí que embiste un cuadro contrario, oye silbar las balas sin hacerles caso, se apodera de una bandera amarilla con un diseño complicado y ensarta a un teniente con la punta dorada del asta. Saint-Hilaire acude en su ayuda y clava su espada en la espalda de un granadero vestido de blanco. Los dos hombres luchan, espantan, inflaman a sus soldados hasta tal punto que los enemigos, que primero se habían retirado con método, empiezan a perder la cabeza, como se observa en su desorden al replegarse, en las brechas que ofrecen cuando se dispersan por los campos pisoteados.

—Ganamos, Saint-Hilaire —dijo Lannes, jadeante, y señaló una escena que tenía lugar en la retaguardia del ejército austríaco: a cien metros, los oficiales provistos de palos golpeaban a los fugitivos para que volvieran a las filas.

—El emperador tenía razón, Vuestra Excelencia —respondió Saint-Hilaire, sin bajar la guardia.

—El emperador tenía razón —repitió Lannes, mirando a su alrededor.

Y su furia homicida iba en aumento, corrían riesgos enormes, mataban y ellos seguían indemnes, parecían invulnerables. De repente llegó la caballería de Liechtenstein con las espadas desenvainadas, para liberar a sus compatriotas en desbandada, pero los cazadores los recibieron con un fuego violento y luego los coraceros enviados por Bessières se les enfrentaron para rechazar su ataque. Durante largo tiempo se oyó el estrépito metálico de las corazas golpeadas por los sables. «¡Lo mismo que en Eckmühl!», pensaba Lannes. «Su caballería sólo sirve para cubrir a la infantería derrotada. ¡Mi amigo Pouzet, mi hermano, mi maestro, diría que son muy tímidos o que no están demasiado convencidos! ¡Esta noche lo celebraremos en Viena!» Pensó en la hermosa Rosalie, en sábanas limpias, en una cena copiosa, en un sueño sin pesadillas. Pensó también en la duquesa de Montebello, que se había quedado en Francia, vio su semblante y su sonrisa, y murmuró: «¡Ah!, Louise—Antoinette...». Y blandió la espada para proseguir la matanza.

Berthier, el mayor general, había enviado a Lejeune ante Davout para que apresurase la marcha. Durante el camino, el coronel, que se había llevado consigo a su ordenanza, le encargó:

—Sígueme por la orilla derecha. Te vienes a Viena y entregarás esta carta a la señorita Krauss.

—Será un placer, mi coronel —dijo el ordenanza, encantado de una misión fácil lejos de la batalla.

Se guardó la carta bajo el dormán y precedió a su oficial por el puente grande.

—¡No tan rápido, imprudente!

El fragor del río cubrió la voz de Lejeune y su ordenanza, ya muy lanzado, no le oyó. Cabalgaba al trote largo, y más de una vez el coronel creyó que aquel imbécil caería al agua, con el caballo y la carta, pues el Danubio, al azotar el puente grande, lo balanceaba, pero no, el ordenanza casi había llegado al otro lado. Se volvió en la silla, alzó la mano enguantada para saludar a su coronel, el cual le respondió, y clavó ambas espuelas en los flancos de su montura para tomar la ruta de Viena, en sentido contrario a la marcha del ejército del Rhin. En el horizonte, por encima de las últimas y ligeras franjas de bruma, Lejeune entrevió el largo campanario de San Esteban y se tranquilizó, pues por fin su carta llegaría a Anne. Contempló la orilla derecha, por donde avanzaban las interminables columnas de Davout, un convoy de artillería y carros de municiones y víveres. Algunos cazadores a caballo, de uniforme verde oscuro, con sus gorros de pelo negro, redondos como bolas y encasquetados en la frente, se adelantaban por las primeras tablas del puente. Lejeune empujó a su caballo con las rodillas para ponerlo al paso e ir al encuentro de aquellos hombres sin resbalar en las tablas mojadas y a veces desaparejas del piso. Desde la víspera, pontoneros y zapadores se habían organizado para frenar la carrera de los maderos, troncos y brulotes que los austríacos seguían lanzando a la corriente. En cuanto se producía un daño, se apresuraban a hacer un remiendo. Lejeune no prestó atención a ese trabajo convertido en una rutina. Estaba llegando a la mitad del puente cuando le sobresaltaron unos alaridos. Delante de él, los jinetes se habían detenido y contemplaban el río corriente arriba.

Los gritos procedían de un equipo de carpinteros de armar instalados en uno de los pontones de sostén. Clavaban y consolidaban unas amarras. Lejeune bajó del caballo y se asomó. —¿Qué pasa ahora?

—¡Que van a lanzarnos casas para romper nuestro puente!

—¿Casas?

—¡Sí, mi coronel!

—Vedlo con vuestros propios ojos —le dijo un oficial de ingenieros, despechugado y con un mostacho muy poblado.

El hombre ofreció a Lejeune su catalejo y le indicó un punto a la altura del campanario ennegrecido de Aspern. Lejeune escrutó el Danubio y distinguió siluetas con uniforme blanco que se agitaban en un islote poblado de árboles. Miró con más atención. Aquellos hombres se afanaban alrededor de un gran molino de agua cuyas norias acababan de retirar. Otros formaban una cadena para trasladar grandes piedras. El oficial de ingenieros había subido al puente y estaba junto a Lejeune, a quien explicaba:

—Su idea es sencilla, mi coronel. La he comprendido y tiemblo.

—Decidme...

—Hace un momento han recubierto el molino de alquitrán y se disponen a atarlo a dos barcas lastradas con piedras. ¿Lo veis?

—Continuad...

—Abandonarán el molino flotante en la corriente, tras prenderle fuego, ¿y qué podemos hacer nosotros, queréis decírmelo?

—¿Estáis seguro?

—¡Por desgracia!

—¿Desde aquí les habéis visto recubrir ese molino de alquitrán?

—¡Toma! ¡Era de madera clara y se ha vuelto negro! Y además, su idea es evidente desde hace horas, porque nos envían balsas incendiarias y tenemos que partírnos en cuatro para desviarlas en el río y apagarlas. Eso es demasiado grande y no podremos pararlo.

—Espero que os equivoquéis —dijo Lejeune.

—Esperar no cuesta nada, mi coronel. ¡Claro que me gustaría equivocarme!

No se equivocaba. Obnubilado por aquel molino que tenía la altura de una casa de tres pisos, Lejeune contemplaba la espantosa maniobra. En efecto, los austríacos depositaron su edificio en el agua, donde quedó flotando. Unos granaderos lo acompañaron en barcas hasta el centro del río, a fin de que no embarrancara demasiado pronto en una u otra de las orillas. Llevaban antorchas de estopa, y las encendieron con eslabones para arrojarlas al pie de la máquina infernal. El molino se incendió en un instante y derivó a merced de la impetuosa corriente.

Entre los franceses, la impotencia hizo que aumentara el pánico: ¿cómo desviar el rumbo de aquel artefacto infernal? El molino transformado en brasero móvil se aproximó al puente grande adquiriendo velocidad. Los dispositivos inventados por el cuerpo de ingenieros para desviar los brulotes, con cadenas tendidas de una orilla a otra del río, no bastarían para desviar el colosal proyectil. Sin embargo, cada uno volvía a ocupar su puesto, en las barquichuelas unidas con cabos, varas, bicheros y troncos de árboles colocados como topes, y cada uno aguardaba el choque con ansiedad, preguntándose si sobreviviría.

Lejeune dio una palmada a la grupa de su caballo para que se dirigiera hacia la isla. Los cazadores, impotentes, se habían replegado en la orilla derecha, y las columnas de Davout, horrorizadas por el espectáculo, habían dejado el arma a los pies. El molino en llamas aumentaba de tamaño a medida que se aproximaba, se bamboleaba en las aguas revueltas, pero no volcaba. A la altura de las barquillas y de las cadenas tendidas, perdió lienzos de maderamen que saltaron al agua, donde chisporrotearon y humearon, pero el conjunto siguió en pie y aceleró su velocidad. Cuando embistió las cadenas, se las llevó por delante y precipitó las barquillas contra los maderos en llamas. Las barquillas ardieron con sus ocupantes y se perdieron en los remolinos. Se vio a un soldado adherido al alquitrán quemante, pero no le oyeron desgañitarse y el hombre se abandonó a su vez al Danubio. Nada obstaculizaba la carrera del brulote. Los pontoneros se zambullían, pues ya no tenían tiempo de trepar al piso del puente para huir antes de la colisión, y las olas les quebraban los huesos contra los cascots del pontón. Lejeune notó que le agarraban del brazo y vio que era el oficial de poblado mostacho que tiraba de él hacia atrás, y corrió hacia la isla Lobau. Oyó a sus espaldas un gran estrépito, y el puente tembló. El oficial y Lejeune cayeron de bruces en las tablas mojadas. Una lluvia de pavesas cayó a su alrededor y las fuertes olas producidas por el choque las extinguieron. Algunos zapadores con las ropas en llamas caían al agua y se ahogaban. Cuando se irguió sobre los codos, Lejeune vio la catástrofe: el puente grande estaba abierto y sus dos pedazos iban a la deriva. El molino desmembrado seguía ardiendo, y el fuego devoraba los cordajes, los maderos, el piso del puente.

Dos jóvenes caminaban por la Jordangasse. Eran casi de la misma edad, vestían levita de paño y se tocaban con sombreros de forma alta. El mayor debía de tener veinte años y jugueteaba con el bastón para darse un aire despreocupado. El otro, Friedrich Staps, no había pasado la noche en su habitación de la casa Krauss y, por lo tanto, ignoraba que la había visitado el policía Schulmeister, y que sus tejemanejes, sus mofas, sus secretos y la estatuilla de Juana de Arco habían puesto sobre aviso a Henri Beyle, el inquilino francés del piso superior. Cuando por fin llegaron

ante la vivienda, en lugar de despedirse, Ernst le acució sin mirarle:

—Sigamos caminando como unos paseantes cualesquiera, no te vuelvas...

Friedrich le obedeció, puesto que su amigo adivinaba una amenaza, pero no osó preguntarle la razón de esa desconfianza hasta que estuvieron en la vecina Judenplatz. Fingieron que miraban el escaparate de una sastrería.

—¿Qué he de temer?

—Delante de tu puerta había una berlina.

—Es posible.

—Tengo un sexto sentido para presentir a los guindillas.

—¿La policía? ¿Estás seguro? En Viena no me conoce nadie.

—Seamos prudentes. Nuestros compañeros te alojarán, no vuelvas a poner los pies en esa casa. ¿Has dejado ahí tus cosas?

—Sí, claro...

Pensaba sobre todo en la estatuilla, puesto que llevaba el cuchillo encima.

—Mala suerte —dijo Ernst.

—Mala suerte —suspiró el joven Staps, pero sus futuras hazañas exigían sacrificios.

El día anterior, por la tarde, Staps se había reunido con Ernst von der Sahala en la tranquila sala de un café vienés. Se habían reconocido con la mirada, por sus afinidades, sin tener siquiera necesidad de presentarse.

—¿Cómo le va a nuestro hermano el pastor Wiener? —le había preguntado Ernst.

—¡Le bendigo por haberme recomendado a ti!

Ambos eran alemanes y luteranos, pero Ernst pertenecía a la secta de los iluminados que, como otras de la época, los filadelfos del coronel Oudet, los concordistas, los caballeros negros, afirmaban que eran tiranicidas y querían acabar con la vida de aquel Napoleón opresor de los pueblos. Los dos muchachos conversaron sentados en mesas contiguas, en un ambiente amenizado por la música de un violín. Luego habían vagabundeado por las murallas para admirar el campo iluminado por los incendios de la batalla. Staps le había hablado de su misión y contado que una mañana se marchó de casa dejando una nota a su padre: «Parto para realizar lo que Dios me ha ordenado». Se creía elegido, había oído voces. Había leído con pasión el Oberon de Wieland, ese ingenuo poema inspirado en la Edad Media en el que un enano, rey de los elfos, apoyaba a Huon de Burdeos en su expedición a Babilonia. Gracias a un corazón mágico y a una copa encantada, Huon logró casarse con la hija del califa tras haber obtenido de éste unos pelos de su barba y tres muelas. Había leído sobre todo a Schiller, el sentimental Schiller, tan noble que llegaba a ser inhumano, y su Doncella de Orléans le había arrebatado, hasta tal extremo que se había convertido en Juana de Arco. Al igual que ella, liberaría del Ogro a Alemania y Austria. Para ello había adquirido un cuchillo.

Dieron las ocho de la mañana. Los dos muchachos se internaron en las calles de la ciudad vieja, cogidos del brazo, y canturreaban como si estuvieran achispados.

—En tiempo de guerra —había dicho Ernst—, las patrullas no interpelean a los borrachos jaraneros.

Pasaron ante la iglesia de los dominicos, se cruzaron con una patrulla de la policía que se burló de ellos y, finalmente, Ernst llevó a su nuevo adepto a un pasadizo cubierto. Helos ahí, en un

pa tio pavimentado. Ernst se dirige a una de las puertas y llama varias veces de acuerdo con un código, les abren, entran en un pasillo y luego en una habitación alargada e iluminada por dos palmatorias de luz débil. En el extremo de una mesa, un hombre delgado y entrado en años, vestido de negro, está leyendo la Biblia.

—Hay que albergar a este hermano, pastor—le dice Ernst. —Que deje su equipaje. Martha le conducirá al aposento del tercer piso.

—No tiene equipaje. Habría que procurarle lo necesario.

—¿Lo necesario? —replica el viejo pastor—. Escuchad lo que nos dice el profeta Jeremías... (Toma la Biblia y lee en voz trémula:) «Éste es un día del Señor, el Eterno de los ejércitos. Es un día de venganza. La espada devora, se sacia, se embriaga con la sangre de sus enemigos. Las naciones se enteran de tu vergüenza, hija de Egipto, y tus gritos llenan la tierra, pues los guerreros se tambalean uno sobre otro, caen todos juntos».

—Qué hermoso es —dice Ernst.

—Y cuán cierto —añade Friedrich Staps.

Napoleón estaba muy pálido, la piel casi transparente, con el semblante liso y desprovisto de expresión de una estatua inacabada. Contempló el cielo, y entonces posó en el suelo la mirada de sus ojos vacíos. En pie a la entrada del puente grande que acababa de romperse y cabeceaba como un barco, observaba el molino consumido del que sería preciso extraer los restos humanos antes de empalmar las dos partes del largo piso que había reventado allá, a un centenar de metros, en una abertura donde la corriente se precipitaba con la fuerza de un torrente. Silencioso, más abrumado que contrariado, el emperador tenía las manos a la espalda y apretaba una fusta. Aquella mañana la situación había sido favorable, la ofensiva eficaz: Lannes había derrotado el centro austríaco y llevado lejos sus incursiones; Masséna y Boudet esperaban para salir del pueblo con sus divisiones. En aquellas inmensas planicies, el emperador ya no podía aplicar su estrategia habitual. Había probado la sorpresa y la rapidez al surgir de la isla Lobau, incluso había estado al borde de la victoria, pero la guerra estaba cambiando y, como durante los reinados, una batalla se libraba artillería contra artillería, regimiento contra regimiento, con masas que se lanzaban sobre otras masas, cada vez más hombres, más cadáveres, más metralla y fuego. El emperador estaba iracundo al ver, en la otra ribera, aquel suplemento de hombres que necesitaba, el ejército de Davout inmovilizado, con sus cañones inútiles, sus carros de pólvora y víveres, sus columnas ociosas.

Unos pasos atrás, irritados, inquietos, Berthiery un grupo de oficiales no osaban decir palabra ni hacer un gesto. Esperaban la orden fulgurante, la idea que invertiría la suerte. Lejeune se encontraba entre ellos, despeinado, sin el chacó, el uniforme deshecho. El emperador, fascinado por aquel puente demasiado frágil y demasiado largo que se mofaba de él, gritó sin volverse:

—¡Bertrand!

El conde Bertrand, un general discreto y abnegado, se le acercó, con el sombrero bajo el brazo, y se puso firmes. El emperador había decidido el lugar donde se tendería el puente, sólo él había determinado el plazo necesario para su construcción, pero quería señalar continuamente responsables, y Bertrand estaba al frente del cuerpo de ingenieros.

—Sabotatore!

—He cumplido vuestras órdenes al pie de la letra, Sire.

—¡Traidor! ¡Ved ahí vuestro puente!

—En una noche, Sire, no podíamos hacer una obra mejor en este río difícil.

—¡Traidor, traidor! (Y a los demás:) Ha agita da traditore! ¡Y vosotros también! ¡Todos! ¡Me traicionáis!

Nadie le respondió, pues era inútil. Había que esperar a que la cólera del emperador se aplacase.

—¡Bertrand!

—Sire?

—¿Cuánto tiempo para reparar vuestro sabotaje?

—Por lo menos dos días, Sire...

—¡Dos días!

Bertrand recibió en pleno rostro un vigoroso golpe de fusta. El emperador respiraba con dificultad. Se encaminó hacia su caballo y, con un impaciente gesto de la mano, pidió a Berthier que le siguiera.

—¿Habéis oído las insolencias de ese puñetero Bertrand?

—Sí, Sire—respondió Berthier.

—¡Cuarenta y ocho horas! ¿Dónde está el archiduque?

—En su campamento de Bisamberg, Sire.

—Hummm... No tardará en enterarse de nuestra desgracia.

—Dentro de una o dos horas, ciertamente. Y aprovechará la situación para enviar contra nosotros el conjunto de sus reservas.

—¡Salvo si perseveramos en el ataque, Berthier! ¡Lannes está en una posición excelente, ha desorganizado a la infantería de Hohenzollern!

—Pero van a faltarnos municiones.

—Davout puede abastecernos por medio de barcas.

—En pequeñas cantidades, Síre, y corriendo el riesgo de zozobrar.

—Entonces ordenemos el repliegue.

—Si retrocedemos, Síre, los ejércitos del archiduque volverán a formarse.

—¡Y si no nos replegamos, el archiduque intervendrá contra nuestros flancos mal protegidos y habrá una matanza! Es preciso replegarse.

—¿Dónde, Síre? ¿En la isla?

—¡Naturalmente! ¡No será en el Danubio, idiota!

—Es imposible que pasen a tiempo cincuenta mil hombres con los cañones y el material antes de que los austriacos nos sorprendan de costado en el borde del río.

—Primero repleguémonos sin apresuramiento hacia nuestras posiciones de la noche. Masséna y Boudet se parapetan en sus pueblos y Lannes resiste en el glacis.

—Así pues, será preciso resistir durante diez horas...

—¡Sí!

A las nueve de la mañana, una vez más el coronel Lejeune galopaba sin alegría por los campos. Iba a entregar al mariscal Lannes la orden de repliegue. Se cruzó con una columna de

prisioneros austríacos que avanzaba en sentido contrario, todo un batallón de fusileros sin sombreros y sin armas, cabizbajos, varios de ellos con chirlos, un vendaje provisional alrededor del cráneo o un brazo en cabestrillo. Algunos rezagados les seguían cojeando, las polainas ensangrentadas. Pasaban por los trigales y el joven Louison los conducía como si fueran una bandada de ocas, improvisando una zarabanda fatigosa con su gran tambor. Lejeune tenía el corazón oprimido, pero sonrió. Aquello le recordaba la aventura de Guéhéneuc después de la victoria de Eckmühl. El coronel de ese nombre iba a llevar un mensaje cuando tropezó con un regimiento de la caballería enemiga, extraviado en la noche, el cual se rindió de inmediato. El emperador se mostró regocijado: «¿Sois vos, Guéhéneuc, vos completamente solo, quien ha cercado a la caballería austríaca?». Pero aquella mañana, detrás de los prisioneros venían los hombres de Lannes, hirsutos y fanfarrones, ataviados con despojos como bandoleros. Llevaban haces de fusiles confiscados y arrastraban cinco cañones intactos, con arcones enganchados a caballerías, las cartucheras llenas de cartuchos y una bandera agujereada.

Lejeune prosiguió su camino hacia la línea del frente, que estaba muy avanzada, pues se divisaban a lo lejos cazadores montados en el villorrio de Breitenlee, donde apoyaban el fuego. El mariscal Lannes estaba sentado en una caja de artillería sin ruedas. Dirigía su batalla distribuyendo órdenes de circunstancias a sus ayudantes de campo, los cuales las llevaban corriendo a SaintHilaire, Claparède o Tharreau.

Cuando Lejeune desmontó, Lannes frunció las cejas y exclamó:

—¡Ah! ¡Aquí tenemos al coronel catástrofe!

—Me temo que Vuestra Excelencia tiene razón.

—Decid.

—Vuestra Excelencia...

—¡Decid! Estoy acostumbrado a escuchar horrores.

—Debéis suspender el ataque.

—¿Cómo? ¡Repetidme esa idiotez!

—La ofensiva se ha interrumpido.

—¡Otra vez! Hace apenas una hora, vuestro compinche Périgord me ha pedido lo mismo, para reparar ese puente del diablo al que una balsa en llamas ha hecho polvo. ¿Acaso vuestro puente es de paja?

—Vuestra Excelencia...

—¿Sabéis lo que ha ocurrido, Lejeune? Esos de ahí delante han vuelto a formar al primer respiro, y hemos tenido que reanudar la penetración. ¡Han caído algunos de los nuestros, pero de nuevo hemos desbaratado a los austríacos! Bien, ¿tenemos que mirar sentados cómo se recuperan los títeres de Hohenzollern?

—El emperador ha ordenado el repliegue en Essling.

—¿Cómo?

—Esta vez es más grave.

Lejeune contó a Lannes los últimos acontecimientos. El mariscal, desconcertado, se exasperó.

—¡La victoria era nuestra! ¡Lo era, creedme! Una hora más, el apoyo de Davout y el archiduque estaba listo... —Entonces dictó sus órdenes a los ayudantes de campo—: Que Bessières

vuelva a llevar la caballería entre los dos pueblos, que Saint-Hilaire y los demás se retiren en orden pero con lentitud, para no mostrar nuestro cambio de opinión repentino, como si tuviéramos una nueva estrategia, como si esperásemos refuerzos inminentes o dejásemos que nuestra artillería se despliegue en la planicie. Hay que intrigar a los austríacos y no alertarlos.

Se levantó para mirar a sus oficiales que partían a comunicar la orden funesta, y entonces reparó en que Lejeune no se había movido.

—Gracias, coronel. Podéis regresar al estado mayor. Si salís de ésta y algún día contáis nuestra historia un poco loca, os permito decir que habéis visto al mariscal Lannes desarmado, no en el combate, desde luego, sino por una orden. Basta una palabra para herir a un soldado. ¿Qué piensa de esto Masséna?

—No sé nada, Vuestra Excelencia.

—Debe de estar tan enfurecido como yo, pero es menos iracundo y gritón. No revela nada. A menos que le importe un bledo... —Lannes aspiró aire tan hondo que se le hinchó el pecho—: Quiero que este repliegue sea un modelo en su género. Corred a decírselo a Su Majestad.

Lejeune se alejó dejando al mariscal Lannes en los trigales. Pensaba que aquella batalla no era ordinaria, que la gente se exaltaba y desencantaba demasiado a menudo y que eso influía en los nervios. La acción se diluía. Ya hacía mucho calor y Lejeune deseaba tenderse y hacer una larga siesta. ¡Cuánto le habría gustado Viena, si la hubiera visitado como un simple viajero! Oía resonar en sus oídos el alemán cantarín de Anna Krauss. Cuando terminara la guerra, irían juntos a la Ópera. Su caballo brincaba entre cadáveres indiferenciados.

El ordenanza del coronel Lejeune devoraba con glotonería carne de ave fría. Una vez entregada la carta a la señorita Krauss, se había encontrado con Henri, el cual le abrumó con sus preguntas. Era un buen muchacho, pero fanfarrón; le gustaba darse importancia y simulaba la fatiga de los combates vividos de lejos, al abrigo de la isla Lobau. Cuando Henri le preguntó si tenía hambre, la cara del ordenanza se iluminó, y le siguió a la cocina ensuciando con las botas embarradas las tablas del suelo. Así pues, estaba sentado a la mesa ante las provisiones entregadas a la chita callando por la intendencia. Bien instalado, con la guerrera desabrochada, hundía los dedos en los platos, puntuaba las frases agitando un muslo de pollo a medio comer y vertía en el vaso un vinillo vienés del que se servía sin cesar, embadurnando la botella de grasa.

—La jornada de ayer ha sido dura —decía mientras masticaba y bebía—, pero el coronel no ha sufrido ni un rasguño, os lo juro, y esta mañana, cuando le he dejado en el puente grande, el ejército del mariscal Davout llegaba a punto, con cañones y furgones de víveres.

—¡Viveres de los que, a juzgar por vuestro apetito, había una carencia extrema!

—De eso sí, señor Beyle. Ya era hora. A fuerza de cazar furtivamente, ya no quedaba nada que abatir en la isla.

—¿Y sobre el terreno?

—Todo se desarrolla de maravilla, según las inspiraciones de Su Majestad, o por lo menos eso es lo que me ha confiado el coronel Lejeune, señor, pero no mentía, eso se notaba por su aire de confianza. Los austríacos reciben un palizón, de eso no hay duda, y nuestros soldados se desenfrenan. La victoria está al alcance de la mano.

Anna había entrado en la estancia con la carta anodina que Louis-François le había escrito en alemán, y miraba fijamente a aquel teniente voraz que le parecía muy vulgar. El doctor Cari no, que estaba de visita para asegurarse de que Henri tomaba sus pociones y mejoraba, le servía de intérprete y repetía a media voz las informaciones del oficial. A medida que las iba recibiendo, Anna palidecía cada vez más, se ceñía el chal bordado como si hiciera frío y arrugaba la carta que

tenía en la mano. Henri la miraba por el rabillo del ojo y le costaba entender que no le alegraran las buenas noticias, pero entonces se dijo que la joven era austríaca y que tal vez su padre luchaba en las filas del archiduque, que tenía unas inquietudes legítimas, que la victoria de unos significaría la derrota de los otros y que la situación debía de resultarle penosa fuera cual fuese el resultado. Esto contradecía las teorías que Henri bosquejaba, pues estaba persuadido de que el amor sobrepasa tanto a las familias como a las naciones y las deja de lado. Reflexionaba y apenas escuchaba al ordenanza que contaba las hazañas militares mientras atacaba una tarrina de liebre. ¿Y si Anna no estuviera enamorada de Louis-François? En ese caso, ¿tenía Henri su oportunidad?

—Entonces —siguió diciendo el ordenanza al tiempo que tomaba un buen bocado de la tarrina— el emperador ha ordenado la ofensiva y todo el ejército ha salido de golpe de la niebla...

«¡Claro, ella no le ama!», se persuadía Henri, sonriendo. Anna tenía el semblante entristecido, y se dejó caer en una silla mientras Carino seguía traduciendo el avance de los ejércitos na poleónicos y la huida de los regimientos de Hohenzollern que el teniente transformaba en una derrota general. Los ojos de Anna se humedecieron, la carta estrujada cayó al suelo y ella no se dignó recogerla. El doctor le puso una mano sobre el hombro, y ella se abandonó a los sollozos, con gran asombro del teniente, el cual siguió masticando como si rumiara. Llenó un vaso hasta el borde y se levantó para ofrecérselo a la joven.

—Estas cosas emocionan a la señorita, un poco de vino la reconfortará...

Henri detuvo el gesto, tomó el vaso y lo bebió: —Sobre todo tiene necesidad de reposo —comentó.

—Ah, la guerra... cuando uno no está acostumbrado, le trastorna. —El teniente cortó otra gruesa loncha de la tarrina y prosiguió con su cháchara—: No es como la querida del duque de Montebello, que parece del todo acostumbrada. Ha ido a la isla y, como me encontraba allí, incluso me ha pedido...

—Gracias, teniente, gracias —concluyó Henri, y quiso ayudar a Carino para acompañar a la joven de regreso a su habitación, pero ella le apartó con un gesto febril.

El doctor se excusó alzando los ojos al techo. Cuando hubieron salido, Henri se agachó para coger la carta de Lejeune. La alisó, pero no podía leerla.

—¿Entendéis el alemán, teniente?

—Ah, no, señor Beyle, lo siento mucho. Chapurreo el español, de acuerdo, por haber acompañado al coronel contra esa dichosa rebelión, pero el alemán no, aún no he tenido tiempo.

Y abrumó a Henri con toda clase de consideraciones sobre la dificultad de esa lengua.

Vincent Paradis dormía entregado a sueños cándidos que apenas eran tales sueños sino más bien imágenes, siempre las mismas, que le llevaban al pueblo, le mostraban sus colinas, el patio descuidado de la granja donde su padre removía hojas con detritus para preparar el abono. Vivían de lo que daba el campo, y algunos años la cosecha era suficiente. El año pasado habían matado el cerdo, un acontecimiento tan infrecuente que era memorable. Con la participación de los vecinos, habían descuartizado al animal para abastecer el saladero. El alcalde ofreció la sal, y, como no sabía cumplimentar los registros, lo protegía de aquellos señores de la ciudad, sobre todo de uno de ellos que tenía la idea de secar las marismas. En el campo uno conocía la monotonía y la muerte natural, y entonces llegaron los gendarmes, los soldados que iban a reclutar a los más robustos para la guerra. Al igual que su hermano mayor, Vincent había sacado un mal número, y su familia no tenía un céntimo para ofrecerle un sustituto. No se había decidido a imitar a su amigo Bruhat, quien era necesario en la curtiduría y había ideado la manera de quedarse en casa. Mostraba al reír una boca

desdentada:

—¡Sí, me los arranqué todos hasta las encías, ya ves, porque sin dientes no puedes desgarrar los cartuchos y ya no te quieren! Vincent había seguido a los sargentos con fastidio y docilidad.

—¡Eh! ¡En pie, gandul!

Vincent Paradis notó que le daban golpes con un zueco en el hombro. Abrió los ojos, bostezó y vio al enfermero Morillon al frente del batallón de soldados de ambulancia al que se había incorporado la víspera por orden del doctor Percy.

Paradis se irguió apoyándose en lo que le había servido de almohada. Se dio cuenta de que era un muerto, pero eso no le produjo ninguna emoción, pues los había visto a montones, y se limitó a musitar: «Duerme en paz, camarada, y tal vez en seguida ...». Sin armas que llevar auestas se sentía ligero y seguía a Morillon como algún tiempo atrás siguió a los sargentos que le reclutaron. El batallón de las ambulancias estaba formado por tipos zafios y esa canalla de las grandes ciudades que haría lo que fuese por una pieza de oro, pues el doctor Percy les pagaba de su bolsillo para emplearlos cómo quisiera. Avanzaban en fila, detrás de un carro de grandes ruedas, para depositar en él a los heridos en la batalla. Dos enfermeros les acompañaban a fin de seleccionar a los moribundos: los más graves serían llevados a la ambulancia que se alzaba en la entrada del bosquecillo, mientras que a los demás los evacuarían a la isla. El grupo pasó entre las hileras de lisiados que se habían reunido en las riberas, a los que el viento cubría de polvo y que se protegían del fuerte sol con hojas de carrizo. Algunos se arrastraban hasta el Danubio para vomitar, otros eran presa de espasmos. Los había a centenares, y gemían, gritaban, tenían estertores, farfullaban frases incomprensibles, deliraban, intentaban aferrarle a uno el pantalón con una mano débil, insultaban, querían terminar de una manera o de otra, y por eso se habían llevado de allí todas las armas útiles, las espadas, las bayonetas, los cuchillos con los que se habrían abierto de buen grado las venas para no sufrir más y desaparecer.

Los enfermeros de la ambulancia y su carro avanzaron a lo largo del río hasta Essling, donde, como no podía salir al ataque, la división del general Boudet había tratado de parapetarse. Por el lado de la planicie, el pueblo defendido con barricadas ofrecía una especie de muralla. Muebles, colchones, cajas de artillería rotas y cadáveres formaban un revoltijo que llegaba a la altura del primer piso de las casas de mampostería horadadas por las balas de cañón y cuyas aberturas habían sido tapadas durante la noche con rastrillos y cascotes. Los últimos heridos aguardaban bajo los árboles de la calle principal, en la hierba que algunos mojaban con su sangre. Un capitán se apoyaba en un árbol, el ojo izquierdo oculto por un pañuelo manchado de rojo, y hacía gestos de dolor, apretando la pipa con los dientes hasta partírselos. Paradis fue a levantar a un dragón que había recibido una lanzada en un lado de la frente y se le veía el hueso. Luego recogió a un tirador que aulló cuando lo depositaron en el carro sobre haces de heno. Tenía destrozado el omóplato y Morillon, dándoselas de experto, comentó:

—Habrá que cortar buenos pedazos, de carne para sacar esos trocitos de hueso...

—¿También vos operáis, señor Morillon? —le preguntó Paradis, deslumbrado por tanta ciencia.

—¡Ayudo al doctor Percy, como bien sabéis!

—¿Y este desgraciado resistirá?

—¡No soy adivino! ¡Vamos! ¡Tenemos que darnos prisa!

Se oían de nuevo los ruidos de la batalla, y parecían aproximarse. Así pues, los austríacos no retrocedían. Los heridos se amontonaban en el carro, el cual dio media vuelta hacia el bosquecillo y el Danubio. Paradis se limpió en la hierba las dos manos enrojecidas y pegajosas. Los gemidos

resonaban en su cabeza, pero estaba orgulloso de su nueva misión: el doctor Percy y sus ayudantes lograrían evitar que algunos de aquellos cuerpos acabaran siendo pasto de los gusanos.

A poca distancia del puente pequeño, donde iban a dejar su lastimosa carga, el personal de la ambulancia se topó con un cortejo. Unos tiradores transportaban el cuerpo de un oficial que se convulsionaba.

—¡Vaya! —exclamó Paradis—. ¡Por lo menos es un coronel, y con esa colección de dorados en el pecho!

—El conde Saint-Hilaire —dijo Morillon, quien conocía de vista a los generales del Imperio.

Paradis, olvidando a los heridos que había recogido, se situó junto a la puerta de la ambulancia. Los soldados depositaron el cuerpo del oficial sobre la mesa de Percy.

—La metralla le ha destrozado el pie izquierdo...

—¡Ya lo veo! —replicó Percy, desgarrando lo que quedaba de la bota—: ¡Hilas!

—No quedan.

—¡Un trozo de chaqueta, un trapo, paja, hierba, lo que sea! Paradis desgarró un trozo de su camisa y lo tendió al doctor, y éste lo cogió para enjugarse el sudor. Estaba agotado, pues no había cesado de practicar amputaciones desde la víspera, y se le nublaba la vista. Con un cauterio incandescente quemó la herida para matar los nervios. Saint-Hilaire abrió mucho la boca, como para gritar, se limitó a hacer una mueca, se contrajo, se puso rígido y cayó sobre la mesa en el momento en que Percy le serraba el tobillo, pues se había declarado el tétanos. El doctor se detuvo, alzó un párpado del paciente y anunció:

—Señores, pueden llevarse a su general. Acaba de morir. Paradis no supo si el general Saint-Hilaire había tenido derecho a una sepultura o si esperaban llevarlo a Viena, porque Morillon le envió con otros diez servidores de la ambulancia a repartir el caldo de los heridos. Fueron a regañadientes, pero la faena no era peligrosa. El avituallamiento seguía a cargo de Davout, quien estaba en la orilla derecha, nadie podía batirse ni sobrevivir con el estómago vacío y los batallones de Percy debían ayudar a los cocineros de las cantinas ambulantes. Por la noche unos equipos habían recorrido la pequeña planicie en busca de los caballos muertos cuya panza empezaba a hincharse, habían atado con cuerdas los cadáveres y unos pencos de artillería los habían arrastrado a los parajes donde estaba la ambulancia: había un terrible amontonamiento de morros, crines, cascos, corvejones. Paradis y sus nuevos colegas tenían que cortarlos en trozos con espadas embotadas o trinchadores. Luego los cuartos de carne fresca se pondrían en corazas recuperadas, lavados con el agua terrosa del Danubio y, sazónándolos con pólvora, se pondrían a hervir en una serie de fogatas. Así pues, Paradis estaba cortando carne de caballo cuando se presentó un grupo de tiradores hambrientos.

—¿Vas a dar todo eso a los moribundos?

—Vosotros tenéis raciones —replicó Gordo Louis, quien dirigía a los aprendices de carnicero.

—Tenemos las escudillas vacías. —¡Pues qué lástima!

Los tiradores los rodearon y amenazaron con las bayonetas. —¡Haceos a un lado!

—¡Si quieres practicar esgrima —dijo Gordo Louis, alzando su ajadera—, los austríacos te están esperando!

—Y además —añadió Paradis— en la llanura hay montones de caballos para comer.

—Gracias, muchacho, pero venimos de ahí. ¡Apártate!

El tirador apartó a Paradis de un empujón para clavar su bayoneta en el cuello de un asno gris. Gordo Louis rompió la bayoneta con su tajadera. Dos soldados delgados y aviesos como lobos le agarraron por detrás, llamándole sucio paisano. Él embistió y llovieron los golpes. Paradis fue a esconderse detrás del montón de caballos de ojos vidriosos. Soldados y personal de la ambulancia se arrojaban tripas a la cara. Uno que era astuto cortó un trozo y clavó los colmillos en la carne.

Bessiéres estaba muy molesto por la injusta reprimenda del emperador y había resuelto no volver a tomar la menor iniciativa. Se limitaba a obedecer las órdenes de Lannes, tanto si las aprobaba como si no, sin pensar en mejorarlas variando algunos aspectos, lo cual retardaba sus acciones. Se las ingeniaba para conservar su caballería, y sólo enviaba al frente los escuadrones exigidos. ¿Que debían retirarse? Estaba de acuerdo. ¿Que atacaban? También lo estaba. Se había pasado la noche entera rumiando su cólera, y eso le había mantenido despierto. Había inspeccionado a su tropa, fatigado dos caballos, mordisqueado con sus dragones de Gascuña una rebanada de pan frotado con ajo. El emperador le decepcionaba, pero le ponía buena cara. Tenían un pasado común, el odio de los jacobinos y el desprecio de la República, aunque la nobleza del mariscal Bessiéres sólo se debiera a su educación, dispensada por un padre que era cirujano, un abad de la familia y los profesores del colegio Saint-Michel de Cahors. Comprendía el sistema del emperador, y se llenaba de aflicción: ¿era necesario despertar tanto odio para reinar? Dos años antes, Lannes se había sentido mortificado cuando Su Majestad, en el último momento, prefirió a Bessiéres para entrevistarse con el zar en Tilsit. Mientras observaba la planicie, Bessiéres se decía que la voluntad arbitraria casa mal con la razón. Veía con su anteojo a los austríacos que traían de nuevo su artillería y rociaban de metralla a los batallones del pobre Saint-Hilaire, que el cabezota de Lannes concentraba a sus espaldas. Resonó una detonación aislada, seca y clara en el estrépito confuso de los combates. Provenía de un escuadrón de coraceros. Bessiéres dirigió allí su caballo y se encontró con dos jinetes que habían desmontado y reñían. Uno de ellos tenía una mano ensangrentada. El capitán Saint-Didier, en lugar de separarlos, ayudaba al más corpulento a inmovilizar en el suelo al herido, el cual pataleaba.

—¿Un accidente? —preguntó Bessiéres.

—El coracero Brunel ha intentado matarse, Vuestra Excelencia —respondió el capitán.

—Y yo he desviado el disparo —completó Fayolle, mientras sujetaba a su amigo en el suelo con todo su peso, una rodilla hincada en el pecho.

—Un accidente. Que le venden la mano.

Bessiéres no exigió que castigaran de alguna manera a Brunel, el soldado que había flaqueado. Tanto los suicidios como las desertiones se multiplicaban en el ejército. Ya no resultaba extraño que en medio de las batallas un recluta exasperado se escabullera al abrigo de un bosque para levantarse la tapa de los sesos. El mariscal volvió la espalda y dio alcance a un regimiento de dragones que lucían crines negras en los cascos de cuero enturbantados con piel de foca brillante bajo el sol, entre los que desapareció. Brunel, que tenía dificultades para respirar, se irguió apoyándose en los codos. Un coracero cortó unas tiras de su manta sudadera para vendarle la mano, dos de cuyos dedos le había arrancado el disparo. El capitán Saint-Didier sacó de la funda de arzón un frasco de licor, lo abrió y puso el gollete entre los dientes del herido voluntario:

—¡Bebe y monta!

—¿Con la mano destrozada? —inquirió Fayolle.

—¡No necesita la mano izquierda para sostener la espada!

—Pero sí que la necesita para sostener la brida.

—¡Sólo tiene que enrollársela en la muñeca!

Fayolle ayudó a Brunel a poner de nuevo los pies en los estribos, y rezongó:

—Tampoco nuestros caballos pueden continuar.

—¡Los montaremos hasta que revienten!

—¡Ah, mi capitán! ¡Si los caballos supieran disparar, seguro que se matarían en seguida!

Brunel miró a su compañero.

—No deberías haberlo hecho.

—Bah...

A Fayolle no se le ocurría nada inteligente que decir, pero no habría tenido tiempo, pues una vez más las trompetas llamaron a formar, una vez más los hombres desenvainaron las espadas y una vez más lanzaron sus monturas al trote corto hacia las baterías austríacas.

Desde lo alto del glacis vieron que estaban ante unos cañones que levantaban la tierra de los trigales verdes, pero cuando las trompetas dieron la señal de ataque fue imposible poner los caballos al galope, tan agotados estaban por demasiadas cargas repetidas. Su alimentación a base de cebada era deficiente, estaban debilitados y no lograban pasar del trote largo que, para los coraceros, era el paso más extenuante, pues sufrían continuas sacudidas y el peto y el espaldar de acero les cizallaban hombros, codos y caderas. Además estaban expuestos a los disparos incesantes, porque los cañones escupían fuego sin descanso, algo semejante a una descarga de fusilería, y la densa lluvia de proyectiles causaba estragos en sus filas. Aun así, los jinetes de Saint-Didier cargaron a poca velocidad bajo la granizada de fuego, con la espada de punta. Fayolle creyó que corría hacia su fin seguro, pero fue su vecino Brunel quien le precedió al infierno: una bala de cañón le decapitó y, como el corazón seguía latiendo por costumbre, los chorros de sangre surgían a sacudidas del cuello de la coraza. El jinete sin cabeza, rígido en la silla, el brazo extendido y paralizado, fue a estrellarse contra la línea de los artilleros. En el mismo instante, y bajo la misma andanada, el caballo de Fayolle se quebró una pata y dio media vuelta, relinchando de dolor. Fayolle desmontó sin preocuparse de la metralla, y contempló con simpatía al animal agotado. Se sostenía sobre tres patas, y le lamió la cara como si le dijera adiós. Entonces el coracero se tendió cuan largo era en la mies, puso los brazos en cruz, cerró los ojos y se durmió para olvidarse de la muerte y su trapatista.

Napoleón se había detenido ante el lindero de la peligrosa planicie que los austríacos bombardeaban sin descanso con doscientas bocas de fuego. Sus oficiales habían logrado persuadirle de que no entrara en Aspern, donde quería avivar el valor de los hombres de Masséna.

—¡No corráis riesgos inútiles!

—¡La batalla está perdida si os matan!

—Tembláis como mi caballo —gruñó el emperador, apretando demasiado las riendas, pero había enviado un emisario al pueblo para saber cómo evolucionaba la situación.

—Síre, aquí está Laville...

Un oficial joven de atuendo elegante cabalgaba al galope y puesto que a fin de presentarse a informar lo antes posible, saltaba las vallas que delimitaban los cercados, llegó sin aliento.

—El señor duque de Rivoli, Síre...

—¿Ha muerto?

—Ha vuelto a tomar Aspern, Sire.

—Entonces ¿había perdido ese pueblo del demonio?

—Lo perdió y lo ha vuelto a tomar, Síre, pero las fuerzas de Hesse, pertenecientes a la Confederación del Rin, le han prestado una gran ayuda.

—¿Y ahora?

—Su posición tiene un aspecto de solidez.

—¡No os pregunto de qué tiene aspecto su posición, sino lo que él piensa al respecto!

—El señor duque estaba sentado en un tronco de árbol, con una serenidad absoluta, y ha afirmado que podría resistir veinte horas si fuese necesario.

El emperador no respondió nada al joven ayudante de campo que le irritaba. Hizo girar su caballo con un gesto brusco y el pequeño grupo regresó hacia el tejero donde el mayor general le esperaba, rogando que no le mataran. El emperador le pidió el brazo para bajar del caballo recalcitrante que motivaba sus quejas y, una vez en el suelo, se apresuró a decir:

—Berthier, envíad al general Rapp para que ayude al duque de Rivoli que le necesita.

—Es un general de vuestro estado mayor, señor Sire.

—¡Lo sé perfectamente bien!

—¿Con qué tropas?

—Confíadle el mando de dos batallones de fusileros de mi Guardia.

Entonces el emperador se concentró en el mapa que dos ayudantes de campo mantenían desplegado ante sus ojos. Al igual que la víspera, el frente se extendía de un pueblo al otro, en arco de círculo, para adosarse al Danubio en sus dos extremos. Era preciso impedir que los austríacos atravesaran ese dispositivo para realizar de noche un repliegue total en la isla Lobau. El emperador no podía titubear más, debía utilizar la Guardia, hasta entonces mantenida en reserva, y reforzar una posición muy difícil. Berthier, que había dictado y firmado las órdenes de Rapp, volvió para transmitir las últimas informaciones que había recibido:

Boudet está parapetado en Essling, Sire, con puestos de tiro por todas partes, pero aún no está amenazado. El archiduque lanza sus fuerzas principales contra nuestro centro. Dirige en persona la ofensiva, con los doce batallones de granaderos de Hohenzollern...

—¿El avituallamiento?

—Davout nos envía como puede municiones, por medio de barcas, pero los remeros tienen dificultades para no derivar más abajo de la isla.

—¿Lannes?

—Su ayudante de campo informará a Vuestra Majestad.

Berthier señaló con un dedo al capitán Marbot, el cual, instalado en un arcón de artillería, deshilachaba estopa para taponar una herida en el muslo que sangraba y le manchaba el pantalón.

—¡Marbot! —le dijo el emperador—. ¡Sólo los estafetas del mayor general tienen derecho a usar calzones rojos!

—Tengo derecho a ello en una sola pierna, Sire.

—¡Vuestro turno llegará muy pronto!

—No es nada grave, Sire, un poco de carne que se ha esfumado.

—¿Y Lannes?

—Mantiene el combate llevando a los soldados de Saint-Hilaire contra Essling.

—¿Enfrente?

—Al principio del enfrentamiento, los granaderos húngaros asustaban a los reclutas más jóvenes, que no habían visto jamás a unos mozos tan altos y bigotudos, pero Su Excelencia ha sabido entusiasmarlos gritándoles: «¡Nosotros no valemos menos que en Marengo y el enemigo no vale más!».

El emperador hizo una mueca de displicencia y la tonalidad azul de sus ojos pasó por un momento al gris, pues, al igual que los gatos, tenían esa facultad de cambiar de color según su estado anímico. ¿Marengo? El ejemplo de Lannes era desmañado. Ciertamente que en aquella ocasión la infantería de Desaix había derrotado a los granaderos del general Zach, los mismos a los que el archiduque dirigía hoy, pero fue una victoria por los pelos. La caballería de Kellermann, el hijo del vencedor de Valmy, efectuó entonces una carga decisiva, pero ¿y si el cuerpo de ejército del general austriaco Ott hubiera llegado a tiempo? Napoleón pensó en Davout, quien no había llegado a tiempo. ¿De qué dependen las victorias? De un retraso, un viento repentino, el capricho de un río.

—Comprobadlo, coronel.

El general Boudet hizo entrar a Lejeune en una casamata de tablas amañada con montantes de armarios y cofres. Aquella parte de las fortificaciones de Essling ofrecía un panorama de la planicie, y desde allí se controlaban los movimientos del ejército contrario sin demasiados riesgos. Lejeune observó, tal como le invitaban a hacerlo. Boudet insistió con una expresión de fatiga en el semblante:

—Pronto tendremos encima varios regimientos. El archiduque no ha podido franquear los batallones de Lannes y los escuadrones de Bessières, por lo que, con toda razón, viene a este pueblo al que supone menos provisto de tropas. Las descargas de fusilería y los bombardeos durante horas y horas nos han puesto de rodillas. Los hombres tienen sueño, tienen hambre, empiezan a tener miedo.

En efecto, Lejeune veía a los regimientos húngaros que avanzaban hacia Essling en orden de asalto, que iban a romper como olas enormes contra aquellas débiles barricadas de muebles y piedras que no resistirían mucho tiempo. Iban a abrumar con su número a la división ya diezmada del general Boudet. En medio de la infantería y de los negros gorros de piel llamados colbacks el archiduque en persona, con la bandera en la mano, guiaba a la multitud que partía para atacar el pueblo. Los tiradores que montaban guardia contemplaban silenciosos la escena con escalofríos o una sensación de abatimiento.

—Llevad la noticia a Su Majestad —pidió el general a Lejeune—. Lo habéis visto y comprendido. Si no recibo ayuda con más rapidez, corremos al desastre. Una vez en Essling, los austriacos podrán llegar al Danubio. La caballería de Rosenberg piafa detrás del bosque, y por esta brecha podrá introducirse y separarnos de nuestra retaguardia. El ejército entero quedará cogido en una tenaza.

—Me voy a toda prisa, mi general, pero ¿y vos?

—Yo evacúo el pueblo.

—¿Hasta dónde?

—Hasta el pósito, un poco hacia atrás, en el extremo del paseo de los olmos. Hay gruesos muros, buhardillas, puertas de chapa reforzadas. Ya he ordenado que lleven ahí las municiones y la

pólvora que nos queda, y trataremos de resistir cuanto sea posible. Es una fortaleza.

Un obús estalló a pocos metros de donde estaban, luego otro. Un muro se vino abajo. Un tejado se incendió. El general Boudet se pasó la mano por el rostro de facciones marcadas:

—Daos prisa, Lejeune, esto ya empieza.

El coronel montó de nuevo a caballo, pero Boudet le retuvo.

—Le diréis a Su Majestad...

—¿Sí?

—Lo que habéis constatado.

Lejeune lanzó su caballo a galope tendido y bajó por la calle principal. Boudet le contempló mientras se alejaba y refunfuñó:

—Le diréis a Su Majestad que me cago en él...

El general convocó a sus oficiales y ordenó a los tambores que tocaran la retirada inmediata. Esta música hizo que los tiradores salieran de sus puestos, de la iglesia, las casas, detrás de los terraplenes, y se reunieron formando una multitud confusa. El cañoneo era intenso.

Quinientos hombres ocuparon el pósito para resistir el asedio. Los fusiles apuntaban a las buhardillas, a las ventanas obstruidas a medias por los postigos. Las puertas se entreabrieron para permitir que pasaran las bocas de los cañones alzados durante la mañana hasta las salas de la planta baja. Una escuadra de infantería se apostó alrededor, en las zanjas cubiertas de hierba, los pliegues del terreno, detrás de los olmos. El pueblo ardía, y los cañones ya debían de haber destruido las barricadas. No esperaron mucho. Apenas había transcurrido una media hora cuando los primeros uniformes blancos aparecieron en el extremo del paseo y en los campos vecinos. Corrían, doblados por la cintura bajo las mochilas. Boudet reconoció el banderín del barón de Aspre y dio la orden de abrir fuego. La artillería puso en desbandada a la primera oleada de asalto, pero acudían por todas partes, en filas cerradas, numerosos, y ni siquiera había tiempo de volver a entrar los cañones quemantes para recargarlos, disparaban desde cada ventana, detrás de las rejas, a las buhardillas; los austríacos caían, otros los reemplazaban y topaban con los gruesos muros del pósito. Boudet tomó un fusil y abatió a un oficial con manto gris que chillaba alzando su sable curvo. El hombre se desplomó, pero nada detenía a los soldados uniformados de blanco, algunos de los cuales se acercaban a lo largo de los muros, provistos de hachas que hincaban en los postigos y las puertas cerradas. En el interior los soldados tosían a causa de la humareda y la falta de aire. Las balas hirieron de rebote a algunos tiradores. Se agachaban, recargaban, se asomaban a una ventana, apoyaban el fusil en el hombro, apuntaban a ojo de buen cubero hacia aquella masa, como si fuese una bandada de estorninos. Era evidente que mataban, pero no lo veían, volvían a agacharse, cargaban, se levantaban, disparaban, se ponían a cubierto y así sucesivamente durante una eternidad.

A la larga los combates se debilitaron. Desde el tercer piso, en la abertura de un postigo de chapa, Boudet observó que las oleadas austriacas se espaciaban. Ordenó alto el fuego y oyeron el redoble familiar de los tambores. Boudet sonrió, sacudió a un joven soldado muy pálido y rugió con su acento bordelés:

—¡Aún saldremos de ésta, muchachos!

Aliviados, abrieron las ventanas para asomarse con cautela, y divisaron los penachos verdes y rojos de los fusileros de la joven Guardia. Los ulanos arrojaban sus lanzas para empuñar el sable, más útil en el cuerpo a cuerpo. La batalla se desplazaba en el pueblo. Boudet salía fusil en mano cuando un oficial empenachado llegó a la plaza con una tropa a caballo.

—Señor, el general Mouton y cuatro batallones de la Guardia imperial están limpiando Essling.

—Gracias.

A pie, entre charcos de sangre y por un camino sembrado de cuerpos, Boudet se dirigió a la iglesia en ruinas. Gritos abominables ascendían desde el cementerio. Preguntó qué era aquello y un teniente de la Guardia le respondió que eran húngaros a los que degollaban con arma blanca sobre las tumbas.

—Ya no podemos cargarnos de prisioneros.

—Pero ¿cuántos son?

—Setecientos, mi general.

Las municiones se agotaban en todas partes. Los disparos, al amainar, daban una falsa impresión de calma momentánea, pues las escaramuzas seguían siendo numerosas y sangrientas, con sable, bayoneta o lanza, pero tenían menos vigor. Disparaban para mantener la batalla, atacaban con cierta desidia, como para defenderse o mantener la línea del frente. Los granaderos que rodeaban a Lannes ya no tenían cartuchos. El mariscal se sentía traicionado por la crecida del río. Se paseaba a pie con su amigo Pouzet, en un pequeño valle situado más abajo de la planicie. Las vallas de los cercados les protegían de las posibles incursiones de la caballería austríaca, cuyas monturas se romperían las patas. Lannes se desabrochó la guerrera, pues el día avanzaba pero aún hacía mucho calor, y se enjugó el sudor con la vuelta de la manga.

—¿Cuándo empezará a oscurecer?

—Dentro de dos o tres horas —respondió Pouzet, consultando su reloj de bolsillo.

—No podemos cambiar por completo la situación.

—El archiduque tampoco.

—Seguimos muriendo, pero ¿por qué? ¡Nos estamos batiendo desde hace treinta horas, Pouzet, y ya tengo bastante! El ruido de la guerra me asquea.

—¿A ti? ¿No has sufrido una sola herida y te quejas? Casi todos tus oficiales están inutilizables, Marbot cojea como un pato con el muslo perforado, Viry ha recibido un balazo en un hom bro, a Labédoyère le ha alcanzado en un pie un casco de metralla, Watteville se ha roto un pie al caer del caballo...

—Los aturdimos para llevarlos mejor a la muerte. ¡Ese cabrón de Bonaparte acabará con todos nosotros!

—No es la primera vez que dices eso. ¿Fue en Arcole?

—Esta vez me temo que...

—Esta noche cruzamos el Danubio, mañana estamos en Viena.

—¡Pouzet! —gritó el mariscal.

Pouzet acababa de recibir una bala en plena frente, y se quedó rígido. Dos granaderos corrieron para constatar que el general no había tenido suerte y había muerto en el acto.

—Una bala perdida —dijo uno de ellos.

—¡Perdida! —exclamó el mariscal, y se alejó del cadáver de su amigo.

La estupidez de esta batalla le hacía temblar de cólera. Se encaminó al tejár y entonces, al divisar una zanja, se dejó caer en la hierba y contempló el cielo. Permaneció allí tendido durante largos minutos. Pasaron ante él cuatro soldados que transportaban en un manto a un oficial muerto. Los hombres hicieron un alto para descansar, pues el cadáver pesaba y tenían un largo camino por delante. Dejaron su fardo en el suelo. Una ráfaga de viento alzó el manto y, al reconocer a Pouzet, Lannes se levantó de un salto.

—¿Es que este espectáculo va a perseguirme por todas partes?

Uno de los soldados cubrió de nuevo el rostro del general con el manto. Lannes desprendió su espada del cinto y la arrojó al suelo.

—¡Aaaaaah!

Tras haber gritado hasta quebrarse la voz, jadeó, avanzó unos pasos más y se sentó en la falda de un talud, cruzado de piernas y con la cabeza entre las manos para no ver nada más. Los soldados se llevaron a Pouzet hacia las ambulancias y el mariscal se quedó solo. Aún se oían las descargas de los cañones.

Un pequeño proyectil rebotó y alcanzó a Lannes en una rodilla. Se estremeció bajo el dolor e intentó levantarse, pero perdió el equilibrio y se desplomó en la hierba, maldiciendo:

—¡Por todos los diablos!

Marbot no estaba lejos, había presenciado el accidente y llegó tan rápido como pudo, renqueando a causa de la herida en el muslo.

—¡Marbot! ¡Ayudadme a ponerme en pie!

El ayudante de campo levantó al mariscal, pero éste se desplomó de nuevo. La rodilla rota ya no podía sostenerle. A las voces de Marbot, varios granaderos y coraceros acudieron corriendo, y entre varios lograron llevarse al mariscal, unos sujetándole por las axilas, otros por la cintura, y las piernas, desarticuladas, le pendían. El herido no se quejaba, pero la palidez de su rostro era extrema. La bala extraviada había golpeado la rótula izquierda y dañado la pierna derecha cruzada detrás. Al cabo de unos metros, los hombres que le llevaban tuvieron que detenerse con tiento, porque el menor movimiento provocaba un dolor muy intenso. Marbot se adelantó para hacerse con una carreta, unas parihuelas, lo que encontrara, y se encontró con los granaderos que transportaban el cuerpo del general Pouzet.

—¡Dadme su manto, rápido! ¡Él ya no lo necesita!

Pero cuando volvió al encuentro del mariscal con el manto cubierto de sangre, Lannes lo reconoció y rechazó con voz todavía firme.

—¡Es el manto de mi amigo! ¡Devolvédsele! ¡Que me lleven como puedan!

—¡Id a cortar ramas y recoger hojas para hacer unas parihuelas! —ordenó Marbot.

Los hombres partieron hacia un bosquecillo para cortar ramas con los sables, y confeccionaron una tosca camilla. De esta manera transportaron al mariscal Lannes con más comodidad hasta la ambulancia de la Guardia, cerca del tejár, donde el doctor Larrey oficiaba con dos de sus eminentes colegas, Yvan y Berthet. Primero vendaron el muslo derecho del mariscal, mientras que éste solicitaba:

—Larrey, examinad también la herida de Marbot...

—Sí, Vuestra Excelencia.

—Han cuidado mal de ese muchacho y estoy preocupado.

—Voy a ocuparme de ello, Vuestra Excelencia.

Tras haber examinado juntos las heridas del mariscal Lannes, los tres médicos hicieron un aparte para establecer el diagnóstico y la manera más conveniente de tratar el caso.

—Apenas se le nota el pulso.

—Observad que la articulación de la rodilla derecha no está afectada.

—Pero la izquierda está quebrada hasta el hueso...

—Y la arteria se ha roto.

—A mi modo de ver, señores, hay que cortar la pierna izquierda—dijo Larrey.

—¿Con este calor? —protestó Yvan—. ¡Eso no es razonable!

—Por desgracia —añadió Berthet—, nuestro excelente colega tiene razón. Y por mi parte, como medida de precaución, preconizo que se amputen ambas piernas.

—¡Estáis locos!

—¡Cortemos!

—¡Estáis locos! ¡Conozco bien al mariscal, y tiene energía para curarse sin necesidad de la amputación!

—Nosotros también conocemos al mariscal, querido. ¿Habéis visto sus ojos?

—¿Qué les pasa?

—Están tristes. Este hombre pierde las fuerzas.

—Señores —concluyó el doctor Larrey—, os advierto que la ambulancia se halla bajo mi mando y que la decisión me compete. Cortaremos la pierna izquierda.

Cuando Edmond de Périgord se presentó en el vivaque de la Vieja Guardia, entre el puente pequeño y el tejat, el general Dorsenne estaba pasando revista a sus granaderos por enésima vez. Quería que estuvieran impecables y limpios. Su experta mirada se fijaba en una manga polvorienta, un defecto en el color blanco del tahalí, unas guías del mostacho desviadas, las lazadas de unas polainas demasiado flojas. En el cuartel alzaba los chalecos a fin de comprobar la limpieza de las camisas. Para él, uno iba a la guerra como a un baile, con elegancia, y era no menos maniático con respecto a su propio atuendo. Se cuidaba como si evolucionara sin cesar ante unos espejos. Las mujeres le consideraban guapo, con el cabello negro rizado, la tez pálida, las facciones armoniosas. La corte chachareaba acerca de él, se conocían de memoria sus amores con la provocadora Madame d'Orsay, la esposa del famoso dandy, de la que el ministro Fouché repetía anécdotas escabrosas. Périgord, que tenía un carácter similar, aunque era más joven, se había encontrado a menudo con Dorsenne en el teatro o los conciertos de las Tullerías. Ambos, a diferencia de la mayoría de los demás militares, llevaban con naturalidad las medias de seda y los zapatos con hebilla, o bien unos uniformes extravagantes para llamar la atención de las duquesas. Los dos tenían un valor auténtico, pero les gustaba mostrarlo. La gente tomaba sus posturas como desprecio, eran irritantes.

—Señor general de la Guardia —dijo Périgord—, Su Majestad os ruega que vayáis al frente.

—¡De maravilla! —respondió Dorsenne mientras se ponía los guantes.

—Opondréis al enemigo un muro de tropas a lo ancho del glacis, a la derecha de los coraceros del mariscal Bessiéres. —¡Muy bien! Considerad que ya estamos ahí.

Con un movimiento flexible, Dorsenne subió al caballo que le habían presentado, dio una

orden breve y la Guardia Imperial se puso en movimiento al mismo paso, como para desfilar en el Carrousel, con la música y las águilas en cabeza. Périgord admiró este conjunto y entonces regresó hacia el estado mayor para informar a Berthier.

La aparición en la cresta de los gorros de piel de la Guardia bastó para que cesara momentáneamente el cañoneo de los austríacos. El general Dorsenne determinó la posición de sus granaderos distribuidos en tres filas. Había dado la vuelta a su caballo para comprobar que se mantenían casi codo con codo, y para ello, sin preocuparse, daba la espalda a los cañones y a la infantería del archiduque. Al ver que un proyectil alcanzaba a uno de los soldados, ordenó, cruzado de brazos:

—¡Estrechad filas!

Los granaderos, apartando con los pies el cuerpo de su camarada caído, obedecieron la orden. Esto sucedió veinte veces, tal vez cien, y ellos estrechaban filas. Cuando una bala de cañón arrancó de cuajo la cabeza de uno de los abanderados, una cantidad considerable de monedas de oro rodaron por el suelo. Al tipo se le había ocurrido esconder sus ahorros en la corbata, pero nadie se atrevió a agacharse para coger un puñado, por temor a las reprimendas. De todos modos, los más próximos no apartaban los ojos del suelo donde brillaban las monedas. Las balas seguían silbando y causando estragos en la Guardia.

—¡Estrechad filas!

Irritado porque no podía copar al enemigo, el archiduque ordenó que se intensificara el fuego. Los tambores, en formación de cuadro bajo la metralla, tocaban al lado de los granaderos inmóviles que presentaban armas. Decenas de ellos ya habían caído en los trigales y los demás estrechaban filas. Dorsenne acabó por constatar que su muralla humana estaba demasiado desparramada, y colocó de nuevo a sus hombres en una sola línea de cara al enemigo. Un incidente estuvo a punto de perturbar esa maniobra heroica destinada a impresionar a los austríacos. Cazadores a pie y fusileros, mandados hasta hacía poco por Lannes, se desbandaban en la planicie ante la infantería de Rosenberg. Corrían sosteniendo a sus heridos, y muchos se habían desembarazado de las mochilas a fin de huir con más celeridad. Cuando llegaron a la muralla de la Guardia, los fugitivos se interpusieron entre los granaderos y las baterías que los mataban, y entonces los veteranos los agarraron por el cuello o las mangas de la guerrera para lanzarlos detrás de ellos. Ante esta seguridad tranquilizadora, algunos cayeron de rodillas y otros, locos de terror, se revolcaron babeando como epilépticos en una crisis. Informado de esta derrota de varios batallones, con dos de sus capitanes, Bessiéres se apresuró a formar de nuevo a los que habían conservado sus fusiles.

—¿Dónde están vuestros oficiales?

—¡En la planicie, muertos!

—¡Vamos juntos a buscar sus cuerpos! ¡Cargad vuestras armas! ¡Formad filas!

—¡Estrechad filas! —seguía ordenando Dorsenne a cien metros de allí.

Un granadero que había recibido un fragmento de metralla en una pantorrilla se arrastró a un lado. Al caer había cogido algunas de las piezas que el abanderado, su ex compañero de línea, ocultaba en la enmarañada corbata blanca. Abrió la mano con disimulo, examinó su tesoro de cerca y murmuró que ya no valía nada. En efecto, el 1.º de enero de 1809 el emperador había hecho borrar de las monedas la divisa que figuraba todavía en aquellas piezas: UNIDAD, INDIVISIBILIDAD DE LA REPÚBLICA.

La noche se cernió pronto sobre una batalla sin vencedor. Napoleón y los oficiales de su

Casa abandonaron el tejedor y la comitiva se dirigió a la tienda imperial montada la víspera en el césped de la isla. Avanzaban al paso por una senda atestada de arcones vacíos, piezas de artillería desmontadas, caballos solitarios y enloquecidos, lentas columnas de heridos guiadas por el personal de las ambulancias. En el estribo del puente pequeño, el emperador palideció. Primero había visto a un comandante de coraceros que lloraba en silencio. Luego había reconocido al doctor Yvan y, seguidamente, a Larrey, inclinados sobre un paciente al que instalaban en un lecho de ramas de roble y mantos. Era Lannes, cuya cabeza Marbot sostenía semialzada. Tenía el rostro lívido, deformado por el dolor, y sudaba copiosamente. Un lienzo rojo le ceñía el muslo izquierdo. El emperador pidió que le bajaran del caballo y llegó al lado del mariscal en unas pocas zancadas. Se acuclilló a su cabecera.

—Lannes, amigo mío, ¿me reconoces?

El mariscal abrió los ojos pero permaneció en silencio.

—Está muy debilitado, Sire—susurró Larrey.

—Pero me reconoce, ¿no?

—Sí, te reconozco —murmuró el mariscal—, pero dentro de una hora habrás perdido a tu mejor apoyo...

—Stupididad! No te vamos a perder. ¿No es cierto, señores?

—Lo es, Sire—respondió Larrey con unción.

—Puesto que Vuestra Majestad así lo quiere —añadió Yvan. —¿Les oyes?

—Les oigo...

—Un médico de Viena ha ideado una pierna artificial para un general austríaco...

—Mesler—dijo Yvan.

—Eso es, Bessler, ¡y te hará una pierna y la semana que viene nos iremos de caza!

El emperador abrazó al mariscal. Éste le confió al oído, de manera que nadie más pudiese oírle:

—Detén esta guerra cuanto antes, ése es el deseo general. No escuches a quienes te rodean. Te halagan, se inclinan ante ti, pero no te quieren. Te traicionarán. Por otra parte, ya te traicionan al ocultarte siempre la verdad...

El doctor Yvan intervino entonces:

—Sire, Su Excelencia el señor duque de Montebello está agotado, debe ahorrar fuerzas, no ha de hablar demasiado.

El emperador se puso en pie, frunció las cejas y permaneció un momento en pie mirando al mariscal Lannes allí tendido. Se había manchado de sangre el chaleco. Se volvió hacia Caulaincourt.

—Pasemos a la isla.

El puente pequeño no es muy practicable, Sire.

—Su presto, sbrigatèvi! ¡Rápido! ¡Daos prisa! ¡Imaginad una solución!

El emperador no podía servirse sin inconvenientes de un pequeño puente que los carpinteros de armar consolidaban, obstaculizados en su tarea por el flujo incesante de los mutilados. Estos desdichados temblaban de fiebre y de furor, atropellándose, pasando por encima de los que caían al suelo, dándose empujones, sujetándose a los cordajes y las amarras que a veces se rompían, se

peleaban e insultaban. Algunos saltaban a las olas, o penetraban sin vacilar con sus caballos en el tumulto de las aguas. Caulaincourt hizo liberar uno de los pontones, se aseguró de que era estanco y sólido, eligió diez remeros entre los marinos del cuerpo de ingenieros más robustos, y el emperador, en el crepúsculo, erguido en medio de aquella embarcación a la deriva, varó en la isla Lobau a doscientos metros más arriba del punto de desembarco.

Cruzó a pie el monte bajo y las franjas arenosas donde se amontonaban millares de moribundos, muchos de los cuales le tendían los brazos como si tuviera el poder de curar, pero el emperador miraba con fijeza al frente y sus oficiales le protegían rodeándole. Llegó a su tienda, un gran pabellón de cutí rayado azul celeste y blanco. Constant, que le esperaba allí, le ayudó a quitarse la levita y la guerrera verde. Mientras se cambiaba el chaleco de casimir manchado por la sangre de Lannes, el emperador masculló:

—¡Escribid!

El secretario, que estaba sentado sobre un cojín en la antecámara, mojó la pluma en el tintero.

—Las últimas palabras del mariscal Lannes. Me ha dicho: «Deseo vivir si puedo para servirss...».

—Serviros —repitió el secretario, que escribía deprisa y corriendo sobre su escritorio portátil.

—Añadid: «Así como a nuestra Francia»... —Añadido.

—«Pero creo que antes de una hora habréis perdido a quien ha sido vuestro mejor amigo...»

Y Napoleón se interrumpió y aspiró por la nariz. El secretario permaneció con la pluma en el aire.

—¡Berthier!

—Todavía no está en la isla —le dijo un ayudante de campo en la entrada de la tienda.

—¿Y Masséna? ¿Ha muerto?

—No sé nada, Síre.

—No, con Masséna no acabarán así como así. ¡Que venga en seguida!

Capítulo sexto

SEGUNDA NOCHE

Era una noche sin luna. Los últimos incendios bañaban la ribera izquierda con una luminosidad pálida y rojiza que deformaba el paisaje. Había empezado a soplar un viento que agitaba el follaje de los olmos, sacudía los arbustos e impulsaba unos nubarrones negros y cargados de lluvia. En la ribera arenosa de la isla Lobau, entre los agrupamientos de carrizos inclinados, el emperador avanzaba con Masséna. El mariscal se había alzado el cuello de su largo manto gris y metido las manos en los bolsillos. Con el cabello corto que revoloteaba como pequeñas plumas en las sienes, de perfil se parecía a un buitre. A pesar del estruendo del río, los dos hombres percibían como un eco el rumor amortiguado de la planicie, el chirrido de las ruedas, las llamadas, los ruidos de zuecos y cascos de caballos que golpeaban la madera del cercano puente pequeño. Napoleón habló en un tono alicaído:

—Todo el mundo me miente.

—No representes tu comedia conmigo, que estamos solos. —Se tuteaban como en el tiempo de las expediciones italianas del Directorio.

—Nadie se atreve jamás a decirme la verdad —se lamentó el emperador.

—¡No es cierto! —replicó Masséna—. Somos unos cuantos quienes podemos hablarte cara a cara. ¡Ahora, que nos escuches es otra cuestión!

—Unos cuantos. Augereau, tú...

—El duque de Montebello.

Jean, claro. Nunca he conseguido asustarle. Una noche, antes de no recuerdo qué combate, empuja al centinela, entra en mi tienda y me saca de la cama para gritarme al oído: «¿Es que te burlas de mí?». Discutía mis órdenes.

—Deja de hablar en pretérito imperfecto. Todavía no ha muerto y ya le entierras.

—Su gravedad es extrema, Larrey me lo ha confesado.

—Uno no se muere por perder una pierna. A mí me falta un ojo por tu culpa, ¿y he sufrido alguna disminución por eso?

El emperador fingió que no había comprendido la alusión a aquella cacería en la que dejó tuerto a Masséna y acusó de torpeza a Berthier. Se quedó pensativo un momento, y al cabo dijo en un tono más desabrido:

—Estoy seguro de que todo el ejército se ha enterado antes que yo de la desgracia de Lannes.

—Los soldados le aprecian y se preocupan por él.

—¿Tus hombres? ¿Se han desmoralizado al conocer la noticia?

—No se han desmoralizado, pero les ha afectado. Son valientes.

—¡Ah, si fuese posible cuidar a ese pobre Lannes en Viena, en unas condiciones mejores!

—Hazle cruzar el río en una embarcación.

—¿Es que no piensas? El viento, la corriente... sufriría sacudidas como un saco y no lo

soportaría.

El emperador azotó las cañas con la fusta, mientras reflexionaba. Así transcurrieron uno o dos minutos, y por fin dijo en voz firme:

—Necesito tu ingenio, André.

—¿Quieres saber qué haría yo en tu lugar?

—Berthier preconiza que nos pongamos a cubierto en la orilla derecha.

—¡Eso es una tontería! —El estado mayor cree detrás de Viena.

—El estado mayor no tiene que pensar, sobre todo al revés. ¿Y luego qué? ¡Ya que estamos ahí, volvamos a Saint-Cloud! Si abandonamos esta isla, firmamos la victoria de Austria. Pues bien, no hemos perdido.

—Tampoco hemos ganado.

—¡Hemos evitado una terrible paliza! —La fatalidad me persigue, Masséna.

—El archiduque Carlos tampoco ha vencido, lo hemos mantenido a distancia, sus tropas están derrengadas, casi no le quedan municiones...

—Lo sé —dijo Napoleón, y dirigió su mirada al río—. Es el general Danubio quien me ha vencido.

—¡Vencido! ¡No seas zafio! El ejército de Italia viene a nuestro encuentro. La semana pasada, el príncipe Eugenio se apoderó de Trieste, y marchará sobre Viena con sus nueve divisiones, ¡más de cincuenta mil hombres! Lefebvre entró en Innsbruck el 19, tras terminar con los rebeldes del Tirol, y si nos aporta sus veinticinco mil bávaros...

—Así pues, ¿tenemos que encerrarnos en esta isla?

—Esta noche hay tiempo para que pasen rápidamente nuestras tropas.

—¿Puedes asegurarme una retirada ordenada?

—Sí.

—¡Magnífico! Vuelve a tu puesto.

El silencio despertó a Fayolle. Abrió los ojos y se dio cuenta de que los combates habían cesado con la oscuridad. El coracero estaba tendido boca arriba, demasiado entumecido para sentarse y desprenderse de la pesada coraza. Aunque se hubiera erguido, como la oscuridad de la noche era total, no habría podido ver los millares de cadáveres que cubrían la planicie, que se pudrirían allí mismo y serían despedazados por los cuervos. Se palpó el rostro, dobló una pierna, luego la otra... no tenía nada, todo parecía en su sitio. Un viento fresco curvaba las espigas que aún estaban en pie, un olor a pólvora, estiércol de caballo y sangre flotaba en el aire. Fayolle oyó un ruido de roedura; algún bicho se había encaprichado de sus alpargatas desgarradas. Sacudió el pie. Una especie de roedor peludo atacaba con afán la suela de cáñamo, y el brusco movimiento le hizo huir. Fayolle, hombre de los bajos fondos parisienses que sólo conocía las ratas, ignoraba el nombre de aquel animal. Aspiró hondo y pensó que se estaba aprovechando de una paz extraña y egoísta. Siempre había sido un solitario. Mozo de cuerda, traperero, echador de cartas en el Pont—Neuf, a los treinta y cinco años había vivido mucho, pero mal. La Revolución ni siquiera le había simplificado la vida, y no había sabido aprovecharse del reinado de Barras, a pesar de que éste favorecía la ratería. En esa época, que siguió a la del Terror, se había instalado en el pasaje del Perron para revender géneros robados, jabón, azúcar, tuberías, lápices ingleses, y aprovechaba la proximidad

para deambular por el Palais—Royal, donde había centenares de mujeres que puteaban bajo las arcadas y las galerías de madera que las prolongaban. En el piso superior de un restaurante, el techo del salón oriental se abría y bajaban del cielo diosas desnudas en un carro dorado. En el establecimiento medianero, las hetairas le masajeaban a uno en una bañera llena de vino. Todo esto se lo habían contado, porque con su gorro de piel de zorro y su aspecto triste jamás le habrían dejado entrar. Se limitaba a mirar con ganas las que llamaban la atención por medio de grabados eróticos o se levantaban las faldas. Otras, a fin de enternecer al personal, paseaban niños que habían alquilado. Algunas llamaban a los posibles clientes por encima del café de los Ciegos, con sus sombreros negros provistos de borlas doradas y calzadas con zapatillas de satén. Eran magníficas, pero no daban crédito. Se llamaban como en los poemas, Betzi la mulata, Sophie Cuerpo Hermoso o Lolotte, Fanchon, Sophie Pouppe, la Sultana. Chonchon la Garbosa dirigía una casa de juego. La Venus era una heroína, porque se había resistido a los intentos del conde de Artois...

Fayolle había creído que el uniforme azul con adornos rojos de los coraceros le favorecería en su relación con las damas, o por lo menos protegería sus bandidajes, pero no fue así: jamás consiguió nada a no ser por la fuerza y gracias a la guerra. Pensó de nuevo en una guapa religiosa violada durante el saqueo de Burgos, y luego en aquella tigresa de Castilla que le había arañado la cara y a la que luego entregó a un lancero polaco brutal. Volvió a pensar sobre todo en la campesina de Essling, en sus ojos obsesionantes que le miraban con fijeza desde el más allá. Se estremeció. ¿Era de temor o de frío? El viento se volvía glacial. Hizo un esfuerzo para coger el manto pardo y, apoyado en un codo, oyó un crujir de ruedas.

Fayolle entrecerró los ojos e intentó distinguir las formas en la negrura. Muy lejos, tanto hacia el Bisamberg como hacia el Danubio, los vivaques iluminados le permitían calcular la distancia de los campamentos. ¿Quiénes venían? ¿Austriacos? ¿Franceses? ¿Qué hacían? ¿Qué objeto tenía aquella carreta? Los individuos se aproximaban, puesto que el ruido de las ruedas iba en aumento, y con él se confundían unas voces amortiguadas y un sonido de metal contra metal que no le sugería nada. En la duda volvió a tenderse y decidió mantener una inmovilidad absoluta. La carreta avanzaba en su dirección, y ya debía encontrarse tan sólo a unos metros. Con los ojos semicerrados, Fayolle entrevió unas siluetas inclinadas que sostenían faroles. A la tenue luz reconoció un gorro de granjero austriaco con su rama frondosa a modo de penacho. Retuvo la respiración y se hizo el muerto. Unos pies pisotearon el trigo y se detuvieron a su altura. Una mano le desanudó la pechera de hierro. Notó un aliento cerca de la cara.

—Venid, aquí hay una buena cosecha...

Al oír estas palabras pronunciadas en francés, Fayolle agarró la muñeca del ladrón, el cual chilló:

—¡Hola! ¡Mi muerto se espabila! ¡Socorro!

—Cierra el pico le dijo uno de sus compinches.

Fayolle se sentó, apoyado en ambas manos. Dos servidores de ambulancia le miraban con los ojos desorbitados.

—¿Así que no estás muerto? —le preguntó Gordo Louis.

—Ni siquiera parece demasiado herido —añadió Paradis, quien ahora se tocaba con un gorro austriaco.

—¿Qué estáis haciendo? —gruñó Fayolle en tono amenazante.

—¡Cálmate, amigo!

—Bien lo ves, recogemos las corazas, es la consigna —le explicó Paradis—. No debemos dejar nada detrás de nosotros.

—Salvo los muertos —dijo Fayolle con desprecio.

—Ah, eso... no nos han dicho nada sobre los muertos, y además hay demasiados.

Fayolle se levantó por fin, terminó de quitarse la coraza y la arrojó al carricoche.

—Puedes quedártela —le dijo Gordo Louis-, puesto que estás vivo.

El coracero se arrojó con su manto español. Sus ojos se habituaron a la oscuridad de la noche y distinguió decenas de faroles cuyos portadores registraban la planicie. Paradis, Gordo Louis y varios servidores de ambulancia tanteaban el terreno con palos. Cuando tocaban el hierro de una coraza, se agachaban, la desanudaban y la amontonaban en su vehículo.

—Mira, ése es por lo menos oficial...

Al oír estas palabras de Paradis, Fayolle se acercó en seguida. —¿Le conoces? —inquirió Paradis, bajando el farol para iluminar el rostro del caído.

—Era el capitán Saint-Didier.

—No debía de ser muy viejo...

—¡Quítale la coraza y cállate!

—De acuerdo, no he dicho nada.

Cuando Paradis hubo terminado su tarea, Fayolle le quitó el farol de las manos y se inclinó sobre el capitán. Una bala en el cuello había puesto fin a su vida. Parecía dormir con los ojos abiertos. Su mano derecha sostenía aún una pistola cargada, que no había tenido tiempo de utilizar. Fayolle abrió los dedos helados y se metió el arma bajo el cinto.

En un calvero de la isla Lobau, el mariscal Lannes estaba tendido sobre una docena de mantos de caballería. El capitán Marbot no le había abandonado un solo instante. Le velaba como una nodriza, preveía sus necesidades, le reconfortaba con su atenta presencia más que con palabras. Lannes balbuceaba, se enfurecía, sus pensamientos divagaban, se creía aún en el campo de batalla, daba órdenes incoherentes.

—Marbot...

—Sí, señor duque.

—Marbot, si la caballería de Rosenberg toma Essling de flanco, por el lado del bosque, Boudet está listo.

—No temáis.

—¡Oh, sí! Enviad a Pouzet al pósito fortificado, no, a Pouzet no, le han herido, más bien Saint-Hilaire. ¿Ese animal de Davout ha enviado municiones en barcas? ¿No? ¿A qué espera?

—Descansad, señor duque.

—¡No es el momento! —Lannes apretó el brazo de su ayudante de campo—. ¿Dónde está mi caballo, Marbot?

—Ha perdido una herradura —mintió el capitán—. Se están ocupando de ello.

A cada pregunta febril, Marbot le respondía con una voz demasiado dulce que acabó por irritar al mariscal.

—¿Por qué me habláis como a un niño de tres años? ¡Estoy herido, lo sé, pero no es la primera vez! Ya tuve una agarrada con la muerte en San Juan de Acre, ¿os acordáis? ¡Una bala en la nuca, no es moco de pavo! Y en Governolo, Aboukir, Pultusk... En Arcole recibí tres tiros. He

sobrevivido.

—Sois inmortal, señor duque.

—Cómo decís eso... —Lannes movió la cabeza de un lado a otro y trató de humedecerse los labios secos con la lengua—. Dadme de beber, Marbot, tengo sed, y luego lancemos a nuestros granaderos contra Liechtenstein, pues está muy claro: o él o nosotros. ¿Comprendéis lo que hay en juego? Oudinot vendrá a apoyarnos... Pero qué negro está el sol, amigo mío, cómo nos perjudican esas nubes, ya no se ve nada a diez metros...

Unos soldados trajeron una cantimplora con agua del Danubio. No quedaban reservas de agua potable en las cisternas de los cantineros. Lannes tomó un trago y lo escupió.

—¡Esto no es agua sino tierra! Estamos como los marinos, Marbot, rodeados de agua que no se puede beber...

—Voy a buscaros agua buena, señor duque.

El mariscal había dejado a su criado en la isla para que vigilara su maletín de grupa. Marbot fue a pedirle una de sus mejores camisas y, con un bramante, le dio una forma de odre. Entonces fue a la orilla del río para sumergir aquella bolsa en el agua enfangada, tras lo cual la fijó a una rama baja por encima de la cantimplora. Así obtuvo una bebida filtrada y fresca que el mariscal bebió con alivio.

—Gracias —dijo Lannes—, gracias, capitán. ¿Por qué diantres no sois más que capitán? Me ocuparé de ello después de la victoria. ¿Qué haría sin vos, eh? Sin vos y sin Pouzet ya estaría muerto, ¿no es cierto? ¿Os acordáis de nuestro primer encuentro?

—Sí, señor duque, fue la víspera de la victoria de Friedland. Acababa de casarme.

—Os habían herido en Eylau...

—Es cierto, me clavaron una bayoneta en el brazo. Un proyectil me había perforado el sombrero.

—Servíais en casa de Augereau, quien os había confiado a mí, como de nuevo el año pasado...

—Me había reunido con vos en Bayona.

—Fuimos a España para dirigir el ejército del Ebro. Vos conocíais ya ese país, yo no... Burgos, Madrid, Tudela...

—Donde barrimos al enemigo al primer choque.

—Ah, sí... al primer choque... ¡Sucio país, de todos modos! Estuve a punto de perderos, Marbot.

—Lo recuerdo, señor duque. Una bala me rozó el corazón y se alojó en las costillas, una bala plana como una moneda, dentada como una rueda de reloj, con cruces grabadas como una hostia.

—Albuquerque ya estaba entre mis ayudantes de campo, ¿no es cierto? En fin, creo que lo hemos traído de España... ¿Por qué no está cerca de vos?

—No debe de andar lejos, señor duque.

Sí, Albuquerque estaba lejos, y Marbot lo sabía. Por la tarde un proyectil le había destrozado los riñones. Había muerto en el acto. Lannes hablaba con una voz imperceptible:

—Decidle a Albuquerque que avise a Bessiéres. Que haga combatir a sus coraceros.

¡Tenemos que librarnos a toda costa de este torno que nos atenaza!

—Así se hará.

Lannes movió todavía los labios sin que salieran de ellos más palabras, y entonces cerró los párpados y su mejilla cayó contra el manto que le servía de almohada. Marbot se azaró.

—¿Ya está? ¿Ha muerto?

—No, no, mi capitán —le tranquilizó un ayudante de cirujano a quien Larrey había encargado que cuidara del mariscal—. Duerme.

No lejos de allí, en los alrededores de la tienda imperial, Lejeune evaluaba los nuevos peligros de aquella noche. Temía dos cosas, que las aguas del Danubio en crecida inundaran la isla, y que a los austriacos se les antojara de repente bombardearla desde la ribera al otro lado de Aspern. Mostró su inquietud a Périgord, quien era más incrédulo y confiado:

—He examinado la corteza de los sauces y los arces, Edmond, y os aseguro que presentan las marcas de una inundación anterior.

—¿Ahora os las dais de jardinero, mi querido amigo?

—¡Hablo en serio! Todas las islas son inundables. —Menos la isla de la Cité, en París.

—¡Basta de bromas! Deseo que tengáis razón, pero percibo un posible riesgo.

—¿Se ahogarían nuestros heridos?

—Y la retirada estaría comprometida. Todos nos quedaríamos aquí. Por otro lado, si el archiduque Carlos...

—Vuestros cañones austríacos no me impresionan, LouisFrançois. ¿Estáis ciego? ¿Y sordo por añadidura? Si el archiduque lo hubiera querido, podría habernos arrojado al Danubio, pero ha interrumpido la batalla al mismo tiempo que nosotros.

—En su lugar, el emperador no habría vacilado. —Pero él vacila.

Berthier había pensado como Lejeune. Había prohibido toda luz en la isla y ordenado que encendieran fogatas de vivaque en la pequeña planicie entre los pueblos, a fin de simular el establecimiento del ejército y garantizar su huida. El emperador había aprobado la medida. Así pues, Lejeune y Périgord se paseaban en medio de la oscuridad total, con las manos extendidas para no tropezar con un tronco. De repente, Lejeune notó una cara fofa en el extremo de los dedos, y un hombre le dijo con un acento muy italiano:

—¿Habéis terminado de manosearme el mentón?

—Que Vuestra Majestad me perdone...

—Coglióne! ¡Estáis perdonado, pero guíadme a la ribera!

El viento agitaba las hojas, los olmos y los sauces se balanceaban. Se oían los suspiros y estertores de millares de heridos que se amontonaban sobre los taludes o incluso en el césped. Lejeune y Périgord precedieron al grupo formado por el emperador, Berthier y los oficiales de la Casa.

—La barca está preparada, Sire —dijo Berthier, sujetando el hombro de Caulaincourt que le precedía tanteando el terreno con las puntas de sus botas de caballería.

—Perfetto!

—He elegido personalmente catorce remeros, dos pilotos, nadadores...

—¿Nadadores? Perché?

—Si la barca zozobra, Síre...

—¡No volcará!

—No volcará, de acuerdo, pero hay que prevenirlo todo, incluso lo peor.

—¡Detesto lo peor, Berthier, pedazo de burro!

—Sí, Sire.

Napoleón y su comitiva avanzaron en fila y, sin caer ni tropezar con nada, llegaron a la ribera azotada por el viento donde aguardaba la barca. El emperador se sacó un reloj del bolsillo del chaleco y lo consultó.

—Las once...

La luna nueva permitía distinguir vagamente el río, pero el fragor de las aguas dificultaba mucho la conversación. Las olas rompían en las pendientes de la isla y proyectaban una lluvia de gotículas. El agua remolineaba con fuerza, el viento silbaba.

—¡Berthier! —gritó el emperador—, ¡voy a dictaros la orden de retirada!

—¡Lejeune! —vociferó Berthier.

Périgord había conseguido encender una antorcha, poniéndose al abrigo en el monte bajo. A la luz amarillenta y trémula, Lejeune se puso el portapliegos a modo de pupitre sobre las rodillas dobladas y, con el papel y la pluma entintada que le había tendido el secretario ambulante, tomó nota improvisando, pues el estruendo del ruido y el viento le impedía entenderlo todo. Indicó que Masséna y Bessiéres debían retirarse a medianoche a la isla Lobau con el conjunto de sus tropas. Una vez la totalidad del ejército se encontrara en aquel refugio, sería conveniente destruir el puente pequeño, llevándose en carromatos los pontones y los caballetes que servirían para reparar el puente principal. Cuando Lejeune hubo terminado, Berthier puso su firma en el documento, que hicieron secar arrojándole un puñado de arena. Entonces Napoleón bajó a la orilla, hasta la gran barca que manejaban unos muchachos fornidos, los cuales le ayudaron a embarcar cogiéndole por las axilas. Périgord entregó su antorcha a uno de los barqueros. Berthier, Lejeune y los que quedaban vieron que el emperador se alejaba de la isla, distinguieron por un momento su rostro sin expresión y su levita agitada por el viento. En cuanto se adentraron un poco en el río la borrasca apagó la antorcha y el emperador desapareció en la negrura absoluta, como si se lo hubiera tragado el Danubio.

Lejeune debía llevar a Masséna la orden de repliegue que le había dictado el emperador, pero ya no tenía montura. Su yegua se había torcido una pata durante la última galopada, y como su ordenanza estaba de plantón en la orilla derecha desde su regreso de Viena, se había resignado a confiársela al criado de Périgord, el cual desconocía por completo los cuidados que requería el animal. El tiempo apremiaba. El coronel divisó a un zapador que llevaba por la brida el caballo de un húsar húngaro.

—Necesito este animal.

—No es mío sino de mi teniente.

—¡Lo tomo prestado!

—No sé si mi teniente estará de acuerdo...

—¿Dónde está?

—En el puente grande que ahora reparan.
—¡No hay tiempo! Y además, este caballo ha sido robado.
—Eso no, es un botín de guerra.
—Lo devolveré antes de una hora.
—No puedo cargar con la responsabilidad...
—Si no te lo devuelvo, lo pagaré.
—¿Quién me lo asegura?

Exasperado por aquel zapador embrutecido, Lejeune le pasó ante los ojos la carta que había firmado el mayor general e iba dirigida a Masséna. El otro se quedó atónito y soltó las riendas. Antes de que cambiara de parecer, Lejeune saltó a la silla roja con franjas doradas y guarnecida de piel y, orientándose a ojo de buen cubero, avanzó en sentido contrario al flujo de heridos que seguían pasando a la isla. Cuanto más se aproximaba al puente pequeño y más atestado estaba el camino, tanto más Lejeune hacía avanzar a su caballo entre aquella multitud, y no vacilaba en derribar fusileros con la cabeza vendada, mancos, inválidos, cojos que le amenazaban con el puño o le golpeaban las botas. El jaleo en el puente pequeño era trágico. Los fugitivos formaban una muchedumbre compacta y lenta.

—¡Paso! ¡Paso! —vociferaba el coronel.

La masa humana le desbordaba, le hacía retroceder, pero él insistía, apartaba a los lisiados del cuello de su montura, e incluso alzó la fusta, aunque no se decidió a descargarla sobre los supervivientes de la batalla, los cuales alzaban unos ojos amenazantes o inexpresivos.

—¡Orden del emperador!

—Orden del emperador —repitió rechinando los dientes un sargento de dragones, y tendió el muñón de su brazo izquierdo envuelto en un paño.

Lejeune llegó al final de esta pugna interminable y, en la orilla izquierda, se internó en el campo completamente a oscuras por encima del talud. Corría de un fuego a otro en la dirección de Aspern, donde Masséna debía acampar, pero ¿cómo estar seguro de ello? Aquí estaban los bloques sombríos de las primeras casas, y allá una calleja, pero el caballo no pudo entrar porque se lo impedían los muros derrumbados. Siguió hasta la próxima callejuela para salir a la plaza de la iglesia, atisbó a un centinela que encendía su pipa y se encaminó directamente a él para informarse. El centinela le había oído aproximarse. Antes de que el coronel hubiera dicho una palabra, le interrogó:

—Wer da?

Era un austríaco que le preguntaba «¿Quién vive?». En vez de huir y ocultarse en la oscuridad de la noche, lo que le habría valido un disparo de fusil, Lejeune tuvo buenos reflejos y respondió en la misma lengua que era un oficial del estado mayor:

—Stabsofzier!

Otro hombre salió de la callejuela, un comandante del regimiento de Hiller, el cual le preguntó la hora en alemán. Sin perder tiempo en sacar el reloj, Lejeune afirmó que era medianoche: —Mitternacht...

El centinela había apoyado el fusil contra un muro bajo. Cuando el comandante se encaminó hacia él, Lejeune volvió grupas y se salvó atravesando un bosquecillo. Oyó el silbido de las balas. Vagó sin rumbo al trote corto por un camino encajonado, el oído atento, cruzó vivaques con las

fogatas encendidas pero abandonados y se internó en un bosque que le llevaba hacia el brazo muerto del Danubio. Pasaba entre dos árboles cuando un hombre cogió el caballo por el bocado y otro le tiró del brazo para hacerle caer de la silla. No llevaban chacós, pero a juzgar por sus uniformes desparejos y sus tahalíes, Lejeune creyó reconocer a los tiradores franceses, y gritó:

—¡Coronel Lejeune, al servicio del emperador! Los dos tiradores le pidieron disculpas.

—No podíamos adivinar...

—Tenéis un caballo húngaro, así que, en fin, nos dijimos que era un buen botín.

—¿Dónde está el mariscal Masséna?

—No sabemos mucho.

—¿Qué quiere decir eso?

—Que se le ha visto aún no hace una hora con nuestro general.

—¿Quién es?

—Molitor.

—¿Y dónde los habéis visto?

—Por allá, en el lindero de este bosque donde estamos.

—¿Estáis de patrulla?

—Algo de eso hay.

—No os acerquéis demasiado al pueblo, los austríacos se están instalando.

—Lo sabemos. —¡Gracias!

Lejeune se adentró más en el monte bajo, y poco le faltó para que le hiriesen otras patrullas a causa de su caballo húngaro. Por fin un suboficial le acompañó al campamento provisional de Masséna, junto a un cañaveral que bordeaba el terreno pantanoso por donde no vendría de improviso ningún enemigo. Las numerosas antorchas y fogatas anunciaban un vivaque importante, y bajo sus trémulos resplandores Lejeune adivinó la delgada silueta de Sainte-Croix, rodeado de oficiales envueltos en sus mantos. Finalizaba el trayecto a pie cuando tropezó con un cuerpo extendido que se puso a chillar:

—¡Eh! ¿Quién me pisa las piernas?

Masséna había dormitado una o dos horas mientras aguardaba la orden de repliegue. Se levantó, se sacudió la ropa, despotricó contra el tiempo húmedo y frío y, a la luz de la antorcha que sostenía un tirador soñoliento, leyó el mensaje del emperador. Lo dobló, se lo metió en un bolsillo de su largo manto, se ajustó el bicornio, dio las gracias a Lejeune y partió sin apresurarse hacia el grupo que charlaba cerca de las fogatas.

Fayolle había seguido hasta Essling el carricoche y su carga de corazas. Los fusileros de la joven Guardia batían el eslabón para encender fuegos de tablas y ramas, a medida que se instalaban, pero guardaban el arma en el portafusil y tenían las mochilas sujetas a la espalda. Había cadáveres hasta en los más pequeños recovecos, amontonados en confusión, ulanos, tiradores, austríacos, franceses, húngaros, bávaros, despojados de las botas y los uniformes, desnudos, destrozados, horribles. Algunos estaban medio quemados.

Fayolle se sentó en un banco en el jardincillo deteriorado de una casa baja, al lado de un húsar que tenía los ojos cerrados pero no roncaba. Los envoltorios de cartucho revoloteaban sobre la hierba.

—¿Sabes dónde hay pólvora?

El húsar no respondió nada. Fayolle le sacudió el hombro, pero el jinete se desplomó: estaba muerto, y si aún vestía el uniforme era porque le habían creído dormido. Fayolle le registró, sacó la pólvora y las balas del talego que llevaba en bandolera y contempló las botas elegantes y flexibles. La batalla había terminado, pero el coracero sonrió pensando que por fin había encontrado unas botas de su talla. Descalzó al muerto, se quitó las alpargatas y se puso las botas. Entonces fue a acucillarse cerca de la hoguera más cercana, donde ardían sillas y ramas. Tendió las manos, apreciando el calor. Oyó que le llamaban a sus espaldas:

—¡Tú, el de ahí abajo!

Al volverse se encontró con la mirada suspicaz de un granadero de la Guardia, las manos en jarras, perfecto con sus polainas blancas.

—¿Eres francés? ¿De dónde sales? ¿De qué regimiento? ¿No son de húsar esas botas que llevas?

—¿No puedes callarte, bocazas de mierda?

—¿Eres desertor?

—¡Imbécil! Si hubiera desertado estaría lejos de aquí.

—Tienes razón. ¿Y bien?

—Coracero Fayolle. Las balas de cañón han destrozado a mi escuadrón. Me he caído del caballo, me he dado un porrazo y me he despertado cuando los carroñeros de las ambulancias me despojaban.

—No hay que quedarse en estos parajes. Levantamos el campamento.

—No te preocupes por mi salud, ¿quieres?

Unos jinetes en fila de a cuatro avanzaron al paso entre las llamaradas de la plaza. Tras ellos desfilaron en desorden unos batallones que se perdieron a su vez en la calle principal. El ejército abandonaba Essling. El granadero se encogió de hombros, escupió al suelo y dejó a Fayolle después de añadir que le había advertido. Fayolle fue a sentarse de nuevo cerca de una fogata. Se sacó del cinto la pistola del capitán Saint-Didier y la limpió, pues la pólvora estaba mojada, la cargó con la pólvora nueva del húsar e introdujo la bala. Con el arma en la mano, se levantó, orgulloso de sus botas nuevas, y salió a la calle ancha bajo los olmos. La mayor parte de las casas estaban destruidas o amenazaban con derrumbarse, el tejado abierto por los obuses. Algunas que se habían incendiado humeaban todavía. La casa de la campesina en la que había entrado la antevíspera con el difunto Pacotte apenas se mantenía en pie. Todo un lienzo de pared que daba al jardín se había venido abajo. Fayolle quiso entrar, pero tenía necesidad de una antorcha y volvió sobre sus pasos, cogió un palo y lo encendió en uno de los vivaques abandonados. Esta iluminación era deficiente, pero lo mismo le daba. Con esa antorcha penetró en la casa por la brecha abierta en el muro. La escalera parecía intacta, y se arriesgó a subir. Avanzó en la penumbra del piso como si hubiera vivido allí durante mucho tiempo, y empujó la puerta del fondo. Vio la forma de un cuerpo sobre el colchón. El corazón le golpeaba en el pecho como un tambor de la Guardia. Se inclinó con la antorcha y contempló el cuerpo, sin duda el de un tirador, desnudo e identificable por las patillas. ¿Y si la campesina de la otra noche jamás hubiera existido? Dejó la antorcha sobre la cama, que se incendió, y entonces se apoyó en la sien el cañón de la pistola del capitán Saint-Didier y se saltó la tapa de los sesos.

Tras haber dejado atrás un último bosquecillo de sauces, el carromato de las armaduras se detuvo en la alta hierba. Paradis y sus colegas descubrieron de golpe el espectáculo de la retirada.

Por debajo, en la pradera que descendía hacia la entrada del puente pequeño y que un espeso bosque ocultaba desde los pueblos y la gran planicie, humeaban centenares de hachones. En un montículo, ante sus oficiales personales, Masséna dirigía la evacuación, señalando con la fusta, como si fuese la puesta en escena de una ópera. El orden de los regimientos alineados sucedía a la confusión de los heridos. Los hombres iban andrajosos, hedían, estaban sucios y piojosos, hambrientos, casi barbudos, pero satisfechos de vivir y sin haber perdido brazos y piernas, con ojos para acordarse y bocas para contar. Se percataban de la suerte que habían tenido, y algunos oficiales sostenían un rosario. Sonreían, fatigados; la batalla había terminado. Los cascos de la caballería de Oudinot resonaban en las tablas del puente restaurado, y les siguieron los restos de la división Saint-Hilarie, los tiradores de Molitor, con sus penachos verdes y amarillos, encabezados por un sargento, el cual había enganchado su banderín a la boca del fusil y lo alzaba como una bandera. Ciertamente, los colores apenas se distinguían, pero Vincent Paradis juró que los veía, por lo acostumbrado que estaba a verlos. El general Molitor fue a saludar a Masséna, el cual se quitó el sombrero empenachado y avanzó a continuación de los dos mil soldados que le habían quedado. Detrás se dispusieron otros tiradores, fusileros, cazadores a pie reagrupados por Carra—Saint-Cyr y Legrand. Este último, un hércules, lucía su enorme bicornio con el borde cortado en forma de media luna por un proyectil. No se oía un murmullo, sólo el sonido metálico del armamento. Los zapatonos golpearon el suelo y luego el piso de madera, y los batallones desaparecieron uno tras otro bajo los árboles negros de la isla Lobau.

—¡Avanzad, pillastres!

—¡Pillastre tu padre!

Un tren de artillería llegó al lugar donde estaban los servidores de la ambulancia. Los caballos de tiro babeaban mientras remolcaban grandes cañones que se bamboleaban en los baches. Un artillero a caballo, con su interminable penacho de plumas rojas en el chacó, el mostacho erizado como un escobillón, se desgañitaba para dirigir su convoy. Los conductores con guerreras azul celeste, pero sucias de pólvora, azotaban las grupas de los animales asustados.

—¡Vamos, avanzad!

—¡Si quiero! —gritó Gordo Louis, y golpeó con la palma los ollares del caballo, que se encabritó.

El artillero estuvo a punto de caer, recobró el equilibrio por los pelos y soltó un juramento. Sus compañeros se apresuraron a rodear a Gordo Louis, el cual se sacó un cuchillo del cinto. El artillero montado se encaró la carabina y le apuntó.

—Está bien —dijo Gordo Louis, guardándose el cuchillo.

Los servidores de la ambulancia desviaron su carro por los abrojos para contemplar el paso de cañones y arcones vacíos que rodaban cuesta abajo. Una rueda pasó sobre unas piedras, un arcón volcó. Los conductores tiraron de la rueda para levantar el vehículo.

—No valía la pena correr tanto —masculló Gordo Louis.

La carreta bajó la pendiente, pero se apartó de los regimientos que afluían al fondo de la pradera. Gordo Louis la condujo detrás de la antigua ambulancia del doctor Percy, trasladada a la isla. Numerosos vehículos requisados, desde calesas a carros de heno, permanecían estacionados antes de cruzar el puente pequeño. Transportaban el mismo batiborrillo de corazas y fusiles. Vincent Paradis fue a apoyarse contra un montículo para aguardar su turno mientras contemplaba el repliegue de las tropas. Cuando se dio cuenta de que estaba apoyado en el montón de brazos y piernas cortados por Percy y sus ayudantes, se levantó de un salto, titubeó y fue a la orilla del río, donde se arrodilló para vomitar, y luego se limpió con hojas los labios goteantes. Como tenía mal

sabor de boca, arrancó una brizna de hierba y se puso a mascarla. Llegaron los escuadrones formados de nuevo. Bessiéres se separó, hizo avanzar a su caballo hasta detenerlo ante Masséna y, asegurado sobre los arzones de ambas sillas, arrojó a la hierba dos banderas austríacas. Entretanto la caballería desfilaba entre los hachones que hacían relucir las armas y los ornamentos de los uniformes, cuyos remiendos e improvisación se olvidaba aquella noche. Pasó en primer lugar la primera división de caballería al mando del conde de Nansouty, con las cimeras de cuero que surgían de la piel negra de los cascos, luego brillaron los blancos pantalones de los dragones, las solapas escarlata de los carabineros...

—¡Vaya, ahora se pone a llover! —dijo Paradis.

Gruesas gotas tamborileaban en las pecheras de hierro amontonadas en la carreta.

A las tres de la madrugada, un brusco viento abrió la ventana y Henri se levantó en seguida. Los dientes le castañeteaban y, tras encasquetarse el gorro de dormir hasta las orejas, se puso un sobretodo sobre la camisa. Llovía intensamente. Se disponía a cerrar la ventana cuando oyó un ruido sordo y se asomó para inspeccionar la calle. La berlina policial estaba como siempre, estacionada ante la casa, pero otra, tirada por caballos empapados, se había situado junto a ella y le bloqueaba las portezuelas. ¿Quién había disparado? ¿Y había sido, por otra parte, un disparo? Henri ya no tenía frío, su curiosidad le impedía quejarse. Oyó pasos apresurados en la escalera, chirrido de puertas, cuchicheos: ardía en deseos de saber lo que se tramaba y se apresuró a vestirse en la oscuridad. Cuando se asomó de nuevo a la calle, distinguió unas formas que se metían en el segundo coche, y creyó reconocer la silueta de Anna bajo una capucha y las más débiles de sus hermanas y el ama de llaves. Unos hombres con sombrero de ala ancha cuyos bordes chorreaban las ayudaron a subir, y luego uno de ellos se encaramó al asiento del cochero e hizo restallar el látigo. El coche partió bajo la tromba de agua. Henri abandonó su habitación a toda prisa, bajó corriendo la escalera principal y llegó a la planta baja. Tuvo un acceso de pavor al cruzarse con un individuo que le miraba en la negrura, pero no era más que su propia imagen reflejada en un espejo. Vestido de aquella manera apresurada se sentía grotesco, la levita, el sobretodo encima, los calzoncillos largos dentro de las botas, y en especial el gorro de dormir que se quitó de un manotazo para metérselo en un bolsillo. Abrió de par en par los batientes de la puerta cochera, pero no se atrevió a salir con aquel diluvio. Entre los adoquines corrían arroyuelos, y el agua que caía en cascadas de los tejados le salpicaba. Pensó en los soldados que estaban en la planicie transformada en un lodazal, luego en la escena que acababa de sorprender, y estornudó. Regresó a la cocina y consultó el reloj, llamó, subió a los pisos, empujó las puertas. Las camas ni siquiera estaban deshechas. La huida de Anna y su familia había sido premeditada, pero ¿a quién había seguido y para ir adónde?

Abajo, en el vestíbulo, había movimiento. Voces y pisadas de botas llenaban la escalera. Henri no tuvo tiempo de encerrarse en el primer salón y le rodeó una nube de gendarmes.

—¿Quién sois? —le preguntó un oficial con el uniforme mojado.

—Os hago la misma pregunta.

—¡Vaya, el señor se las da de astuto!

—Dejad tranquilo al comisario señor Beyle, no tiene nada que ver.

Schulmeister subía la escalera y sus gendarmes se empujaban unos a otros para cederle el paso. Se sacudió y entregó su capa a un guindilla que le seguía, uno de aquellos a los que Henri había observado delante de la berlina parada en la Jordangasse. También reconoció al segundo, que se apretaba contra un brazo una especie de compresa, pues una bala disparada por la ventanilla del coche le había desgarrado la levita y la piel.

—¿Podéis explicarme todo esto, señor Schulmeister?

—¿No hay nadie más en esta casa?

—Está desierta.

El jefe de policía despidió a los gendarmes y acompañó a Henri a su habitación. Uno de sus confidentes encendió la bujía mientras el otro, el herido, iba a cerrar la ventana con la mano indemne.

—La señorita Krauss ha ido a reunirse con su amante, señor Beyle.

—¿Lejeune?

—Otro coronel.

—¿Périgord? ¡No puedo creerlo!

—Yo tampoco.

—¡Decidme quién es, por el amor de Dios!

—Un oficial austríaco, señor Beyle, una especie de mariscal de campo del príncipe de Hohenzollern.

Henri se dejó caer en la única silla, estornudó de nuevo y se quedó atónito, los ojos lagrimeantes a causa de la fiebre.

—¿No habéis visto nada?

—Nada, señor Schulmeister.

—Ya sé que vos nunca veis nada..

—¿Quién se ha llevado a Anna?

—¡Guerrilleros, según dicen, agitadores como el señor Staps, que nos causan tantas dificultades! ¿Qué es eso?

—Las campanas de San Esteban —respondió Henri, aspirando por la nariz.

—Se diría que tocan a rebato... ¿Me permitís? Schulmeister indicó con la mano la ventana.

—De todos modos, ya estoy enfermo —respondió Henri—. Abrid, abrid...

Y se sonó con tanta fuerza que hizo vibrar los vidrios. Las campanas de Viena tocaban a vuelo, se respondían de una iglesia a otra y, más allá de las murallas, se unían a las de los suburbios, tal vez incluso las de los pueblos a diez leguas a la redonda. A pesar de la lluvia, la gente salía a las calles y gritaba.

—¿Qué dicen esos vieneses, señor Schulmeister?

—«Hemos ganado», señor Beyle, eso es lo que dicen.

—¿Hemos? ¿Quiénes, nosotros?

—Vamos a informarnos.

Volviéron a ponerse sombreros, capas y abrigos y salieron a las calles como si se dispusieran a merodear. Pequeños grupos de ciudadanos conversaban animadamente. Schulmeister pidió a Henri que se quitara la escarapela de su goteante sombrero de copa, y se mezclaron con los paisanos muy agitados que difundían noticias calamitosas:

—¡Los franceses están encerrados en la isla Lobau!

—¡El archiduque los somete a una lluvia de metralla!

—¡El emperador ha sido hecho prisionero!

—¡No, no, le han matado!

—¡Bonaparte ha muerto!

Schulmeister tomó una lista que circulaba y la consultó bajo un porche iluminado por un farol.

—¿Qué dice este papel?

—Que han muerto cincuenta mil franceses, señor Beyle. Aquí están sus nombres, en fin, algunos...

Sonaban las campanas, ensordecedoras.

Los rumores que corrían por Viena no eran ciertos. El emperador se encontraba en Schönbrunn y sostenía una entrevista con Davout. Antes de que empezara a llover, se había reunido con el ejército del Rhin, bajo las aclamaciones de las tropas, y luego el mariscal le había acompañado en su calesa y con la escolta de un escuadrón de cazadores a caballo. Durante el trayecto había mantenido los dientes apretados, pero una vez en el castillo, en el salón de las Lacas, trató de analizar la situación en voz alta:

—¡Esta noche no amo los ríos!

Napoleón cogió una sillita dorada por el respaldo y la estrelló contra un velador, al tiempo que atronaba:

—¡Odio el Danubio, Davout, como los soldados os odian a vos!

—En tal caso, Síre, compadezco al Danubio.

El mariscal Davout, duque de Auerstaedt, era calvo pero lucía grandes patillas que se rizaban en las mejillas, y en el extremo de la nariz le cabalgaban unos anteojos redondos, porque era muy miope. Sabía que le detestaban por su extrema severidad y su indecente manera de hablar. Trataba a sus oficiales como si fuesen criados, pero jamás le habían vencido y era riguroso. Aquel aristócrata borgoñón, ferviente republicano al comienzo de la Revolución, mostraba una fidelidad excepcional al Imperio. El hecho de que mantuviera la calma no hacía más que aumentar el furor de Napoleón:

—¡Hemos estado en un tris! ¡Si hubierais salido por la derecha de Lannes habríamos vencido!

—Sin duda.

—¡Como en Austerlitz! —Todo estaba dispuesto.

—¡Si ese asno de Bertrand hubiera podido reparar el puente grande por la noche, mañana por la mañana habríamos derrotado a los ejércitos alelados de Carlos!

—Sin ningún problema, Sire, los austríacos están extenuados. Yo habría cruzado el Danubio con mis divisiones frescas y los habríamos aplastado como a chinches.

—¡Chinches! ¡Eso es! ¡Chinches!

El emperador tomó una pizca de tabaco y se lo introdujo en la nariz.

—¿Qué proponéis, Davout?

—¡Sopla! Podríamos cenar, Síre. ¡Me muero de hambre y una batería de capones austríacos

no me espantaría!

La isla se poblaba. Millares de soldados se deslizaban como sombras al abrigo de los oquedales. Los más afortunados se apoyaban en un tronco, se dejaban caer sobre el musgo y se adormecían con los pies en los charcos. Aquel acantonamiento hacía ir de cabeza a la intendencia, que jamás lograría alimentar a semejante masa humana. En cuanto a las provisiones enviadas por Davout en pequeñas embarcaciones, cuando llegaban intactas a la ribera, eran devoradas tan pronto como las desembarcaban.

Ahora los heridos gemían bajo grandes toldos o apoyados en un muro de carretillas. Los servidores de la ambulancia habían utilizado los barriles para recoger el agua de lluvia y construido canalones de cañas para canalizar el agua retenida en bolsas sobre las telas tendidas en las ramas. Se afanaban por calentar a cubierto su infecto caldo de carne caballar, y colocaban en cubetas las cabezas y tripas que los prisioneros, encerrados en el extremo arenoso de la isla Lobau, se comerían crudas. De vez en cuando un enfermero, que hacía la ronda entre los cuerpos tendidos, recogía a un muerto, lo arrastraba en medio de la indiferencia de los demás hacia una playa y lo arrojaba al río.

Delante, en la pradera, hacía horas que la lluvia había extinguido los hachones, pero Masséna seguía en aquel lugar. Rígido, como una estatua que se alzara en medio del barro, chorreante, cuidaba de que el conjunto del ejército que le había confiado el emperador abandonara rápidamente la orilla izquierda para refugiarse en los bosques de la isla.

—No queda más que la Vieja Guardia, señor duque —dijo Sainte-Croix, las plumas de cuyo bicornio pendían de una manera lamentable.

—Está empezando a amanecer, lo hemos conseguido. —Ahí llegan los últimos...

En efecto, el general Dorsenne llegaba a la cabeza de un batallón de fantasmas grises, envueltos en capotes muy pesados a causa de la lluvia que los había empapado. Chapoteaban y resba laban al bajar por la colina, pero se esforzaban por marchar al paso y levantaban los terrones que se les pegaban a las suelas. Las banderas mojadas se enredaban en sus astas. Los clarinetes tocaban en sordina una marcha imperial. Los tambores ya no redoblaban, y estaban cubiertos de mandiles para que el agua no les distendiera la piel. Dorsenne se detuvo al lado de Masséna, y Sainte-Croix tuvo que ayudarle a bajar de la silla, pues había sufrido una herida en el cráneo y parecía muy débil. Sus guantes, atados alrededor de la frente, le servían como apósito.

—No es más que un rasguño —comentó.

—¡Haceos examinar en seguida! —rugió Masséna—. ¡Lannes, Espagne, Saint-Hilaire, ya es suficiente!

—Cuando hayan pasado mis granaderos y cazadores.

—¡Testarudo como un mulo!

—No tengo derecho a desaparecer antes del último acto, señor mariscal. Eso daría un mal ejemplo.

Masséna le tomó del brazo para presenciar el desfile de los granaderos que se internaban en el puente pequeño zarandeado por el Danubio.

—Traigo conmigo a más de la mitad —precisó Dorsenne.

—Sainte-Croix —dijo Masséna—, llevad vos mismo al general a que le vea el doctor Yvan.

—O Larrey —dijo Dorsenne, pálido como la cera.

—¡Oh, no, desdichado! ¡Larrey sería capaz de amputaros la cabeza! Como el doctor Guillotin, corta todo lo que sobresale, ¿sabéis?

Tras esta chanza, se separaron. A continuación Masséna ordenó a sus oficiales:

—Adelante, señores. Os sigo.

Los oficiales se hallaban en la isla cuando resonó una andanada en las inmediaciones de Aspern. Masséna sonrió.

—¡Los pícaros se despiertan!

Pero tan sólo se trataba de un incidente sin consecuencias. Los soldados austríacos habían descargado sus armas sobre un vivaque abandonado. El archiduque desconocía la realidad de los daños causados al puente grande, temía que los zapadores lo reparasen con rapidez y que los refuerzos franceses pasaran a la orilla derecha, como la víspera. Inquieto, inseguro, había llevado al grueso de sus tropas a las posiciones anteriores. Ni siquiera pensaba en atacar. Su ejército se había desangrado.

Solo, a pie, lentamente y sin volverse, el mariscal Masséna fue el último en franquear el puente pequeño. Ya los marinos y los zapadores se disponían a desmontarlo. Unas carretas sin adrales, estrechas y largas, aguardaban los pontones que transportarían al otro lado de la isla Lobau para restaurar el puente flotante: faltaban quince embarcaciones. A las seis de la mañana finalizaba la batalla de Essling. Había más de cuarenta mil muertos en los campos.

Capítulo séptimo

DESPUÉS DE LA HECATOMBE

El coronel Lejeune pasó dos jornadas conflictivas en la isla Lobau. Le impacientaba la tardanza en reparar el puente, y esperaba un bombardeo desde que los austríacos de Hiller habían tomado posiciones en los pueblos abandonados. El enemigo intentaba fortificar el río y sin duda iba a traer cañones. Lejeune bebía agua de lluvia, tomaba el caldo de carne de caballo (que a Masséna le parecía delicioso) y no pensaba más que en la señorita Krauss, cuya huida ignoraba. Una vez reconstruido el puente grande, el coronel obtuvo permiso para ir a Viena. Compró demasiado caro un caballo de húsar y galopó hacia la casa de la Jordangasse, donde no encontró más que decepción y amargura. Primero se encolerizó y sufrió una crisis de locura furiosa, a pesar de las frases que Henri había preparado para contener la rabia y la pena previsibles de su amigo. Lejeune entró en la habitación de la infiel, la embustera, la remilgada, la diablesa, porque le achacaba todos los defectos, descolgó sus vestidos, los desgarró y pisoteó, la llamó traidora a gritos... La idea de que se había burlado de él, le había puesto en ridículo, era insoportable. Cuando hubo destrozado tres baúles y varios armarios, prendió fuego a sus croquis, sin que Henri pudiera salvar uno solo, y entonces se acostó vestido, sin aliento, los ojos fijos en el techo de madera pintada. Permaneció así durante varias horas. Henri, inquieto, aprovechó la visita diaria del doctor Carino para rogarle que cuidara al coronel. Lejeune envió al médico a paseo:

—¡Lo que tengo, señor, no se cura con vuestras pociones! Henri seguía tomando sus medicinas, y la experiencia de la turbación de Lejeune le hacía recuperar las fuerzas. Una dolencia más grave de otra persona cercana consigue a veces que uno olvide la suya, y a menudo el cuerpo físico se recupera mejor que el espíritu. Périgord le aportaba su ayuda, ya que había regresado a sus aposentos de la casa rosada, con su grueso criado y su cartuchera revestida de corladura que contenía un estuche de aseo. Périgord buscaba con Henri los medios para devolver a su amigo el buen humor, trataban de llevarle a la Opera, descubrieron en una librería ediciones excepcionales sobre los pintores venecianos. Périgord incluso había sobornado a uno de los cocineros de Schönbrunn, el cual acudía por la noche para preparar unos guisados irresistibles a los que Lejeune se resistía. Había perdido el apetito, y ya no quería escuchar música ni asistir a espectáculos ni leer. Se negaba a ir al cabaret, a tomar el aire en los jardines del Prater, a visitar la casa de fieras, a comerse un helado en el café del Bastión. Una mañana, Périgord y Henri entraron en su habitación con semblante resuelto.

—Vamos a llevaros a Baden, querido amigo —le dijo Périgord.

—¿Para qué?

—Para refrescaros la cabeza, para ofreceros nuevas ideas y una pizca de alegría.

—Eso me trae sin cuidado, Edmond. Pero ¿qué es ese perfume que usáis?

—¿No os gusta? Este perfume agrada a las damas, creedme. Tiene la virtud de atraerlas como por arte de magia. Deberíais utilizarlo.

—¡Dejadme los dos en paz!

—¡Ah, no! —replicó Henri, disgustado—. ¡Hace tres días que te haces la momia y nos tienes inquietos!

—No inquieto a nadie, y ya no existo.

—¡Basta, Louis-François! —le dijo Périgord—. Mañana nos vamos a Baden.

—¡Buen viaje! —rezongó Lejeune.

—Con vos.

—No. Además, mañana tenemos que participar en el desfile del sábado en el patio de Schönbrunn con el estado mayor.

—He hablado de vuestro caso con el mariscal Berthier, y me ha dado permiso para llevaros a Baden por motivos de salud —dijo Périgord.

—¿Qué le habéis dicho?

—La verdad.

—¡Estáis loco!

—Vos sois el loco, Louis-François. Obedeced las órdenes.

Tomar las aguas en Baden era una idea de Henri, el cual la había recibido del barón Peyrusse, pagador del Tesoro general de la corona. Éste le había contado su breve estancia en el pequeño valle, a cuatro millas de Viena. Allí te alquilaban una habitación por un fajo de florines. En cuanto a las aguas, uno chapoteaba con otras veinte personas en unas cubas de pino llenas de agua mineral. Lo más interesante era que las muchachas se bañaban con los hombres y sus camisas mojadas hacían soñar al menos soñador. Si Lejeune se enamoraba de una joven austríaca que sustituyera a Anna, no tardaría en restablecerse...

El doctor Corvisart, de frente alta, despejada, y blancos cabellos ensortijados, se acomodó ante el escritorio del emperador.

Es un rebrote de vuestro viejo eccema, Sire.

—¿En el cuello?

—No valía la pena hacerme venir de París para esto.

—¡Los médicos alemanes son todos unas nulidades!

—Voy a anotar la composición de nuestra pomada habitual, para los farmacéuticos de Su Majestad...

—¡Anotad, Corvisart, anotad!

Los criados vestían al emperador, mientras el doctor Corvisart anotaba la manera de componer el preparado que lograría eliminar el eccema ordinario de Napoleón, quince gramos de cebadilla en polvo, noventa gramos de aceite de oliva y otros noventa de alcohol puro. Este mejunje iba de perlas desde la época del Consulado.

—¿Señor Constant?

El primer ayuda de cámara apareció en la puerta del salón de las Lacas, hizo una reverencia y anunció:

—Su Excelencia el príncipe de Neuchâtel...

—Que entre si trae buenas noticias. ¡Si son malas, que se vaya a paseo! Las malas noticias dan alas al eccema, ¿no es cierto, Corvisart?

—Es posible, Síre.

—Las noticias son buenas —dijo Berthier, quien acababa de entrar en el salón—. Vuestra Majestad estará contento.

—¡Vamos, decidme, contentad a Mi Majestad!

El emperador tomó asiento y tendió los brazos blancos. Su calzador, arrodillado, le puso las botas.

Berthier resumió la situación con las informaciones que había recibido aquella misma mañana:

—Las divisiones de Marmont y de MacDonald se han reunido cerca del puerto de Semmering. En este momento el ejército de Italia avanza por la ruta de Viena.

—¿Y el archiduque Juan?

—No ha podido contener este avance y se repliega hacia Hungría con las tropas mermadas.

—¿El archiduque Carlos?

—No se mueve.

—¡Qué idiota es!

—Sí, Sire, sin embargo, nuestro fracaso relativo parece revigorar a nuestros enemigos en Europa...

—¡Ya veis, Corvisart! —dijo el emperador a su médico—. ¡Este mamarracho me quiere enfermar!

—No, Sire, trata de sustentar vuestras reflexiones.

—¿Y qué más? —preguntó el emperador a su mayor general.

—Los rusos se manifiestan contra nosotros en Moravia, pero el zar Alejandro os asegura su amistad.

—¡Por supuesto! ¡No tiene el menor deseo de ver entrar a los austríacos en Polonia! ¡Me inunda de buenas palabras y no me envía un solo cosaco! ¿Y en París?

—Han circulado rumores de la derrota, incluso en la corte, y vuestra hermana Caroline ha tenido palpitaciones. La Bolsa está a la baja.

—¡Los banqueros son unos cernícalos! ¿Y Fouché?

—El señor duque de Otranto ha vuelto a hacerse cargo de la situación y ya nadie rechista.

—¡Ese zorro! ¡Qué excelente barómetro! Que amplíen sus poderes. ¡Si no traiciona es que sabe cuáles son sus intereses!

—Al contrario de lo que temíamos —siguió diciendo Berthier—, los ingleses ya no amenazan con invadir Holanda.

—¿El papa?

—Os ha excomulgado, Sire.

—¡Ah, sí! Lo había olvidado. ¿Quién está al frente de nuestros gendarmes en Roma?

—El general Radet.

—¿Tenéis confianza en ese oficial?

—Es él quien ha reorganizado nuestra gendarmería, Sire. Ha sido eficaz en Nápoles y la Toscana.

—¿Dónde está ese cerdo del papa?

—En el Quirinal, Sire.

—¡Que Radet lo saque de ahí y lo detenga!

—¿Que lo detenga?

—Y lejos de Roma, en Florencia, por ejemplo. Sus insolencias me irritan y el eccema empezará a picarme, ¿no es cierto, Corvisart? ¡No pongas esa cara, Berthier! No se trata de religión, sino de política. (A su calzador, mirándose las botas.) ¿Habéis visto el cuero? Se agrieta a pesar de la cera.

—Necesitaríais unas botas nuevas, Síre.

—¿Cuánto costarían?

—Unos dieciocho francos, Vuestra Majestad.

—¡Demasiado caro! Berthier, ¿está todo a punto para la revista?

—Las tropas os esperan.

—¿Hay público?

—Mucho. A los vieneses les encantan los desfiles, y tienen curiosidad por veros.

—Subito!

Y durante más de una hora, bajo aquel calor, Napoleón permaneció sobre su caballo blanco, en uniforme de coronel de granaderos, chaleco, guerrera azul, bocamangas rojas, en medio de su estado mayor al completo. La Guardia Imperial desfiló en un orden perfecto al compás de la música. Los hombres habían descansado y estaban limpios, afeitados, bruñidos, sin que les faltara ningún botón ni guarnición, y la muchedumbre aplaudía al paso de las banderas. El emperador quería mostrar que su ejército no estaba por los suelos, que los sangrientos combates a orillas del Danubio no habían sido más que un contratiempo. Esto debía impresionar a los habitantes de Viena y reavivar la moral de los soldados. Al final de esta demostración, Napoleón desmontó y atravesó el antepatio para entrar de nuevo en el palacio. En aquel momento, un joven salió de entre la multitud mal contenida por los gendarmes. Berthier se interpuso:

—¿Qué queréis?

—Ver al emperador.

—Si tenéis que hacerle una petición, dádmela y se la haré llegar para que la lea.

—Quiero hablarle, y sólo a él.

—Es imposible. Adiós, joven.

El mayor general ordenó a los gendarmes con una seña que empujaran al joven hasta mezclarlo con el público que todavía aclamaba, y entonces se reunió con el emperador en el interior del palacio de Schönbrunn. El joven seguía agitándose, volvió a liberarse y dio unos pasos más por el patio adoquinado. Esta vez intervino personalmente el coronel de la gendarmería para pedirle que circulara, pero, inquieto por la mirada del joven exaltado, ordenó a sus hombres que lo prendieran. Él se debatió. En el interior de su levita verde, entreabierta, el oficial vio el mango de un cuchillo, se lo quitó y ordenó que condujeran al individuo ante uno de los oficiales de ordenanza del emperador. Era Rapp, el alsaciano, y se entabló un diálogo en alemán.

—¿Sois austríaco?

—Alemán.

—¿Qué queríais hacer con este cuchillo?
—Matar a Napoleón.
—¿Os dais cuenta de la enormidad de vuestra confesión?
—Escucho la voz de Dios.
—¿Cómo os llamáis?
—Friedrich Staps.
—¡Estáis muy pálido!
—Porque mi misión ha fracasado.
—¿Por qué queríais matar a Su Majestad?
—Sólo puedo decírselo a él.

Informado de esta peripecia, el emperador consintió en recibir a Staps. Su juventud le causó asombro, y se echó a reír.

—¡Pero si es un chiquillo!
—Tiene diecisiete años, Síre—dijo el general Rapp.
—¡Pues parece tener doce! ¿Habla francés?
—Un poco —respondió el muchacho.
—Vos traduciréis, Rapp. (A Staps.) ¿Por qué queríais apuñalarme?
—Porque sois el causante de la desgracia de mi país.
—¿Acaso vuestro padre ha muerto en la batalla?
—No.
—¿Os he perjudicado personalmente?
—Como a todos los alemanes.
—¡Sois un iluminado!
—Mi salud es perfecta.
—¿Quién os ha adoctrinado?
—Nadie.

Berthier dijo al emperador, volviéndose hacia el mayor general—, que venga el bueno de Corvisart...

Llegó el médico, le pusieron al corriente de la situación, observó al joven, le tomó el pulso y dijo:

—No sufre una agitación intempestiva, el corazón late a su ritmo normal, vuestro asesino goza de buena salud...

—¡Ya veis! —exclamó Staps en un tono de triunfo.

—Señor —dijo el emperador—, si me pedís perdón, podréis marcharos. Todo esto no es más que un juego infantil.

—No voy a excusarme.

—Inferno! Ibais a cometer un crimen.

—Mataron no es un crimen sino una buena acción.

—Si os perdono, ¿volveréis a vuestra casa?

—Lo intentaré de nuevo.

Napoleón daba golpecitos con la bota en el entarimado. El interrogatorio empezaba a enojarle. Bajó los ojos para no seguir viendo al joven Staps y, cambiando de tono, dijo en voz seca a los testigos de la escena:

—¡Que se lleven a este cretino con cara de ángel!

Esto equivalía a una condena a muerte. Friedrich Staps se dejó atar. Los gendarmes le empujaron hacia una puerta mientras el emperador salía por otra.

La vida seguía en Viena igual o casi igual que antes de la batalla. Daru había recibido autorización para requisar varios palacios a fin de establecer en ellos hospitales en condiciones. Los heridos habían sido evacuados de la isla, y descansaban entre sábanas blancas, con una rama en la mano para abanicarse y espantar las moscas. Se había puesto tarifa a las heridas: cuarenta francos por dos miembros cortados, veinte francos por un miembro y diez por las demás heridas si provocaban alguna disminución física. El tesorero Peyrusse gratificó con este donativo, según su cálculo personal, a diez mil setecientos heridos.

Como al doctor Percy le faltaba personal, a pesar de sus continuas quejas, y el número de heridos requería cuadrillas de enfermeros, ayudantes, cantineros, lavanderas, planchadores, el general Molitor le había dado permiso para conservar al tirador Paradis a su servicio:

—Este hombre no es adecuado para el combate —había aducido el médico—, lo que ha sufrido le ha dañado un poco, pero tiene dos brazos, dos piernas, es robusto y le necesito. Me será más útil que a vos.

Así pues, Molitor había firmado el cambio de destino sin refunfuñar. Por otro lado, esperaba la llegada de reclutas para cubrir las vacantes de su división. Y de esta manera, cierta vez que acarreaba un cubo de agua sucia, Paradis vio por primera vez a su emperador tan cerca que hubiera podido tocarlo: visitaba el hotel del Príncipe Alberto, convertido en hospital, para condecorar a los valientes lisiados sin piernas que lloraban de emoción.

Como no había sido posible llevar a Viena a los heridos más graves, los habitantes de Ebersdorf, delante de la isla Lobau, los albergaban. Al mariscal le habían amputado ambas piernas. Se alojaba en casa de un cervecero, en el primer piso, en una habitación encima de la cuadra. Durante cuatro días creyeron que iba a restablecerse, hablaba de prótesis, soñaba con el porvenir, imaginaba el modo de dirigir un ejército cuando uno carece de piernas, en un tonel, decía, como el almirante Nelson. El calor era extremo y llegó a los treinta grados. Las heridas se infectaban, la habitación apestaba. Un criado abandonó al mariscal a causa de los miasmas que no podía soportar, el otro cayó enfermo y Marbot, el fiel Marbot, se quedó solo a la cabecera de su mariscal. Se olvidaba de cuidarse la pierna, la cual se hinchaba e inflamaba. Velaba noche y día, recogía confidencias y esperanzas, ayudaba lo mejor que podía a los doctores Yvan y Franck, este último un cirujano de la corte austríaca que se había puesto a disposición de sus colegas franceses. Pero todo era inútil. El mariscal Lannes divagaba, ya no dormía, creía de veras que estaba en la llanura de Marchfeld, daba órdenes imaginarias, veía avanzar batallones en la niebla, oía los cañonazos. No tardó en dejar de reconocer a quienes le rodeaban, confundía a Marbot con su amigo Pouzet, a quien habían enterrado. Napoleón y Berthier le visitaban a diario, tapándose la boca con un pañuelo para no respirar aquel espantoso olor de carne en descomposición. El emperador había renunciado a hablar. Lannes le miraba como si fuese un desconocido. En toda una semana no pronunció más que

una sola frase lúcida ante Napoleón:

—Nunca serás más poderoso de lo que eres, pero podrías ser más querido...

Los vieneses no pueden estar demasiado tiempo sin música. Una semana después de la batalla, el Teatro de Viena estaba lleno a rebosar. Los oficiales franceses ocupaban las cuatro hileras de palcos, a menudo acompañados de hermosas austríacas con vestidos de volantes, muy escotados, que agitaban ante sus gargantas desnudas y redondeadas abanicos de plumas. Aquella noche representaban el Don Juan de Molière modificado para la ópera. Sganarelle salía a escena cantando y los decorados cambiaban a la vista. Los árboles del jardín, que parecían auténticos, giraban para transformarse en columnas de mármol rosa, un matorral revelaba al girar unas cariátides, la hierba se enrollaba para convertirse en una alfombra oriental, el cielo se decoloraba, monumentales arañas de luces pendían de las cimbras, las paredes se deslizaban, una escalera se desplegaba. Una multitud de coristas vestidas con dominós invadía el inmenso escenario para representar un baile de máscaras, y doña Elvira cantaba la invitación que había recibido de don Juan. Los espectadores participaban, llevaban el compás, se levantaban, lanzaban vivas, ovacionaban, exigían que se cantara de nuevo un aria que les había complacido. A Henri Beyle y LouisFrançois Lejeune, este último con uniforme de gala, les gustaba aquel espectáculo tan vienés. Mientras hacía una cura de aguas en Baden, el coronel no había olvidado a Anna, pero su rencor era menos vivo, y unas jóvenes rubias habían logrado distraerle. En el palco, los dos amigos intercambiaban rápidos comentarios sobre los cantos y los decorados. Madame Campi, quien interpretaba a la hija del comendador, les parecía demasiado delgada y muy fea, pero su voz les encantaba.

—Dame el antejo —pidió Henri a su amigo.

Lejeune le prestó el antejo de larga vista que había utilizado en Essling para estudiar los movimientos de la artillería austríaca. Henri aplicó el ojo y tendió el instrumento al coronel.

—Mira, es la tercera corista empezando por la izquierda.

—Es mona —comentó Lejeune mientras miraba—. Tienes gusto.

—Decir de Valentine que es mona quizá no sea el término preciso. Bonita, sí, chispeante, también, juguetona, a menudo divertida.

—¿Me la presentarás?

—Por supuesto, Louis-François. La veremos entre bastidores. Henri no se atrevió a precisar que Valentine era charlatana como una cotorra, pesada y excesiva, pero a pesar de todos sus defectos, ¿no era la clase de mujer que le convenía a LouisFrançois? Era todo lo contrario de Anna Krauss, le aturdí a uno. El Don Juan proseguía alejándose de Molière. En el último acto, cuando la estatua del comendador se sumía bajo tierra, una nube de demonios cornudos atrapaba a Don Juan. En el escenario el Vesubio entraba en erupción y unos ríos de lava bien imitada fluían hasta el proscenio. Los demonios, riéndose sarcásticamente, hacían desaparecer al gentilhomme por el cráter, y caía el telón. Henri llevó a Lejeune hacia los camerinos, y en los pasillos se cruzaron con actrices semivestidas que se extasiaban bajo los cumplidos de sus admiradores.

—Parece como si estuviéramos en el salón de descanso del Teatro de Variedades —comentó el coronel, sonriendo por fin.

Y, en efecto, tanto allí como en París uno se codeaba con dramaturgos, ninfas, periodistas que criticaban o estaban de cháchara. Henri conocía el camino. Valentine compartía su camerino con otras coristas que se estaban quitando el maquillaje. Vestía tan sólo una túnica y el beso en la mano que le dio LouisFrançois la dejó embelesada.

—Te llevamos a cenar al Prater —le dijo Henri.

—¡Buena idea! —replicó ella con los ojos fijos en el oficial, a quien preguntó en un tono bromista—: Así pues, ¿habéis estado en esa horrible batalla?

—Sí, señorita.

—¿Me la contaréis? ¡Desde las murallas no se veía nada!

—De acuerdo, si aceptáis posar para mí.

—Louis-François es un pintor excelente —explicó Henri ante la sorpresa de Valentine. Ella parpadeó.

—Pintor y militar —añadió Lejeune. —¡Admirable! Posaré para vos, general.

—Coronel.

—¡Vuestro uniforme es de general, por lo menos!

—Es él quien lo ha diseñado —precisó Henri.

—¿Me diseñaréis vestidos para la escena?

Aguardaron en el exterior a que Valentine se cambiara. Un grupo discutía a su lado, y les llegaban retazos de conversación.

—¡Un iluminado, os lo juro! —decía un señor, gordo con levita negra.

—¡Pero era tan joven! —decía una cantante con voz trémula.

—Sea como fuere, ha intentado asesinar al emperador.

—¡Lo ha intentado, es cierto, pero no lo ha hecho!

—La intención basta.

—¡De todos modos, fusilarlo por una tentativa tan loca.

—Su Majestad quería salvarle.

—¡Vamos, hombre!

—Sí, sí, me lo ha dicho el general Rapp, que estaba presente. El muchacho se mostró testarudo, insultó al emperador, y después de eso, ¿cómo queríais que le perdonara?

—En Viena se murmura que va a convertirse en un héroe.

—Por desgracia, eso no es imposible.

—Acusarán al emperador de dureza.

—Su vida estaba en juego y, por lo tanto, también las nuestras.

—¿Cómo se llamaba ese héroe vuestro que se creía Juana de Arco?

—Staps o Staps.

Henri se sobresaltó al oír el nombre. Durante la cena, él fue el más taciturno. Valentine divirtió a Louis-François, y decidieron volver a verse.

La isla Lobau estaba irreconocible. En unos pocos días, el campamento fortificado que gobernaba Masséna se había convertido en una ciudad camuflada, salida de los matorrales y los carrizos, con calles bordeadas de reverberos, fortificaciones sólidas, canales saneados para que

llegaran por ellos embarcaciones cargadas de harina y municiones. Aquí, una manufactura; allá, hornos para cocer el pan. Más allá, en un calvero vallado, había rebaños de bueyes. En las abadías vecinas o en los sótanos de los paisanos vieneses, el ejército había hecho acopio de vino para alegrar a la tropa y los obreros, pues doce mil marinos y otros tantos soldados del cuerpo de ingenieros y carpinteros de armar trabajaban en la construcción de tres grandes puentes sobre pilotes, protegidos corriente arriba por una estacada de vigas que detendría los objetos flotantes. Los austríacos, a los que se divisaba en la ribera de Essling, no podían ver los cañones de gran calibre que les apuntaban. Cada mañana, el coronel Sainte-Croix, tras haber inspeccionado el estado de las obras, corría a Schönbrunn para dar cuenta de los progresos al emperador. Los centinelas y chambelanes habían aprendido a reconocerle, le respetaban, era familiar y entraba sin llamar en el salón de las Lacas.

El 30 de mayo, a las siete de la mañana, cuando Sainte-Croix se presentó al emperador, éste tomaba su vaso de agua.

—¿Queréis? —le preguntó el emperador, mostrándole la jarra—. La fuente de Schönbrunn es fresca y muy deliciosa.

—Os creo, Majestad, pero prefiero el buen vino.

—D'accordo! ¡Constant! Señor Constant, enviaréis al coronel doscientas botellas de burdeos y otras tantas de champaña. Entonces el emperador y su nuevo valido subieron a la berlina que les condujo a Ebersdorf, ante los puentes. En ese pueblo, Napoleón se detuvo unos instantes para visitar al mariscal Lannes, de quien sabía que su salud era muy precaria y su agonía se eternizaba. Aquella mañana, Marbot había abandonado la cabecera del moribundo. Esperaba delante de las cuadras, apoyado en un bastón a causa del dolor en la pierna herida. El emperador lo vio al bajar de la berlina:

—¿Y el mariscal?

—Ha muerto esta mañana, Sire, a las cinco, en mis brazos. Su cabeza cayó sobre mi hombro.

El emperador subió al piso y permaneció una hora junto al cuerpo, en la habitación nauseabunda. Luego felicitó a Marbot por su lealtad y le pidió que hiciera embalsamar al mariscal antes de repatriarlo a Francia. Pensativo, siguió a Sainte-Croix, que le mostraba las últimas obras. Permaneció silencioso y no abrió la boca hasta que entró en la tienda de Masséna. El duque de Rivoli tenía una pierna vendada, y le recibió sentado en un sillón.

—¡Cómo! ¿Vos también? ¿Qué os ha pasado? ¡La batalla ha terminado, que yo sepa!

—Me caí en un hoyo oculto por la maleza, y desde entonces cojeo. A mi edad los huesos son frágiles, Sire.

—Tomad las muletas y seguidme.

—Mi médico debe cambiarme el apósito a cada vayamos demasiado lejos.

Masséna renqueó detrás del emperador y cual le explicaba el funcionamiento de las lanch que había empezado a construir.

—En cada embarcación caben trescientos h proa, ¿veis?, hay un mantelete para resguardo llegamos a la orilla se abate y sirve como tierra.

El emperador visitó varios talleres y las fortificaciones, y entonces expresó su deseo de pasear por la ribera arenosa donde sus soldados solían bañarse bajo las miradas regocijadas de los

austria cos. Para evitar riesgos, Napoleón y el mariscal se pusieron capotes de sargento.

—Dentro de un mes atacaremos —dijo el emperador—. Tendremos ciento cincuenta mil hombres, veinte mil caballos y quinientos cañones. Berthier me lo ha confirmado. ¿Qué es eso que hay allá, al fondo de la planicie?

—Las barracas del campamento del archiduque.

—¿Tan lejos?

El emperador, provisto de una ramita, dibujó un plano en la arena.

—En los primeros días de julio, pasamos en masa. MacDonald y el ejército de Italia, Marmont y el ejército de Dalmacia, los bávaros de Lefebvre, los sajones de Bernadotte. Vuestras divisiones, Masséna, se sitúan entre los pueblos... —Alzó la cabeza para observar la planicie—. ¡Masséna, y vos, Sainte-Croix, mirad lo que os digo, en el lugar donde el archiduque ha levantado sus barracas, ahí estará su tumba! ¿Cómo se llama esa planicie en la que se respalda?

—Wagram, Síre.

París, 17 de marzo de 1997

NOTAS HISTÓRICAS

En 1809

DARWIN nace el 12 de febrero

GÉRARD DE NERVAL tiene un año

GEORGE SAND, 5 años

VICTOR HUGO, 7 años

ALEXADRE DUMAS, 9 años

BALZAC, 10 años

VIGNY, 12 años

LAMARTINE, 19 años

SCHOPENHAUER, 21 años

STENDHAL, 26 años

SAINTE-CROIX, 27 años

LOUIS-François LEJEUNE, 34 años

MARBOT, 27 años

ANTOINE DE LASALLE, 34 años

DORSENNE, 36 años

CAULAINCOURT, 36 años

DUROC, 27 años

WALTER SCOTT, 38 años

EL ARCHIDUQUE CARLOS, 38 años

DAVOUT, 39 años

BEETHOVEN, 39 años

HEGEL, 39 años

EL ZAR ALEJANDRO, 39 años

NAPOLEÓN, 40 años

WELLINGTON, 40 años

ESPAGNE, 40 años

LANNES, 40 años

CHATEAUBRIAND, 41 años

FRANCISCO II DE AUSTRIA, 41 años

BESSIÉRES, 41 años

BENJAMIN CONSTANT, 42 años

DARu, 42 años

SAINT-HILAIRE, 43 años

LARREY, 43 años

MADAME DE STÄEL, 43

FOUCHE, 46 años

CHERUSINI, 49 años

MASSÉNA, 51 años

TALLEYRAND, 55 años

PERCY, 55 años

BERTHIER, 56 años

GOETHE, 60 años

GOYA, 63 años

SADE, 69 años

HAYDN, 77 años

Hacia fines de los años 1820, los escritores franceses admiran a Walter Scott y la novela histórica está de moda. Vigny tiene éxito con Cinc-Mars, una obra de la que se hicieron catorce ediciones en vida del autor. Hugo piensa en Nuestra Señora de París. Balzac publica una novela farragosa sobre los chuanes: no logra más que trescientos lectores, y los críticos le abruman, tachándole de confuso, pretencioso, complicado y carente de estilo. Balzac insiste. En 1831, tras Piel de zapa, aborda de nuevo su novela histórica, la corrige, la completa, y sobre la marcha anuncia las Escenas de la vida militar, entre las cuales menciona La batalla. Aparenta trabajar en esta última obra en Aix, pero la marquesa de Castries, de la que se ha prendado, le ocupa demasiado. Sin embargo, no abandona su proyecto. En diciembre de 1834 todavía habla de él con seguridad. Promete un cuadro de París a comienzos del siglo xv, una historia del tiempo de Luis XIII y, una vez más, esta famosa Batalla cuya época precisa al añadir vista del Imperio, 1809

¿De qué batalla se trata?

¿Wagram? No. Essling. El año anterior había desvelado su secreto en una carta dirigida a la señora Hanska:

Ahí trato de iniciaros en todos los horrores, todas las bellezas de un campo de batalla. Mi batalla es la de Essling. Essling, con todas sus consecuencias. Es preciso que, en su sillón, un hombre frío vea el campo, los accidentes del terreno, las masas de hombres, los acontecimientos estratégicos, el Danubio, los puentes, que admire los detalles y el conjunto de esa lucha, oiga a la artillería, se interese por las jugadas sobre el damero, lo vea todo, sienta, en cada articulación de ese gran cuerpo, a Napoleón, a quien no mostraré, o que dejaré ver por la noche, cruzando el Danubio en una barca. Ni una sola cabeza de mujer, cañones, caballos, dos ejércitos, uniformes. En la primera página, el cañón ruge, y en la última se calla. Leeréis a través de la humareda y, una vez cerrado el libro, deberéis haberlo visto todo intuitivamente y acordaros de la batalla como si hubierais participado en ella.

En 1835, Balzac se encuentra en Viena. Acaba de enviar a la señora Hanska el manuscrito de Séraphita. Aprovecha la ocasión para alquilar un coche y visitar Essling, la llanura de Marchfeld, la meseta de Wagram, la isla Lobau. El príncipe Schwarzenberg le acompaña en su visita al campo de batalla. El escritor toma notas. Luego vuelve a casa y se pone a escribir El Brío en el valle.

Zarandeado por mil personajes y mil temas, Balzac no nos dará jamás su Batalla.

¿Por qué había elegido Balzac esta batalla ignorada? Tal vez porque, en Essling, cambia la naturaleza de la guerra. El historiador del Imperio Louis Madelin lo subraya: «Esta batalla inauguraba la era de las grandes hecatombes que, en lo sucesivo, marcarían las campañas del emperador». Más de cuarenta mil muertos en treinta horas, veintisiete mil austríacos y dieciséis mil franceses, lo cual equivale a un muerto cada tres segundos, sin olvidar más de once mil mutilados en el Gran Ejército. Y además, por primera vez, Napoleón sufre un fracaso militar personal, que perjudica su prestigio y estimula a sus enemigos. Después de Essling, los nacionalismos se desarrollan en toda Europa.

En primer lugar, consulté a los historiadores para situar la batalla y sus envites. En seguida comprobé que los especialistas carecen de objetividad. Con respecto a Napoleón, pocos de ellos se mantienen fríos: Jean Savant le odia, Elle Faure le venera, Madelin le ensalza, Bainville le aprecia, Taine le combate, etc. Así pues, he buscado a los testigos. Balzac los tenía al alcance de la mano, puesto que la mayoría aún vivían y podían contarle lo ocurrido. Felizmente han dejado memorias y recuerdos escritos. También ellos presentan unos sentimientos muy marcados, favorables o no, pero nos proporcionan una multitud de detalles que no me habría atrevido a inventar. Tras ellos, los historiadores aficionados a las anécdotas me han facilitado el material ideal. Así, Lucas—Dubreton cuenta el caso de ese abanderado cuya cabeza arranca una bala de cañón: sus ahorros, monedas de oro ocultas en la corbata, caen al suelo como una lluvia. Del mismo modo, el caldo de carne de caballo sazonado con pólvora de cañón se lo debo a los recuerdos de Constant, el ayuda de cámara del emperador. Los uniformes son auténticos, como también las canciones y los decorados, la topografía, la meteorología, los retratos de los principales personajes, sus talentos y sus defectos. Me he esforzado por no juzgar a los soldados, a Dorsenne, por ejemplo. Si doy crédito a las Memorias de Thiébault, era un perfecto imbécil, pero Thiébault no estuvo en Essling y los ejemplos que facilita están fuera de lugar, porque exagera y eso es algo que se nota.

Una novela histórica es la puesta en escena de hechos reales. Para ello, al lado de los mariscales y del emperador, he tenido que situar personajes imaginarios, los cuales participan del ritmo y ayudan a la reconstrucción. He inventado lo menos posible, pero a menudo era preciso partir de una indicación o de una frase para desarrollar toda una escena.

Alejandro Dumas decía que un historiador defiende su punto de vista y elige a los héroes que sirven para su demostración. Añadió que sólo el novelista es imparcial, pues no juzga sino que muestra.

A continuación presento, clasificados por temas, la lista de los libros que me han servido para resucitar la batalla de Essling con la mayor exactitud posible. Con respecto a los consultados en el Servicio Histórico de los Ejércitos, en el fuerte de Vincennes, indico la signatura bajo la que están disponibles, precedida de la letra V de Vincennes.

1. Sobre la campaña de 1809 y su desarrollo

- Henri Martin, *Histoire de France populaire*, tomo V, Furne, Jopuvet et Cie, París (sin fecha). Rápido, preciso, lleno de imágenes, con aliento. Henri Martin da una idea de conjunto incomparable.

- Cadet—Gassicourt, *Voyage en Autriche, en Moravie et en Bavière fait á la suite de l'armée française pendant la campagne de 1809*, L'Huillier, París, 1818. Este libro raro y precioso lo

compuso inmediatamente después del Imperio el farmacéutico ordinario de Napoleón. El relato es a veces ácido. Cadet—Gassicourt (o Cadet de Gassicourt) es el precursor de la medicina laboral.

- Tranié y Carmigniani, *Napoléon et l'Autriche, la campagne de 1809*, Copernic, 1979. Este grueso álbum me ha sido indispensable. El texto es claro y está cuajado de detalles. Hay una multitud de fotos, cuadros, croquis, retratos y láminas de uniformes que me han ayudado a imaginar la batalla. Además, los planes de las operaciones, día a día, me han evitado no pocos errores sobre el movimiento de las tropas.

- Pelet, *Mémoires de la guerre de 1809*, tomo 3, V 72905. Relato militar de un testigo.

- Marbot, *Mémoires* tomo I, *Mercure de France*, 1983. Uno de los mejores memorialistas, rico en detalles y en anécdotas. Le debo la mayor parte de las indicaciones sobre el mariscal Lannes en Essling, su herida y su muerte. También le debo el personaje de Sainte-Croix, al que consagra casi todo un capítulo.

- Lejeune, *Mémoires*, de Valmy á Wagram, V 40518. También en este caso he inventado poco. El personaje ha existido realmente en las condiciones descritas. Era un gran pintor y un oficial de enlace del estado mayor, lo que le permitía circular de un extremo al otro del campo de batalla. Los ciervos arrastrados por la corriente del Danubio, el centinela austríaco que le dispara en el capítulo VI, todo esto es exacto. Lo que he inventado es su relación amistosa con Stendhal (quien se hallaba en Viena, en casa del conde Daru) y sus amores contrariados con Anna Krauss (quien no existió). Louis-François Lejeune escribía tan bien como pintaba, y sus Memorias son un placer.

- Masséna, *Mémoires* tomo VI, V 6835. El mariscal habla de él en tercera persona, como julio César, y se otorga el mejor papel. Es insustituible cuando nos ofrece la topografía de un campo de batalla. Gracias a él he recorrido los caminos encajonados, los bosquecillos de sauces o de olmos, he conocido el espesor de los muros del pósito de Essling, la disposición de las casas, etcétera. La anécdota de su caballerizo muerto por un proyectil cuando le ayudaba a ajustar el estribo es exacta (figura también en las memorias de Marbot).

- Renemont, *Campagne de 1809*, V 55192. Técnico.

- Camon, *Laguerre napoléonienne*, V 66363/1. Técnico.

- Napier, *Campagne de 1809*, V 73099, vol. 3. Técnico.

- Brunon, «Essling», artículo de la *Revue Historique des armées* V, Título 111, cap. 11, 1959/1. Gracias a este texto me he enterado de que, a falta de avena, se les daba cebada a los caballos, y que al segundo día cargaban al trote.

- *Lettres inédites del barón Peyrusse*, Perrin, 1894.

2. Sobre el ejército

- Masson, *Cavaliers de Napoléon*, V. 24811. Un clásico. Todos los regimientos, todos los uniformes, todos los oficiales.

- Lucas—Dubreton, *Soldats de Napoléon*, V 61835, otro clásico rico en detalles y anécdotas esclarecedoras.

- Coignet, *Les Cahiers du capitaine Coignet*, Hachette 1883, y *Souvenirs d'un vieux grognard*, V 21980. Sobre la Guardia Imperial. Obra célebre.

- Pils, *Journal de marche d'ungrenadier*, V 41352.

- Parquin, *Souvenirs et campagnes*, V 41352.

- Chevalier, *Souvenirs des guerres napoléoniennes*, V 17804.

- Brice, Les Femmes et les armées de la Révolution et de l'Empire, V 4354

- Masson, Iadis tomo 2, V 9989

- Caziot, Historique du corps de pontonniers V 37488.

- Chardigny, Les Maréchaux de Napoléon, Flammarion, 1946. Muy completo.

- Zieseniss, Berthier, Belfond, 1985.

- Histoire et dictionnaire d u Consulat et de l'Empire, por MM. Fierro, Palluel—Guillard y Tulard, «Bouquins», Robert Laffont, 1995.

• En la colección «Vie Quotidienne» de Hachette se puede consultar los tres volúmenes que conciernen al Imperio, compuestos en épocas diferentes por MM. Robiquet, Baldet y Tulard.

3. Sobre la época y sobre Viena

- D'Almérás, La vie parisienne sous le Consulat et l'Empire, Albin Michel, 7.a ed., sin fecha.

- Bertaut, La vie á Paris Bous le ler Empire, Calmann—Lévy, 1949.

- Kralik, Histoire de Vienne, Payot, 1932.

- Mme de Stáel, De l'Allemagne, tomo 1, 8.

- Grueber, Sous les aigles autrichiennes, V 3523.

- Brion, La vie quotidienne á Vienne au temps de Mozart et de Schubert, Hachette, 1988.

Hay que sumirse siempre con alegría en la lectura de una obra de Marcel Brion. Me ha llevado de paseo por las murallas desaparecidas de la ciudad vieja y los cabarets a orillas del Danubio. En esta obra he descubierto la presencia del señor Haydn, quien murió poco después de la batalla de Essling.

- Vienne, Guías Gallimard, donde he encontrado la fauna y la flora de la isla Lobau.

4. Sobre la medicina de guerra

- Percy Journal de campagne, V 31488.

- Larrey, Mémoires de chirurgie militaire, vol. 3, V 71126, y Clinique chirurgicale, 4 tomos, V 71125.

- Ross, Souvenirs d'un médecin de la grande armée, Perrin, 1913.

- Toute l'Histoire de Napoléon, vol. 8, Napoléon et les médecins, enero 1952, publicación impresa en Caen. De ella he extraído la poción que preparaba el doctor Corvisart para cuidar el eccema del emperador.

5. Sobre Napoleón

- Constant, Mémoires intimes de Napoléon ler, Mercure de France, 1967. El libro indispensable. Constant, el ayuda de cámara del emperador, me ha permitido visitar Schönbrunn. Las notas, numerosas y tupidas, al final de la obra, son apasionantes. Se deben al señor Maurice Dernelle, de la Academia de la Historia, a cuya erudición estoy agradecido.

- Stendhal, Vie de Napoléon, Payot, 1969. [Trad. española: Vida de Napoleón, Obras Completas de Stendhal, tomo 111, Madrid, Aguilar, 1988.] Sin ternura y con brillantez.

- Bainville, Napoléon, Fayard, 1931.

- Godechot, Napoléon, Albin Michel, 1969. Estudios bien compuestos, por temas, con testimonios de la época. En esta obra se encuentra la historia de Friedrich Staps y su interrogatorio

completo consignado por el general Rapp (cf. las memorias de este último, V 73242). En la novela he adelantado la fecha del atentado que, en realidad, tuvo lugar en octubre de 1809. He retenido a este personaje porque representa bien la oposición mística al Imperio, que se desarrollará a continuación. El emperador habría conservado el cuchillo de cocina con el que Staps quería matarle. El detalle de los interrogatorios figura en el número de *Etudes napoléoniennes* de mayo-junio de 1922.

- Ludwig, Napoléon, Payot, 1929.

- Savant, *Tel fut Napoléon*, Fasquelle, 1953. Este texto se ha incluido en un álbum titulado *Napoléon*, publicado por Henri Veyrier en 1974. Como suplemento, en esta última edición, figura gran cantidad de ilustraciones, de cuadros y retratos. Para Jean Savant, Napoleón es un ser totalmente negativo, y acumula pruebas en ese sentido. Casi demasiadas.

- G. Lenotre, *Napoléon, croquis de Pepopée y En suivant l'Empereur*, «La petite histoire», Grasset, 1932 y 1935 El primero de estos volúmenes se ha publicado en los «Cahiers Rouges». Incomparable. Mi buen maestro. Como homenaje, he tomado en préstamo su descripción del bicornio del emperador, que él mismo había encontrado en una factura del sombrerero Poupard.

- Bouhler, *Napoléon*, Grasset, 1942.

- Mauguin, *Napoléon et la superstition*, Rodez, 1946.

- Bertaut, *Napoléon ignoré*, Sfelt, 1951. En esta obra se descubren sus talismanes, sus caballos, sus humores.

- Brice, *Le secret de Napoléon*, Payot, 1936.

- Frugier, *Napoléon, essai médico psychologique*, Albatros, 1985.

anecdotes et curiosités, Ca—

- Emerson, *Hommes représentatifs*, Crés, 1919. El filósofo norteamericano consagra el capítulo VI de esta obra a Napoleón, o el hombre del universo. Un retrato tanto más interesante cuanto que es inesperado.

- Taine, *Les origines de la révolution*. Retrato ácido.

- Elle Faure, *Napoléon*, «L'Herne», La Table Ronde, 1964. Ejercicio de admiración y de contemplación.

France contemporaine, Hachette, 1907,

6. Sobre Stendhal

- *Oeuvres intimes I*, «La Pléiade», 1981. En el apéndice se pueden leer extractos del Diario de Félix Faure en 1809. He sacado de esta obra la escena del Don Juan de Molière transformado en ópera. La representación tuvo lugar el 12 de agosto y no a fin de mayo, como en la novela. He puesto en boca de mi Henri Beyle cosas que realmente habría podido decir, en la medida de lo posible. Lo mismo es aplicable a Napoleón, Masséna o Lannes: me he tomado la libertad de reproducir frases que habrían pronunciado realmente (según los testigos).

- *Correspondance I*, «La Pléiade», 1968.

- Stendhal, *De l'amour*, Gallimard, «Folio», 1980. [Trad. española: *Del amor*, Alianza Editorial, Madrid, 1968.]

- Crouzet, *Stendhal ou Monsieur Moi—même*, Flammarion, 1990.

¡DE PROFUNDIS!

Para terminar, he aquí lo que les sucedió a los personajes históricos cuyo protagonismo he privilegiado en esta novela.

Louis-François Lejeune, general y barón, se retira en 1813 para consagrarse a la pintura, tras una carrera militar muy agitada. Dirige la Escuela de Bellas Artes de Toulouse, ciudad en la que fallece en febrero de 1848, a los setenta y tres años. Fue el importador de la litografía en Francia.

Con su pierna maltrecha, André Masséna, convertido en príncipe de Essling, dirige la batalla de Wagram desde una calesa. Tras una campaña desafortunada en España, cae en desgracia. Nombrado gobernador de París inmediatamente después de Waterloo, muere a causa de una dolencia del pecho, ocho años después de la batalla de Essling.

Louis-Alexandre Berthier, príncipe de Neuchâtel y de Wagram, se cae en 1815 desde una ventana del castillo de Bamberg, en Baviera. ¿Se trata de un suicidio? Estaba muy deprimido a causa del regreso de Napoleón de la isla de Elba. ¿Asesinato? ¿Querían impedirle que se reuniera con Napoleón?

Jean-Marie-Pierre-François Dorsenne muere tres años después de la batalla de Essling, a consecuencia de la herida recibida en la cabeza.

A Jean Bessières le mata un proyectil durante la campaña de Saxe en mayo de 1813, como le ocurrió a Lasalle en Wagram.

Charles—Marie—Robert, conde de Escorche de Sainte-Croix, muere en Portugal, cortado en dos por un obús, un año después de Essling. Tenía veintiocho años.

Jean Boudet se suicida en Bohemia en septiembre de 1809: el emperador le había reprochado injustamente su conducta en Essling.

Jean-Baptiste, general y barón de Marbot, llegará a ser el preceptor del hijo de Luis Felipe. Murió a los setenta y dos años, bajo el Segundo Imperio, siendo par de Francia.

Veintiún años después de la batalla de Essling, Henri Beyle firma Rojo y negro con el nombre de Stendhal.